INÉS DOMÉNECH DEL RÍO

CICATRICES EN EL HIELO

NOVELA

algaida

Table of Contents

Capítulo 1. Clara
Capítulo 2. La semilla
Capítulo 3. Un cuerpo en el parque
Capítulo 4. Un suicidio
Capítulo 5. La nueva vida
Capítulo 6. El velatorio
Capítulo 7. La elegida
Capítulo 8. Un cadáver en una maleta
Capítulo 9. Un pañuelo rojo
Capítulo 10. Un amigo
Capítulo 11. Los dedos y la maleta
Capítulo 12. Evelyn
Capítulo 13. Segundo cadáver en una maleta
Capítulo 14. Otro pañuelo rojo
Capítulo 15. El cinturón
Capítulo 16. Una cena de amigos
Capítulo 17. La identificación
Capítulo 18. Un nuevo camino
Capítulo 19. El encuentro
Capítulo 20. La habitación de Clara
Capítulo 21. La carrera
Capítulo 22. El pasado
Capítulo 23. Una salida nocturna
Capítulo 24. Un despacho ilustre
Capítulo 25. Una petición
Capítulo 26. Un cadáver en un hotel
Capítulo 27. La víctima
Capítulo 28. El club
Capítulo 29. El sótano
Capítulo 30. Algunos resultados
Capítulo 31. Los detenidos
Capítulo 32. La conversación
Capítulo 33. La sangre
Capítulo 34. Nuevas pistas
Capítulo 35. Otra vez los sospechosos

Capítulo 36. Un encuentro
Capítulo 37. Otro cadáver estrangulado
Capítulo 38. Las huellas
Capítulo 39. La detención
Capítulo 40. La declaración
Capítulo 41. Huellas en las maletas
Capítulo 42. Dos mujeres
Capítulo 43. Los recuerdos
Capítulo 44. Un hombre en escena
Capítulo 45. Mariana y Camila
Capítulo 46. Un nuevo sospechoso
Capítulo 47. La decisión
Capítulo 48. La toma de muestra
Capítulo 49. La prueba
Capítulo 50. La detención
Capítulo 51. Un caso resuelto
Capítulo 52. Un café
Capítulo 53. La madre y la hija
Capítulo 54. Una intuición
Capítulo 55. La prueba definitiva
Capítulo 56. Las cenizas
Capítulo 57. La petición
Capítulo 58. La visita
Capítulo 59. Una caña
Capítulo 60. La muerte
Capítulo 61. El diario de Clara
Agradecimientos
Créditos

INÉS DOMÉNECH DEL RÍO

CICATRICES EN EL HIELO

algaida

ÍNDICE

Capítulo 1. Clara
Capítulo 2. La semilla
Capítulo 3. Un cuerpo en el parque
Capítulo 4. Un suicidio
Capítulo 5. La nueva vida
Capítulo 6. El velatorio
Capítulo 7. La elegida
Capítulo 8. Un cadáver en una maleta
Capítulo 9. Un pañuelo rojo
Capítulo 10. Un amigo
Capítulo 11. Los dedos y la maleta
Capítulo 12. Evelyn
Capítulo 13. Segundo cadáver en una maleta
Capítulo 14. Otro pañuelo rojo
Capítulo 15. El cinturón
Capítulo 16. Una cena de amigos
Capítulo 17. La identificación
Capítulo 18. Un nuevo camino
Capítulo 19. El encuentro
Capítulo 20. La habitación de Clara
Capítulo 21. La carrera
Capítulo 22. El pasado
Capítulo 23. Una salida nocturna
Capítulo 24. Un despacho ilustre
Capítulo 25. Una petición
Capítulo 26. Un cadáver en un hotel
Capítulo 27. La víctima
Capítulo 28. El club
Capítulo 29. El sótano
Capítulo 30. Algunos resultados

Capítulo 31. Los detenidos
Capítulo 32. La conversación
Capítulo 33. La sangre
Capítulo 34. Nuevas pistas
Capítulo 35. Otra vez los sospechosos
Capítulo 36. Un encuentro
Capítulo 37. Otro cadáver estrangulado
Capítulo 38. Las huellas
Capítulo 39. La detención
Capítulo 40. La declaración
Capítulo 41. Huellas en las maletas
Capítulo 42. Dos mujeres
Capítulo 43. Los recuerdos
Capítulo 44. Un hombre en escena
Capítulo 45. Mariana y Camila
Capítulo 46. Un nuevo sospechoso
Capítulo 47. La decisión
Capítulo 48. La toma de muestra
Capítulo 49. La prueba
Capítulo 50. La detención
Capítulo 51. Un caso resuelto
Capítulo 52. Un café
Capítulo 53. La madre y la hija
Capítulo 54. Una intuición
Capítulo 55. La prueba definitiva
Capítulo 56. Las cenizas
Capítulo 57. La petición
Capítulo 58. La visita
Capítulo 59. Una caña
Capítulo 60. La muerte
Capítulo 61. El diario de Clara

Agradecimientos

Créditos

CAPÍTULO 1

CLARA

«Necesito descansar».

Caminaba a oscuras por los senderos del parque. Los ojos en el suelo, la mandíbula encajada y el pensamiento anclado en el siguiente paso.

La melena pelirroja se erizaba al rozar las hojas de los arbustos. La silueta se iluminaba al caminar debajo de las farolas; a los pocos segundos se volvía a sumergir en las tinieblas. Las hojas de los árboles susurraban al entrechocar con la brisa, como si quisieran impedir que avanzara.

Se sentó. Temblaba. El vestido se pegaba a la piel. Había olvidado coger el abrigo al salir de casa.

«¡Qué más da!».

Subió a la rama más alta del hibisco. Desde allí veía el mundo lejos. Lanzó la cuerda sobre una rama, para atar un extremo. Comprobó su resistencia.

—No puedo seguir —murmuró.

Con el otro extremo, rodeó su cuello con un nudo apretado. No vaciló, se dejó caer.

El dolor desapareció con ella.

CAPÍTULO 2

La semilla

Pinares de San Antón. Julio de 1995

Jugaba en el jardín con su amigo Andrés. Acababan de salir de la piscina y le enseñaba el coche teledirigido que le había regalado su padre por las buenas notas que había sacado.

Era un todoterreno naranja, el más grande que había en la tienda, con ruedas de taco que sobresalían por los lados. Con una sonrisa, disfrutaba de la cara de envidia de su amigo. Con el mando, lo dirigía a toda velocidad por el camino de entrada y hacía saltar las piedras que bordeaban los parterres, hasta que acababa con las ruedas mirando al cielo.

Había mucho ajetreo en la casa. Desde hacía varios días algo pasaba, pero se sentía ajeno.

Un hombre cargado con cajas estuvo a punto de pisar su juguete.

—¡Eh! ¡Cuidado! —le gritó enfadado.

Su madre se asomó a la terraza. Las lágrimas le corrían por la cara, pero él no lo percibió. Estaba absorto en su juego.

—Ven, cariño. Vamos a tu cuarto.

—Mamá, ahora no puedo, estoy jugando con mi amigo.

Su madre se acercó.

—Tienes que venir, no puedes seguir jugando. Nos vamos.

—¿Pero dónde? Ahora no puedo, estoy con Andrés.

—Andrés, tendrás que irte a tu casa. Hijo, vamos a tu cuarto, nos tenemos que marchar.

—¡Mamá! ¡No quiero entrar! ¡Quiero seguir jugando!

De mala gana, se despidió de su amigo con un movimiento de la mano, y este se marchó. Su madre le acarició el pelo y le dio un beso en la mejilla.

—Cariño, nos vamos de esta casa. Papá y mamá también están muy tristes, pero lo importante es que estamos juntos. Iremos a vivir a otra.

Será divertido. Venga, vamos a coger tus juguetes.

En el centro del cuarto tenía instalado su preciado Scalextric. En dos estanterías que cubrían las paredes enteras estaban todos sus tesoros.

—¿Cuáles son tus favoritos?

—Todos.

—Todos no nos los podemos llevar.

—Es que todos son míos.

—En nuestra nueva casa no nos caben.

Las lágrimas brotaron. No entendía lo que pasaba. No se podía desprender de sus queridos juguetes. Su madre le preguntó:

—¿Nos llevamos el Geyperman explorador? Ese te gusta mucho.

—Vale. ¿Y el todoterreno que me ha regalado papá por las notas?

—También.

—¿Y el Scalextric?

—Cariño, ese es muy grande.

—No me iré sin mi Scalextric.

La madre miraba cómo su hijo lloraba. Lo comprendía. Ella también se había tenido que desprender de su ropa de diseño, que había malvendido a sus vecinas, y de sus muebles de anticuario que habían salido a subasta.

—Los meteremos en cajas para que ocupe menos.

—¿Y mi Nintendo?

—Claro, y todos los juegos. Ve colocándolos en esas cajas.

Salió de la habitación para no verlo llorar. Tenía que mantener a su familia unida, eso es lo que ahora importaba. En el salón, su marido seguía sentado en la única silla que quedaba, arrugado, con la cabeza entre sus manos. A su alrededor, los hombres contratados para el transporte metían las escasas pertenencias que les quedaban en las últimas cajas.

Bajó con el coche teledirigido debajo del brazo. El salón estaba vacío. Su padre, con la mirada perdida, estaba delante de la puerta y parecía encogido. Su madre cerraba las ventanas y echaba las persianas. Al terminar dijo:

—Vamos, empieza una nueva vida.

En la acera, sus vecinas, una niña pelirroja de su misma edad y su hermana pequeña morena de ojos negros, se despidieron con una sonrisa y moviendo sus manos. Otro rostro, desde la ventana, los veía marchar con una mueca de satisfacción.

Se montaron en el taxi que los llevó a esa nueva vida, que nunca quisieron vivir.

CAPÍTULO 3

UN CUERPO EN EL PARQUE

C

arlota Suárez había vuelto a su ciudad natal.

Con la mirada puesta en el infinito, reflexionaba sobre los cambios que se habían producido en su vida. Sus dedos, en un movimiento inconsciente, hacían un círculo en su ondulado cabello castaño.

Estaba sentada en la mesa de su nuevo despacho. Entraba la luz propia de un semisótano orientado al sur, en un municipio costero con un largo horario solar. Miró el armario que tenía enfrente, metálico y frío. Su mente se trasladó al armario de madera, de puertas gruesas, donde guardaba la bata y el fonendo en el despacho anterior. Lo comparó con su nueva vida. Una vida de líneas rectas de la ciudad, con la que había quedado atrás, sólida y relajada de su ambiente rural donde había trabajado la última década.

Los cambios en su vida no le asustaban; es más, los tomaba como un reto. Aunque no era fácil. No le había importado el traslado. Sentía que llevaba demasiados años inmersa en la monotonía. Hasta que una turbulencia la enmarañó. Una mañana de sábado, mientras desayunaban, Javier la sorprendió.

—Tengo que comentarte algo.

Carlota dejó la tostada en el plato.

—Dime.

—Me han ofrecido una plaza de profesor en la Universidad de Málaga.

—Qué bien.

—No les he dado una respuesta. Tenía que hablarlo contigo.

Javier buscó los ojos de Carlota.

—Es inesperado, desde luego. Un cambio nos puede venir bien —le respondió ella.

La decisión fue rápida. Pusieron en venta la casa, y en tres meses se trasladaron. Las primeras semanas habían estado envueltas en un frenético empeño de normalizar la vida cotidiana, como encontrar el

secador de pelo o unos calcetines negros.

Carlota embaló lo imprescindible en dos maletas como el *kit de supervivencia* para los primeros quince días. Con esa fase superada, convivían con múltiples cajas.

—¿Cuándo vas a ir a verlo? —le preguntó una tarde Javier.

—Todavía es pronto.

—¿Sabe que estamos aquí?

—No.

—Carlota, es tu padre.

—Sí. Lo sé.

En la ciudad, los cadáveres eran anónimos. Las autopsias de muertes violentas, los accidentes de tráfico y las agresiones, numerosas.

A cambio, en el Instituto de Medicina Legal tenía compañeros para comentar y resolver el intenso trabajo diario. Era agradable compartir opiniones sobre los casos.

El móvil de Carlota sonó.

—Carlota, buenos días, hay un levantamiento.

Carlota reconoció la voz al otro lado del auricular.

—Buenos días, Ramón. ¿Qué información tenemos?

—El cadáver de una mujer ha aparecido en el parque. Colgada de un árbol.

—En un minuto estoy en el aparcamiento.

—Te lo agradezco, sabes que ante un cuerpo en vía pública es conveniente que actuemos lo antes posible.

—¿Algo más que deba saber?

—Estoy tomando declaraciones en la guardia. Si ves algo raro me llamas. Va contigo José, el agente judicial.

—Perfecto. Adiós.

Carlota colgó el teléfono. Desde la promulgación de la nueva ley, salvo en los asesinatos que movilizaban la comisión judicial al completo, iba ella sola a los levantamientos.

«Lo de ir sin el juez aún me parece raro».

Abrió el maletín. Revisó con la mirada, y repuso los guantes de látex. Se dirigió hacia el aparcamiento del juzgado. El conductor los esperaba con el motor en marcha. Carlota se sentó en el asiento delantero del copiloto.

Mientras avanzaban por la avenida de Andalucía hacia el parque, la sirena les abría paso. Los vehículos se apartaban en los carriles

laterales.

Se detuvieron detrás de dos coches patrulla de la Policía nacional. Los agentes levantaron el precinto de la zona, y Carlota se dirigió hacia donde le indicaron que se encontraba el cadáver.

Dos policías lo custodiaban. Tras el saludo, uno de ellos puso en antecedentes a Carlota.

—Una señora que paseaba a su perro, al pasar delante del árbol, vio el cuerpo colgado. Llamó a urgencias. El médico determinó que llevaba varias horas muerta y, al tratarse de una muerte violenta, activó el protocolo de muerte judicial. Nos avisó y nosotros al juzgado de guardia. El cuerpo se encuentra allí.

Al señalarlo, Carlota vio el cuerpo de una mujer: colgaba de un gran hibisco sujeta por el cuello. Entre las flores rojas, su largo cabello rojizo tapaba su rostro. Apenas habría pasado la treintena. Una cuerda permanecía atada al árbol: un extremo a una rama por encima de su cabeza, y el otro rodeaba su cuello. Sus pies colgaban a pocos centímetros del suelo.

«¿Cómo habrá subido? Debía ser muy ágil y su escaso peso pudo hacer posible el ascenso. El árbol no es muy alto, ni robusto» susurraba Carlota para sí misma, mientras tomaba las primeras notas del lugar.

En voz alta dijo:

—¿Está identificada?

—Sí, el bolso estaba al pie del árbol. Se llamaba Clara Bermejo. Según el médico del 061, no consta ningún antecedente clínico.

El agente entregó a Carlota un informe escrito a mano. Ese apellido le sonaba cercano.

—¿Tenemos alguna otra información?

—Aún no hemos encontrado a la familia.

—Bien, vamos a proceder al levantamiento del cadáver.

Carlota se dirigió hacia donde estaba el cuerpo de la mujer. Quería empezar la inspección.

Divisó una silueta que hacía fotografías en torno al árbol. Reconoció a Jorge Aranda, inspector de Policía científica. Se alegró de verlo. Su presencia tranquilizaba a Carlota. Había coincidido en otros asuntos, y sabía que era un policía con inteligencia e intuición, aunque algo irascible. Se saludaron con un breve gesto de la cabeza.

Carlota cogió del maletín el protocolo de levantamiento y empezó a escribir los datos de filiación con el documento de identidad de la

víctima que el agente había encontrado en el bolso, caído a los pies del cuerpo.

Dirigió la mirada hacia la cara de la joven. Su cabello, de una preciosa tonalidad rojiza, le cubría un rostro transformado, congestivo, como pintado de color violáceo con la lengua oscura y amoratada fuera de la boca. Los ojos protruían hacia el exterior. La brisa balanceaba la tela de su vestido. La cuerda, una línea blanca que rodeaba su cuello, aparecía por el lado derecho de la cabeza, lo que hacía que esta se encontrara ligeramente inclinada hacia delante y torcida hacia la izquierda.

Al situarse junto a ella, le inspeccionó de forma minuciosa las manos. Continuó por el cuerpo y las extremidades, por si necesitaba recoger algún dato antes de descolgarla. Uno de los pies estaba descalzo y el otro mantenía un zapato negro de tacón bajo. Midió la distancia al suelo.

—Veinte centímetros —anotó Carlota.

El otro zapato permanecía apoyado por su lateral sobre el suelo, justo debajo del cuerpo.

«Una ahorcadura completa, al estar sus pies separados de la superficie», se dijo así misma en voz baja Carlota.

Midió las otras distancias: de la cuerda del cuello al suelo, a los pies del cadáver, al nudo de la rama del árbol, de este al suelo. Dibujó un esquema con las medidas para facilitarle la escena al compañero que le correspondiera hacer la autopsia.

Todos los detalles de la escena quedaron reflejados en su informe. Avisó al inspector.

—¿Habéis terminado con las fotos? Vamos a descolgarla.

El funerario estaba subido en el último peldaño de una escalera y permanecía atento a la señal de Carlota que indicase cuándo podía cortar la cuerda. Había conseguido que alguien de mantenimiento del parque le prestase esa escalera que, aunque la altura no era mucha, hacía mucho más fácil descender el cuerpo.

Solo hizo falta un gesto de Carlota asintiendo con la cabeza para que supiese que era el momento de cortar la cuerda, mientras sujetaba el cuerpo por el tórax con su brazo izquierdo. Con su brazo derecho extendido, la cortó.

La caída del cuerpo se amortiguó al sujetarle las piernas su compañero de la funeraria. Ambos depositaron cuidadosamente el cuerpo sobre el suelo.

El extremo de una cuerda blanca, de nailon, redonda de seis cabos, quedó libre sobre el suelo. Carlota le indicó a uno de los funerarios:

—Coge el extremo de la cuerda que está en el árbol. Vamos a meterla en el sudario con el cuerpo para que la vea el compañero que haga la autopsia.

Carlota había oído que algunas personas coleccionaban esas cuerdas para hacer algún tipo de sortilegio de nigromancia. En cualquier caso, procuraba recoger cualquier objeto del levantamiento y, más aún, los que pudieran tener relación con la muerte y pudiesen ayudar a proporcionar datos en la autopsia.

«El nudo atado a la rama, ahora cortado, es fijo. En el otro extremo, el atado al cuello, parece corredizo. La cuerda alrededor del cuello es doble» susurraba Carlota mientras escribía tras haberlo inspeccionado. Prefería escribir conforme veía, pues cuando se pusiera los guantes no lo podría hacer.

«Viste vestido *beige* estampado en negro. Sin manchas, ni desgarros».

Hasta aquí era lo que podía describir sin tocar. Dejó los papeles en el maletín y se puso los guantes.

Volvió a explorar las manos, esta vez palpándolas, sin encontrar signos de violencia, ni de defensa, ni de lucha. Solo unas pequeñas erosiones en la palma de la mano derecha, que podían estar relacionadas con la subida al árbol. Sus manos tenían restos de la corteza de árbol.

—Parece que no hay signos de violencia en manos ni brazos antes de la muerte. Tiene pequeños arañazos superficiales en la palma y en los dedos, que puede habérselos hecho al subir al árbol. Mira, hay restos de corteza en las palmas de las manos —le comentó Carlota al inspector Aranda que permanecía atento.

Palpó la cabeza. No notó nada anormal. Dirigió su atención al cuello. Confirmó que el nudo era corredizo, con dos vueltas de la cuerda alrededor del cuello. El nudo estaba debajo y detrás de la oreja derecha. Dejó la cuerda para no interferir en la autopsia.

Le levantó el vestido por delante y luego, con la ayuda de los funerarios, rotaron el cuerpo para comprobar si había lesiones en la espalda. Con el dedo, presionó para ver el estado de las livideces cadavéricas. No estaban fijas. El cuerpo estaba todavía caliente. Carlota miró el reloj, eran las diez de la mañana. Según su estimación inicial, la muerte se podía establecer en escasas horas antes, alrededor

de dos y cuatro horas.

Aranda se acercó a la médico forense.

—¿Podemos coger ahora las huellas para identificarla?

—Sí, es mejor, y confirmamos la identidad.

Envió la foto de las huellas a la central por el móvil, y a los pocos minutos le enviaron las que tenían pertenecientes a esa identificación, y tras cotejarlas comentó:

—Se confirma que es Clara Bermejo.

El nombre le volvió a recordar a alguien. Terminó de coger los datos e indicó que se podían llevar el cadáver. Todo parecía indicar que era un suicidio, aunque habría que esperar a la autopsia por si aparecía algún dato sospechoso.

Antes de marcharse para el juzgado, se acercó al inspector para despedirse. Lo encontró más serio que de costumbre, muy parco en palabras. Siempre finalizaban el trabajo relajando la tensión con algún comentario menos dramático. Su respuesta fue un breve adiós. Carlota pensó que estaría agobiado de trabajo. Sin darle más vueltas al asunto, se introdujo en el coche.

Al llegar al juzgado se dirigió al despacho del juez Fuentes. Estaba solo, así que se introdujo sin formalidades.

—Buenas, he vuelto del levantamiento. Todo parece indicar que es un suicidio. Mañana, cuando se haga la autopsia, te lo confirmo —dijo Carlota mientras se sentaba enfrente.

—Perfecto. Yo aún no he terminado con las declaraciones. ¿Se sabe si tenía algún problema o seguía algún tratamiento de salud mental?

—No lo sabemos. No se ha localizado a la familia.

—Quizá cuando contactemos con ella nos pueda dar algún dato.

—Parece que no tenía mucho contacto con ella.

—La mayor parte de las veces nos quedamos sin saber por qué se pone fin a la vida. Te dejo para seguir con las declaraciones.

—Me voy yo también, que tengo algunos informes pendientes.

Carlota salió del juzgado de guardia y terminó sus informes. Al llegar a su casa, su perra Luna la saludó poniendo sus patas encima antes de salir del coche. Desde la cocina, observó el terreno que había preparado para su huerto. Lo había soñado desde que llegaron. Su afición más secreta, el cultivo de tomates y, en especial, los huevo de toro de la comarca. Se había pasado el fin de semana quitando las malas hierbas y allanando el terreno. A un lado, el estiércol

amontonado la estaba esperando. Después de comer con Javier, esa tarde comenzó a airearlo y abonarlo. El sudor le corría por la espalda y eso le hacía sentirse bien. Miraba el terreno, sin dejar que otros pensamientos entraran en su mente.

CAPÍTULO 4

UN SUICIDIO

A ntes de empezar su trabajo, se dirigió a la sala de autopsias.

—Buenos días, Carlota. ¿Vienes a echarme una mano en la autopsia? —preguntó Esteban, que se encontraba de pie junto al cadáver de Clara, dispuesto a comenzar.

—¡Claro! Hice el levantamiento ayer —respondió Carlota a su compañero al atravesar la puerta corredera de la sala.

Mientras se ponía los guantes, miró el cuerpo. La cara se encontraba menos amoratada que el día anterior, al haber permanecido en decúbito supino en la cámara frigorífica. Una gota de sangre asomaba por la comisura labial. A través del vestido pegado a su cuerpo, se intuían los relieves óseos de la cadera.

—Parece una muerte por ahorcadura, sin mucho más —señaló Esteban con la cámara fotográfica en la mano—, aunque estamos empezando y no se puede aún afirmar nada. Tenemos el peso y la talla. ¿Le vamos quitando la ropa?

La auxiliar asintió.

—Me quedo unos minutos. Estoy pendiente de un juicio —dijo Carlota.

—Mira, tiene unas pequeñas erosiones en la zona palmar de los dedos y las palmas.

—Sí, se las vi en el levantamiento. Tenían restos de corteza del árbol. Se las pudo producir al subirse a la rama.

—Es verdad, lo leí en el protocolo, aparece más claro en el dibujo que hiciste. En tórax y abdomen no hay lesiones externas. En los brazos y las piernas, tampoco —confirmó tras haberlos inspeccionado. Dirigiéndose a la auxiliar, le indicó:

—Vamos a empezar por el tórax y abdomen. Luego la cabeza, y dejamos para el final el cuello.

A Carlota le sonó el móvil en su bolsillo.

—Me llaman para el juicio. No voy a poder ver la autopsia del

cuello.

—No creo que encontremos nada sospechoso de homicidio. Después nos vemos y te cuento.

—Nos vemos luego.

Carlota dejó a su compañero para ir a la sala donde la esperaban para declarar como médico forense en un juicio. La vista se alargó debido a la complejidad del caso, donde había varios presuntos implicados en un asesinato con arma blanca en una discoteca.

A última hora de la mañana, Carlota se pasó por el despacho de su compañero Esteban, para enterarse de los últimos hallazgos de la autopsia de Clara. El médico le enseñó las fotos del cuello:

—En esta se ve que, en el surco de ahorcadura en la piel, se dibuja la trama de la cuerda. ¿Ves las crestas hemorrágicas en su interior?

—Sí, se ve cómo deja el dibujo por la presión de la cuerda que asfixia el cuello.

—Mira las siguientes: la línea argentina de color blanquecino por la condensación del tejido celular subcutáneo debajo del surco; en los músculos del cuello había infiltraciones hemorrágicas y desgarros en sus vientres.

—Veo que en la laringe hay una fractura del asta mayor derecha del hueso hioides del cuello con una zona hemorrágica —dijo Carlota acercándose a la pantalla del ordenador.

—Es un suicidio.

—Sí, todos estos signos confirmaban que la ahorcadura había sido vital. Clara estaba viva cuando el lazo apretó su cuello.

Los hallazgos de la autopsia se confirmarían con el análisis histopatológico de los tejidos del cuello para diagnosticar los signos de vitalidad de las lesiones. Todos los indicios sugerían que Clara se había suicidado.

Era muy tarde. Carlota cogió su bolso. Se dirigía con paso rápido al aparcamiento para coger su coche, y al pasar por la puerta lateral del Instituto de Medicina Legal, donde esperaban los familiares de los fallecidos, escuchó una voz a su espalda.

—¡Carlota!

—¡Hola, Rocío! ¿Qué tal? ¿Por aquí defendiendo a alguna de tus clientas?

Rocío era una abogada amiga desde la adolescencia. Habían perdido el contacto, pero al volver a su ciudad natal lo habían

retomado a través de su compañera médico forense Regina. A ambas Carlota las apreciaba. Al llegar a su nuevo destino, le habían ayudado a buscar la casa donde se habían instalado. Además, habían procurado que Javier y ella no se sintieran solos mientras se instalaban en Málaga. A Carlota, tras muchos años de ausencia, se le presentaba como nueva. Las tres habían salido varias noches a cenar a los chiringuitos de Pedregalejo con sus parejas, y habían tenido unas veladas muy agradables.

Algunas mañanas veía a Rocío en el edificio del juzgado, acompañada de mujeres maltratadas y víctimas de trata con fines de explotación sexual, a las que defendía de oficio. Trabajaba de abogada en una asociación que las asesoraban y defendían.

La mirada triste y su voz apagada hizo sospechar a Carlota que algo no iba bien. Rocío era una mujer alegre, con un rostro muy atractivo y al mismo tiempo afable, que reflejaba confianza al mirarlo. Sus ojos negros, que siempre irradiaban vitalidad, dejaban traslucir una tonalidad de profunda tristeza en sus pupilas. La forma triangular de su rostro, con su marcada mandíbula, ahora encajada, le confería un aspecto de firme decisión. Su sonrisa siempre había pensado que era contagiosa. En ese instante, Carlota percibió una pena infinita en su rostro.

—Desgraciadamente estoy por un asunto personal.

No le gustaba preguntar, pero le pareció que, en aquel momento, era lo más adecuado.

—¿De qué se trata?

—Es mi hermana.

—¿Qué le ha pasado?

Carlota hizo la pregunta, aunque intuía la respuesta por el lugar en que se encontraba.

—Está muerta.

—Lo siento mucho.

—Acaban de terminar la autopsia. Me han dicho que espere aquí, que en breve nos entregan el cadáver.

—¿Por qué no me has llamado? —le preguntó Carlota.

—Me avisaron esta madrugada. Ella hacía mucho tiempo que se fue de casa. Tenía poco contacto conmigo y con mi padre. Al parecer tenía mi dirección en algún documento y me han localizado. Es, bueno, era Clara.

—¡Tu hermana Clara!

Carlota no pudo evitar elevar la voz con su nombre. Al escucharlo en el levantamiento ese apellido le había resultado conocido. Ahora le encajaba, era la hermana de Rocío Bermejo. Había oído hablar de ella, pero nunca llegó a conocerla. Era la mujer joven pelirroja cuyo cadáver levantó ayer. Se quedó callada. No podía proporcionarle ninguna información como médico forense, pero le dio un abrazo. Carlota notó contra su cuerpo los espasmos de los sollozos de Rocío:

—Si puedo ayudarte en algo, aquí estoy.

En ese momento la puerta del garaje se abrió. Un coche fúnebre salió con un féretro en su interior. El conductor se paró al lado de Rocío.

—Buenas. La llevamos al tanatorio. Allí nos vemos.

—Sí, me voy para allá. Carlota, me tengo que marchar. Mi padre aún no lo sabe, y tengo que darle la noticia. Será un momento muy difícil para mí. La relación se rompió hace mucho tiempo. No sé cómo lo voy a hacer. Pero ahora no es el momento de hablarlo. Adiós.

Se dieron otro abrazo. Carlota se despidió hasta la tarde, en que acudiría al tanatorio, y Rocío se fue hacia la salida principal del edificio. Carlota caminó despacio, hacia el aparcamiento del personal que estaba en el sentido opuesto. Era una de las cosas peores de su trabajo. Hacer un levantamiento o una autopsia a una persona conocida. El cadáver anónimo se había convertido en la hermana de su amiga.

CAPÍTULO 5

LA NUEVA VIDA

Avenida de Velázquez. Septiembre de 1995

—Mamá, no quiero ir a ese colegio —dijo al borde de las lágrimas.

—Hoy te irá mejor —contestó su madre mientras le ponía pomada antinflamatoria en los hematomas de los brazos y las piernas.

En el ojo le puso un poco de un maquillaje seco. Desde que se mudaron, no se había comprado ninguno. ¿Pará qué? No salían a nada. Comprendía a su hijo mejor que nadie. Ella se sentía igual. Sus amigos, o más bien los que ella pensaba que lo eran, no la habían ayudado. Cuando perdieron todo por el maldito negocio que hizo su marido, llamaron a muchas puertas. Ninguna se abrió. Vendieron todo para pagar las deudas y alquilaron ese piso en una zona que nunca antes habían pisado. Ella ganaba algún dinero cosiendo en la cocina todo el día para las vecinas. Su marido lo pasaba sentado en el sofá bebiendo.

—Quiero volver a mi colegio de antes. Con mis amigos.

—No hables alto. No quiero que papá te escuche. Se puede enfadar.

—¿Qué le ha pasado a papá? Él me quería y me traía regalos. Ahora siempre está enfadado y me grita —preguntó mientras las lágrimas le corrían por la cara.

—No se lo tengas en cuenta. Sabes que ha pasado mucho. Ha perdido su trabajo y está enfermo.

—Quiero volver a mi casa.

—Cariño, esta es nuestra casa.

—¡No! ¡Esta no es mi casa!

Tenía miedo. Desde que llegaron a ese piso de dos dormitorios parecía vivir en un mal sueño. Su habitación se había reducido a la cuarta parte, donde apenas entraba la cama en la que dormía y no tenía espacio para jugar. Si se ponía en el salón, le molestaba a su padre. Le gritaba, echándole a su cuarto, y a veces, le levantaba la

mano, pero su madre, atenta, llegaba a tiempo para pararle el guantazo que le tenía dirigido su padre. Pero cuando cogía el cinturón, no había quien le parase.

Su madre le dio un beso en la mejilla y lo envió al colegio.

Estaba en el recreo. Solo. Era el blanco de los compañeros.

—Gordo, pijo. ¿De dónde has salido con esa cara?

Callaba. El día anterior había contestado y entre cuatro o cinco le habían pateado. Tenía que aguantar, pasar desapercibido. No podía acudir a la profesora. Le pegarían más si era un delator. Aun con el silencio, le dieron otra paliza.

Al volver a casa, se fue directamente a su dormitorio. No quería que su madre le viese así. Se tendió en la cama. Le dolía todo el cuerpo. Los gritos de sus padres le llegaban desde el salón. Se había convertido en una rutina en su nueva casa.

—¿Cómo se te ocurrió confiar en él?

—Era mi amigo.

—¿Tu amigo? Ese nunca lo fue, nos lo advirtieron los otros vecinos, que era un desalmado, que solo buscaba tu dinero para su beneficio y nuestra ruina.

—Me di cuenta demasiado tarde. ¡Te callas o te callo a golpes!

Gritaban lamentándose del amigo que los traicionó, que los dejó arruinados y que les truncó la vida. Terminaban cuando su madre le recriminaba que no buscase trabajo y él la insultaba y le mandaba callar a gritos. Las cervezas vacías sobre la mesa siempre estaban en medio de la discusión. Puso música para no oírlos. De repente, un golpe y se hizo el silencio. Al llegar al salón para ver qué pasaba, encontró a su madre tendida en el suelo con la cara ensangrentada. Su padre, sentado en el sofá con la cabeza entre las manos.

—Mamá, mamá. ¿Qué ha pasado?

—Hijo, no ha pasado nada. No te preocupes. Me he caído —dijo mientras se levantaba y miraba a su marido.

Siempre lo recordaría. Fue el inicio de los golpes a su madre, que continuaron hasta su prematura muerte.

CAPÍTULO 6

El velatorio

El cielo gris acompañaba el estado de ánimo de Carlota al llegar a la sala del cementerio con su amiga Regina.
Alrededor había un numeroso grupo de personas de distintas categorías y procedencias, fuera y dentro de la sala destinada al velatorio del cadáver de Clara.

Al entrar en la sala, en el sofá del fondo, estaba Rocío. Tenía la mirada perdida al frente, fija en el ataúd de su hermana detrás del cristal, y estaba cogida de la mano de su padre, un hombre canoso, de piel morena y aspecto elegante, aunque abatido y con rostro afligido, que se secaba las lágrimas de los ojos con un pañuelo.

Regina le susurró al oído a Carlota:

—Ahí está Rocío. El que está al lado es su padre. Dicen que es un buen pájaro.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó sorprendida Carlota.

—Corren algunos rumores sobre él.

—Sé que es un abogado de prestigio y que tiene uno de los bufetes más importantes de la ciudad.

—Sí, pero se dice que el prestigio lo ha ganado en negocios con delincuentes y que su dinero ha tapado algunos asuntos turbios —le susurró al oído Regina.

—Serán solo rumores.

—Puede ser, pero se oyen por muchas partes.

—Pobre Rocío.

Se acercaron para darle un beso y les presentó a su padre, Arturo Bermejo, al que abrazaron. En ese momento, unos familiares se acercaron a transmitirle sus condolencias y se apartaron de él.

Rocío se encontraba abatida desde que le dieron la noticia de la muerte de su hermana. Tenía un aspecto demacrado, y con unas profundas ojeras, parecía a punto de desfallecer. Carlota y Regina la llevaron al bar a comer algo ligero. Se sentaron en una mesa a tomar

un refresco e intentar ingerir algún bocado.

—No puedo comer nada. Se me ha cerrado el estómago. Además, echo de menos a Fernando que está de viaje.

Con las lágrimas en los ojos, Rocío recordó su infancia. Sus amigas desconocían su vida más privada.

—Mi madre murió cuando yo tenía siete años. Casi no la recuerdo, solo algunos fragmentos de su cara delgada. Siempre estaba en su cuarto. Mi abuela cuidaba de mi madre y de mí. Era la que me vestía y me daba de comer. Mi infancia está ligada a mi abuela.

Regina le pasó el brazo por los hombros, mientras Rocío permanecía en silencio, encogida. Continuó:

—Cuando mi madre murió, mi abuela me llevó a vivir con ella. Unos días antes de su muerte, recuerdo una discusión muy fuerte entre mi padre y mi madre.

Carlota y Regina se miraban en los silencios. No sabían cómo ayudar a su amiga en su dolor. Escuchaban el pasado por su boca.

—La separación de mi padre y mi hermana mayor fue muy dura y nunca la he comprendido. Mi padre me visitaba solo. Mi abuela siempre estaba presente. Nunca vino mi hermana Clara. Yo le preguntaba por ella, me decía que estaba bien, que algún día vendría, pero nunca lo hizo. Un día, al cumplir los dieciocho años, Clara desapareció de la casa. No quería tener contacto con mi padre, ni conmigo.

Rocío se esforzaba por hablar.

—No tengo imágenes con mi hermana Clara. Era mi hermana mayor, pero resultaba una desconocida. Tengo algún recuerdo de cuando vivíamos juntas. Un día, al escuchar la llave de la puerta cuando llegaba mi padre del trabajo, nos escondimos en un armario. Mi hermana me decía que era un juego y corrimos a escondernos junto a las escobas y cubos de la fregona. Mi padre nos llamaba por nuestros nombres, mientras nos buscaba. Al encontrarnos, salí a darle un abrazo a nuestro padre, mientras que Clara se quedó encogida en el armario. De verdad, he intentado verla, pero no quería verme.

El llanto le impidió seguir hablando. Carlota y Regina la oían con un nudo en la garganta. Su pena se contagiaba porque la querían. Carlota recordó la muerte de su madre. La había perdido en la adolescencia, de forma traumática. La culpabilidad nunca la había abandonado. Ella también había construido un muro en sus recuerdos y ahora sentía que en algún punto se resquebrajaba.

CAPÍTULO 7

La elegida

«D

ios mío, ayúdame, me ha elegido».

Esta vez no había sabido esquivarlo. La noche que aparecía, elegía a una de las chicas. Era atractivo y todas lo conocían. Ahora era importante, amigo del jefe, y le dejaban hacer. A pesar de que cuidaban la mercancía para producir más dinero, a él se lo permitían.

La llevó a la habitación. Ella se preguntaba: ¿Cómo de marcada quedaría? ¿Cuánto tiempo podría no estar con clientes?

Él le quitó la camiseta de lentejuelas rosa muy despacio con una mano, mientras con la otra le pellizcaba los pezones. Le dolía, pero calló. El pantalón elástico lo pudo bajar fácilmente y empezó a darle palmadas en el culo. Primero suave y después fuerte, que sonaban y picaban.

—Churrito, guapo. Deja que yo te haga.

—No, te lo haré yo.

La lanzó a la cama. Se montó sobre ella, sin pantalones. Le puso su pene sobre la boca y le agarró del pelo. Empezó a darle bofetadas en la cara, primero como si le estuviese reconociendo sus facciones, y luego, conforme se iba empalmando, le golpeaba más fuerte. Sentía que la presión de las rodillas sobre sus costillas las estaba rompiendo.

De repente, se quedó quieto. Ella abrió los ojos. Tenía un pañuelo rojo en sus manos. Con un movimiento maestro y en pocos segundos lo tenía alrededor del cuello. Mientras le apretaba, se masturbaba cada vez más rápido. No podía respirar, no podía gritar, intentó quitárselo de encima arañándole con todas sus fuerzas. Pesaba demasiado encima de ella. Lo último que vio fue cómo el colgante en forma de corazón que le regaló su madre salía por los aires.

CAPÍTULO 8

UN CADÁVER EN UNA MALETA

El paseo era delicioso.

Habían aparcado el coche bajo unos árboles en la oscuridad de Gibralfaro. Era la primera vez que tenían un vehículo que, aunque algo destartalado, les proporcionaba el placer de poder estar a solas. No se habían quedado en su interior. Sentían el calor el uno del otro, él le pasó el brazo por la cintura y se puso frente a ella. Se inclinó y la besó. Ella respondió.

Siguieron el paseo. Mientras se miraban embelesados con la inquietud de los que se acaban de dar el primer beso, no percibían la fina lluvia de primavera que los empapaba. Se separaron del camino, para introducirse en la negrura de los árboles.

Con sus ojos fijos en los del muchacho, ella tropezó con un objeto que sobresalía y cayó de bruces en el suelo, blando y barroso. La mano se apoyó en algo que la aprisionaba. Se enganchó y tuvo que tirar. Algo negruzco en forma de garra quedó alrededor de la suya. Gritó. Permanecieron inmóviles durante algunos segundos; con un movimiento brusco, el chico tiró de la garra y la liberó. Tras la primera parálisis por el terror, llamaron a la policía.

Al dirigir sus linternas hacia el objeto, la pareja de agentes quedó atónita ante el tétrico hallazgo. Un objeto oscuro, de ángulos lineales, lo que parecía una maleta semienterrada, asomaba debajo de un árbol. Por encima, en la grieta negra de la maleta entreabierta, se dejaba ver algo que no presagiaba nada bueno. Era una masa seca e informe de color negro amarronado terminada en zonas redondeadas nacaradas.

Al acercarse, lo identificaron como una mano en putrefacción. Tras avisar al juzgado de guardia, se pusieron en contacto con los bomberos. Ellos se encargarían de desenterrar lo que fuese aquel macabro objeto.

A las seis de la mañana sonó el móvil de Carlota. Lo descolgó tras el primer sonido. Se trataba del juez Fuentes. Las noches de guardia

eran un duermevela. Tenía que estar preparada para que, a los pocos segundos desde que sonase el teléfono, pudiera sumirse en la actividad más frenética y poner los cinco sentidos desde el primer instante. Además, no quería que Javier se despertase más de lo necesario.

—Buenas, Carlota. Tenemos un cadáver.

—Buenas, Ramón. ¿De qué se trata?

—Han encontrado una maleta en cuyo interior se sospecha que hay un cadáver. Aunque por ahora, solo han visto una mano.

—¡Uf! Mal pronóstico. Un homicidio. Voy para el juzgado ahora mismo.

—Sí, eso parece. Nos vemos allí. Hasta ahora.

Tras esta breve conversación, Carlota comenzó a notar la subida del nivel de adrenalina. Era el primer asesinato en su nuevo destino. «¡Y vaya primero! ¡No lo había visto antes!», fue el primer pensamiento que le llegó a la mente mientras se vestía a toda velocidad, con la ropa que había preparado en la silla junto a su cama para sus salidas nocturnas de guardia, y elucubraba sobre lo que encontraría al llegar al levantamiento del cadáver.

En el interior del coche que avanzaba a gran velocidad con la sirena abriendo camino por el paseo de Reding, estaba la comisión judicial, el juez Fuentes, el letrado judicial y la médico forense. Carlota agradeció que hubiese poco tráfico a esas horas.

El agente de la llamada no les pudo aportar mucha información. Había aparecido una maleta semienterrada en Gibralfaro, que al ser una zona ajardinada con árboles, no alejada del centro de la ciudad, le confería cierto atractivo para las parejas que querían intimidad. El vehículo se detuvo detrás de una aglomeración de coches policía con las luces azules y un par de camiones de bomberos con sus luces naranjas. Habían posicionado un camión con los faros encendidos y unos focos, que alumbraban hacia la zona donde trabajaban los bomberos. Los árboles lanzaban sus sombras alrededor.

En silencio, con los rostros reflejando la gravedad del momento, se bajaron cerca de la zona acordonada por la policía. Vieron cómo los bomberos intentaban liberar el objeto enterrado. Sus caras reflejaban lo lúgubre de la tarea: desenterrar una maleta con un cadáver en su interior.

Los tres se dirigieron hacia donde se encontraba el inspector Jorge Aranda en plena actividad dirigiendo a sus hombres.

—Buenos días. ¿Qué ha pasado? —preguntó el juez Fuentes.

—Buenos días, señoría. Según me han comentado los compañeros que han llegado primero, unos jóvenes han encontrado una mano mientras estaban paseando en esta zona del monte. Al llegar ellos, han visto que había algo enterrado, lo que parecía una maleta con un cuerpo, porque asomaba lo que les pareció una mano. Hemos acordonado la zona y estamos rastreando los alrededores para investigar la aparición de huellas u otros indicios. Nos da la impresión de que lleva algún tiempo enterrada. Ahora la están sacando los bomberos. Vamos a ver lo que nos encontramos —contestó el inspector, mirando a Carlota.

La humedad calaba sus cuerpos. Aunque la lluvia había cesado, el rocío introducía una molesta sensación de frío mientras de pie observaban el trabajo de los bomberos. En menos de una hora, la maleta, rodeada de costras de barro, estaba fuera del terreno, y puesta horizontal en una zona despejada. Aunque la luz del amanecer se empezaba a intuir, la visibilidad era escasa. Los agentes de policía que rodeaban el bulto desenterrado encendieron las linternas para alumbrar el sombrío hallazgo.

—Vamos a verlo —dijo Carlota, dirigiendo sus pasos hacia el objeto.

Carlota se agachó junto a lo que parecía una maleta. Sin tocarla, empezó a captar los detalles. El barro pegado no dejaba ver el color, pero se intuía que era de un color oscuro. El tamaño era algo mayor de las que había visto que se usaban normalmente de equipaje. Parecía suficiente para encerrar un cadáver, aunque no muy robusto ni pesado.

«Se medirá en la sala de autopsias», pensó.

La médico forense le pidió a un agente que acercara la luz al objeto.

El cuadro era siniestro. El borde superior parecía menos manchado de tierra, por haberse escapado del entierro. Una mano de aspecto seco y oscuro asomaba en la esquina superior. Y la otra, del mismo aspecto, asomaba en la parte donde debía estar el asa. Otra excrecencia asomaba en el borde opuesto de la maleta. Carlota intuyó que podía ser un pie, con mucha suciedad adherida, de color morado y verdoso, y muy hinchado.

«Esa parte de la maleta parece que ha estado enterrada y la superior fuera» concluyó para sí misma Carlota por el aspecto distinto de cada uno de los miembros.

La superficie de la maleta era de un brillante deslustrado, con zonas húmedas que brillaban a la luz de las linternas. Un espacio separaba las dos partes de la maleta entreabierta. Una masa deforme con una mezcla de colores rojo, verde, violáceo y negruzco se intuía en su interior a través de un plástico. Una linterna alumbró la línea oscura, sobre la superficie, donde un rosario de puntos blanquecinos se retorcía.

«¡Gusanos!» se dijo Carlota, mientras anotaba en el protocolo de levantamiento: «Sospecha de un cuerpo en avanzado estado de putrefacción».

Los rayos de la mañana se depositaron en el fúnebre envoltorio. El espectáculo era sobrecogedor. La voz del funerario la sacó de la oscuridad.

—¿Te ayudamos en algo?

—Sí, lo trasladamos al Instituto de Medicina Legal tal como está. Envolved la mano en una bolsa de papel y meted la maleta en el sudario para que no se pierdan pruebas —resolvió Carlota—. Esta misma mañana se hará la autopsia. Veremos cómo realizamos la identificación y la causa de la muerte. ¡Jorge! —llamó Carlota.

El inspector se había apartado unos metros con algunos agentes que estaban inspeccionando el terreno en busca de pistas. Estaban a unos cinco metros de distancia, donde habían encontrado alguna huella con varias colillas.El trabajo que les esperaba era arduo. El lugar tendría muchos desechos orgánicos de numerosas parejas que habrían pasado por esa parte del terreno.

—¿Vas a enviar a alguno de los agentes al Instituto de Medicina Legal para que esté presente en la autopsia?

—No, iré yo. Me interesa mucho saber qué podemos averiguar de esta muerte.

—Perfecto, nos vemos allí. También me pasaré. Hasta luego.

Carlota se dirigió al juez y al letrado judicial para explicarles los hallazgos. Sin duda, el contenido del interior de la maleta era un cuerpo en avanzado estado de putrefacción. No le podía dar más datos. La maleta con su contenido la había enviado sin manipularla para que no se perdieran indicios. Ella se pasaría para ver la autopsia, y al finalizar, lo buscaría para ver si podía pasarle alguna información sobre la causa de la muerte. Mientras, el juez Fuentes había dado instrucciones a la policía para que se iniciase la investigación.

Eran casi las diez de la mañana cuando la comisión judicial entraba

al juzgado de nuevo. Sin percatarse de ello, Carlota estaba empapada, pero no quería perderse la autopsia, o al menos una parte de ella. Pensó que estaría bien ir primero a su casa a cambiarse de ropa.

Al conducir, una sensación de tristeza la invadía. El sonido de la carretera y el gris del cielo la acurrucaban en su abatimiento. La grotesca visión de la muerte sin sentido le inundaba el pensamiento.

Ver su nueva casa distrajo su mente. Había sido ardua su búsqueda. Les había llevado más tiempo del esperado encontrarla. En una ciudad turística costera, la vivienda era una asignatura complicada y, sobre todo, cara. Rocío los había ayudado. La imagen de Clara cruzó por su mente. La apartó. No quería hundirse en la melancolía.

Después de casi desesperar tras visitar numerosas inmobiliarias, ella los había puesto en contacto con el dueño de este inmueble que no tenía puesto en el mercado, porque no se fiaba de los extraños. Era una casa de campo, de una sola planta con tres habitaciones y un jardín adecuado para que su perra Luna tuviese espacio, en las afueras de la ciudad por la carretera de Campillos, no lejos de su trabajo.

El aspecto cuidado, de pintura reciente y construcción sólida en un solo piso, les gustó. El dormitorio principal tenía una pequeña terraza donde Carlota pensaba desayunar, aunque todavía no la había estrenado. Fue al abrir la puerta de la cocina, en la parte posterior de la casa, cuando pensó que era la que quería, al ver que una ancestral y retorcida encina se erguía en el centro de un precioso patio. Y al fondo, un terreno liso donde pondría su ansiado huerto de tomates. Imaginó su vida en esa casa, y no lo dudaron.

Al abrir la puerta, escuchó el silencio. Llamó a Javier, pero no hubo respuesta. A Carlota le pareció extraño que Javier hubiese salido tan temprano. Pasaba mucho tiempo en la universidad, casi no lo veía.

En las últimas semanas, las mañanas que se quedaba en casa trabajando en sus investigaciones las había cambiado por su despacho de la facultad.

«Es normal que tenga que dedicarle más tiempo al comenzar un nuevo trabajo —se dijo—, nuevas responsabilidades, nuevos compañeros».

Desde que habían llegado, no habían tenido tiempo de hablar, ni de contarse las nuevas experiencias que cada uno vivía en sus nuevos trabajos. Necesitaba volver a la rutina de pareja. Los desayunos donde comentaban lo que tenían previsto hacer ese día o las cenas en las que descargaban el cansancio de lo vivido a lo largo de las horas. Un

mínimo de soledad se estaba instaurando dentro. Sin darle importancia, apartó esos pensamientos, aunque un punto de negrura quedaba marcado en su inconsciente.

Se asomó a la puerta de la cocina. El terreno del huerto estaba preparado. El fin de semana pasado lo había terminado de abonar con estiércol y removido con la motoazada. Por la tarde, iría a la Huerta de Carmen en Coín para recoger los plantones de los tomates huevo de toro que tanto quería tener.

«A ver cómo se me dan —pensó Carlota—. Aunque con los consejos de Carmen y Carlos, seguro que van bien». De todas formas, para asegurarse la cosecha, también plantaría tomates de pera y cherri, que eran más fáciles.

Tenía que volver al trabajo. El agua caliente sobre el cuerpo la sacó del letargo del cansancio de la noche. Se vistió rápido para volver al Instituto de Medicina Legal.

CAPÍTULO 9

UN PAÑUELO ROJO

A l entrar Carlota en la sala de autopsias, el cuerpo estaba abierto sobre la mesa metálica. El inspector Aranda se hallaba en la sala. Era el único que podía identificar Carlota a primera vista.

Sus dos colegas estaban con la bata, las mascarillas, los guantes y los gorros; casi no se los veía. Tras una segunda mirada identificó a sus compañeros Esteban e Isabel. En casos de muertes donde se sospechaba un homicidio o asesinato, la ley era nítida: tenían que realizar la autopsia dos médicos forenses. En ese momento, estaban los tres de pie. Centraban la atención sobre una mano.

—Buenos días otra vez, Jorge. ¡Cuánto tiempo sin vernos!—saludó Carlota.

El inspector inclinó la cabeza en señal de complicidad.

—Veo que habéis extraído el cuerpo de la maleta —le dijo a sus compañeros—. ¿Qué habéis encontrado hasta ahora?

Estaba impaciente por ponerse al día de los hallazgos de la autopsia, mientras respondía al saludo de los auxiliares con un gesto.

—Hemos sacado unas radiografías a la maleta antes de comenzar la autopsia. Están encima de aquella mesa, échales un vistazo por si ves algo.

—No veo objetos metálicos, como un proyectil, que nos hagan sospechar de algún disparo de arma de fuego. Parece que tiene fracturas costales —respondió Carlota mirando las radiografías en el negatoscopio de la sala.

—Sí, te cuento. Hasta ahora sabemos que es el cadáver de una mujer, aparentemente joven, de pelo negro, que estaba desnuda. Tiene múltiples contusiones con equimosis por todo el cuerpo, aunque ninguna mortal. Por la putrefacción se aprecia poco, pero al realizar las incisiones tiene hematomas con infiltraciones hemorrágicas en cara, tórax, brazos y piernas —se adelantó a resumir Isabel.

—Vamos, que le han dado una paliza —dijo el inspector.

—Le hemos abierto y eviscerado la cabeza, el tórax y el abdomen. No tiene contusiones graves en los órganos internos, ni hemorragias parenquimatosas en cerebro, ni en pulmones, ni en las vísceras del abdomen. Efectivamente hay fracturas costales. Pero lo más importante es el cuello; alrededor había un pañuelo rojo. Cuando lo hemos quitado, hemos visto un surco de estrangulamiento, aunque es difícil asegurarlo por el avanzado estado de la putrefacción. Estoy empezando la autopsia del cuello, espero encontrar aquí la causa de muerte —terminó el médico forense resumiendo los hallazgos más importantes.

—¿Qué estabais mirando con tanta atención?

—Estábamos comentando cómo podemos identificar el cadáver. Parece que va a ser complicado averiguar de quién se trata. Me llevaré las falanges distales, para intentar la reconstrucción de las huellas dactilares, aunque va a ser muy difícil. Desde luego, lo vamos a intentar con un nuevo método que, aunque laborioso, está dando muy buenos resultados —reflexionaba el inspector, mientras observaba la protuberancia acartonada y ennegrecida que fueron los dedos, que ahora se asemejaban más a una rama seca y quemada.

—Eso es lo que decíamos, que las manos, al haber quedado al exterior, están en un proceso de destrucción muy avanzado. Jorge, también voy a extraer una muestra de músculo cuádriceps para la determinación de ADN, para que te la lleves —aclaró la médico forense.

—Me llevaré las muestras para ADN y las introduciré en nuestra base de datos de personas desaparecidas por si se hubiese denunciado su desaparición, porque lo de las huellas puede que no sea factible. ¡No os olvidéis de enviarme la fórmula dental! Por si nos ayuda a su identificación —les recordó el inspector.

—Quédate tranquilo, le hemos hecho la fórmula dental y en el momento que terminemos la autopsia te la enviamos por correo electrónico. De todas formas, si en algún momento te envían alguna fórmula dental de algún desaparecido, nos la envías y te la comparamos —aclaró.

Mientras, la médico forense disecaba por planos musculares el cuello. Cada músculo lo observaba y lo desinsertaba para ver cada una de sus caras para determinar si había infiltración hemorrágica.

La mirada de Carlota se detuvo en el cuerpo. La cara se había convertido en una macabra máscara oscura y abotargada, con una

marcada mueca de terror. El cuerpo era una masa deforme, hinchado, morado y verdoso, que había adquirido una extraña forma de estar encerrado en una maleta.

Siempre le venía un pensamiento a la cabeza ante un homicidio. Su trabajo era enfrentarse al daño que producía el ser humano. Había trabajado como médico clínico, donde se había enfrentado a la enfermedad que era un enemigo muy duro. Ahora, como médico forense, su lucha aún era más dura, enfrentarse al daño que produce la maldad. El daño producido por el ser humano. En este caso era el daño extremo, la muerte.

—Carlota, mira —exclamó Esteban sacándola de sus pensamientos —. Los músculos parecen que están infiltrados, pero ¡toca aquí!, hay fractura en la asta superior derecha del cartílago tiroides. Todo parece indicar que la han estrangulado. Enviaré muestras para poder confirmar que estaba viva en ese momento.

Pasaba su dedo enguantado sobre el hueso para que Carlota le imitara. La médico forense se acercó y notó bajo su dedo la superficie rugosa y áspera de las roturas traumáticas donde debía haber una superficie lisa y suave.

—También enviaré muestras de musculatura cervical por si, a pesar de la putrefacción, nos pueden confirmar que existe infiltración hemorrágica.

—Recapitulemos. Se trata de una muerte violenta, cuya causa más probable es la asfixia mecánica por estrangulamiento. En relación a la identificación, es una mujer, aparentemente joven, a la que hemos tomado las falanges distales para la reconstitución de las huellas digitales, muestras de ADN y la fórmula dental.

El inspector quería añadir su trabajo en la investigación:

—Otro dato importante que habíamos discutido antes de que llegases es la fecha de la muerte.

—La putrefacción estaba bastante avanzada, por lo que no se puede precisar mucho, pero se podría hablar de unas tres o cuatro semanas antes del momento de la autopsia. De todas formas, hemos tomado muestras de los gusanos y las larvas que tenía para poder acercarnos más a la fecha de la muerte —añadió Isabel, mientras revisaba los frascos de las muestras tomadas en la autopsia.

—Me llevaré la maleta para ver si podemos sacar alguna huella o cualquier otra pista —expresó el inspector mientras sacaba de su maletín un plástico nuevo y muy amplio para envolver la maleta.

Carlota empezó a acusar el cansancio de las horas de tensión de la madrugada anterior.

—Me voy, Jorge, ¿te ayudo con la maleta?

—No, gracias. Me voy contigo.

Al salir de la sala de autopsias y pasar por el despacho de la guardia, vieron una silueta conocida sentada delante de la mesa del funcionario de guardia del Instituto de Medicina Legal. Al oír unos pasos, su cabeza se giró, y reconoció a Rocío. Recordó la última vez que la vio en el velatorio.

—Hola, Rocío, ¿cómo estás?

—He venido por algunos objetos personales de mi hermana: su bolso, sus llaves. Me avisaron del juzgado y no he tenido fuerzas para venir antes. Estoy empezando a recoger sus cosas.

—Imagino lo duro que está siendo —articuló Carlota.

—Hemos terminado. Firme aquí, como que ha recogido los efectos personales de Clara Bermejo.

Rocío cogió una bolsa que estaba sobre la mesa, algo abultada por los objetos en su interior. Se levantó de la silla al mismo tiempo que el joven que estaba sentado a su lado. Carlota no se había percatado de su presencia.

Era delgado y algo desgarbado. Tenía cabellos castaños rizados, tan espesos que le formaban un casquete, con algunos bucles desflecados que le caían sobre las orejas, con una cara tostada y curtida por el viento. Los ojos eran inteligentes, con un destello de ironía, aunque apagados y hundidos. Su boca era carnosa y sensual, aunque todo traslucía una esencia de tristeza.

—Te presento a Pedro Quintero. Era la pareja de mi hermana. Se ha ofrecido a acompañarme.

—Este es el inspector Aranda.

Ambos se saludaron. Sin esperar respuesta y levantándose de la silla, Rocío Bermejo dijo:

—Me está ayudando a recoger la habitación de mi hermana. Me alegro de verte, Carlota. Inspector, adiós.

Desde la puerta, añadió al mirar al funcionario:

—Muchas gracias por todo.

Rocío se marchó, casi huyendo, para evitar hablar de su hermana. Carlota quedó pensativa, acompañada por un sentimiento de tristeza. La imagen del cuerpo de Clara en la mesa de autopsias le inundó la mente. Los recuerdos ocultos en lo más profundo querían salir.

Al llegar a su casa, buscó a Javier. Necesitaba hablar con él. Comentarle los negros hallazgos de esta autopsia. Lo buscó en su despacho, pero no estaba. Lo llamó por teléfono.

—¿Dónde estás? ¿Vienes ya a casa?

—Sigo en el despacho de la facultad. En diez minutos salgo.

—He tenido un día horrible y necesitaba hablar contigo.

—Termino rápido y me voy a casa. Dentro de media hora te veo.

—Vale. Un beso.

Carlota se tumbó en la cama. Estaba muy cansada. Cuando Javier llegó, la encontró dormida. No quiso despertarla. La tapó con una manta y comió solo.

CAPÍTULO 10

UN AMIGO

Noviembre de 2000

R

ecordaba el día que estaba delante del ascensor preparado para ir al «matadero», como él denominaba al colegio.

—Hola, gordo pijo.

Así era como le llamaban. Ese día se había descuidado. Siempre miraba a través de la mirilla de la puerta para asegurarse de que no había nadie. En su bloque vivían algunos compañeros de clase con los que no quería encontrarse. Era de la pandilla que le había pegado. Le miró asustado.

—Que no te voy a pegar.

Hizo el ademán de pegarle un puñetazo, parando el derechazo a escasos milímetros de su ojo derecho. Era enorme a su lado. Estaba en la misma clase, pero seguro que era repetidor, porque debía de ser varios años mayor que él.

—Oye, he echado un vistazo por la ventana y tienes algo que me interesa.

—¿Ah, sí? —pudo articular.

—Quizás podamos llegar a un acuerdo. Yo tengo algo que te interesa.

—¿El qué? —no se le ocurría nada.

—Tu seguridad. Yo te protejo y tú me das tu Scalextric. Un buen trato para los dos.

Se quedó pensativo. No se lo esperaba.

—Vale —aceptó con reservas.

—Dámelo.

—Pero si te lo doy y luego no me proteges.

—Te tendrás que fiar de mí. No tienes otra opción. Por cierto, me llamo Kevin, gordo pijo.

Y cumplió su promesa. Ahora, cinco años después, era su mejor

amigo. Esa tarde, después de fumar un porro y tomar unas cervezas, se pasaron por su casa. En su dormitorio se fumaron otro. Su madre se asomó:

—Hijo, no me gusta que fumes porros y menos en esta casa. Quiero que estudies y tengas un trabajo honrado.

—Déjame en paz, y dedícate a lo tuyo con el borracho de tu marido.

Al cerrar la puerta no se dio cuenta de la cara demacrada de su madre. A la semana murió. Sus últimos años le habían pasado factura. El médico dijo que era un infarto, que su corazón estaba enfermo. Pero él sabía cuál era la verdadera causa de la muerte de su madre, de su transformación y de su aniquilación.

CAPÍTULO 11

LOS DEDOS Y LA MALETA

A l terminar la autopsia, el inspector Jorge Aranda volvió a la comisaría provincial. Aparcó el coche policial cerca de la puerta que accedía a las escaleras. No usaba el ascensor, le producía claustrofobia. Sacó la bolsa del maletero con las muestras, subió de dos en dos los escalones y se deslizó lo más rápidamente que pudo a su despacho, para no encontrarse con nadie.

Al cruzar la puerta, la mano de su compañera Daniela se detuvo en su hombro:

—El jefe te busca.

Llevaba varios días esquivándolo, aunque sabía que tarde o temprano tendría que verlo. Sabía de qué se trataba y no quería hablar sobre el asunto. Como si no hubiese recibido el aviso, entró cerrando la puerta tras de sí.

Delante de la pantalla apagada del ordenador, Jorge Aranda veía su rostro reflejado en ella como una imagen incorpórea en un mundo paralelo. Su mente se retrotraía a varias semanas atrás.

Esa mañana de sábado se quedó dormido más tarde de lo habitual. No había dormido más de cuatro horas las noches anteriores. Amelia, elegantemente vestida, estaba delante de su café, untando la mantequilla sobre su tostada. Siempre le había gustado la expresión de su cara al poner los cinco sentidos en cualquier acto sencillo de su vida diaria. Los ojos azules, profundos y separados, debajo de unas cejas rectas, una boca bien conformada y su cabello rubio ceniza de aspecto cuidado —herencia inglesa por parte de su madre— le conferían un aire distinguido. Aunque también un cierto aire de reserva que imponía distancia.

Sin preámbulos y mirándole a los ojos, Amelia le soltó:

—Me voy.

—¿Adónde?

—Te dejo. He preparado dos maletas que tengo en la entrada. Más

adelante, enviaré a alguien por el resto de cosas.

—¿Así, sin más? Si tenemos problemas, por favor, vamos a intentar solucionarlos.

—No es cuestión tuya, es solo mía.

—Es verdad que hablamos menos. Lo siento mucho, pero es que tengo mucho trabajo. ¿Vas a tirar por la borda quince años de matrimonio?

Sus ojos estaban fijos en la taza.

—Está decidido. Tarde o temprano te enterarías. He conocido a alguien.

Se levantó, dejó el café y la tostada intactos sobre la mesa. Él oyó cómo se cerraba la puerta tras ella.

Hacía cuatro semanas y el dolor no disminuía. Lo que más le angustiaba, o lo que no podía soportar de sí mismo, era no haber podido reaccionar. No sabía, si súplica o despecho. Se quedó sentado, sin más.

Sabía que su jefe quería consolarlo y darle unos días de permiso. Él no quería. Prefería estar inmerso en su rutina y en su trabajo. Podía hacerlo. Tenía la mente algo espesa, pero necesitaba trabajar.

Al fijar la vista en las muestras, sonó el teléfono. Era el jefe. Con un movimiento rápido de la mano cogió la bolsa; mientras salía, el teléfono sonaba.

En el laboratorio, sentada en un banquillo en la mesa del fondo e inclinada sobre un microscopio, atisbó a su compañera Carolina.

—Buenas, Jorge. ¿Cómo estás?

—Bien. Te traigo varias muestras de una mujer no identificada. Son unos dedos del cadáver que estaba en avanzado estado de putrefacción. El médico forense ha estimado que llevaba tres o cuatro semanas muerta.

—¡Uf! ¡Están muy deterioradas! Va a ser difícil poder reconstituirlas. No es seguro que lo podamos hacer. Pero por supuesto lo vamos a intentar.

El tono de su voz estaba sobreactuado. Su redondeada cara pecosa, de aspecto infantil con sus rasgados ojos color miel y sus finos labios rojo oscuro, generalmente relajados, habían adoptado un gesto rígido.

«Todos lo saben», pensó Jorge.

—También te dejo muestras para que determines el ADN de la víctima. Y un detalle que debes conocer: el cadáver estaba en una maleta. Te la he traído por si pudiésemos encontrar alguna huella u

otro indicio del cabrón que lo ha hecho. ¿Cuándo vengo a preguntarte?

El inspector estaba junto a la puerta cuando articulaba sus últimas palabras. No quería estar el tiempo suficiente para que le hicieran preguntas.

—Dame dos semanas —escuchó la voz de Carolina cuando estaba fuera del laboratorio.

Volvió a refugiarse en el despacho. Encendió el ordenador para buscar en las bases de personas desaparecidas alguna mujer joven, de similar estatura y constitución, de ojos y pelo negros. La foto de la cara en la autopsia no servía para identificarla. El rostro inflado y negruzco, con los ojos protruidos como un reptil, no se parecía a su imagen cuando estaba viva. Las imágenes pasaban delante de sus ojos. Seleccionó a cinco mujeres que tenían datos parecidos a los que comparaba, imprimió los expedientes y los guardó en una carpeta.

Cogió su coche y condujo sin rumbo.

CAPÍTULO 12

EVELYN

Está oscuro. Tiembla. El suelo parece frío. No puede respirar, son como agujas clavadas en su pecho. Se toca la cara. La siente húmeda. Es sangre. Al rozar la nariz hinchada y torcida, se le escapa un quejido de dolor. La mano ensangrentada se apoya en la pared para no desplomarse.

No sabe el tiempo que ha pasado encerrada en el sótano. No siente el dolor de los golpes, solo el dolor que presiente de no volver a ver a su hijita Paulina. Vino para ganar plata, para sacarla de la pobreza. No puede evitar la rabia: «Ese malnacido me engañó con promesas de trabajo».

Oye cómo alguien baja las escaleras. En la penumbra lo ve acercarse. «Otra vez golpes, no lo podré soportar». Esta vez le ata las manos, pero antes se revuelve y puede arañarle los brazos. No se puede defender. Siente cómo la penetra y le rodea el cuello con un pañuelo. Cada vez siente que le aprieta más. Su mano le tapa la boca con fuerza. No puede respirar.

«Virgencita, ayuda a mi hijita». Su último pensamiento.

CAPÍTULO 13

SEGUNDO CADÁVER EN UNA MALETA

E

ran las tres de la tarde del viernes, cuando Carlota salía del juzgado. El teléfono móvil sonó. Era Javier.

—Hola, Carlota. Me quedo a comer en la facultad. Tengo mucho trabajo.

—Pero hoy es viernes, ¿no puedes descansar?

—Tenemos que entregar un proyecto urgente. Nos vemos en casa. Un beso.

Otra vez comería sola.

En las últimas semanas comía todos los días fuera. Antes, las comidas eran los momentos de más complicidad en la pareja.

Echaba de menos la vida en el pueblo. El ritmo pausado y los momentos detenidos en el tiempo. La ciudad había producido un cambio paralelo en el ritmo de la pareja. De una agradable monotonía de momentos compartidos, a un ritmo acelerado de momentos independientes. El traslado había sido importante en la vida profesional de Javier. Se le veía satisfecho y según le decía, cumplido el sueño de trabajar en la universidad. Con eso, era suficiente para Carlota.

Esto no impedía que sintiera que algo se perdía. Los comentarios de los detalles cotidianos, de las pequeñas dudas que surgían en el trabajo, se quedaban en el silencio de la noche. Al final del día, el cansancio los vencía.

No quería comer sola.

Recordó que su compañera Regina estaba de guardia. Solía comer alrededor del juzgado.

En la siguiente rotonda, giró su coche para volver al despacho. Marcó su móvil con el manos libres del coche.

—Hola, Regina. ¿Estas por aquí? ¿Comemos juntas?

—Acabo de llegar de un levantamiento. ¿Nos vemos donde comimos durante la última guardia?

—Sí, en cinco minutos llego. Espero que no sea un cadáver en putrefacción.

—No, es peor. Es un homicidio. Ahora te cuento.

—Pues me toca a mí mañana. Estoy de guardia de autopsias —contestó Carlota, mientras aparcaba su coche de vuelta al juzgado.

Se sentaron en la mesa de la esquina más apartada. Regina comenzó a hablar del levantamiento del cadáver.

—Me avisaron sobre las nueve porque habían encontrado una maleta sospechosa. Y comprobamos que dentro había otro cadáver de mujer.

—¿En similares circunstancias? Yo hice el levantamiento del otro.

—Sí, me acuerdo. En este lo que pudimos averiguar fue que un joven que paseaba a su perro por un descampado del polígono industrial Guadalhorce, vio cómo este salió disparado hacia un objeto. El perro no se separaba. Al acercarse, una maleta negra estaba en el suelo. Aunque no la había tocado, le pareció sospechosa la mancha de tonos carmesí sobre la que estaba apoyada, parecía sangre, y llamó a la policía.

—¿Estaba enterrada como la anterior?

—No, estaba escondida detrás de un gran depósito, que antes debía de ser de agua.

—Qué raro que no la enterrasen.

—No es raro si te cuento. Nos llamó la atención una pequeña excavación al lado de la maleta con una pala tirada a varios metros. La hipótesis es que el asesino, o asesinos, hubiese empezado a enterrarla, cuando algo o alguien los sorprendió.

—Parece la misma forma de actuar.

—Sí. La policía se ha llevado la pala para poder sacar huellas en el laboratorio. El cuerpo estaba dentro de la maleta, como la otra vez.

—¿Envuelto en una bolsa y en posición fetal?

—Así es. Cuando llegué, habían abierto parte de la cremallera y hecho una pequeña apertura en la bolsa para confirmar que había un cuerpo. La terminé de abrir para dejar al descubierto el cuerpo. Esta vez era de día, y los rayos solares nos permitieron ver el cadáver desnudo de una mujer, en posición fetal, en el interior.

—¿Era reciente o estaba en putrefacción?

—Era un cadáver reciente. El cuerpo estaba apoyado en el lado izquierdo, y dejaba ver la parte externa de su brazo derecho y su pierna. La piel era de un ligero color dorado y tenía manchas moradas

dispersas por su cuerpo. Además, alrededor de la muñeca derecha, una zona rojiza delataba que la habían tenido atada.

—¿Tenía golpes en la cara?

—Al mirar no se veía porque tenía la cara tapada por el pelo. Lo aparté con cuidado para no perder pruebas, y vimos equimosis en los párpados del ojo derecho que continuaba por la mejilla. La nariz, deformada y casi aplastada, estaba llena de coágulos. Debía de haber sangrado bastante.

—Esa sangre debió ser la que alertó al que encontró la maleta —comentó Carlota—. Debía de haber encontrado un resquicio en su envoltorio porque había conseguido salir fuera de la maleta y mancharla.

—Le tomé la temperatura rectal. Vi la evolución de las livideces cadavéricas y el *rigor mortis* para ayudar a establecer de forma preliminar la data de la muerte. Era una de las cosas que más me preocupaban.

—Sí, eso es fundamental hacerlo allí, sobre la marcha. Cuanto más cerca de la muerte, mejor. Cuando el cadáver entra en la cámara frigorífica se pierden esos datos y no se puede determinar cuándo se produjo la muerte.

—No fue nada fácil: el cadáver estaba dentro de una maleta y no queríamos que desaparecieran indicios —continuó Regina—. Las livideces cadavéricas estaban en proceso de fijación. Tenía algunas en la parte posterior y otras en la parte izquierda.

—¡Qué curioso! Eso indica que la movilizaron unas horas después de su muerte. ¿Y la rigidez?

—¡Qué impaciente, Carlota! No había terminado. Con la evolución del *rigor mortis* y los datos de la temperatura rectal, la data es de unas doce a dieciséis horas anteriores. Te lo dejé explicado en el protocolo.

La data de la muerte era una pieza clave en cualquier investigación: el punto de coincidencia en el tiempo del agresor con su víctima.

—Con todos los datos que recogimos en la escena —prosiguió Regina—, la primera hipótesis era que esa noche, tras la paliza, se había producido la muerte. Habían esperado unas cuantas horas hasta la madrugada donde el cuerpo había estado tendido, y luego la metieron en la maleta para enterrarla en esa zona.

—Eso es importante, Regina. Sabemos entonces que la movieron.

—Eso parece. La Policía científica acordonó la zona para buscar

indicios, aunque resulta difícil. Es una zona muy transitada, tanto de día por los trabajadores del polígono, como por las noches en una actividad más oculta tras el negro de la noche. En cuanto a huellas, había infinitas, y en cuanto a muestras biológicas, innumerables los condones, pañuelos de papel y otros elementos parecidos que encontraron.

—¿Hiciste alguna foto? —preguntó Carlota.

—Sí, te las he enviado al correo. He dejado para el final lo más importante. ¡Tenía un pañuelo alrededor del cuello! Pienso que la causa de la muerte es estrangulamiento, aunque mañana lo comprobarás.

—¡Entonces va a estar relacionado con la víctima anterior! Bueno, mañana tengo trabajo. A ver si se puede identificar a esta víctima.

—Mañana me comentas.

—Sí, pero hoy vamos a dejar de hablar del trabajo y hablemos de otra cosa. ¿Cómo va la bronquitis de tu hija?

—Mucho mejor. La tuve que dejar esta mañana en casa de mi madre, pero me ha dicho que ha dormido toda la mañana y que no tiene fiebre. Luego la recojo, que Carlos habrá llegado del trabajo —respondió Regina preocupada.

—¿Vas a tomar postre? —sugirió Carlota que no podía terminar de comer sin algo dulce.

—No quisiera, pero… ¿Y si compartimos algo?

—¿Qué te parece una milhoja de crema?

—Me gusta mucho. ¿Qué tal tu adaptación aquí? —se interesó Regina.

—Bien, en general. Estoy muy contenta en el trabajo. Es genial tener compañeros para comentar los casos complicados, pero en cuanto a mi vida con Javier, no estoy tan segura.

—¿Con Javier? ¡Si sois la pareja más unida que conozco! —exclamó Regina sorprendida.

—Desde que vivimos aquí, tengo la sensación de que nos estamos distanciando. Compartimos menos momentos juntos. Él se pasa todo el tiempo en la universidad.

—Eso es normal, acaba de llegar, adaptarse requiere tiempo. Supongo que este trabajo no tiene nada que ver con el de antes.

—Creo que tienes razón. Será que yo estoy más susceptible y lo necesito más a mi lado.

—No creo que haya motivo para preocuparse. Estoy segura de que

en cuanto pasen algunos meses se habrá adaptado y volveréis a ser la pareja de siempre —comentó Regina para tranquilizarla.

—Sí, seguro que es eso.

Carlota no quería seguir hablando de Javier. Regina tenía razón, era solo el proceso de adaptación. Sin embargo, su intuición le decía que había algo más.

CAPÍTULO 14

OTRO PAÑUELO ROJO

Antes de comenzar la autopsia de la mujer de la maleta, Carlota se dirigió al despacho de guardia del juez Fuentes. Al ver que alguien estaba sentado enfrente de su mesa, se dispuso a marcharse.

—Carlota, no te vayas. Es el inspector Aranda, que ha venido a saludarme y comentar algo sobre la primera víctima que apareció en la maleta —escuchó decir Carlota cuando cerraba la puerta para dejarlos hablar. No quería entretenerse, pero se volvió.

—Buenos días. ¿Qué tal, Jorge? Me quedo dos minutos, que tengo que empezar la autopsia de la otra víctima que ha aparecido en una maleta.

En ese momento Carlota se fijó en su cara. Lo había visto en el levantamiento de Clara y en la autopsia con mascarilla, pero no había percibido el color cerúleo y los grandes cercos oscuros alrededor de sus ojos. La expresión de hombre satisfecho con la vida había desaparecido. Una sombra de ansiedad y tristeza se asomaba en su rostro. Su intuición médica le dijo que pasaba algo doloroso en su vida. Prefirió no comentarlo, ya se lo preguntaría si se presentaba la ocasión. Aunque era un buen compañero, no tenían confianza para confidencias. Si necesitaba algo, sabía dónde encontrarla. Las palabras del inspector cortaron sus pensamientos.

—Venía a deciros que estamos reconstituyendo las huellas de la primera víctima y parece que va a ser posible introducirlas en las bases de datos.

—La víctima que tengo en la sala de autopsias es un cadáver reciente, con lo que podremos obtener las huellas digitales. Parece el mismo *modus operandi.*

—Sí, a mí también me lo parece —dijo Aranda—. Estamos contrastando el ADN de la primera víctima en la base de datos de personas desaparecidas en España, aunque no nos ha salido nada, por ahora. Después lo cotejaremos con mujeres desaparecidas extranjeras.

En cuanto lo tengamos, se lo pasaremos a Homicidios que lleva el caso. Os presentaré al nuevo inspector de Homicidios.

—Muchas gracias por la información —le contestó Carlota—. Me voy a hacer la autopsia. El día se presenta complicado.

Carlota se dirigió a la sala de autopsias, sin escuchar unas palabras que el inspector le dirigía. Allí estaba su compañero Esteban, vestido con bata y mascarilla.

—Mira las radiografías. No hay proyectiles ni otros objetos metálicos.

Carlota se acercó al negatoscopio. Miró las radiografías con cuidado.

—Parece que hay una fractura nasal, y fracturas del arco anterior de algunas costillas derechas.

—Lo veremos mejor en la autopsia.

La maleta estaba sobre la mesa. Era negra, de material flexible y algo deformada en dos de sus ángulos opuestos. El tamaño grande, de las mayores que había visto Carlota. Igual que la maleta de la víctima anterior, resultaba suficiente para contener un cadáver de mujer, no muy robusto.

Antes de tocarla, empezaron a hacer las fotografías desde todos los ángulos. Anotaron cada uno de los laterales, así como cada uno de los detalles, de las manchas y de los desgarros.

Carlota acercó una lente sobre la superficie: no podía dejar escapar ningún indicio. Su mirada se detuvo en la parte inferior de la maleta, donde estaban los ruedines. Había algunos restos de tierra húmeda, marrón y pastosa, igual a los que manchaban las paredes. Se acercó un poco más. En las zonas más profundas de las ruedas había restos que parecían arena clara, fina y grisácea que parecía de otro terreno.

—¡Qué interesante! Esto nos indica el recorrido de esta maleta. La han arrastrado en otro lugar. Y coincide con los indicios que Regina ha encontrado en el levantamiento de que la muerte se produjo en un sitio diferente.

Carlota estaba tan absorta con sus pensamientos en la toma de muestras, que no percibió la llegada del inspector Aranda, que se había colado en la sala de autopsias, prácticamente detrás de ella.

—Cuando terminéis con la maleta, me la llevaré para intentar ver si hay alguna huella.

—¡Vaya, Jorge! No me has dicho que venías, pensaba que enviarías a alguien —dijo Carlota.

—Claro que te lo he dicho, pero has salido disparada del despacho del juez Fuentes, y no me has escuchado cuando te decía que había venido a la autopsia. He pasado a saludarlo y rememorar cuando estábamos juntos en su primer destino.

—Estaba recogiendo muestras que parecen de dos localizaciones diferentes. Mira esta arena, es fina, clara y grisácea, distinta a estas otras manchas de la superficie de la maleta donde estuvo apoyada, y que también están en las ruedas: son de la tierra marrón y gruesa del terreno donde encontraron la maleta —dijo Carlota mientras recogía las muestras.

—Esto nos puede orientar para decirnos en qué lugares ha estado la maleta —añadió Aranda.

—Si el crimen se ha cometido en otro lugar, que parece lo más probable, esto nos puede dar pistas de la zona donde la han asesinado. Sería conveniente compararlas con las del terreno donde ha aparecido y con los lugares donde sospechéis que puede haberse producido la muerte.

Carlota levantó la tapa. Apareció el envoltorio, una bolsa de plástico, cortada de lado a lado, que dejaba ver el trágico contenido.

Bajo la luz de los focos de la mesa de autopsias, apareció el cadáver de una mujer desnuda en posición fetal. Su aspecto era de una mujer que tendría unos veinte años. La piel, aunque tendía a ser cerúlea para acompañar la parada de la circulación sanguínea, no llegaba a serlo porque mantenía un color miel, como un fino cuero deslustrado, interrumpido por un macabro estampado de hematomas por el brazo y la pierna derechos. Un mechón de pelo húmedo, color negro desgastado, tapaba el lado derecho de su deformada cara. Los ojos semiabiertos, con una mueca de sorpresa y rodeados de unos anteojos morados, se intuían debajo de la cortina capilar. Alrededor de su cuello, con dos vueltas, resaltaba un pañuelo rojo.

Ambos médicos forenses se miraron. Habían visto muchas escenas macabras a lo largo de su vida profesional, pero esta imagen perduraría en sus mentes. Tras varios minutos observando los detalles, empezaron con las fotos antes de sacar el cuerpo de su encierro.

Los auxiliares, con un cuidado extraordinario, sacaron el cadáver de la maleta y lo depositaron en la mesa de autopsias. El cuerpo permanecía en la misma posición fetal, apoyado sobre el aluminio en el lado izquierdo. La rigidez cadavérica reproducía la posición del cautiverio en la maleta. Un reguero de sangre salía desde su

deformada y aplastada nariz, y recorría la amoratada e hinchada mejilla izquierda.

Mientras Esteban hacía las fotos, Carlota extendió las cuatro extremidades, muy despacio. La rigidez estaba en su máxima intensidad.

Al quedar el cadáver con los cuatro miembros extendidos, lo colocaron en decúbito supino, como si estuviese dormida. Al pesarla y medirla, confirmaron su frágil complexión: tenía una altura de un metro y cincuenta y siete centímetros y el peso sobrepasaba ligeramente los cincuenta kilos.

—No está identificada. Además de tomarle las huellas dactilares, habrá que buscar cualquier detalle que nos pueda ayudar —susurró el inspector Aranda.

Permanecía de pie junto al cadáver. No quería importunar, pero tampoco que los médicos forenses olvidasen los datos que hacían falta a la policía para comenzar la investigación.

—Vamos a buscar algún detalle como cicatrices, lunares o tatuajes, que os pueda ayudar a identificarla.

Carlota no pudo evitar plasmar un cierto matiz de reticencia en sus palabras. No le gustaba que interfirieran en su trabajo.

El inspector no se dio por aludido y continuó con sus cuestiones:

—Lo primero que veo es que los rasgos faciales, aunque están muy deformados, y su larga cabellera negra apuntan a un origen sudamericano. ¿Qué os parece?

—Puede ser —respondió Carlota absorta en su trabajo.

—Me llevaré una foto para identificarla, aunque tiene la cara bastante deformada. No sé si servirá. La buscaremos en las bases nacionales y luego haremos una orden internacional de búsqueda empezando por los países de Sudamérica —concluyó el inspector para intervenir en su cometido y no dejar pasar la aportación de su trabajo.

Carlota inspeccionaba cada centímetro de la piel.

—Tiene una cicatriz infraumbilical en la línea media. Lo más probable es que sea de una cesárea. Jorge, puede ser un dato importante cuando contactéis con la familia. Si la tiene, claro.

El tono de la última frase sonó muy bajo. No quería ser negativa.

—Por favor, ¿le dais la vuelta? —pidió Esteban a los auxiliares.

Al exponerse a la luz de los focos la parte posterior de su cuerpo, un tatuaje se entreveía en el cuello. Carlota apartó el cabello. Era de unos diez centímetros: una mujer con un manto, que mirándola con

más detalle parecía la imagen religiosa de una Virgen. Carlota le hizo una foto. Mientras lo describía en sus notas, el inspector se acercó para fotografiarlo.

—Esto nos puede dar algún dato de su procedencia.

—Esteban, mira —dijo Carlota—, las livideces cadavéricas tendrían que estar en el lado izquierdo según encontramos la maleta, pero aparecen tanto en la espalda como en el lado izquierdo.

—Tienes razón. Han movilizado el cadáver unas horas después de la muerte.

—Parece lo más lógico. La han matado en algún lugar y luego la han introducido en la maleta.

Carlota despejó la cara apartando los cabellos que la cubrían.

Apareció lo que se intuía con solo ver un lado de su cara. Lo que debieron ser unos grandes ojos oscuros y almendrados se habían convertido en opacos, llenos de sorpresa y terror, rodeados de dos hinchados anteojos morados, que casi enterraban los globos oculares, dejándolos semiabiertos. La nariz, deformada y aplastada, con el labio superior muy hinchado y surcado por dos heridas sangrantes, le daba un aspecto de boxeadora fracasada.

Al llegar a los brazos, el cadáver tenía un surco morado, arrugado y fino que rodeaba las muñecas. Carlota se lo mostró al inspector.

—Le ataron las manos para dejarla inmovilizada y luego las liberaron para meterla en la maleta.

—Carlota, voy a ir anotando las lesiones de la cara —intervino Esteban—. La nariz está rota: hay crepitación al palparla. También hay hematomas en los brazos y las piernas de diferente aspecto cromático.

—Le han dado golpes durante varios días —aclaró Carlota.

Algo le llamó la atención en la cara. Con las lesiones más visibles, había pasado por alto unas pequeñas erosiones con forma de media luna a un lado de la boca.

—Esteban, ven un momento. Mira estas lesiones. ¿Qué te parecen?

—Son marcas ungueales. ¿Es lo que sospechabas?

—Sí. Mira estas equimosis redondeadas alrededor de la boca.

Carlota le señaló las lesiones, mientras Esteban hacía uso de unas pinzas para dejar al descubierto las zonas moradas de la parte interna del labio superior.

—Hay en la parte superior y en la inferior de los labios.

—Mientras la asfixiaban apretando el pañuelo en el cuello, también

le tapaban la boca para acallar sus gritos.

Ambos se miraron. Aunque estaban acostumbrados a escenas de muertes violentas, reconstruir los últimos momentos de la vida de la víctima, y su sufrimiento, les dejaba un velo de oscuridad en su interior, conscientes del lado malvado del ser humano.

Tenían que seguir.

—Mientras escribes las lesiones externas, voy cortando las uñas.

Esteban se dispuso a cortarlas de cada uno de los dedos de ambas manos del cadáver. Con cuidado las separaba en dos recipientes, por si, en los últimos momentos de desesperación, la víctima hubiese arañado a su asesino, arrancando algún tejido y guardando bajo sus uñas el ADN que permitiera identificarlo.

—Vamos al cuello para retirar el pañuelo y describir las lesiones.

Cuando cada uno terminó lo que estaba haciendo, se colocaron a ambos lados del cadáver. Carlota retiró el pañuelo muy despacio:

—El pañuelo es rojo, de nailon, tiene dos vueltas al cuello y termina en un nudo. Mira, es un lazo doble de corbata. Lo pongo en la mesa para que lo fotografíes.

Tras la foto, recorrió la superficie. Algo le llamó la atención. Eran unos cabellos cortos y negros. Con unas pinzas los cogió e introdujo en un envase. El pañuelo también lo envasó por si aparecía algún indicio que perteneciera al asesino.

Ambos se centraron en las lesiones que aparecieron en el cuello. Carlota iba escribiendo.

—Surco de estrangulación alrededor del cuello de entre seis y ocho centímetros, doble, en todo el contorno.

Al terminar, Carlota dejó las notas y se puso unos guantes.

—Vamos a tomarle muestras vaginales y anales, para confirmar si ha habido violación.

Comenzaron el examen de los órganos internos.

—Empezamos por la cabeza. Hay infiltrados hemorrágicos que se corresponden con las equimosis de la cabeza y la frente. No hay hemorragias dentro del cerebro. Los golpes no fueron mortales.

Extrajeron y fotografiaron una a una las vísceras. Luego las seccionaban para ver su interior.

El sudor corría por la frente de Carlota. Llevaban más de tres horas de autopsia. El cansancio empezaba a asomar, conforme la adrenalina bajaba de nivel. Les quedaba por analizar el cuello, donde probablemente encontrarían la causa de la muerte. Cogió el bisturí y

realizó una incisión medial desde el mentón hasta unirse con la anterior que se deslizaba hasta el pubis. Al dejar al descubierto el músculo esternocleidomastoideo izquierdo, Carlota afirmó:

—Se va a confirmar el estrangulamiento como causa de muerte. Tiene un infiltrado hemorrágico en el tercio medio del músculo.

Colocados ambos a cada lado de la mesa de autopsias, iban disecando muy cuidadosamente los músculos del cuello, hasta dejar a la vista la faringe y la tráquea. Cortaron a nivel de la boca, y pusieron el paquete cervical sobre la mesa.

—Hay infiltrados hemorrágicos en la retrofaringe y en la base de la lengua. Tiene una fractura con infiltración hemorrágica en el asta superior izquierda del cartílago tiroides. Hago un corte aquí para que se vea mejor. Por favor, Carlota, haz una foto.

—Enviamos para estudio los músculos y los órganos donde hemos encontrado los infiltrados. Casi hemos terminado. Voy a repasar las muestras para comprobarlas.

Mientras salía de la sala, Carlota le dijo a su compañero:

—Llamo al juez para ponerlo en antecedentes sobre lo que hemos encontrado en la autopsia.

—Mientras tanto pasaré las fotos al ordenador —le contestó su compañero Esteban.

Estaban tan concentrados en la autopsia que se habían olvidado del inspector.

—Me voy también —dijo—. Me llevo una foto de la cara y las huellas para poder identificarla. Voy a ver si mis compañeros han encontrado algo en las cámaras de alrededor. Como sabemos la hora y el día, revisaremos lo que se ve.

Dejaron a los auxiliares cerrando el cadáver. Carlota llamó al juez Fuentes para ponerlo al corriente de los hallazgos más importantes. La paliza, la causa de la muerte por estrangulamiento y la toma de muestras para comprobar la violación.

Se cambió en el vestuario y se despidió de su compañero Esteban.

Al salir por el pasillo se encontró de frente con el inspector Aranda. Su cuerpo encogido y su mirada baja animaron a Carlota a preguntar cómo estaba. Como médico, podía interesarse por su salud, aunque no fuese la física.

—¿Cómo estás, Jorge?

—Bien.

—Te he notado algo cansado. ¿Estás enfermo?

—No, que yo sepa. Es que no he dormido muy bien en las últimas semanas.

—¿Te pasa algo? —insistió Carlota.

—Bueno, te lo diré. Tarde o temprano te enterarás. Mi mujer me ha abandonado. Y lo peor es que no me lo esperaba.

Lo había dicho en voz alta. No se había confesado antes, ni a sí mismo. «Delante de un médico, parece que tenemos obligación de decir la verdad», pensó Jorge.

—Lo siento mucho. ¿Te puedo ayudar en algo?

—No, gracias. Lo llevo lo mejor que puedo. Pienso que poco a poco se irá pasando. De todas formas, gracias por interesarte.

—Hemos sido buenos compañeros en los primeros levantamientos , y cuando llegué me ayudaste en el trabajo —dijo Carlota con una sonrisa, para apoyarle y hacerle ver que le apreciaba—. Sabes dónde estoy por si necesitas algo.

—Lo sé.

Tras una mirada que reflejaba su agradecimiento, se alejó de Carlota.

Al sentarse en el coche, ella también notó el cansancio. Tampoco estaba en su mejor momento. Además, se sentía muerta de hambre. Eran más de las cuatro de la tarde. Vio en el móvil que tenía una llamada perdida de Javier. No le había dejado mensaje. Mientras salía del juzgado, lo llamó con el manos libres del coche.

—Acabo de terminar, voy para casa. Estoy hambrienta. ¿Has comido?

—Estoy comiendo, pero no estoy en casa. Me llamaron mis compañeros, porque teníamos que comentar algunos aspectos del proyecto, y estamos tomando algo.

—¿En sábado? ¿Tan urgente es? —preguntó Carlota sorprendida.

—Lo tenemos que entregar el lunes y había algunas dudas que resolver.

—Yo voy para casa, comeré y descansaré algo. Estoy cansada. Nos vemos luego. Un beso. Adiós —cortó la conversación con un punto de enfado en el tono.

—Adiós.

Carlota quería llegar a su casa. Quería desconectar de la sensación de tristeza que le embargaba. La autopsia. Había visto muchas muertes violentas, pero esta le había entristecido especialmente. Era muy joven, había muerto sola, con un dolor infinito tras cada golpe

que la marcaba, posiblemente con una humillación cada vez que la penetraban, y con esa sensación de asfixia, de falta de aire, que la ahogaba cada vez que le apretaba el pañuelo en su cuello. No sabía quién era, no estaba identificada, pero había sido una hija, y quizá una madre, a quien alguien echaba de menos. En sus momentos de agonía se había sentido abandonada. Carlota no quería seguir pensando, quería desconectar, pero cada vez era más sensible al dolor de la víctima. Y a la tristeza de Jorge. Otra pareja rota. Cada vez que se rompía una pareja a su alrededor, sentía amargura. Otro proyecto deshecho. No quería pensar en el suyo.

Al abrir la puerta, con paso cansado, se dirigió a su huerto. Sin comer, con la visión de los pequeños plantones que empezaban a crecer y echar sus primeros botes, pudo cambiar su ánimo. Se quitó la chaqueta, y comenzó a entutorar las plantas. Había preparado unas cañas y las fue atando de tres en tres como si fuera un trípode. Cuando llegó Javier la encontró en el huerto y en ayunas.

CAPÍTULO 15

EL CINTURÓN

Mayo de 2005

Su brazo derecho asestaba un golpe tras otro en la cara de un individuo joven, casi un niño. Los músculos hipertrofiados de horas de gimnasio le respondían con una fuerza brutal. Lo sostenía con la mano izquierda del cuello de la camisa. A pesar de la oscuridad del callejón, podía ver el brillo de la sangre corriendo por la nariz y la boca.

—¡No quiero verte más por aquí, capullo!

Lo soltó y cayó como un saco de carne.

Entró por la puerta trasera del club. Las luces y la música a todo volumen lo volvieron a entonar. La imagen anterior se borró en un minuto. Al fondo, en la penumbra, vio a Kevin con dos chicas esnifando coca en un reservado. Al llegar dijo:

—¡Dadme mi parte! ¡Puta, dame eso! Que tengo que volver a la puerta a vigilar a estos mierdas.

De un manotazo le quitó los polvos y los aspiró. Volvía a estar a cien. Acercó su boca al oído de Kevin para asegurarse de que le escuchaba:

—No te vayas sin mí, que tenemos que follar con estas putas.

—¡Acuérdate de la última vez, cabrón!

—Unos cuantos golpes mientras follamos —respondió con una sonrisa sardónica.

—¡Qué! La dejaste medio muerta.

—Para eso están estas. Me voy al curro que tu padre me despide.

Dejó a la chica desnuda en la cama. «No se le nota mucho, para lo que me he divertido». La mancha de sangre en la almohada no era muy grande. El pelo le tapaba el ojo morado. La marca rojiza alrededor del cuello también le quedaba tapada a trozos.

Al llegar a su casa abrió con mucho cuidado la puerta de su

dormitorio. Le aterraba despertar a su padre. A los pocos minutos oyó:

—¿De dónde vienes a esta hora?

Lo voz avanzaba por el pasillo.

—Del trabajo, joder.

—¡No me hables así! ¡Qué respeto es ese a tu padre!

Apareció en el marco de su habitación. Entre sombras, desde siempre. Como en su infancia, el miedo le paralizaba. No lo comprendía. Su ira era impredecible y arbitraria. Cualquier situación trivial, un comentario inocuo o una opinión contraria, desencadenaba su furia y provocaba su estallido sin que hubiese refugio posible. Huía a su habitación mientras él le perseguía gritando. Debajo de la cama, mientras quería desaparecer, su mano le agarraba y tiraba hasta sacarle de su refugio. Con su cara feroz delante de la suya, hacía silbar el cinturón en el aire antes de que empezaran los golpes. Acababan tan de repente como habían empezado. Terminaba lanzándolo al suelo, allí lo dejaba. Como una basura. Él, que era el más fuerte, el que mejor pegaba, se quedaba quieto. No podía hacer nada. La angustia le invadía. Ahora, en el silencio de la noche, el silbido del cinturón llegaba a sus oídos de nuevo.

CAPÍTULO 16

UNA CENA DE AMIGOS

–Carlota, ¿qué tal el fin de semana?

Sentada delante del desayuno en la cafetería de detrás del juzgado, la voz de Regina la sacó de sus pensamientos.

—Ayer pude desconectar y estuve quitando malas hierbas en el huerto. Con el calor cada vez tengo más.

Su trabajo le gustaba, aunque a veces le calase en su alma un poco más de lo que ella quisiera.

—¿Hiciste la autopsia el sábado?

—Sí. Se han confirmado tus sospechas. La han estrangulado, después de haberle propinado una paliza y probablemente violarla —contestó Carlota.

—¡Qué horror! Nunca nos dejará de sorprender nuestro trabajo.

—Sí, es terrible.

—¿Qué tal si quedamos esta noche para cenar? —le preguntó Regina para cambiar de asunto.

—Hablo con Javier y te llamo. Tengo ganas de salir contigo y con Carlos, me lo pasé muy bien la última vez.

—¡Queda prohibido hablar de trabajo! También viene Rocío con Fernando.

—¿Cómo está?

—Muy deprimida, encerrada en casa. He conseguido que salga con nosotros esta noche. Hemos quedado en el centro, en el Refectorium, junto a la Catedral. Si te decides, cambio la reserva de la mesa para seis.

Carlota y Javier entraban en el restaurante cogidos de la mano. Se les había hecho un poco tarde. En una mesa, al final del restaurante, divisaron a sus amigos. Mientras saludaban, Carlota posó su mirada en Rocío. Con la luz íntima del restaurante, reflejaba un aspecto elegante, pero al mismo tiempo la envolvía un halo de reserva. Sentada, no se

percibía completamente su constitución alta y atlética. Al saludar a Carlota, esta vio una tristeza profunda que se reflejaba en sus ojos negros, aunque su boca intentaba sonreír. A su lado estaba Fernando, su pareja. Era muy atractivo, de aspecto muy cuidado, de músculos disciplinados, moreno, de labios gruesos, con ojos oscuros y mirada dura, con un hoyuelo profundo en el centro de su barbilla.

Durante la cena, la conversación se desarrollaba en un ambiente distendido y banal, aunque se podía percibir una ligera nota de teatralidad. Todos conocían las circunstancias de Rocío y querían distraerla. Los temas surgían y pasaban de unos a otros. Tras las copas, Carlota quedó atrapada observando a Fernando. Irradiaba educación, buenos modales, al mismo tiempo que ambición de poder, seguridad excesiva y opinión exagerada en relación con sus facultades. Le recordaba a Richard Gere en *Oficial y caballero*, guapo, atractivo, con un trasfondo de macarra. Tras un silencio en el que todos estaban absortos en sus platos, Fernando sacó el tema:

—Carlota, sé que no te gusta que hablemos de tus casos, pero me he enterado por la prensa de esos asesinatos de mujeres que se han encontrado en las maletas. ¡Qué horror!

—Solo te diré que he tenido muchos casos, y algunos muy trágicos, pero la autopsia de esta mujer me ha producido una tristeza muy profunda.

—¡Hemos quedado que no se habla de trabajo, estáis aburriendo a todo el mundo! —protestó Regina—. ¿Por qué no hablamos del próximo viaje que vais a hacer, Rocío? Nos contasteis el de Grecia de las pasadas vacaciones, ¡qué pasada! ¡Alquilar un barco privado para visitar las Cícladas!

—Sí, visitamos más de diez islas con sus playas casi vírgenes. Fue muy romántico, aunque a los pocos días pasó lo de mi hermana.

La oscuridad volvía a aparecer, a pesar de los esfuerzos de no aludir al tema.

—Me han comentado que hay discotecas cerca de aquí. ¿Qué os parece si tomamos una copa? ¡No digáis que no, me hace mucha ilusión! ¡Hace años que Carlos y yo no bailamos, y lo necesito!

Regina intentaba animarlos. Con la música estridente, se podían desvanecer las sombras.

Decidieron ir a Andén a tomar la última copa. Rocío no quería ir, pero tras mucho insistir, la convencieron.

Hacía años que Carlota no iba a una discoteca. Le entusiasmó la

idea. Recordaba como un lejano sueño la última vez que bailó con Javier, y le encantaba. Estaba muy cerca del restaurante en el centro de la ciudad. Una vez dentro, buscaron una mesa libre guiados por las pequeñas luces instaladas en el suelo, detrás de una camarera. Pidieron las copas, y sin llegar a sentarse, Regina y Carlos se fueron a bailar. La música a todo volumen no invitaba a la charla.

Carlota, con un *gin-tonic* en la mano, detuvo su mirada en Rocío. Además de apreciarla, la admiraba. Había sido una brillante estudiante de Derecho a la que habían solicitado los mejores despachos de abogados; sin embargo, había dedicado su trabajo y esfuerzo a una asociación que sacaba a mujeres de la prostitución, donde estaban literalmente prisioneras.

Se acordaba de las palabras de Rocío.

«Esas mujeres son engañadas y coaccionadas. Tienen que prostituirse para pagar las enormes deudas que contraen con el viaje a un sueño de una vida mejor. Reciben promesas de un trabajo estable en hoteles o restaurantes y con buenos sueldos para enviar a su familia. La realidad es muy distinta al llegar: encerradas en unos locales durante el día y por la noche ocupadas con los clientes, tienen que hacer servicios sexuales para pagar las deudas, para que no les hagan daño a ellas, pero lo que es más importante, a sus familias y a sus hijos, que han dejado en su hogar. Tienen que hacer muchos servicios, estar con muchos clientes cada noche, para poder pagar lo que les exigen».

Rocío se lo había explicado un día que habían quedado a tomar café. Carlota desconocía esta cara oculta de la noche. Ese día hablaron de sus preocupaciones, mientras surgía cierta intimidad entre ellas. Se acordaba de sus comentarios, de su mirada de mujer enamorada, de cómo describía a Fernando. Se le veía contenta, satisfecha con la relación, hasta que ocurrió la muerte de su hermana. Desde entonces Carlota la notaba cambiada. La mirada algo perdida, los silencios más largos.

Una voz conocida al lado de su oído se impuso sobre la música estridente de la sala:

—¡Hola, Carlota!

—¡Hola, Jorge! ¡Qué casualidad! ¿Qué haces por aquí?

—¡Igual que tú! Tomando una copa.

La voz achispada y alegre del inspector Aranda denotaba que no era la primera que se tomaba.

—Siéntate con nosotros.

—Solo un momento. He venido a saludarte, están esperándome.

—Esta es mi amiga Rocío: es abogada, supongo que la conocerás del juzgado; y este es Fernando, su pareja. Os presento a Jorge Aranda, inspector de policía.

—Me la presentaste el otro día en el Instituto.

Se saludaron. Entre oscuridad y destellos de luces de colores, Carlota percibió la mirada que se intercambiaron. En ese mismo instante, volvieron Regina y Carlos de bailar.

—¿Tú por aquí, Jorge? ¡Qué casualidad!

—¿Qué tal, Regina? Os dejo, que me esperan.

—¡Vale, señor importante! Adiós.

CAPÍTULO 17

La identificación

El inspector Aranda notaba el cansancio de las veladas nocturnas en su cuerpo. Al entrar en la comisaría, sintió la barba de varios días entre los dedos y un ligero escozor de las conjuntivas enrojecidas, mientras sus ojos se mostraban hundidos y cercados por un halo de oscuridad.

Su compañera, la agente Daniela Moreno, le había despertado temprano.

—Mueve tu culo a la oficina. Llevo toda la noche buscando huellas y tengo algo.

—¿No tenías otra excusa mejor para despertarme?

—Llevas varios días sin aparecer. El jefe me acaba de preguntar por ti.

—Deja de preocuparte por mí. Voy.

Aranda recordó el primer día de trabajo de la agente, al asignarle a su grupo de Policía científica. Tras oír unos tímidos golpes en su puerta, nunca hubiera esperado su sólida figura de más de un metro ochenta, ni su marcada musculatura que se percibía a través del uniforme. Era una mujer de aspecto fuerte, con rostro ancho de rasgos angulosos, donde destacaba el brillo de sus vivaces ojos y sus finos labios que a menudo mostraban una sonrisa. El pelo negro, siempre recogido en una cola tirante en la nuca, le hacía aún más rasgados sus ojos. En las escasas semanas que habían trabajado juntos ya sentía que era una pieza importante en el equipo por su minuciosidad y persistencia, aunque rayase la tozudez. Además, la apreciaba.

Inmerso en sus pensamientos, caminaba sin notar que algunas miradas se desviaban hacia él al cruzarse por los pasillos. Una vez sentado en su despacho, al minuto entró:

—¡Vaya aspecto!

—No duermo muy bien. ¿Qué tenemos? —el inspector no quería que la conversación se desviase a su vida privada y la centró en el trabajo.

La agente Moreno insistió.

—Estoy preocupada por ti. Yo lo he vivido con David, cuando se lio con su secretaria, y sé cómo lo estás pasando.

La mirada del inspector parecía traspasarla como una bala.

—No quiero entrometerme, pero esa no es la salida. Te veo por las mañanas y sospecho cómo pasas las noches.

—Dime lo que has encontrado —le dijo Aranda.

—Se trata de la segunda víctima de la maleta. He introducido las huellas y las características en las bases españolas y no he encontrado ninguna mujer desaparecida.

—¿La has pasado a la Interpol?

—Sí, he rellenado el formulario. La foto no creo que ayude mucho por lo deformado de su cara, pero les he pasado las huellas y los otros datos que tenemos: la cicatriz y el tatuaje. He investigado sobre la imagen de ese tatuaje. No de forma oficial, pero tengo algunos compañeros peruanos, colombianos y brasileños que conocí en una reunión de polis en Río de Janeiro el año pasado. Me han comentado que podría ser la Virgen de Chiquinquirá. Es la patrona de Colombia. Además, hay una pequeña ciudad con ese nombre al norte de Bogotá.

—Le enviaremos el formulario a todos esos países, pero nos centraremos en las autoridades colombianas. Solicita que nos envíen a las mujeres desaparecidas con características similares. ¡Buen trabajo! —la animó el inspector—. Voy a bajar al laboratorio, a ver cómo va la reconstitución de la huella de la primera víctima de la maleta. Parece que los dos asesinatos están relacionados y cuantas más pistas tengamos, antes encontraremos a su asesino.

—¡Tómate un café antes! —se despidió la agente Daniela Moreno.

«Será mejor que lo haga», pensó Aranda.

Con un primer impulso se levantó para ir a la cafetería del edificio. Al ir a salir de su despacho, con su mano rozando el pomo de la puerta, su mirada se detuvo en el cuadro de la foto de sus compañeros de la academia colgada en la pared. Vio su imagen con veinte años menos. La comparó con lo que había visto esa mañana en el espejo al lavarse los dientes. Ahora, era un hombre cansado, de ojos hundidos y boca retorcida de resentimiento contra el mundo. No le gustó. Mejor se prepararía un café soluble en el despacho. Mañana hablaría con el laboratorio.

Al día siguiente, de madrugada, la respuesta de las autoridades

colombianas apareció en el ordenador de la agente Daniela Moreno. Estaba adormilada, sentada en su mesa. Tenía que haberse ido a su casa hacía más de tres horas. Prefería estar trabajando, antes que estar sola en el salón de su apartamento con la televisión encendida. Esta semana a su hija María le tocaba estar con su padre. La separación había sido muy traumática, tanto para ella como para su hija. Tras firmar el acuerdo de divorcio, había decidido trasladarse a otra ciudad. Para ella, no lo suficiente lejos: estaba a una hora y media conduciendo de donde vivían antes, pero resultaba necesario para su salud mental y para que su hija pudiese ver a su padre con cierta frecuencia. Él se había quedado con la casa de Granada, pero no le importaba. Ella tenía a su hija. Habían acordado un régimen de visitas un tanto anárquico por los continuos viajes de trabajo del padre. Ahora estaba centrada en su hija y su trabajo. Desde que había ingresado en este grupo de Policía científica intentaba demostrar que era una más. Había llegado hacía pocos meses, y aún la estaban evaluando.

Al mirar el ordenador lo vio.

—¡Por fin lo han enviado! ¡Cinco mujeres desaparecidas! —exclamó Daniela.

Abrió cada uno de los formularios cotejando todas las características de las víctimas. La primera la descartó. Había desaparecido hacía diez años a la edad de treinta, por lo que en la fecha actual tendría una edad muy superior a la víctima de la segunda maleta. La autopsia había determinado que era más joven. La segunda tampoco podía ser por las características antropométricas, era de mayor estatura y complexión. La mujer que había aparecido era de una estatura menor y de estructura morfológica más pequeña.

Se detuvo al llegar a la tercera mujer. La denuncia procedía de la localidad de Chiquinquirá. Al leer ese nombre una llamada de atención apareció en su cerebro. Una mujer había denunciado la desaparición de su hija hacía tres meses. Leyó el informe. La tenían identificada.

Se percató del cansancio. Miró el reloj. Eran las siete de la mañana. Demasiado tarde para marcharse a casa y demasiado temprano para llamar al inspector Aranda. Le había llamado el día anterior con la excusa de haber encontrado una pista.

Mientras tanto, aprovechó el tiempo. Completó el formulario para la identificación con las huellas dactilares y contactar con las

autoridades colombianas para poner en conocimiento la muerte de la segunda víctima.

Para su satisfacción, a las ocho, el inspector Aranda entró en su despacho.

—Buenos días. Hoy eres tú la que tiene un aspecto deplorable.

—Me he quedado toda la noche trabajando.

—¿Tenemos algo?

—Sí, he identificado a la segunda víctima. Se trata de Evelyn Rodríguez. Nacida en Chiquinquirá. Tiene veintiún años. Su madre denunció la desaparición hace tres meses.

—¿Algún dato más?

—Todo coincide.

—No seas tan críptica —recriminó Jorge.

—En la denuncia, su madre cuenta que se había marchado a Bogotá para trabajar. Que había conocido a un hombre, del que se había enamorado, y que se marcharon fuera de Colombia a trabajar con un buen empleo. En la última llamada le había prometido que le enviaría dinero para ella y su hija.

—¿Tenía una hija?

—Sí. La había dejado a su cuidado. La llamaba todas las semanas. Por eso, después de varias semanas de espera sin recibir noticias, había denunciado.

—Vas a tener razón.

—Lo sé. En el informe la madre describe la cicatriz de la cesárea y el tatuaje de su cuello.

—Por lo que veo, también coincide en la edad, y los rasgos antropométricos —completó Aranda, que no quería dejar de aportar su olfato de policía.

—Mira la foto.

—Con lo desfigurado de su rostro no nos ayuda mucho.

—Para completar la identificación he solicitado el cotejo de las huellas dactilares con las autoridades colombianas —añadió Daniela.

—El siguiente paso es investigar cómo y cuándo entró en España. Ponte en contacto con la policía colombiana para comprobar los datos y si lo confirmamos, dar la noticia de su muerte a su familia.

—Me pongo a ello.

—No, vete a casa. Yo le paso la identificación a los de Homicidios. Tendrán que comunicarlo al juzgado para avisar a la embajada. Y ponerse las pilas para investigar el entorno y la vida de la víctima en

este país, reconstruir sus últimos pasos y poder llegar a su asesino.

El sonido del móvil les impidió terminar la conversación. Era Carolina, del laboratorio de identificación.

—Aranda, hemos rehidratado el dedo y logrado reconstituir la huella de la mujer con los dedos que nos enviaste en avanzado estado de putrefacción. Te las he enviado por correo electrónico.

Colgó el teléfono. El inspector abrió su ordenador e introdujo las huellas en las bases de datos.

—¡Joder! ¡Estamos de suerte! También tenemos las huellas de la primera víctima que apareció en la maleta. La voy a introducir en la base de datos por si tuviera alguna detención policial previa.

La agente Daniela Moreno volvió sobre sus pasos.

—No me voy todavía. Vamos a ver lo que sale. Creo que los casos están relacionados y si tenemos la identidad de las dos víctimas, hacemos los trámites de las dos al mismo tiempo.

En la pantalla apareció un rostro. El inspector se adelantó.

—¡Identificada! Las huellas coinciden con una mujer de nuestra base datos. Se trata de Gabriela Méndez. Nacida en Bogotá, de dieciocho años de edad. La tenemos identificada por una inspección que se hizo hace dos meses en la sala de fiestas Palacio de Venus. Era una de las mujeres que trabajaban allí.

—¿Era prostituta?

Daniela sabía que la deducción no era muy difícil, pero después de una noche de trabajo sin dormir, su mente aún no podía pensar con claridad.

—En el local figuraba como camarera, pero sabes lo que encierra esto. Me pondré en contacto con la Sección de Extranjería para que nos pasen toda la información. Según consta en el expediente, acababa de llegar a España en esas fechas. Se intentó que declarase contra el dueño del local, pero estaba muy asustada —Aranda leía entre líneas la información de la pantalla—. Sabes cómo esas mafias las amenazan a ellas y a sus familias.

—Sí, desde luego, van en serio. No sé lo que pasaría, pero podría ser que quisieran castigar a esta mujer. Algo que hizo o dijo no les gustó, y decidieron darle un escarmiento, para que a otras no se les ocurra hacer o decir lo mismo. O a algún cliente se le fue la mano.

—Mira esto, el último documento que aparece en la pantalla: es una petición de permiso de residencia tramitado a través de un despacho de abogados.

—Habrá que investigarlo.

El inspector Aranda empezó a ordenar la secuencia de sus acciones. Habían encontrado un camino por donde seguir una pista.

—Lo más importante es que hemos dado un paso importante en la investigación. Tenemos por donde empezar. Habla con la policía colombiana para recoger información sobre estas dos mujeres y ponernos en contacto con sus familias. Sabemos que hay una denuncia por desaparición de una de ellas, y habrá que comprobar si la otra también se ha denunciado —dijo el inspector pensativo mientras relacionaba en su mente los datos que iban recabando.

—Ahora mismo.

—Yo le paso los datos a Homicidios para que investiguen sobre estas dos víctimas. Serán importantes los últimos días antes de su muerte. Por los indicios que tenemos, parece que estos asesinatos están relacionados.

—Sí, yo también lo creo —añadió la agente al salir del despacho.

Era el turno del grupo de Homicidios, que continuarían con la investigación. El club donde había trabajado la primera víctima era un buen comienzo. El hallazgo de las identidades de las víctimas había elevado el ánimo que, hasta el momento, se encontraba bajo mínimos. No sentía el cansancio de las noches en vela; por primera vez desde que su mujer se marchó, volvía a disfrutar del trabajo. Había algo que lo impulsaba a ponerse en funcionamiento.

«Es un buen momento para comentar el caso con el nuevo jefe de Homicidios», pensó el inspector Aranda y se dirigió al despacho para transmitirle la información.

CAPÍTULO 18

UN NUEVO CAMINO

Mayo de 2006

La pesadilla volvió a despertarle. El sudor le empapaba. Era la misma siempre. Estaba en la piscina de su casa. Era niño, y su padre le cogía de la mano. Bajaban juntos por las escaleras y él se tumbaba sobre el agua. Empezaba a nadar mientras le sostenía, y él se sentía feliz mirándolo. Era su querido padre. Pero poco a poco su rostro se iba transformando, sus cejas se hacían espesas, sus ojos se agrandaban con una mirada feroz, la boca se llenaba de colmillos largos, y notaba como unas garras le sujetaban del pecho y le hundían en el agua. Mientas se asfixiaba, una carcajada siniestra le ensordecía sus oídos. Se levantó. Todavía tenía las pastillas que le había regalado su amigo Kevin. Con un resto de ginebra, se tomó tres. «Seguro que dormiré hasta el mediodía».

La rutina le marcaba el día a día. Su amigo Kevin, el alcohol y la coca se lo ponían más fácil. Como todas las tardes, estaba tumbado en un reservado con su amigo.

—Venga, tío, vamos a por unas birras.

—No, tengo que currar dentro de media hora. La última vez me dijo tu padre que me despediría si estaba borracho.

—¡No me jodas! Ahora te importa lo que diga mi padre.

—Necesito el curro, Kevin. Estoy sin pasta.

—Pero si yo te doy la que necesites.

—No, no quiero que me prestes más. Quiero irme de casa.

—¿Problemas con tu viejo?

—¡Métete en tus asuntos!

El odio inundó su cuerpo, la ira subió a sus ojos. No podía controlarlo. Con solo nombrarlo se transformaba. Desvió la mirada para que su amigo Kevin no lo viese. El local estaba vacío y en penumbra. En pocos minutos aparecerían las chicas para ponerse en la

barra a captar clientes y encenderían los neones de colores. Al abrirse la puerta de entrada, entraron los últimos rayos de la tarde. Una figura negra se dibujó y entró. Se dirigió a ellos.

—Buenas tardes, Kevin. ¿Está tu padre?

—Sí, en la oficina.

—Gracias. ¿Estás estudiando?

—Sí, mi padre paga la Universidad Europea en Madrid. Quiere que le ayude en sus negocios. Pero yo paso.

—Estudiar es importante. Si lo haces, llegarás lejos.

—Estoy lejos, hago lo que me sale del... —se contuvo al ver con quién estaba hablando. No era uno de sus colegas.

—Lo dices porque tienes lo que te da tu padre, pero algún día tendrás que valerte por ti mismo.

Ni siquiera se dignó mirarlo, pero él *sí* lo reconoció. Había envejecido, pero su cara bronceada con la mirada aguda y la sonrisa de su boca no habían cambiado. Se dio la vuelta con gesto altivo, y se dirigió a las oficinas del club.

—¿Quién es ese tío tan elegante?

—Es el abogado de mi padre. Un tío poderoso. Inaccesible. Y te diré algo más.

Kevin acercó su boca al oído de su amigo.

—El que le soluciona los problemas a mi padre.

Su amigo permaneció en silencio. Y no le dijo que había reconocido a aquel hombre: era el que había transformado a su padre en un monstruo. El amigo que lo había traicionado. Su mente empezó a acelerarse. Los pensamientos se le sucedían uno tras otro. Tenía que llegar a él, destruirle y hacerle el mismo daño que le había infligido. En numerosas ocasiones había soñado con quitarle la vida. Maquinado mil formas de torturarle mientras gritaba que se arrepentía de lo que le había hecho a su familia. Poco a poco una idea fue bloqueando las demás. «Me ha mostrado el camino». Su única esperanza de sobrevivir era la venganza, y le acababa de mostrar el camino. Tenía que aplastarle en su terreno. Tenía que llegar a él. Salir de su mundo y subir al de él. No era torpe. Su madre la había contado que era un buen estudiante, que había cambiado cuando se mudaron a la nueva casa. Era el momento de cambiar el rumbo de su vida. Si quería

sobrevivir, tenía que empezar a caminar hacia un nuevo destino.

CAPÍTULO 19

EL ENCUENTRO

Carlota no podía dormir. Los días eran más largos y las primeras luces del día se anticipaban a finales de mayo. Se levantó y se puso su ropa de trabajo. El huerto cada vez requería más atención. Las plantas empezaban a tener más brotes perjudiciales y tenía que quitarlos, o *enmamonar* las plantas, como decía su amiga Carmen. Si los dejaba, los nutrientes, en lugar de ir al tallo principal, se perderían en esos brotes inútiles. Se concentró en quitar con cuidado los mamones, sin romper otros tallos. Las malas hierbas también crecían y había que arrancarlas. Con satisfacción, vio cómo las plantas empezaban a tener pequeñas flores amarillas en agradecimiento a sus cuidados. Con el ánimo más sereno, se vistió y se fue a trabajar. Estaba de guardia.

—Buenas, Ramón. Te traigo el informe del detenido que ha agredido a su madre, está en fase aguda de su enfermedad. Habrá que valorar su ingreso en urgencias de Psiquiatría —dijo Carlota al entrar en el despacho de la guardia del juez.

—Prepararemos los oficios. Necesitaba hablar contigo. Es el inspector Antonio Domínguez, el nuevo jefe del grupo de Homicidios. Ha venido a presentarse y traernos información sobre el caso de los cadáveres de las mujeres que aparecieron en las maletas. Las han identificado.

Carlota había entrado sin fijarse en una figura masculina, que se encontraba sentada de espaldas a la puerta. Durante la guardia entraban y salían muchas personas del despacho. Se sentó en la otra silla.

—Buenos días, Carlota.

Al dirigir la mirada a la figura que le indicaba el juez, no pudo sino lanzar un grito ahogado tras el saludo.

—¡Antonio! ¿Qué haces aquí?

—Hola, Carlota. Estoy haciendo mi trabajo. ¿Qué quieres que

haga? —respondió el inspector Domínguez, con tono suave bañado de cierto matiz de confianza, mientras se levantaba de la silla y se acercaba a Carlota.

—No sabía nada. No te esperaba —respondió Carlota.

Las palabras quedaron entrecortadas en su boca por la sorpresa.

A Carlota le inundó una sensación de alegría tras el saludo. Eran dos personas adultas, conocidas desde antaño, pero que al verse en otro entorno se sintieron como desconocidos. Ambos se quedaron parados uno delante del otro; ante la duda, Domínguez le estrechó la mano. Antaño, la relación había sido profesional, y en general buena, con momentos de tensión. Ambos eran demasiado celosos de su parcela profesional y en determinadas ocasiones se habían encontrado en el límite no definido de ambas funciones. El inspector no quería hacer ningún gesto que demostrara más afecto del necesario, y menos aún delante del juez.

Carlota, en un impulso, le dio dos besos en las mejillas. ¡Pero si se conocían desde hacía muchos años! Sentía aprecio por Antonio. Carlota había aprendido desde la adolescencia, tras la pérdida de su madre, a no expresar sus sentimientos, lo que le hacía parecer más distante de lo que en realidad era. En ese momento, al ver a Antonio, no había podido evitarlo. Habían trabajado muchos años juntos, habían resuelto muchos casos cuando estaba en su anterior destino. El silencio inundó el despacho.

El inspector lo rompió.

—Sí, salió la jefatura de Homicidios, y me llamó un antiguo compañero. No tuve otra opción que aceptar.

—¿Estás de jefe de Homicidios?

Carlota no salía de su asombro.

«Otra vez trabajando con Antonio», pensó.

Su aspecto sorprendió a Carlota. Había cambiado. Parecía más alto y al mismo tiempo, más fuerte. El rostro, más moreno, lo hacía parecer más delgado. Estaba pulcramente afeitado. No había perdido el gesto impaciente de pasarse los dedos por su mata de pelo rizado, ahora un poco gris por las sienes y con un corte de pelo más moderno. Los ojos negros, de mirada profunda, mostraban un cierto aire divertido.

—Pareces algo cambiado —Carlota expresó en voz alta sus pensamientos.

—El efecto de la ciudad, un poco de playa y de gimnasio.

Tras los primeros minutos de desconcierto, la mente de Carlota volvió al trabajo.

—Bueno, cuéntanos qué tenías sobre la identidad de las víctimas de las maletas.

—La primera víctima que apareció en la maleta es Gabriela Méndez, de dieciocho años de edad y nacida en Bogotá.

—¿Pudisteis reconstituir las huellas? Estaban en muy mal estado por la putrefacción.

Carlota se acordaba del pésimo estado en que se encontraban las manos.

—Sí, y al meterla en la base de datos, la hemos identificado por una inspección que se hizo hace dos meses en una sala de fiestas en las afueras de la ciudad, llamada Palacio de Venus.

—¿Trabajaba allí?

—Así es. Las obligan a decir que están tomando una copa en el local. Tras la declaración, al ver que no tenía que temer a la policía, afirmó que era obligada a ejercer la prostitución e iba a declarar contra el dueño del local. No se presentó. Debía de estar aterrorizada.

—Pobre mujer, siento que no hayamos podido hacer algo por ella. ¿Y la otra? —intervino el juez.

—La segunda víctima es Evelyn Rodríguez, de veintiún años de edad, y nacida también en un pueblo de Colombia.

—Sí, la mujer del tatuaje en el cuello.

—Ha sido la pista clave para localizar el país de procedencia, y con ello, llevarnos a su identificación.

—Me alegro de que haya servido. Fue una autopsia complicada y dura.

—Las autoridades colombianas nos han pasado la información sobre ella. La madre de Evelyn denunció su desaparición hace tres meses.

—El cadáver era reciente. Tendréis que investigar ese intervalo de tiempo —puntualizó Carlota.

—Lo hemos hecho. Según nos consta, se trasladó a Bogotá y según la última conversación con su madre, se iba a otro país a buscar trabajo con su novio. Ahora seguiremos investigando la llegada de las dos mujeres a nuestro país y cuáles fueron sus últimos movimientos para poder aclarar el asesinato.

El tono de voz del inspector tenía un cierto aire de recelo, acompañado de una mirada penetrante a la médico forense.

«Nada ha cambiado», pensó Carlota.

La voz del juez la sacó de sus pensamientos.

—Es un paso importante en las diligencias. Si tenéis alguna información más, nos lo comentas. Perdonadme, pero tengo que seguir con la guardia, que está muy complicada.

Ambos salieron del juzgado por la puerta de atrás. El inspector tenía el coche de servicio aparcado en la puerta. Se quedaron de pie al lado del vehículo. Se respiraba una atmósfera de ligera incomodidad. Domínguez rompió el silencio.

—No esperaba verte tan pronto.

—Yo, en cambio, me alegro de volver a trabajar juntos —respondió Carlota, algo molesta.

—No empecemos con suspicacias. Yo también me alegro.

—Creía que formábamos un buen equipo de trabajo.

—Lo éramos. Lo echaba de menos.

—No lo parece, después de tantos años de amistad, vienes a trabajar a la misma ciudad y no avisas.

Al momento de pronunciarlas, Carlota sintió que sonaba a una recriminación.

—Fue una decisión de última hora —mintió Antonio.

—Aun así, me lo podías haber dicho. Otro día hablamos, ahora me voy que estoy de guardia.

Carlota se volvió sin poder reprimir su enfado.

—Nos veremos si tengo alguna información. Adiós, Carlota.

—Adiós, Antonio.

Absorta en esa conversación tan extraña, Carlota llegó a la consulta de la guardia. La voz de la funcionaria la devolvió a la realidad del trabajo.

—Hay una abogada que quiere hablar contigo.

—Me esperan varios detenidos. Ando un poco atareada.

—Dice que quiere hablar de un caso de asesinatos de los que has hecho las autopsias. Además, dice que es tu amiga.

—Bueno, dile que pase, pero solo puedo dedicarle unos minutos.

Entró una figura familiar. Era Rocío.

—Buenos días, Carlota.

—Hola, Rocío. No sabía que eras tú.

—Perdona que te interrumpa, pero te acabo de ver en el juzgado de guardia. Yo también estoy ocupada con una mujer maltratada como

letrada de oficio, pero quería comentarte algo.

—Pasa, por favor, me alegro de verte. Tengo unos minutos. Es que la guardia anda muy liada. ¿Cómo estás?

Carlota observó su figura al sentarte frente a ella en la consulta. Parecía más delgada que la última vez que cenaron juntas y la tristeza de sus ojos negros se había hecho más profunda. Su rostro sin maquillaje dejaba entrever sus ojeras, y su cabello negro ligeramente ondulado, con mechones fuera de las horquillas, le daba un aspecto natural, aunque levemente descuidado.

—Regular, pero no quiero entretenerte con algo personal. Nos veremos otro día fuera del trabajo. Vengo a comentarte otro asunto.

—Cuéntame, Rocío.

—Quería decirte que voy a encargarme de la defensa del caso de las mujeres que han aparecido en las maletas.

—Me alegro. Eres una buena abogada y seguro que lo haces muy bien —contestó Carlota con entusiasmo.

—Lo hago a través de la asociación para la que trabajo. Nos dedicamos a la recuperación de las mujeres explotadas sexualmente. Como han identificado a una de ellas que era prostituta, nos pondremos en contacto con la familia para personarnos como acusación particular.

—El cadáver sigue aquí en el Instituto.

—Lo primero que voy a hacer es localizar a los familiares. Si no tienen medios, los ayudaremos para que puedan desplazarse a recoger el cuerpo, cuando nos lo autorice el juez.

—Lo importante es que se resuelva el asesinato. Acabo de hablar con la policía de Homicidios y están investigando.

—Solo quería decirte esto. No te entretengo más. Muchas gracias por atenderme.

Al levantarse del asiento Rocío, Carlota le dijo:

—Espero verte en otra ocasión sin hablar de trabajo y fuera de aquí.

—Quedamos cuando quieras. Me lo pasé muy bien la otra noche, a pesar de no andar muy bien de ánimo.

—Sí, fue un rato agradable.

—Me acuerdo mucho de mi hermana. Fernando me está ayudando e intenta distraerme, aunque siempre anda muy ocupado con su trabajo.

—Parece que te cuida —la animó Carlota.

—Sí, estamos bien. Te dejo, me está esperando Pedro, la pareja de mi hermana, que me está ayudando a recoger su piso. Para mí está siendo muy difícil. He encontrado algunas cosas que me remueven el alma, que me recuerdan la infancia.

El rostro de Rocío se tornó en una máscara de tragedia clásica. Con un breve adiós, salió de la consulta.

Carlota no era ajena al dolor humano, y en Rocío había mucho. Además de la muerte de su hermana, presentía algún peso más en su interior.

CAPÍTULO 20

La habitación de Clara

Rocío llegó temprano al edificio donde estaba su oficina.
Era una construcción del siglo pasado, en la calle Carretería, de cierto aspecto señorial, pero cuya fachada envejecida apuntaba más al descuido decadente por falta de mantenimiento que a la nostalgia. El alquiler era barato.

Tras darle media vuelta a la llave, empujó la pesada puerta tallada de madera antigua, que siempre se atascaba al abrirla. Tras cruzar el pasillo oscuro detrás de la portería, abrió el buzón de forma mecánica, como hacía al llegar por la mañana. Estaba lleno de facturas, y con desgana las introdujo en su bolso. El ascensor seguía averiado.

Despacio, subió los tres pisos hasta el despacho por las estrechas escaleras. En cada piso había una bombilla mortecina, que se encendía con un interruptor grisáceo por las manchas indeterminadas de una suciedad que pudiera ser orgánica. Su placa metálica —«Rocío Bermejo. Abogada»— relucía sobre la oscura puerta del despacho. Era una obsesión más que una filia, heredada del afamado despacho de abogados de su padre, con la diferencia de que, en su caso, era ella misma quien la limpiaba.

Mientras abría la puerta, era consciente de la pérdida de su hermana.

La pregunta de por qué martilleaba de forma continua en su mente. Se pasaba las horas rebuscando recuerdos de la infancia relacionados con ella. No había muchos, no habían convivido demasiado tiempo, pero intentaba guardar en su memoria y en su corazón todos los que encontraba. Al recoger los enseres del apartamento se había tropezado con una foto de las dos cuando eran niñas, que había colocado en el ángulo derecho de su mesa de trabajo. La primera mirada al sentarse en el sillón era para esa foto. No paraba de repetirse: «¡Cuántos años sin estar contigo y ahora te he perdido para siempre! ¡Cuánto pudimos decirnos y consolarnos!».

Sentía que el corazón dejaba de latir y las lágrimas empezaban a brotar. Ese era el ritual de las mañanas.

El móvil empezó a sonar. Era de la embajada colombiana. Tras la música que le dejó la secretaria, Rocío escuchó la voz del cónsul.

—Buenos días. ¿Despacho de la abogada Rocío Bermejo?

—Sí, dígame —respondió Roció consiguiendo que la voz no trasluciera su estado de ánimo.

—Le llamo para comentarle que hemos contactado con la familia de Evelyn Rodríguez. Concretamente, con su madre.

—Me alegro. ¿Le han informado de lo que ha pasado?

—Sí, le hemos relatado los trágicos sucesos. También que usted es su abogada.

—¿Le han preguntado lo que piensa hacer respecto al cadáver de su hija?

—Nos ha comunicado que le gustaría venir a España a recogerlo.

—¿Cuándo piensa venir? Al ser una muerte judicial por homicidio, el cadáver necesita la autorización del juez para el traslado —argumentó Rocío con una voz profesional.

—Su intención es venir lo antes posible. Era su única hija y se encuentra muy afectada. Lo que quiero comentarle es que hay un problema: no dispone de recursos económicos para viajar. Lo he consultado con el embajador, y desde el consulado, en ese sentido, no podemos ayudarle, pero sí en los trámites para la repatriación del cadáver de su hija.

—En eso creo que podremos ayudar. Desde la asociación a la que pertenezco podemos gestionarle esos trámites y es probable que también podamos sufragar algunos gastos. Por favor, deme su teléfono para ponerme en contacto con ella —aclaró Rocío.

—Se lo enviaré a través de un correo electrónico, supongo que a la dirección que facilitó el otro día a mi secretaria.

—Sí, por favor. Tengo que hablar con ella para que nos podamos personar en el asunto judicial de la muerte de su hija.

—Se lo agradezco. Cuando necesite algo del consulado, no dude en contactar conmigo.

—Muchas gracias a usted. Lo tendré en cuenta para las cuestiones necesarias.

—Seguimos en contacto.

—Hasta pronto.

Roció colgó el móvil.

La llamada la había sacado del letargo. Ahora tenía un reto por delante: ayudar a la familia de una de las víctimas a reencontrase con su hija, aunque fuese con el cuerpo.

Nada más colgar, tenía otra llamada.

Era Pedro, la pareja de Clara.

—Rocío, me gustaría que terminásemos de recoger las cosas de Clara.

—De acuerdo.

—¿Te parece que quedemos allí sobre las cuatro?

—Perfecto.

Al abrir su correo electrónico, vio que había recibido la información del consulado de cómo ponerse en contacto con la madre de Evelyn. Miró el reloj para ver la diferencia horaria. Era demasiado temprano para llamarla, lo haría esa tarde. Ahora tenía por delante algunos expedientes que resolver. Había estado ausente en las semanas previas y tendría que ponerse al día. No solo en el trabajo, sino también con su pareja, Fernando. Su recuerdo le hizo sentirse algo culpable. Él intentaba acercarse a ella, pero no se dejaba. Se preocupaba por ella. Recordó cómo empezaron a salir.

Ambos esperaban en la puerta de la sala de vistas en el juzgado. Cada uno atendía a su cliente. Ella buscaba unos papeles en su carpeta, cuando salieron todos volando para dispersarse por el suelo como una nevada. Sintió cómo la sangre se acumulaba en sus mejillas que pasaron a un color rojo intenso. Las personas a su alrededor fijaron la mirada primero en el suelo y luego en su cara. Rocío quedó inmóvil. En ese instante, un hombre atractivo, en el que no había reparado, se agachó con una sonrisa para recoger los papeles de uno en uno; tras tenerlos todos en sus manos, se incorporó y se los entregó mirándola a los ojos.

Lo invitó a tomar café como agradecimiento. Al sentarse, para su sorpresa, Fernando dijo:

—¿No te acuerdas de mí?

—¿Nos conocemos? —preguntó Rocío extrañada de haberlo olvidado siendo tan atractivo.

—Sí, cuando éramos niños. Éramos vecinos en la urbanización de Pinares de San Antón.

—No te recuerdo. Lo siento.

—Tú vivías en Villa Rocío, y yo en la casa de al lado, en Villa

Macarena.

—¿Tú eras ese Fernando? ¿El niño gordito que siempre me daba patadas cuando estábamos juntos en la piscina con nuestros padres?

—Ese mismo.

—¿Qué pasó? Os mudasteis y no os volvimos a ver.

—Es una larga historia. Mi padre tuvo que mudarse. Pero hablemos de ti, ¿qué ha sido de tu vida?

Se pusieron al día en un café que duró tres horas.

Después de la primera cita vinieron otras. Se veían cuando podían, salvo cuando él viajaba, algo que hacía con más frecuencia de lo que hubieran deseado. Se habían prohibido hablar de sus trabajos, de los casos que llevaban. No querían revelar los secretos de sus clientes. Rocío era muy cuidadosa con la información de las mujeres que defendía.

Se sentía bien con él, pero desde la muerte de su hermana, algo dentro de ella había cambiado. Algo oscuro de su interior había vuelto a abrirse.

Tras comer una empanadilla en la panadería junto a su portal, al final de la calle, subió por la Tribuna de los Pobres, cruzó el puente de la Aurora, y subió por calle Mármoles, hasta el número donde vivía su hermana. Pedro le esperaba en el umbral del portal.

En el apartamento reinaba el silencio. No estaban las otras compañeras de piso. Llevaban algunos días acudiendo por las tardes, pero no avanzaban.

—Tenemos que terminar hoy. Mañana es fin de mes —dijo Rocío.

—Cogeremos sus objetos personales. La dueña me ha pedido los muebles, si no los queremos, para la próxima inquilina.

Rocío fijó la mirada en un póster de la pared.

—Uno de los recuerdos con mi hermana fueron unas Navidades que le regalaron una guitarra. No se separaba de ella. La escuchaba practicar una y otra vez en su cuarto.

—Le seguía entusiasmando. Su mirada al tocar era el único momento que parecía plácida. Compramos ese póster de Paco de Lucía el primer día que salimos juntos —añadió Pedro.

El resto del contenido de la habitación era de una sencillez minimalista. Lo imprescindible: una cama, una mesilla de noche, una cómoda de cinco cajones y dos sillas de líneas rectas, estilo nórdico. El armario era empotrado de puertas correderas.

Pedro intentaba ordenar la mesilla de noche. Un platillo donde

depositaba las pequeñas joyas que se quitaba por la noche, la crema para la cara y el último libro que estaba leyendo.

De forma mecánica, el procedimiento era siempre el mismo: cogía un objeto, se sentaba en la cama, con la mirada fija en el mismo y pasaba unos minutos, incluso horas, en ese estado.

—Pedro, no podemos seguir así. Tenemos que dejarla limpia y el tiempo se acaba.

—Es que no puedo hacer otra cosa.

Y empezó a llorar.

Rocío se acercó y se sentó junto a él en la cama.

Pedro tenía el puño de su mano derecha cerrado, apretando unos pendientes de Clara en su interior y clavándose las uñas en la palma.

El peso de la pena le había cerrado como un ovillo. Rocío solo podía ver su espalda encorvada con pequeños movimientos rítmicos que acompañaban sus sollozos. Pasó el brazo por encima de sus hombros. La respiración entrecortada se hizo más intensa. Las lágrimas caían sobre el pantalón vaquero, donde aparecían manchas oscuras. El otro brazo de Rocío se cerró en un abrazo alrededor de Pedro. Ambos cuerpos se encontraban muy juntos, traspasando el calor de uno al otro. Pasaron varios minutos abrazados. Compartían la pena en el silencio.

Pedro se incorporó lentamente y puso su cara a pocos centímetros de la de Rocío.

Sus alientos se tocaban. Sus ojos se miraron en su interior.

Ambos vieron una profunda pena en los ojos del otro. Se acercaron más hasta que sus labios se tocaron. Cerraron los ojos cuando sus labios se apretaron el uno contra el otro. Una mano de Pedro subió hasta el cuello de Rocío, acariciándolo primero y luego surgió una fuerza que lo apretaba contra ella, con tanta fuerza que la dejaba sin respiración. Se necesitaban y se comprendían en la pérdida que los unía. La otra mano seguía apretando el pendiente de Clara. Las lágrimas también corrían por la mejilla de Rocío. Con un movimiento rápido, Rocío separó su boca e intentó apartarse.

La mano de Pedro la sujetaba contra él.

—Tenemos que seguir —articuló Rocío con aliento entrecortado.

Pedro se relajó. La mano descendió por la espalda de Rocío. Sus manos se apartaron del cuerpo de Rocío. Ella, con un movimiento rápido, se incorporó de un salto. Algo oscuro de su memoria se abrió, aún más, en su interior.

—Termina con los objetos de la mesilla de noche.

De pie, junto a Pedro, le señaló con el brazo el mueble y ocultó su cara. Se necesitaban, pero no era el camino.

—¿Qué hacemos con los pendientes?

—Me los quedo. Tengo pocos recuerdos de ella —resolvió Rocío.

—Sí, será mejor que te los lleves. Cada vez que los miro siento demasiado dolor.

—Yo meteré en una bolsa lo que queda de ropa para darla a una asociación contra el cáncer. Quedarían sus libros. ¿Tú quieres algunos? ¿Te llevas los de la facultad?

—Sí, creo que me los llevaré.

Los libros le recordaban el tiempo que habían pasado juntos en la biblioteca y cómo se habían conocido. Clara siempre estudiaba en la biblioteca. Él ya se había fijado en su melena pelirroja. No podía dejar de mirarla desde la esquina, siempre en la mesa más alejada para observarla. Un día, Clara se acercó a buscar un libro de la estantería que se encontraba a su lado.

Una voz en su interior le dijo a Pedro:

«Este es tu momento».

No se acordaba exactamente lo que le había preguntado, tal era el estado de nervios en que se encontraba. Algo sobre el horario de una clase de biología, para poder decirle que estaban en la misma clase. Era probable que nunca se hubiese fijado en él. Pero Clara, al día siguiente, se sentó a su lado. A partir de ese momento fueron inseparables, y siempre estudiaban juntos en la clase de biología. El recuerdo de Clara le dibujó una tímida sonrisa en su boca, pero instantáneamente volvió a convertirse en una mueca de dolor y regresaron las preguntas a su mente: ¿Por qué se quitó la vida? ¿Por qué no le contó lo que la atormentaba? Sabía que había algo, pero nunca llegaron a hablar de ello.

—¿Has traído alguna bolsa para llevártelos? —la pregunta de Rocío sacó a Pedro de su tortura.

—Sí, los meteré en mi mochila. Me quedaré con algunos de los que habíamos compartido mientras estudiábamos.

—El resto que no te lleves, los meteré en esta maleta que he encontrado en el armario.

Rocío sentía que Pedro estaba bloqueado. Seguía sentado en la cama y mirando a la pared que tenía delante con los ojos entreabiertos.

Tenía que ser la última tarde que quedaran para recoger las cosas de Clara. Se acercó a Pedro y despacio le abrió la mano para sacar el pendiente. Lo introdujo en una pequeña bolsa de tela que Rocío había sacado de su bolso. De la mesilla de noche cogió el otro par para guardarlo junto al compañero.

Se acordaba perfectamente de esos pendientes: una pequeña perla con un diminuto brillante sobre ella. Eran el regalo de su abuela materna a las nietas cuando hacían la primera comunión. En el platillo había otros dos pares de pendientes. Uno del que colgaba una bolita de ámbar y otro con lo que parecía un cristal azul, que también introdujo en la bolsa. El tarro de crema lo tiró a la basura. Cogió el libro que tenía en la mesilla de noche, *El principito*. Otro recuerdo olvidado volvió a la memoria. Ella estaba acostada, y su hermana sentada en la cama. Una luz tenue le alumbraba el rostro y ese mismo libro permanecía abierto. Su voz le resonaba en los oídos, hasta que el sueño la invadía. Lo metió en la maleta con los otros libros.

La oscuridad empezaba a ganar terreno. La luz de la tarde se había esfumado. Encendieron la bombilla del techo, y vieron que prácticamente estaba todo recogido. Solo quedaban los muebles vacíos.

Pedro se puso su mochila cargada de libros en la espalda mientras salía de la habitación. Rocío tiró de la maleta. Se dio cuenta de que era de esas antiguas que tenía dos ruedas en el extremo y no giraban. Pensó que le costaría llegar a casa más de lo que pensaba tirando de ese peso.

Delante de ella, Pedro se paró de forma brusca para girarse y echar una mirada a la habitación. Roció chocó contra él por el impulso que había tenido al tirar de la maleta. Ella también lanzó una última mirada. Casi no quedaba ningún rastro del paso de la vida de su hermana Clara.

Solo quedaba el recuerdo en ambos.

Al salir se despidió de Pedro con un breve beso y desapareció al introducirse en un taxi. A Rocío le pareció escuchar: «Lo encontraré».

CAPÍTULO 21

La carrera

Junio de 2006

Aparcó la moto en el aparcamiento lateral de la Facultad de Derecho. Al llegar delante de la fachada anaranjada de ladrillo era incapaz de subir las escaleras. Se agarró de la barandilla blanca de hierro para conseguirlo. Estaba desorientado, no sabía qué hacer. Ese no era su mundo, pero estaba dispuesto a colarse en él. Recuperó fuerzas. Le preguntó por la secretaría al primero que se le cruzó. Menos mal que a trancas y barrancas había terminado la selectividad. Su madre se lo inculcó. Sin ganas, le hizo caso. Y sin saberlo, le había abierto las puertas a su nueva vida.

—¿Dónde te metes, tío? ¿No quieres nada con los colegas, cabrón?

Kevin lo asaltó en el portal cuando iba a clase.

—¿Qué haces despierto a esta hora?

—No me he acostado. ¿De qué vas vestido?

—Te lo dije. Quiero tener pasta. Irme de esta mierda.

—¿Y qué pasa conmigo, tío?

—Nos vemos los fines de semana en el club. Sigo en el curro de tu padre.

—No es lo mismo —protestó Kevin.

—Mañana es viernes. ¿Salimos con unas tipas buenas que he quedado? Les gusta el sexo duro. Con zurra, como a ti te gusta.

—Vale.

—Sabía que no podrías resistirte a eso.

CAPÍTULO 22

EL PASADO

Carlota aparcó su coche y acarició a Luna, que había salido a saludarla. Cada vez se levantaba más despacio y su paso era más lento al recibirla por la artrosis de sus patas.

Recordó el encuentro con Antonio. La situación había sido algo incómoda. Sería el ambiente distinto. Habían trabajado juntos durante años, y en ese primer encuentro le había parecido más distante que en el ambiente rural. Lo importante era que trabajasen compenetrados en los casos.

Sus ojos se dirigieron hacia los colores del cielo. La luz del atardecer cerraba sus últimos destellos con tonos naranjas y rojos sobre el fondo azul oscuro. La puerta de la cocina no tenía la llave echada y permanecía encendida la luz. Javier estaba en casa. Dejó el bolso y la carpeta en una silla de la cocina. Lo encontró concentrado, sentado en el despacho delante del ordenador. Quería y necesitaba hablar con él. Llevaban varios meses que sus vidas eran un caos. Casi no se veían y no tenían tiempo de hablar. Carlota le dio un beso en la nuca. Al volverse, Javier alargó el brazo rodeando el cuello y le acercó su boca a la suya.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—Bien. Han identificado a las dos mujeres asesinadas que aparecieron en las maletas.

Carlota se sentó encima de Javier. Necesitaba sentirlo cerca.

—Eso os ayuda mucho para resolverlo —respondió Javier que conocía el trabajo de Carlota, y cuya mente analítica solía dar en el clavo del asunto.

—Bastante. ¿Sabes quién es el policía de Homicidios que lleva el caso?

—No sé, dímelo.

—El inspector Antonio Domínguez.

—¿Antonio? ¿El que trabajaba antes contigo?

—Sí, esta mañana me lo he encontrado en el despacho del juez, cuando le explicaba la identificación de las víctimas. No me lo podía creer.

—¡Pero si parecía que no lo sacarían de allí por nada del mundo! —se sorprendió Javier.

—Yo tampoco me lo esperaba, pero le ofrecieron el puesto de jefe de Homicidios aquí, y lo ha aceptado.

—A ver si quedamos algún día. Antes teníamos mucha relación con él.

—Se lo preguntaré y lo invitaremos a cenar con su pareja, si la tiene. ¿Y tú qué tal el día?

Carlota desvió el tema de conversación. No tenía muy claro la nueva situación de Antonio, ni el motivo del traslado. Quizás un cambio o una nueva relación. En realidad desconocía su vida personal. Siempre habían hablado de trabajo.

—A mí también me ha ido bastante bien. Tenemos preparado el proyecto de investigación para enviar la solicitud de financiación. Tiene muy buena pinta y todo el equipo está muy ilusionado.

—¿De qué va? No me has contado nada.

—Es complicado, pero a grandes rasgos es para el estudio antropológico de una tribu aislada que ha tenido poco contacto con la civilización. Te lo explicaré con detalle, si sale —esquivó Javier.

—Me voy a duchar.

—Mientras tanto prepararé algo de cena.

El móvil empezó a sonar desde el bolso en la cocina. El día de guardia había ido bien. En las noches, cada vez pesaban más las llamadas. Era del juzgado. Tenían un levantamiento; parecía un suicidio. Se ducharía cuando volviese. Le dio un beso a Javier, y le dijo que cenase él solo. Conocía las hipoglucemias de Javier cuando llegaban las horas de las comidas y ella no sabía lo que tardaría en volver, aunque intuía que serían unas cuantas horas. Él insistió en que se llevase algo a la boca, pero Carlota prefería ir con el estómago vacío. El camino no sabía cómo se presentaba. Además, prefería cenar tranquila después de hacer el trabajo.

Al llegar al juzgado, el funcionario le puso en antecedentes. Una mujer se había precipitado en Colmenar, un pueblo cercano que pertenecía al mismo partido judicial. El vehículo avanzaba en la oscuridad de la noche, en una carretera comarcal, con muchas curvas y el pavimento muy irregular. Al entrar en la población, se

introdujeron por unas calles estrechas de fachadas encaladas, y al doblar una esquina, vieron las luces azules de los dos coches de la Guardia Civil junto a un cúmulo de personas alrededor de un portal. Su mente estaba viviendo un *déjà vu*. Carlota empezó a sudar y a sentir una ligera náusea. El funcionario vio su extrema palidez.

—¿Te encuentras bien, Carlota?

—Sí, no te preocupes. Es que llevo mucho tiempo sin comer y las curvas me han revuelto el estómago —mintió Carlota.

Esas imágenes la transportaban a la adolescencia. Notaba las perlas de sudor en su frente. Como pudo, se bajó del coche, y con un paso que intentaba ser firme, aunque mecánico, con el que parecía que desfilara, intentaba que no se notase la sensación de vértigo.

Tras un breve saludo, entraron por el portal. Le informaron que el cadáver era de una mujer de cuarenta y ocho años, que se había precipitado por la ventana de su dormitorio del tercer piso hacia el patio interior. Según les había explicado la familia, se encontraba deprimida en las últimas semanas y tomaba tratamiento antidepresivo.

Al caminar detrás del agente, Carlota revivió una escena de más de veinte años atrás. Abría y cerraba los ojos para que no se le nublara la vista. Le abrieron la puerta que comunicaba al patio interior, rodeado de macetas de aspidistras. Allí estaba el cuerpo, cubierto con una sábana blanca y una gran mancha de sangre en la parte que cubría la cabeza. Carlota sentía que soñaba. Esta escena, que durante años había revivido en sus pesadillas y que había conseguido relegar en la oscuridad del inconsciente, esta noche había vuelto a la consciencia.

El lugar le devolvía al ambiente rural de su infancia. Era muy parecido al piso donde vivía con sus padres. Y muy similar al patio donde encontraron a su madre tendida en el suelo, tras lanzarse desde la ventana de su dormitorio.

Al acercarse al cadáver, se mezclaban las imágenes. El funerario, en su diligencia, estaba preparado junto al cadáver. Al levantar la sábana, en los primeros segundos vio el rostro de su madre. Tal como la recordaba cuando dormía, pálida y con los ojos cerrados. Al llegarle la imagen real a la retina vio el cuerpo de una mujer con la cabeza deformada y el rostro lleno de sangre.

Durante unos segundos Carlota se quedó inmóvil. Las imágenes pasaban en su mente como en una película a cámara rápida. Ella corría hacia el cuerpo cubierto por una sábana blanca manchada de sangre en un extremo. No llegó a ver el cadáver de su madre. Cuando

estaba a pocos metros, una mano grande y firme la detuvo del brazo con determinación, pero sin apretarle. Un hombre afable, algo grueso y de aspecto bonachón, de unos sesenta años, la convenció, aunque sin darle opción a una negativa, para que recordase a su madre sin el aspecto deformado y destrozado que su cuerpo presentaba tras el suicidio. Era el médico forense, después lo supo. En ese momento, su vocación se torció de ser veterinaria, como su padre, a médico forense.

Su aspecto cerúleo debió de llamar la atención del agente que tenía a su lado.

—¿Se encuentra bien?

Carlota volvió al presente. Las gotas de sudor le corrían por la frente. La sensación de náusea le inundaba.

—Sí, gracias. Es que las curvas para llegar me han mareado un poco.

Volvió a mentir.

Se puso de espaldas al sacar los guantes de látex del maletín, para que no vieran cómo le temblaban las manos. El aire fresco de la noche le recomponía, aunque se había abierto la puerta de su pasado. El sudor de la cara se había convertido en una máscara fría.

Levantó la sábana y observó el cuerpo. La mente de la médico forense se había puesto a trabajar. Palpó el cuerpo colocado como una muñeca de trapo con las extremidades en posiciones imposibles. Tenía fracturas en el cráneo, las dos muñecas y la pierna derecha. La sangre se extendía en un gran charco alrededor de la cabeza y el tórax. Anotó en el protocolo las lesiones que había observado.

Al terminar, le pidió al agente que la llevara a la habitación desde donde se había lanzado al vacío. Subieron por la escalera al tercer piso. Tenía que vencer sus miedos. Era muy importante ver el lugar para confirmar que había sido una decisión solitaria. Se dirigieron a la ventana del dormitorio principal. Al pasar por el salón, Carlota distinguió a un hombre, al que no pudo ver la cara que tenía cogida entre las dos manos y tras las que ocultaba un llanto desesperado.

Carlota volvió a sentir la náusea. Recordó a su padre en la misma posición esa fatídica noche. Las piernas le temblaron al llegar al dormitorio. El escenario era el mismo que había vivido. Volvió al dormitorio de sus padres el día de la muerte de su madre. Delante de la ventana abierta, una silla, y al lado, unas zapatillas de noche cuidadosamente puestas una al lado de la otra. La habitación le daba vueltas. Puso la mano sobre una cómoda para no caer. Fueron solo

unos segundos y con un gran esfuerzo, se sobrepuso.

Al levantar la mano del mueble, un trozo de papel se le quedó pegado. Con letras grandes de trazo limpio estaba escrito: «Te quiero mucho. Perdóname. Carmen». Su madre no había dejado ninguna nota.

Luchaba por marcharse lo antes posible, pero le quedaba algo. Algo contra lo que luchaba su inconsciente. Tenía que hacerlo. Tenía que buscar la medicación que tomaba. Como las olas, iban y venían los recuerdos. Carlota los apartaba. Tenía que terminar el levantamiento. Le quedaba poco. Sabía dónde buscar la medicación. En un armario de la cocina aparecieron los antidepresivos recetados y los informes de los psiquiatras que la revisaban. Se llevó los informes para que los compañeros que hicieran la autopsia tuviesen la información y anotó la medicación.

Había terminado. Al sentarse en el coche para volver, se desataron negros recuerdos. Le dijo al funcionario que estaba mareada del camino y cerró los ojos.

El muro de defensa, la intensa negación de los acontecimientos vividos, se había resquebrajado. Le había pasado en otra ocasión anterior, al principio de sus años de médico forense, con un caso similar. Los recuerdos iban pasando por su mente, como una sucesión de vivencias que se asemejaban a una película de retazos. Carlota estaba con su madre. Caminaban con las manos entrelazadas. Esa mañana se había levantado alegre. La abrazaba y le decía que iban a dar la vuelta al mundo. Su aventura terminaba cuando por la tarde, sin haber comido nada, se daban cuenta de que estaban muy lejos de casa. Llamaban a su padre y las recogía en silencio. Sin ningún reproche. A la semana siguiente Carlota oía a su madre llorar a través de la puerta cerrada de su dormitorio. Su padre la retiraba del pasillo y le decía que su madre no se encontraba bien. Que la dejase descansar. Era una sucesión de días alegres con días tristes. Hasta el día que su madre decidió poner fin a su vida.

El vértigo se hizo insoportable.

—Perdona, pero me estoy mareando con las curvas. ¿Puede parar? —pudo articular al conductor.

A los pocos segundos, cuando hubo un lugar amplio al borde de la carretera, el coche se detuvo. Carlota vomitó en el arcén. Mareada, con el sabor amargo en la boca, se apoyó sobre la parte de atrás del coche. Respiró profundamente el aire fresco en la oscuridad de la

noche.

Las imágenes se sucedían. Su padre y ella recogían del armario de la cocina la medicación de su madre. Se veía metiendo uno a uno los botes de pastillas en una bolsa. Quería dejar la mente en blanco. Había aprendido a apartar los recuerdos que durante tantos años la habían torturado. Esa noche había sido como una película antigua donde había vuelto a vivir la muerte de su madre. Una sensación de opresión en el pecho seguía cortando su respiración. La culpa le apretaba la garganta. Nunca la había abandonado. ¿Se habría portado mal? ¿No había sido buena? ¿No la quería? ¿Cómo la podía haber dejado? Fue una adolescencia muy dura. Su padre le hablaba de la enfermedad de su madre. Él trataba de convencer a Carlota, de exonerarla de culpa, al mismo tiempo que lo intentaba consigo mismo. La relación con su padre se deterioró. Lo culpaba de no haberlo impedido. Con el tiempo, la distancia se hizo insalvable.

El corazón latía a ritmo normal. La hiperventilación se iba frenando. El cielo había parado de dar vueltas y la tierra se había hecho firme. Entró en el coche, en un silencio triste que los otros ocupantes respetaron. Al llegar a casa, Javier le había dejado la luz de la puerta encendida. Se sentó en el escalón de la entrada, y bajo un cielo estrellado, permitió que las lágrimas corrieran libremente por sus mejillas. Cuando pararon, entró en la casa y se acostó con su cuerpo pegado al de Javier.

CAPÍTULO 23

UNA SALIDA NOCTURNA

A l mirar el reloj, Rocío vio que era la hora adecuada para llamar a la madre de Evelyn en Colombia. Estaba sentada en el sofá de casa. Era muy tarde para ir al despacho. En el teléfono, tenía una llamada perdida de Fernando. Supuso que no la habría oído mientras estaba en la habitación de su hermana. Le había dejado un mensaje de voz, para decirle que se verían este fin de semana. Que volvía de su viaje de Estados Unidos el viernes por la noche. Introdujo el número que le habían dado en el consulado de Colombia.

—Buenas. Quería hablar con la señora Rodríguez, por favor.

—Soy yo. ¿Qué deseaba usted?

—Permítame presentarme, soy Rocío Bermejo, abogada. Le llamo desde España, y quería hablar sobre su hija.

—Mi niñita —la voz se interrumpió por los sollozos.

—Lo siento mucho. Quiero ayudarla en lo que necesite.

—Me llamaron de las oficinas del Gobierno. Mi niñita, muerta.

Rocío tomó las riendas de la conversación. Las palabras al otro lado del teléfono eran lentas y entrecortadas.

—Señora Rodríguez, quédese tranquila, para eso la he llamado. Yo le ayudaré en lo que necesite desde la organización a la que pertenezco. Me han comentado en el consulado que a usted le gustaría venir a España para recoger el cuerpo de su hija. Podemos iniciar los trámites de su venida a este país.

—Pero no tengo plata…

—Quédese tranquila, también le ayudaremos en eso. Estoy en contacto con la embajada y si no se hacen cargo, nosotros lo pagaremos.

—¿Sí?

Los sollozos continuaban. Las palabras casi no le salían de la boca.

—¿Tendría algún correo electrónico para que le enviara unos documentos? Necesitaría que los leyese y me los firmase, si quiere. Es

para empezar los trámites en el juzgado.

—Yo no tengo de eso. Aquí donde trabajo, la señora me ha dicho que me ayuda y tienen computadoras. Le preguntaré.

—Si no le importa me interesaría que fuese lo antes posible.

—Espere un momentito.

Rocío escuchaba una conversación de fondo.

—Me han dicho que sí. Le paso a la señora.

Una voz ajena se puso al teléfono. Le explicó a Rocío que le ayudarían en lo que pudieran y le deletreó un correo electrónico. También le dio un móvil de su marido, por si había algún asunto urgente que tratar.

—Se lo envío ahora mismo. Por favor, dígale a la señora Rodríguez que si lo cree conveniente, me los firme. Como le he comentado, es para darme autorización como su abogada y personarnos en el procedimiento de su hija. Por supuesto, dígale que esto es gratuito, que no le costará dinero.

Rocío quería que lo entendiera. No estaba segura de que lo hubiese hecho debido a su pena, y lo volvió a explicar a la voz del auricular. Quedaron en que Rocío le enviaba en ese momento la documentación, repitiéndole que la señora Rodríguez tendría que devolverla firmada. Se despidió y la voz de la madre de Evelyn se escuchó al otro lado del aparato.

—Muy agradecida.

—Señora Rodríguez…

—Por favor, llámeme Milena.

—Milena, seguimos en contacto. Le llamaré en cuanto tenga alguna noticia.¿Es este el teléfono donde quiere que le llame?

—Sí, es donde trabajo. No tengo plata para comprar uno. Evelyn llamaba una vez por semana para preguntar por su hijita Paulina. Al no llamar en más de tres semanas, fui a la policía a denunciarlo. No tenía muchas esperanzas.

—Lo siento mucho —volvió a repetir Rocío, sin saber qué decir—. No se preocupe, para eso me he puesto en contacto con usted. Me encargaré de informarle y en cuanto sepa algo, le vuelvo a llamar.

Se despidieron. Nada más colgar, Rocío preparó el correo con la documentación y lo envió.

Era de noche.

Sentada en el salón de casa, en silencio, las imágenes de los últimos días se entremezclaron en su mente.

La muerte de su hermana, las emociones con los objetos, los recuerdos de la infancia, el calor del cuerpo de Pedro, y el beso. Las muertes de las mujeres en las maletas. Empezó a notar una presión en el pecho. Le faltaba el aire. Un deseo incontrolable la inundó. Se levantó y entró en el dormitorio.

Al abrir el armario, cogió un vestido de punto de seda negra que le había regalado Fernando para «ocasiones especiales», como él las llamaba.

Sabía que le quedaba como una segunda piel. Se marcaban todas sus curvas anatómicas y el escote era generoso. Tras ponerse un tanga, deslizó el vestido por su cuerpo. En el baño, se peinó con un recogido alto y tirante, que daba un aire exótico a su rostro. Se perfiló los ojos con un lápiz negro, marcándolos en todo su contorno, y se pintó los labios de un rojo Chanel que no había usado antes porque le parecía demasiado provocativo. Escogió unos zapatos negros de tacón alto de aguja y un pequeño bolso brillante de pedrería, donde solo le cabían las tarjetas de crédito, las llaves de la casa y del coche. Se acordó de la discoteca que estaba en el camino San Rafael, la Sala Rosse, en la que habían detenido a uno de sus clientes. Nunca había estado.

Aparcó en la calle Bodegueros. Bajo la oscuridad de la noche, avanzó envuelta en su abrigo negro, y se detuvo delante de la puerta principal. Las luces de la fachada le invitaban a entrar, prometiendo un ambiente divertido.

Apartando cuerpos en movimientos electrizantes, llegó a la barra. La música a todo volumen no dejaba entrar ningún pensamiento en su cabeza. Eso era lo que quería: acallar la voz que surgía de la oscuridad profunda. Consiguió un taburete en un rincón de la barra, donde se sentó a mirar y a tomar su *gin-tonic*. No tenía ningún objetivo, solo estaba allí su cuerpo. Vio un reflejo deformado de su cara en el espejo que anunciaba un *whisky* encima de la barra.

A los pocos minutos, bailaba en el centro de la pista, acompañando la música electrónica *house* que el DJ estaba mezclando para la multitud de clientes apiñados. Empezó con movimientos lentos, rítmicos, que con la música se convirtieron en rápidos y sensuales. Sentía que volaba, que un precipicio se apartaba de sus pies. Los ritmos se sucedían mientras adaptaba sus movimientos. No notaba el paso del tiempo. Sintió sed. Pidió otro *gin-tonic* y se sentó de nuevo en el extremo de la barra. Se sentía mejor.

—Te invito a esa copa.

Alguien había susurrado al lado de su oído.

Con la semioscuridad de la barra y el destello de las luces de colores, Rocío no podía ver bien su cara. Su brazo alargó un billete, en el que pudo ver dos ceros, para pagar al camarero. Mientras, su cuerpo se adosó al de Rocío. Notó su cadera pegada a la suya. Quería separarla, pero no lo hizo. Le pasó la mano por el hombro. Ella le pasó la suya.

«Demasiado músculo —pensó Rocío—. No importa».

Al aproximar su rostro, aunque no lo distinguía bien, le pareció que era atractivo. Barba de varios días a la moda, bien recortada, sonrisa estudiada ante el espejo, y ojos penetrantes con pose de conquistador. Sin preámbulos, puso sus labios en los de Rocío. A ella le gustó y metió la lengua en su boca. Se separaron para respirar, aunque seguían con las bocas pegadas.

—¿Nos vamos? —le preguntó al oído a Rocío.

—Sí.

Rocío, desnuda, abierta de piernas sobre el pecho, le anudaba las manos con la corbata al cabecero en la habitación del hotel. Le susurraba al oído las cosas que le iba a hacer. Él, casi borracho, se retorcía de placer. Mientras se movía con ritmo frenético intentando llegar al orgasmo, Rocío sentía despertar la bestia en su interior. Un placer amargo le inundaba, mientras oía los gemidos de placer del extraño. Los barrotes de la jaula se habían roto y estaba libre.

CAPÍTULO 24

UN DESPACHO ILUSTRE

Enero de 2016

Había tenido que rogar a su amigo Kevin que le consiguiera esta entrevista. Le demostraría que era capaz de llegar a lo más alto. Había estado en lo más bajo, ahora le tocaba subir a las alturas. Las noches en vela para estudiar después de trabajar de portero en el club. Ir a clase con esos estirados y parecer uno de ellos para que le dejaran los apuntes. Observaba a sus compañeros, sus movimientos, sus expresiones. Había aprendido a tener buenos modales, como ellos. Estaba en la puerta de un despacho de abogados en la calle Atarazanas con su traje de Hugo Boss. Una placa brillante, que destacaba de las demás, lo indicaba. Darse cuenta de que él estaba allí le disipaba el pellizco que tenía en el estómago. El motor que le había hecho seguir todos estos años, su odio, le puso en marcha.

—Ha trabajado en los mejores despachos de Málaga. ¿Por qué quiere trabajar para el nuestro? —le preguntó un hombre de mediana edad que parecía sacado de una revista de moda.

El Curro había hecho un buen trabajo de falsificación. Le había redactado las mejores cartas de recomendación.

—Desde pequeño admiro a su socio director. Éramos vecinos. Me puse el objetivo de llegar a él, con trabajo duro —había dejado caer que conocía al jefe supremo.

—Sus notas son brillantes.

Otro trabajo bien hecho del Curro. Sus aprobados se habían convertido en matrículas de honor.

—Sí, además soy una persona emprendedora y con recursos. Le puedo asegurar que los tengo.

—¿Por qué cree que es el mejor?

—Porque lo soy. Conozco el mundo, tanto el de arriba como el de

abajo.

—Veo en su currículum que ha trabajado para don Francisco Cortés.

La carta del padre de Kevin había salido perfecta. Era el jefazo de los negocios oscuros que defendía el despacho.

—Sí, le he llevado algunos asuntos. Todos con buen resultado. Se lo puede preguntar.

No le iba a decir que había trabajado como portero en sus clubs. Además, era un farol. Todo era falso. Aquello no parecía terminar, y tenía que aguantar el tipo sin cometer errores mientras reconstruía su propio pasado. Tenía que mostrar de qué era capaz. De ganar ese puesto.

—Le llamaremos, si es el seleccionado.

—Muchas gracias. Eso espero.

Sintió ganas de agarrarlo de la solapa y apretarle el cuello hasta que le diera el puesto de trabajo. Se controló. Las manos le temblaban después de tanta tensión. Logró levantarse y no hacer lo que le pedía su mente. Tenía que esperar. A los dos días recibió la llamada, empezaba a trabajar en el despacho.

«El jefe nunca me considerará uno de los suyos». De nuevo, había reunión en su casa, pero no estaba invitado. Tendría que buscar otros medios de llegar a ella. A veces la seguía por los juzgados por si reparaba en él, pero iba siempre tan ocupada en sus asuntos que era transparente para ella.

Hasta que llegó el día.

La vio delante de una sala de vistas mientras esperaba un juicio. Él se colocó enfrente como si esperase para el mismo juicio. Y de repente, tuvo suerte. Se le cayeron todos los papeles. Solo tuvo que acercarse y ayudarla. Lo siguiente fue rodado. Tomaron café y pensó: «No se pudo resistir a mis encantos», aunque tuvo que salir con los estirados de sus amigos.

Le había introducido una aplicación en su móvil para saber dónde estaba en cada momento.

La salida de esa noche le había puesto en bandeja su siguiente paso. Sentado en la oscuridad de la noche, esperaba que ella se marchase. Después actuaría.

CAPÍTULO 25

UNA PETICIÓN

S

entados en la mesa de la cocina, Carlota abría un paquete mientras Javier untaba aceite en su tostada.

—¿Es el regalo de cumpleaños de tu padre? —preguntó Javier al ver a Carlota con la mirada absorta en *El último encuentro* de Sándor Márai a medio envolver.

—Sí, como todos los años.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Lo sé.

—Tendrás que llamarlo.

—Lo haré algún día.

Carlota le dio un beso en la boca y salió a trabajar. Quería que el trabajo en el Instituto de Medicina Legal ocupase toda su consciencia. Sonó el móvil.

—¿Carlota, estás ocupada? Tenemos noticias sobre el caso de las mujeres que aparecieron en las maletas. ¿Vienes un momento a mi despacho, por favor? —le preguntó el juez Fuentes.

—Voy ahora mismo.

Al introducirse en el luminoso despacho de Ramón, Carlota reconoció a los inspectores Aranda y Domínguez sentados frente a él. Al verla, el juez le hizo una señal con la mano para que pasara dentro y se sentara.

En ese momento, Aranda exponía algunos hallazgos:

—Como a la primera víctima, Gabriela Méndez, la habíamos identificado en una inspección de la sala de fiestas Palacio de Venus, pasamos la información al grupo de Homicidios…

Miró a Domínguez para que siguiera hablando sobre la investigación.

Tomó la palabra:

—Desde que supimos que en el Palacio de Venus trabajaba la primera víctima pusimos vigilancia las veinticuatro horas. Hemos

hecho inspecciones de extranjería en ocasiones anteriores, y sabemos que hay mujeres obligadas a ejercer la prostitución. Por supuesto, los dueños también saben que hacemos esas inspecciones y las cambian de lugar. Las llevan de unas ciudades a otras. Las amenazan con hacerles daño a ellas o a sus familias por la deuda que contraen al traerlas, que aumenta día a día. Intentamos hablar con ellas para que nos cuenten, pero es muy difícil. Ninguna habla. Lo que queremos solicitar a su señoría es la autorización para hacer mañana una inspección ocular en el local.

—Por los resultados de las autopsias, la médico forense lo puede corroborar, sabemos que a las mujeres las asesinaron en algún lugar distinto al que aparecieron en las maletas. Vamos a empezar por ese local —añadió Aranda.

—Me parece bien. Firmaré una orden de entrada y registro. El letrado judicial irá con vosotros —adelantó el juez Fuentes.

—Buscaremos restos biológicos o cualquier indicio de las dos víctimas para compararlos con el ADN que tenemos. Si encontramos alguna pista sabremos que allí fue donde las asesinaron —completó Aranda.

—¿Cuándo la haréis? ¿Has dicho mañana?

Al preguntar Carlota, los dos inspectores se giraron hacia ella. No habían percibido su entrada. Ambos, tras un breve saludo, dijeron al unísono:

—Sí, mañana.

Y recobraron su posición inicial.

El juez Fuentes miró a Carlota con cara de interrogación. Intentaba pedirle algo a la médico forense.

«Lo sabía», pensó Carlota.

—Mañana no tengo consulta. ¿Te parece que los acompañe, Ramón?

—Sí, por supuesto. Creo que sería conveniente para la investigación —contestó Ramón con un gesto de complicidad.

Era muy perfeccionista en su trabajo, y quería que Carlota estuviese presente.

Domínguez miraba fijamente a Carlota. Ella le sostuvo la mirada. Iría a pesar de que no le gustase. Sabía de las antiguas suspicacias de Antonio durante los años de su trabajo en el pueblo, pero ahora no era una médico forense novata y recién llegada. Con el rostro serio, se levantó y se dirigió hacia ella.

—Nos vemos mañana. Adiós —susurró, mientras pasaba al lado de Carlota y salía del despacho de Ramón.

—Adiós, hasta mañana —contestó Carlota.

No acertaba a comprender la actitud de Domínguez. No quería darle importancia, pero notaba un resquemor que le molestaba.

Se acercó a Aranda para quedar con él.

—Por favor, Jorge, recógeme a las nueve de la mañana en la puerta del aparcamiento del juzgado.

Al salir del juzgado, una voz la saludó. Al girarse vio que era Rocío Bermejo.

—Hola, Rocío. ¿Qué tal estás?

Carlota no se atrevió a preguntarle qué estaba haciendo por allí. Su presencia en el juzgado podía ser profesional, pero desde la muerte de su hermana también podía deberse a asuntos personales. Obtuvo la respuesta.

—Mejor —fue su breve respuesta en lo personal, pero continuó con la profesional—. He venido a personarme en la causa de las mujeres que aparecieron en las maletas. Hemos contactado con la madre de Evelyn Rodríguez, que había denunciado su desaparición.

—Me alegro de que lleves el caso.

Carlota percibió un leve movimiento a su lado.

—¿Recuerdas a Jorge Aranda? Es el agente de la Policía científica e investiga el caso. Jorge, esta es Rocío Bermejo, abogada.

—Sí, nos conocemos.

—¡Es verdad! —exclamó Carlota.

—Como decía a Carlota, estamos trabajando en el caso de Evelyn. En principio, he contactado con la madre y quiere venir a España a recoger el cadáver. Estoy en el juzgado para solicitar la salida del cuerpo. Voy a hablar con el juez.

—Me alegro de volver a verte. Me marcho que tengo trabajo. Adiós, Rocío. Adiós, Jorge, hasta mañana.

Aunque el encuentro fue breve, Carlota percibió un rastro de interés en la mirada intensa que se intercambiaron Aranda y Rocío. Los dejó hablando entre ellos.

De vuelta a su despacho, el móvil sonaba en su bolsillo. Era Regina.

—Hola, Carlota, ¿me puedes hacer un favor? A mi hija le ha dado una crisis de asma y voy a urgencias. Estoy de guardia y me han avisado para un levantamiento. ¿Me lo puedes hacer?

—¡Claro! Cojo el maletín de levantamientos y me voy al juzgado de

guardia.

—Te lo agradezco, estoy muy agobiada.

—No te preocupes. ¿Qué sabes, algo complicado?

—Parece que sí. Han informado de un homicidio. Ha aparecido un hombre que ha sido estrangulado en un hotel.

—¡Quédate tranquila! Te cuento cuando vuelva.

CAPÍTULO 26

UN CADÁVER EN UN HOTEL

Carlota, a los cinco minutos, estaba en el juzgado de guardia para formar parte de la comisión judicial. La juez Villar la esperaba en su despacho con la letrada judicial.

—Vámonos. Te cuento por el camino.

Subieron al coche de la guardia.

La juez le relató que habían encontrado el cadáver de un hombre, al parecer estrangulado en la habitación de un hotel. Por el momento, no tenían más información.

La sirena les abrió camino por el tráfico denso de la ciudad. Era alrededor del mediodía.

Al salir del coche, sintieron alivio al ligero mareo que notaban tras el traqueteo del camino esquivando otros vehículos. Estaban delante de un pintoresco hotel en las afueras de la ciudad. En un azulejo policromado al lado de la puerta se leía: «La Almazara».

A Carlota le recordó los moteles de carretera californianos que salían en las *road movies* americanas, con una planta de puertas numeradas que daban a un patio central y un pequeño estanque rodeado de macetas de geranios, que le confería un aire de casa de campo.

Un precinto policial rodeaba la entrada de la habitación 19. Delante, se veía una veintena de personas. Dos agentes uniformados impedían el paso.

—Buenos días, agente. Somos la comisión judicial del juzgado de guardia —dijo al llegar la juez Villar al primer policía que custodiaba la escena del crimen.

Tras el saludo, el agente levantó el precinto para que pasasen.

Al entrar de una luz intensa del exterior a un ambiente menos iluminado en el interior de la habitación, Carlota se deslumbró y pasó varios segundos sin ver nada. Al acomodarse a la oscuridad, pudo observar la escena.

Sobre la cama estaba el cadáver desnudo de un hombre entre treinta y cuarenta años. Sus ojos de médico forense se dirigieron al cuello. Un cinturón de cuero negro se encontraba alrededor, apretándolo. A continuación, se dirigieron a otro punto por encima de su cabeza. Una corbata rojo brillante, con pequeños perritos, ataba sus manos al cabecero de la cama.

Carlota quedó absorta procesando los datos forenses de la escena del crimen.

La adrenalina subió de nivel. Miró alrededor. El inspector Aranda y una agente tomaban fotos.

Era una habitación de hotel *con encanto*, aunque su mobiliario rústico se mezclaba con un toque convencional. La cama tenía un cabecero de forja y barrotes coronados con filigranas que recordaban las estrellas; también había un sillón tapizado de color verde imitación al cuero, una pequeña mesa pegada a la pared donde se observaba algún folleto de turismo de la ciudad y dos mesillas de noche, una de ellas con un teléfono para llamar a recepción o al bar.

Todo estaba en su sitio.

Una chaqueta oscura y una camisa blanca reposaban de forma descuidada en el sillón. Un pantalón negro y un *slip* de rayas azules y blancas estaban en el suelo, junto a la cama. Junto a ellos, al acercarse, Carlota observó dos envases de preservativos, de color azul, abiertos y vacíos.

—Carlota. ¡Cuánto tiempo sin vernos! —dijo Aranda con sarcasmo —. Este no es el juzgado con el que haces las guardias.

—Cubro a una compañera. ¿Lo habéis identificado? —dijo Carlota sin dejar de mirar al cadáver.

—Estaban sus pertenencias. Sobre la mesa hemos encontrado la cartera. Tenía bastante dinero, por lo que parece que el robo no es el motivo de la muerte, y un DNI. Lo comprobaremos con las huellas digitales. En principio, se ha identificado como Emilio Carreras. Tenía treinta y cinco años. Hemos contactado con la familia. El hermano y la mujer vienen hacia aquí.

Aranda le pasó la documentación a Carlota.

—¿Tenemos alguna información de las circunstancias? ¿Sabemos cuándo llegó al hotel? ¿Quién lo vio con vida por última vez?

La juez Villar soltó las preguntas en su ansia de conocer las circunstancias.

—Los de Homicidios están fuera con el gerente. Han contactado

con el conserje de la recepción que trabajaba por la noche. La víctima llegó de madrugada, sobre las tres de la mañana, acompañado de una mujer bastante atractiva, delgada, alta, morena, con un vestido negro bastante ajustado. Ella se quedó en el coche y no entró a la recepción. Le pareció una cita de una noche. Sobre las doce de la mañana, la limpiadora encontró el cadáver.

—Hemos anotado las características de la mujer acompañante, y llevaremos al conserje a la comisaría por si pudiese hacer un retrato aproximado —completó el inspector Domínguez desde la puerta.

Carlota se acercó al cadáver y dijo:

—La hipótesis que parece más evidente es un homicidio. Con las primeras pistas que tenemos, indica un estrangulamiento homicida. Llegó con un acompañante. Hay que descartar un caso de hipoxifilia.

Carlota fijó la mirada en la corbata y en el cinturón alrededor del cuello.

—Una posibilidad es que se ate primero el cinturón al cuello con un nudo corredizo y luego las manos para poder inclinarse hacia delante y hacia atrás según la asfixia, hasta un momento en que perdiese el conocimiento y no hubiese vuelta atrás. No encaja —seguía Carlota susurrando.

Aranda, que estaba cerca, le respondió al oír sus comentarios.

—Ha llegado con una acompañante, lo más probable es que ella fuera su compañera de juegos. Atarse las manos uno solo con una corbata a la cama es complicado.

—Sí, estoy de acuerdo. Se acabó la teoría, vamos a examinarlo.

Carlota sacó su teléfono móvil e hizo algunas fotos. Ayudarían al compañero que hiciese la autopsia: la fotografía de la posición inicial del cadáver, si nadie lo ha tocado, claro, era importante, porque esa postura nunca volvía.

El cadáver se encontraba en el lado izquierdo de la cama.

Carlota se situó junto a él y empezó a anotar. No quería que se le pasasen detalles importantes. Lo decía en un susurro para que la juez pudiera oír la información.

—Varón de treinta y cinco años, desnudo, de constitución atlética, en decúbito supino, con congestión facial intensa compatible con una muerte por asfixia. Presenta alrededor del cuello un cinturón de… —sacó un metro de su maletín— tres centímetros de grosor, apretado.

Anotó las circunstancias sobre cómo y quién había encontrado el cadáver, quién lo había visto con vida la última vez y la hora de

llegada al hotel. Eran datos importantes para situar el momento de la muerte.

Se acercó para estudiar su cuello. El extremo de la correa lo habían pasado por la hebilla. Después se pondría los guantes y lo comprobaría.

—Los brazos están extendidos hacia atrás y las manos juntas, atadas al cabecero con una corbata.

Sacó unos guantes del maletín y comenzó la palpación. Miraba cada parte con cuidado, y siguió en voz alta:

—En la cabeza y en el cuerpo no hay contusiones ni heridas. Hay congestión facial, típica de las muertes por asfixia.

El cinturón rodeaba el cuello.

—Nos llevamos el cinturón en el cadáver para compararlo con el surco del cuello. ¿Estarás mañana en la autopsia?

—Recuerda que mañana tenemos el registro del club donde encontramos a una de las mujeres asesinadas que aparecieron en las maletas. Enviaré a Daniela.

—¡Es verdad! Mis compañeros empezarán sobre las ocho y media porque la autopsia se plantea larga. Si quieres, luego os lleváis el cinturón para ver si encontráis alguna huella.

—De acuerdo.

—Hacemos lo mismo con la corbata.

A continuación, Carlota inspeccionó las manos, las desató de los barrotes de la cama y las introdujo, ambas atadas con la corbata, en una bolsa de papel, sin apenas tocarlas, para no perder pruebas.

Los funerarios habían llegado escasos minutos después de la comisión judicial y se habían colocado a su lado para ayudarla. El cuerpo estaba libre. Lo movilizaron para verle la espalda.

—No hay ninguna lesión.

Carlota presionó la espalda. Las livideces cadavéricas no estaban fijas y la rigidez se hallaba en sus comienzos. Según los fenómenos cadavéricos, la muerte se había producido hacía unas seis u ocho horas. Tomaron la temperatura ambiental y la rectal, para acercarse a la data de la muerte.

—Podéis llevaros el cadáver —les dijo a los funerarios, tras dirigir una mirada que recorrió todo el cuerpo para repasar si había dejado atrás algún detalle.

Decidió dar una vuelta por la habitación por si había algún dato importante que la ayudase en la investigación. Entró en el cuarto de

baño. No había ningún dato de desorden o de pelea previa, pero las toallas y los objetos de aseo personal estaban usados.

—Me llevo los dos vasos de la habitación y los utensilios del baño donde puedan hallarse huellas y pelos —le dijo Aranda detrás de ella.

—He terminado. Mañana nos vemos.

—Sí, te recojo a las nueve en la puerta trasera del juzgado. Nosotros nos quedamos para seguir investigando manchas de sangre u otras sustancias, y sacar huellas digitales en los objetos y los muebles. Por aquí habrán pasado muchas personas, pero a ver si tenemos suerte y encontramos alguna relacionada —aclaró el inspector cuando la comisión judicial salía de la habitación.

CAPÍTULO 27

La víctima

Carlota se despedía de Aranda cuando un agente se acercó, mientras dejaba en la puerta a dos personas.

—Han llegado la mujer y el hermano de la víctima. ¿Quieren hablar con ellos?

—Sí, vamos.

Carlota, el inspector y la juez se dirigieron hacia el exterior. El agente le indicó a una mujer joven, con el pelo moreno, rizado y corto, algo alborotado. Su cara redondeada de labios finos se encontraba algo abotargada y con los ojos enrojecidos de haber llorado. Se mostraba tranquila, aunque movía una mano contra la otra. Estaba acompañada de un hombre canoso y con cierto parecido con la víctima, aunque mayor y más grueso.

Carlota desconocía la información que se les había comunicado.

La juez Villar, que hasta ahora había dejado hacer a la médico forense, se situó al lado de ella. Comenzó con las preguntas.

—Buenos días. ¿Es usted familiar de Emilio Carreras?

—Sí, soy su esposa.

—Somos la juez y la médico forense del juzgado de guardia. Necesitaríamos que nos contestase algunas preguntas con relación a su marido.

—Claro.

La voz de la mujer salía de su boca entrecortada y se perdía en un susurro.

—¿Padecía alguna enfermedad?

Carlota se adelantó con una pregunta no directamente relacionada con lo que había sucedido. Quería ver cómo respondía ante esa situación tan trágica.

—No.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó la juez Villar.

Después de unos segundos de silencio, la mujer pareció recordarlo

con un gran esfuerzo.

—Ayer por la mañana, antes de irnos al trabajo. Desayunamos juntos. Él se fue a su trabajo en el banco. Es… Era director de una sucursal.

—¿Cuándo lo echó de menos?

—De lunes a viernes estaba todo el día fuera. Trabajaba mañana y tarde. Al terminar el trabajo iba al gimnasio y volvía a casa sobre las nueve de la noche, o incluso más tarde. Ayer me llamó para decirme que tenía una reunión y que después se iba a tomar algo con los compañeros. Iban a celebrar la aprobación de un proyecto importante. Cuando comprobé que no había venido a dormir, me preocupé.

El inspector Aranda y Carlota cruzaron una mirada. Se encargaría de hablar con los compañeros de trabajo.

—¿Alguna vez lo había hecho antes? Me refiero a dormir fuera de su domicilio.

La juez Villar se adelantó a Carlota. Estaba más acostumbrada a los interrogatorios.

—¡No! Somos un matrimonio unido. Nos queremos… no sé lo que pensarán.

El llanto interrumpió las palabras. El hombre que la acompañaba la abrazó. La juez Villar se dirigió a él.

—¿Usted es su hermano?

—Sí, mi nombre es David Carreras.

—¿Su hermano tenía enemigos? ¿Alguien que lo amenazase?

—Desconozco si tenía algún problema en el trabajo o algún cliente peligroso. Que nosotros sepamos, no.

—Le recogerán datos para ponerse en contacto con ustedes para tomarles declaración. Lo sentimos mucho.

—Gracias.

Por ahora, era suficiente. La juez se dirigió a los agentes para acordar con ellos el envío del atestado y la toma de declaraciones.

Carlota siguió con la mirada las dos figuras que acababa de interrogar, viendo cómo se alejaban encorvadas en su dolor. La muerte siempre llega cuando no se espera y siempre es desolador el vacío que deja.

Al seguirlas con la mirada, vio a la juez con otra figura al lado de la puerta de recepción al fondo del patio central. Era el inspector Domínguez.

—¿Antonio va a investigar este caso? —preguntó Carlota.

—Es el jefe de Homicidios —respondió el inspector Aranda, que estaba a su lado.

—Me alegro. Es un caso muy interesante y él es un buen profesional.

Mañana lo vería. Ahora se marchaba la comisión judicial. Estaba muy lejos y probablemente no la habría visto.

Aranda se despidió. Investigaría esa misma tarde a los compañeros del banco para reconstruir las últimas horas antes de la muerte. Había que conocer todo el entramado familiar y laboral para ver si había algún cabo suelto del que tirar y sacar la clave de esta muerte violenta. Sería interesante tener información sobre las prácticas sexuales de la víctima. Aunque lo más importante era identificar y encontrar a la mujer que llegó al hotel con él.

De vuelta al juzgado, el silencio se impuso. La juez Villar lo rompió.

—¿Qué te parece, Carlota?

—Parece un homicidio. La víctima estaba acompañada por esa mujer. La información que pueda aportar es crucial. ¡Sobre todo si es la asesina! —añadió con sarcasmo—. En fin, por los datos alrededor de la muerte, la forma del cinturón, las manos atadas, me inclino a pensar que hizo falta la participación de otra persona. Que fuese intencionado o se le fuera de las manos eso lo tendremos que averiguar si encontramos a la mujer misteriosa. Si nos lo dice, claro.

—He ordenado la investigación. He hablado con el inspector Domínguez. Van a interrogar a los compañeros que salieron con él para que nos cuenten lo que hicieron esa noche y si llegaron a conocer a esa mujer.

—Es la última persona que lo vio con vida. O es testigo o es la asesina.

Al llegar al juzgado, eran más de las cuatro de la tarde. Se despidieron. Carlota estaba hambrienta. Deseaba llegar a su casa. Mientras conducía su coche, a más velocidad de la permitida, sonó el móvil. Regina le decía que su hija estaba mejor. En urgencias le habían puesto aerosoles y estaba más tranquilla. Su marido había regresado a casa y le cubriría si la llamaban. Ella seguiría con la guardia. Carlota le contó sucintamente el levantamiento y colgaron.

Estaba cansada. Sus pensamientos se entremezclaron. Le vino la imagen de la habitación del hotel. El cadáver estaba en una postura tan irreverente, tan trágica y a la vez tan cómica. ¿Le gustaba el sexo

duro? Y su mujer, ¿lo sabía? ¿Lo haría con ella, o sería una faceta oculta? ¿La habría engañado con otras? ¿Quién sería la mujer misteriosa que le acompañó en el juego sexual? ¿Se le habría ido de las manos el placer del orgasmo cuando lo asfixiaba? Recordó el rostro de su esposa. Reflejaba que desconocía ese aspecto de su marido. Lo había descubierto con la noticia más dura que podía tener. Además de la pena, la ira de la traición. Los últimos momentos de su vida le habían pertenecido a otra mujer. ¡Qué aspecto tan desolador tenía la traición en la muerte!

Al entrar en su casa, Carlota vio en el garaje el coche de Javier. Estaba en casa.

Entró y lo llamó. Oyó su voz a lo lejos en el despacho. Lo encontró delante del ordenador. Carlota se sentó en sus rodillas y le dio un beso en la boca.

—Estoy muerta. ¡No en el sentido literal! ¿Has comido?

—Hace rato. Estoy preparando la clase de mañana.

—Te llamé para decirte que llegaría tarde.

—Estaba en una reunión y luego se me hizo tarde para llamarte. Pensé que estabas liada.

—Un hombre ha aparecido muerto en la habitación de un hotel, lo más probable es que lo hayan estrangulado.

—¡No me cuentes detalles macabros, Carlota! Es tu trabajo, pero yo no lo puedo soportar. Solo los hechos, por favor.

—Bueno, solo una cosa más. Parece que había tenido un juego sexual bastante peligroso.

—¿Eso lo ha matado?

—No lo sabemos todavía. Si era un juego sexual que se le ha ido de las manos o un homicidio. Yo me inclino más a pensar que ha sido lo segundo.

—Está bien, cuéntame lo que no sea sangriento.

—Te dejaré sin saber nada más. No pienso darte detalles morbosos de la escena del crimen —dijo Carlota riéndose y saliendo de la habitación para dirigirse a la cocina.

Necesitaba comer algo, tenía el nivel de glucosa en sangre muy bajo y no podía pensar con claridad.

Con el último bocado en la boca se puso a preparar la abonadora. Mezclaba el agua con un fertilizante líquido de materia orgánica para los cultivos ecológicos. Añadió también el sulfato potásico, en la proporción que le había recomendado Carlos, para el cultivo del

tomate huevo de toro. Cogió el polvo amarillo de azufre y lo espolvoreó sobre las plantas mientras dejaba su olor característico. Quitó los mamones uno a uno con cuidado de no dañar la planta, y dejando los tallos guía. Al terminar, observó cómo sus plantas habían alcanzado la punta de sus tutores y estaban llenas de pequeños tomates verdes. Así conseguía llenar su mente de oxígeno y despejarla para seguir el día a día.

CAPÍTULO 28

El club

A las nueve de la mañana, Aranda pasó a recoger a Carlota por el juzgado. Dos policías de paisano iban sentados detrás, tan bien caracterizados que Carlota pensaba: «Si me los encuentro por la noche, cruzo la calle o salgo corriendo».

El inspector Aranda, tras el saludo, no pronunció palabra durante el trayecto. Carlota, de vez en cuando, lo miraba de reojo para ver su cara. Un rictus tenso de la mandíbula se marcaba en su rostro.

Al dar una curva en la carretera comarcal, el sol los deslumbró y los ocupantes del coche no podían ver el edificio al que se acercaban. Entraron por un camino terrizo blanquecino durante unos metros y el coche se detuvo delante de la fachada principal. Coches patrulla y otros sin distintivo estaban allí aparcados. Llamaba la atención que tenía una valla publicitaria de bebidas, protectora de la intimidad de los clientes. En el frontal, el neón «Palacio de Venus» estaba apagado. Figuraba la palabra «hotel» precediéndola. También estaba apagado.

Los agentes se apostaron en la entrada principal. Una gran puerta negra de metal impedía el paso. Carlota se quedó en la retaguardia, viendo los movimientos de los hombres que se preparaban para entrar. Un policía golpeó la puerta.

—Jorge, mira, Antonio y sus hombres están en la puerta —señaló Carlota.

—Ellos entrarán primero a ver lo que encuentran. Está hablando con el dueño para comunicarle la orden de registro y que nos dejen entrar.

Tras unos escasos segundos, la puerta se abrió.

Los agentes empezaron a entrar con las manos colocadas en la cintura, tocando su arma reglamentaria. Las figuras se perdieron en el interior. Aranda y Carlota los siguieron.

Una cortina roja daba la bienvenida a la sala central. La luz, que por la noche tendría colores fluorescentes llamativos en rosas o rojos,

por la mañana era de un frío y desolador blanco procedente de unos gastados tubos fluorescentes. No estaban preparados para la luz de la mañana. A las limpiadoras no les hacía falta ver bien para quitar la basura que dejaban los clientes.

Desde la entrada, Carlota vio cómo Domínguez se dirigía a un hombre robusto de gesto desagradable. Las oscuras y pobladas cejas rodeaban unos pequeños ojos que irradiaban rencor. Al mover los brazos, en un gesto pugilístico, su musculatura se marcaba en la camiseta negra con el logotipo del local marcado en color plata brillante. Era el vigilante de seguridad. Al enseñarle el inspector Domínguez los papeles para el registro del local, le señalaba una puerta al fondo, con un cartel de «privado» en letras grandes. En ese instante, al abrirse, un hombre de mediana edad se dirigió hacia ellos. El vigilante lo presentó como su jefe. Insistía en que era un bar respetable.

La voz de Domínguez cortó sus palabras.

—¡Eh, segurata! ¡Trae a las chicas! No tenemos todo el día.

Los agentes se impacientaban. No querían palabras, sino empezar el trabajo y hablar con las mujeres que estaban en el local.

El vigilante buscó con la mirada al jefe y este hizo un leve gesto de asentimiento. Mirando con cara de desprecio a los agentes, desapareció tras una cortina disimulada detrás de una gran palmera artificial, como queriendo aparentar un paraíso que ocultara el infierno de las chicas cuando lo cruzaban.

El jefe leía el documento que el inspector Domínguez le había entregado con parsimonia. Su boca dibujada una sonrisa maliciosa y sus ojos tenían un reflejo de sarcasmo.

Las caras somnolientas de las mujeres aparecieron en la puerta del fondo. Hacía pocas horas que habían terminado de atender a los clientes. Las habían arrancado de la cama. Estaban vestidas con sudaderas y pantalones de pijamas gruesos y de colores fuertes. Debía de hacer frío en sus habitaciones.

«El jefe solo encenderá la calefacción cuando haya clientes», pensó Carlota.

Los agentes intentaban tranquilizar a las mujeres asegurándoles que solo querían hablar con ellas para preguntarles por su situación.

Domínguez arrastró al jefe del brazo mientras lo llevaba hacia la oficina.

—Nos vamos a su despacho, quiero hacerle algunas preguntas.

—No tengo nada que ocultar. Este es un negocio en regla. Las chicas trabajan aquí porque quieren.

—Eso lo veremos.

Aranda, en el extremo de la sala, le dijo a la médico forense:

—Vamos, Carlota. Mientras Antonio interroga al encargado sobre Gabriela Méndez y su muerte, nosotros nos dedicaremos a buscar pruebas que nos indiquen dónde asesinaron a esas mujeres.

—Sabemos que las mataron en un lugar diferente a donde las enterraron.

—Y que Gabriela seguro que trabajó aquí, por la inspección que hizo Extranjería.

—Jorge, ¿te has fijado en el terreno blanquecino de la entrada? Puede ser el mismo que vimos en la segunda maleta.

—Sí, tomaré una muestra antes de irme.

Entraron en un pasillo oscuro tras la cortina que intentaba tapar una puerta blindada en el fondo del local. Más de una veintena de puertas numeradas se abrían a ambos lados del pasillo. El vigilante, al que llamaban Charlie, según habían escuchado del jefe, era arrastrado por el inspector Aranda para que les indicara.

—Estas son las habitaciones del hotel, ¿o te hace falta más explicación?

El tono sarcástico empezaba a sacar de quicio al inspector. Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Charlie.

—¿Quieres decir que aquí es donde trabajan las chicas?

—Esto es un hotel, y ellas hacen lo que les da la gana.

—Seguro que no las explotáis y las dejáis salir de paseo. ¡Ve abriendo todas las puertas! —contestó Aranda en tono amenazador.

Al abrir la primera de las habitaciones, el tufo de mezcla de olores de orina, semen y alcohol los hizo retroceder.

Estaba oscura. Entró Aranda, y enfocó la luz ultravioleta. Luego sacó su frasco de luminol, que espurreaba por las superficies por si detectaba que alguna mancha fuese sangre. Una a una revisaron las habitaciones. Aparecieron numerosas manchas de orina y de semen. De sangre, nada.

Carlota entraba junto a Jorge y le indicaba este o aquel punto donde le parecía haber visto alguna luminiscencia. No podía evitar mirar a su alrededor. En las tinieblas, se dibujaban camas con colchas de sedas artificiales, de un color rosa brillante con estridentes dibujos eróticos que hacían juego con las cortinas, mesillas de noche lacadas

en blanco sucio con tiradores metálicos fálicos o grandes cabeceros en forma de corazón tapizados de terciopelo rojo desgastado y con numerosas manchas orgánicas.

—Ahora vamos a los cuartos donde viven las chicas —dijo el inspector.

—¡Y una mierda! Yo no te llevo sin el permiso del jefe —exclamó desafiante Charlie, llevándose las manos al bolsillo de su chaqueta.

«Quizás tenga un arma», pensó Carlota.

—¡Vamos con mi permiso o verás lo que pasa!

La mirada del inspector Aranda era aterradora, al mismo tiempo que se llevaba la mano al arma. Carlota sintió un escalofrío. Nunca antes había visto esa mirada en Jorge. Era la primera vez que lo observaba ante delincuentes peligrosos.

—¡Okei! Tranquilo, amigo —le dijo Charlie.

Ambos se miraron a los ojos. Charlie bajó los brazos.

—Venga, muévete. Y que te vea las manos —le animó el inspector.

Charlie se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el final del pasillo. Se paró en seco delante de una cortina negra. Tras descorrerla apareció una puerta metálica con una enorme cerradura de seguridad.

—Voy a sacar la llave del bolsillo.

—Hazlo despacio.

Otro pasillo oscuro se abrió tras la puerta. El cambio resultaba sustancial. La pared era de un color grisáceo, que alguna vez debió de ser blanca. Su color níveo había desaparecido a parches dejando ver el cemento grisáceo, con desconchones y manchas de distintas tonalidades a todos los niveles.

La primera habitación que se encontraron tenía una puerta descolgada de aspecto descuidado y los materiales eran paupérrimos. Era un comedor, lleno de mesas cuadradas con manteles de papel rojo y sillas de plástico blanco. No había nadie.

Al fondo, tras atravesar un arco, más parecido a una oquedad en la pared, entraron en algo que podía recordar a una cocina. Un recuerdo lejano, porque lo único que había para definirlo así era un hornillo de butano. El resto eran tablones de madera donde habían depositado algunos envases de leche aplastados y cajas abiertas con galletas que sobresalían rotas.

Se escuchaban ruidos en su interior. Una mujer de pelo blanco rizado, que se lo intentaba recoger con un elástico en una cola, escasa altura y gruesas piernas que asomaban por debajo de un vestido

negro, trajinaba en una cazuela.

Con movimientos lentos y artrósicos, parecía preparar un café por el aspecto del brebaje, aunque por el olor debería de ser un sucedáneo. Levantó su cara arrugada y les dirigió una mirada en la que no se apreciaba ninguna sorpresa. Debía de estar acostumbrada a situaciones inéditas. Y a no hacer preguntas.

—Aquí es donde tenéis encerradas a las chicas.

El inspector Aranda no pudo evitar el comentario.

—Nosotros no tenemos encerrado a nadie. Ellas pueden salir y entrar cuando les dé la gana —insistía Charlie.

Al oír el comentario, la mujer apretó los labios y entrecerró los ojos durante un segundo. Carlota percibió el breve cambio de expresión en el rostro de la mujer.

—Hay que entrevistarla, seguro que sabe algo —susurró Carlota.

El inspector y Carlota cruzaron una mirada de complicidad.

Empezaron la inspección en los dormitorios de las mujeres. En cada uno de ellos indagaban manchas de sangre con luminol. Eran minúsculos. Lo justo para que pudiese colocarse un colchón, con un somier sin cabecero, y una reducida mesilla de noche de formica con cajones. Encima se agolpaban los productos de aseo personal. A los pies de la cama, una maleta. La que habían usado para llegar a su sueño de trabajo y que ahora hacía de armario de sus escasas pertenencias.

Carlota se paró en algunos puntos que se habían cubierto de luminiscencia.

—Aquí hay algunas manchas minúsculas de sangre en las paredes.

—Son muy pequeñas. Por su morfología y distribución parecen mosquitos machacados en las noches de verano.

—Sí, eso parecen. Hay cuerpos de mosquitos pegados.

La última puerta era un baño compartido. Ahora comprendió Carlota el porqué de los productos de baño en las habitaciones. No podían arriesgarse a que las otras chicas usasen sus geles y sus cremas. No por egoísmo, ni roñería, sino porque estos tenían que ser pagados a precio de oro a sus carceleros, y sumaban más dinero a su deuda diaria.

Habían terminado. Nada. No había ningún indicio de la muerte de ninguna mujer.

—¿Cuál era la habitación de Gabriela Méndez?

—No sé quién era esa puta.

—¡Dime cuál era su habitación!

El inspector Aranda sacó una foto, que le puso delante de sus ojos.

—No sé quién es —repitió Charlie.

—Sabemos que está muerta. Y sabemos que lo más probable es que la mataseis aquí. ¿Dónde hay más habitaciones?

La amenaza de asesinato no lo impresionaba. Se sentía muy seguro.

—No hay. Habéis visto todo el local.

Por ahora, no habían encontrado nada.

CAPÍTULO 29

EL SÓTANO

Carlota se dirigió al comedor de nuevo. Había visto algo que le había llamado la atención. Todas las paredes estaban sucias y descuidadas, pero en el comedor había colgado un mural de dibujos geométricos. Era diferente, con algo más de gusto que el resto del local. Y estaba nuevo. Se situó delante de él. Algo no le cuadraba. Estaba fuera de lugar. A su alrededor había unas manchas más blancas, como de yeso nuevo. El tamaño era demasiado grande y llegaba al suelo. Asomó un ojo por detrás del cuadro. Vislumbró un tenue destello de luz.

—Parece que hay una puerta. ¡Claro! ¡Oculta una puerta! —susurró Carlota.

—¡Jorge! Ven —gritó Carlota.

—Estoy ocupado, Carlota.

Jorge le había contestado con tono condescendiente, insinuando que le estaba interrumpiendo y entremetiéndose en su interrogatorio.

—Por favor, ¡ven! He encontrado una puerta.

El inspector Aranda y Charlie aparecieron junto a la puerta. El rostro de la cocinera con una mueca risueña asomó y desapareció en unos segundos.

—¡Abre esto, ahora mismo!

El tono de nuevo era amenazador, junto a la visión de la pistola reglamentaria del inspector Aranda que le puso delante de sus narices. Esta vez surgió efecto. Sin prisas, Charlie sacó un manojo de llaves de su bolsillo. En el extremo inferior derecho, introdujo una clavija y se activó un resorte. El mural de la pared se abrió, dejando ver una entrada hacia una escalera que bajaba al sótano. El aspecto era sórdido. Los ladrillos de las paredes eran de un ligero reflejo color verde ocre, del moho que los recubría, y el ventanuco a nivel del suelo de la calle dejaba entrever, con escasa claridad, los peldaños irregulares de cemento mal enlucido que se introducían en la negrura. Bajaron precedidos por Charlie para evitar sorpresas.

—Dale a la luz. ¡Rápido! ¡No tenemos tiempo para gilipolleces!

El inspector no estaba para bromas. El arma precedía a sus palabras.

—Vale. Tranqui.

De mala gana, Charlie buscó a tientas el interruptor en la pared con la escasa luz que entraba desde la escalera. Al encender una bombilla de cuarenta vatios, llena de polvo y telarañas, de luz amarillenta mortecina, se dejó entrever una escena estremecedora. De construcción reciente pero no acabada, la escalera terminaba en una habitación rectangular de paredes grises de cemento, irregulares y con oquedades de diversos tamaños y colores parduzcos. Estaba dividida con tres tabiques que formaban cuatro minúsculos habitáculos cerrados por unas puertas de barrotes mal pintados en negro con manchas de óxido.

Con un movimiento rápido, Aranda se abalanzó sobre Charlie cuando este hizo un giro brusco para salir por la escalera. Dos de los agentes de paisano que los seguían a corta distancia aparecieron para ayudar al inspector en su trifulca con el gigante de Charlie, que se revolvía como un perro rabioso. Los agentes lo redujeron y se lo llevaron esposado.

Tras recoger su maletín, el inspector comenzó a pulverizar el luminol por las paredes y el suelo de las celdas.

—Carlota, empecemos a buscar manchas de sangre.

—Vale. Empiezo por la del final —dijo Carlota al ver que él había empezado por la que estaba la primera, más cerca de las escaleras.

Carlota observó un suelo ennegrecido de múltiples manchas, probablemente orgánicas, sobre una superficie irregular y áspera de cemento sin enlucir. Al poner en contacto con la superficie del suelo el luminol, aparecían unas tenues líneas que dibujaban líneas anárquicas.

—Jorge, han intentado limpiar el suelo con una fregona y han dejado algunos restos de sangre —dijo Carlota en voz alta.

Continuó con el somier oxidado. En esa celda no había colchón, a diferencia del resto de las estancias.

«¿Lo habrán quitado para eliminar pruebas?» se preguntó Carlota.

Al mirar centímetro a centímetro el marco del somier, en el borde más próximo a la pared, aparecía una gran mancha negruzca. Carlota dirigió la linterna. El color se transformó en un rojo oscuro algo brillante.

—Jorge, he encontrado algo. Hay una mancha con todas las características de la sangre, además parece de proyección. Es redondeada, con dentellones en el borde y con gotitas satélites más pequeñas a su alrededor.

—Sigue tú ahí, en cuanto termine voy contigo.

—Han debido de caer desde cierta altura. Desde la nariz o la cabeza de Gabriela, o de otra mujer a la que han golpeado en estas mazmorras. Es terrible.

Una sensación de náusea inundó a Carlota. Había visto mucho daño infligido por el ser humano, pero las autopsias de Evelyn y Gabriela eran de las más terroríficas que había vivido hasta la fecha. Irrigó el luminol sobre la mancha y apareció una clara luminiscencia. La recogió con un hisopo húmedo y rotuló en el envase de dónde procedía.

—Seguiré buscando en esta celda. Hay más manchas rojo negruzcas de proyección en la pared. Son positivas al luminol. Aquí golpearon a la víctima —gritó Carlota para que Aranda le escuchase.

Una a una, Carlota las recogió con hisopos húmedos y etiquetó el envase.

Dirigió la linterna al ángulo del final del cuartucho. En la esquina, entre la pared del fondo y la cama, un poco por encima, había una mancha con la morfología que recordaba una mano.

—¡Jorge! He encontrado una mancha de sangre interesante para la investigación. Es una mancha de sangre de contacto y dibuja una mano pequeña y delgada. Significa que tenemos la mano de la víctima.

A Carlota le vino la imagen a la mente. Una mujer postrada de dolor en el suelo, arrinconada, golpeada y llena de sangre, se había apoyado en la pared con su mano ensangrentada.

—Un segundo. Me queda una mancha en la última celda —le contestó en voz alta Aranda.

Mientras esperaba esos instantes a Jorge, Carlota miró fijamente la esquina. Veía a la mujer sentada en el suelo frío, golpeada, violada, aterrorizada, con sus manos llenas de sangre intentando parar los golpes.

—Dime, Carlota.

La voz del inspector Aranda detrás de ella la sacó de su pesadilla.

—Mira qué mancha de contacto más interesante. Dibuja una mano. Casi se pueden ver las huellas dactilares.

—Vamos a fotografiarla y a cogerla para el ADN. Estoy deseando largarme de esta mazmorra. Yo me llevo trabajo para un montón de semanas. Por aquí han pasado muchas mujeres.

—Hemos avanzado mucho en la investigación. Si se demuestra que la sangre era de alguna de las víctimas, sabremos que la agredieron y, probablemente, la asesinaron en esta celda —dijo Carlota con cierto optimismo.

—Lo siguiente será averiguar quién es el asesino. A ver si el gigantón de Charlie tiene la lengua ligera.

Mientras recogían el material, la figura del inspector Domínguez apareció por el hueco de la escalera.

—¿Habéis terminado?

—Sí, por ahora. Hemos recogido bastante material de manchas de sangre que hemos encontrado en estas celdas para investigar el ADN, por si proceden de las víctimas de las maletas.

—Nosotros también tenemos material muy interesante. Vamos a salir de este antro primero, y os voy contando. Tengo el coche en la puerta. Os llevo adonde vayáis.

—Yo me voy pitando a mi despacho, que me espera mucho trabajo. Tengo que dejar las muestras en el laboratorio —dijo el inspector—. Además, Daniela supongo que habrá vuelto de la autopsia del hombre muerto en el hotel. Me vuelvo en el coche con los dos agentes de mi grupo que andan por las habitaciones de las mujeres investigando. Te llamo en cuanto tenga algún resultado.

El inspector Domínguez asintió.

—Carlota, te vas con él, ¿no? ¡Chao! —dijo Aranda al desaparecer por las escaleras con el maletín en la mano.

La respuesta de Carlota fue un gesto en la cara que quería decir: «¡Qué remedio si me dejas tirada!». Y añadió:

—¡No te olvides de una muestra del suelo para que lo compares con el que encontramos en la segunda maleta!

—No me olvido, la tomo antes de irme. No quiero perder tiempo, tengo que llevar las muestras al laboratorio lo antes posible. Tenemos que demostrar que eran de las víctimas —se oyó al final de las escaleras.

—¿Dónde te dejo, Carlota? —dijo Domínguez.

—Voy al juzgado. Tengo allí mi coche.

Carlota subió de dos en dos los escalones. Quería salir lo antes posible de ese infierno.

Estaban fuera, respirando el aire fresco. El inspector Domínguez rompió el silencio.

—Nuestra mañana también ha sido muy laboriosa. Hemos empezado no muy bien. A pesar de que le hemos repetido que serían protegidas, las mujeres no querían hablar porque tenían miedo: estaban aterrorizadas. Estas mafias son muy peligrosas. De todas formas, las citaremos en la comisaría para ver si alguna de ellas quiere decir algo.

—No me extraña. Has visto dónde las encerraban para castigarlas —añadió Carlota.

—El encargado tampoco ha confesado nada.

Se interrumpió con el ruido del coche del inspector Aranda. Los neumáticos chirriaban sobre el terrizo al salir a gran velocidad. Una nube de polvo los envolvió.

Se dirigieron al coche que había traído el inspector. No cabía duda, era el último que quedaba en el aparcamiento. Para poder sentarse, Carlota recogió unos papeles desordenados del asiento del copiloto y los colocó atrás. «No ha cambiado nada. Sigue el coche igual que siempre, con los papeles por todas partes», pensó Carlota.

Domínguez se percató del gesto de Carlota.

—Sigo igual, aunque me haya trasladado a la ciudad.

Ambos se miraron con una sonrisa de complicidad. En ese momento, a la pituitaria de Carlota le llegó un suave olor masculino de loción para después del afeitado.

«Eso sí ha cambiado», pensó Carlota. No recordaba que Antonio usara loción en las múltiples ocasiones que habían compartido el vehículo para ir a los levantamientos. Iba con su barba descuidada de varios días según le permitiese afeitarse el trabajo.

Salieron a la carreta principal y un silencio incómodo se instaló entre ellos. El inspector rompió el hielo.

—He enviado al agente Benítez para que esté en la autopsia del hombre que apareció ayer muerto en el hotel.

—En cuanto llegue, le preguntaré a mis compañeros que han hecho la autopsia.

—¿Qué impresión sacaste del levantamiento?

—Me planteo dos opciones. Tal vez un caso de hipoxifilia, un juego erótico con la mujer que le acompañaba y que se les fue de las manos. Y la segunda opción, un homicidio. Lo estrangularon y quería que pareciese un juego erótico, o bien ambas cosas: primero jugaron y

luego lo asesinaron.

—Sí, esas eran las opciones, pero ¿cuál es tu opinión, Carlota? —insistió Domínguez mientras apartaba la mirada unos segundos de la carreta.

—Me inclino a pensar en un homicidio. El cinturón en el cuello, las manos atadas, la posición del cadáver. Lo que está claro es que hubo participación de otra persona, y esa parece ser la mujer que lo acompañó en los juegos sexuales de esa noche. Sería muy interesante que la localizarais lo antes posible.

—¡Por supuesto, estamos en ello! —respondió Antonio en tono molesto.

«Sigue igual, con reticencias a mis comentarios. Siempre piensa que me entrometo», pensó Carlota.

Un espeso silencio se instauró de nuevo en el ambiente. Carlota giraba con los dedos un mechón de su cabello, como hacía de forma inconsciente cada vez que estaba nerviosa. Con la mirada puesta en la carretera no veía nada, permanecía muy tensa. De vez en cuando advertía la mirada de soslayo que le dirigía el inspector Domínguez.

—¿Cómo es que vienes a trabajar a esta ciudad y no me habías avisado? ¿Soy la última en enterarme de que estás aquí? Pensaba que éramos buenos compañeros de trabajo.

Carlota elevó el tono más de lo que hubiera deseado. No podía disimular el enfado.

—Sí, buenos compañeros de trabajo —repitió el inspector—. Fue una decisión de última hora.

—¿No has tenido tiempo de pasar a saludarme?

—He estado muy ocupado —mintió Domínguez.

Habían llegado a la puerta del juzgado. Carlota salió del coche.

—Siento que estuvieses tan ocupado. Gracias por traerme.

—De nada. Mañana interrogaremos a los detenidos y cuando terminemos los traeré para pasarlos a disposición judicial.

—Adiós.

Carlota salió del coche y se dirigió con paso rápido al juzgado. Estaba molesta. No sabía con quién, lo más probable, con ella misma. No escuchó que el coche arrancaba hasta que ella entró por la puerta trasera. Domínguez había esperado que entrase.

Al entrar, se tropezó de bruces con Daniela y Benítez.

—¿Habéis vuelto de la inspección del local? —dijo Daniela a Carlota a pocos centímetros de su cara.

—Acabamos de volver. Jorge ha ido al laboratorio a dejar todas las muestras que hemos recogido. Tenéis trabajo para algún tiempo. Benítez, tu jefe me acaba de dejar y se ha marchado. También vosotros tenéis trabajo.

—Me voy. Seguro que estará maldiciendo porque no he llegado. Acaban de terminar la autopsia —dijo acelerado, casi disculpándose de su paso rápido al dejarlas con la palabra en la boca.

A Benítez le gustaba que le llamasen por su apellido. Decía que era el de su madre, y que era lo menos que podía hacer con lo que le había costado criarlo sola. Era un hombre muy corpulento y alto, pero su tez clara y barbilampiña le confería un aspecto infantil que se adecuada a sus modales y su voz suave. A Carlota le transmitía un aura de inocencia y ternura. El inspector le había comentado que no se fiara de su aspecto simpático y blando porque era un gran sabueso y muy duro cuando lo requería la ocasión.

—Yo también. Mi jefe estará igual —respondió Daniela.

Ella también se fue a paso muy rápido.

Carlota, al quedarse sola, se sintió muy cansada. Decidió que al día siguiente hablaría con sus compañeros sobre la autopsia del hombre muerto en el hotel.

Se marchó a casa, aunque en su cabeza le daba vueltas a los acontecimientos de la mañana. Las celdas en el sótano, las condiciones de vida de esas mujeres encerradas, la violencia y la maldad de sus captores. Pensaba en la capacidad del ser humano de generar maldad y producir daño y dolor en otro ser humano. Le preocupaba cómo ese sentimiento de decepción y tristeza le calaba y atravesaba el paraguas de su profesionalidad. Además, otro sentimiento que se entremezclaba. Se sentía absurdamente molesta por la actitud de Antonio hacia ella.

Las cosas tampoco iban bien en el huerto. Empezó a ver unas manchas amarillentas en las hojas, y en los pequeños tomates verdes unos agujeritos de donde parecían salir unos gusanos. Cogió una hoja y un tomate afectado por la plaga y se dirigió a la huerta de Carmen y Carlos. El diagnóstico de los expertos fue rápido: tuta.

—Tenemos la solución.

—Por favor, decidme.

—Esto.

Y le señalaron una hoja a Carlota.

—¿Qué es esto? No veo nada.

—Este pequeño insecto: el nesi.

—¿Nesi?

—El *Nesidiocoris tenuis*. Llévate una planta nuestra que está cargada de ellos.

—¿Esto tan pequeño se come los gusanos?

—Sí, es una chinche depredadora que ataca los huevos y las larvas de la tuta, y parasita a los gusanos, matándolos.

Al llegar a su huerto, la plantó para que los nesis se distribuyeran por sus plantones de tomate. Y los dejó devorar.

CAPÍTULO 30

ALGUNOS RESULTADOS

El inspector Domínguez comenzó temprano el interrogatorio. Tanto Toni, apodado el Jefe, que estaba fichado con el nombre de Antonio Reyes, como Charlie, con el de Carlos Montoya, habían pasado la noche en los calabozos. Toni fue al primero que llamaron a la sala. Pregunta tras pregunta la respuesta era el silencio o una negativa. Antes miraba a su abogado, un joven bien vestido con aires de suficiencia, que al llegar les había comentado:

—Les adelanto que mis clientes no declararán en comisaría. Lo harán delante del juez.

Lo mismo cuando pasaron a Charlie. No declaró.

Al terminar las preguntas sin respuestas, Domínguez miró a Benítez. Era la señal para que lo apartase de su vista. Benítez lo sacó con desprecio de la sala de interrogatorios para devolverlo a los calabozos.

Se frotaba la barbilla con la mano. Sentía la cara extraña, algo pegajosa, desde que usaba la loción que le había recomendado la joven del supermercado. No estaba acostumbrado a ese olor. No se había podido negar a comprarla y la usaba para no tirarla. En honor a la verdad, pensó: «Yo fui el que se la pidió. Quiero causar buena impresión, a pesar de mis años». Se encontraba en la mitad de la cuarentena, aunque se sentía más mayor después de arrastrar tantos años la pena de la muerte de su esposa. En los últimos meses se había dejado llevar por una cierta coquetería al querer gustar a una mujer.

—Jefe, ¿los vamos a pasar hoy a disposición judicial?

La voz de Benítez le sacó de sus pensamientos. Se sintió aliviado porque estos le inquietaban.

—Sí. Está de guardia el juzgado de instrucción del juez Fuentes, que lleva el caso de las mujeres en las maletas. Lo conoce y podrá tomar una decisión con conocimiento de causa. Prepara el atestado para enviarlo. Y comunica que preparen el traslado de los detenidos al

juzgado.

—Jefe, ¿el atestado? Menos mal que me lo esperaba y me he pasado la noche con ello —respondió en tono orgulloso Benítez.

Le gustaba presumir de su eficacia y, sobre todo, conocía el ritmo de su jefe.

El inspector Domínguez era parco en palabras, pero la mirada fue de reconocimiento. Pertenecía a la antigua escuela: la que creía que las cosas había que hacerlas bien porque era la obligación de cada agente, no para que se lo agradecieran. Solo añadió:

—Me voy al juzgado. Te espero allí.

Había movimiento en el juzgado de guardia. Se dirigió al despacho del juez. La puerta estaba cerrada. Se oía una conversación en su interior. Golpeó la puerta con los nudillos y tras el «¡Pase!» desde su interior, abrió la puerta. El juez Fuentes estaba sentado detrás de la mesa y enfrente, Carlota. Los músculos del inspector se tensaron.

—Pasa, Antonio. Comentábamos algunos resultados de los análisis del caso de las mujeres en las maletas.

—Perfecto. Así os lo cuento a los dos —añadió Carlota en tono cordial.

Se alegraba de verlo. Se había propuesto disipar las dudas y los recelos. Le gustaba comentar los casos con él para solucionarlos juntos.

Domínguez se sentó en la silla vacía al lado de Carlota.

—Tenemos algunos datos interesantes. No os aburriré con datos forenses exhaustivos e iré al grano. Lo primero es que se confirma que el mecanismo de la muerte de ambas mujeres fue por asfixia mecánica. La muerte se produjo por la compresión del cuello por el pañuelo que apareció en el cadáver. La histopatología ha demostrado que las lesiones del cuello eran vitales.

—¿Las asesinaron por estrangulación? —precisó el inspector.

—Sí. Tenían numerosas contusiones, pero ninguna era mortal. Les dieron una paliza antes de matarlas asfixiándolas. Sigo.

—Vale. No te interrumpo —indicó Antonio mirando a Carlota.

—No, por favor, me puedes interrumpir lo que quieras, pero no quiero dispersarme para daros toda la información.

Carlota desvió la mirada y se dirigió al juez. Otra vez la suspicacia, pero se había propuesto no molestarse, y no quería detenerse en ese pensamiento. —Lo segundo es que ambas tenían semen en la vagina. Se ha realizado la determinación de ADN, y lo importante es que

coinciden ambos perfiles, es decir pertenecen al mismo hombre. La primera opción que podríamos tener es una violación dentro del contexto de la violencia física, o dicho de forma coloquial, una paliza, a la que tendríamos que añadirle una agresión sexual. O bien como segunda opción, sería el semen de un cliente, en este caso del mismo, que tuvieron antes de morir.

—Esto me hace pensar en dos cosas —esta vez interrumpió el juez —: en un cliente al que le gustaba el sado duro, y que se le fue de las manos; o alguien de la organización quiso dar un escarmiento a las mujeres.

—Eso lo tendréis que investigar vosotros —añadió Carlota mirando al inspector.

—Se necesita el ADN de un sospechoso para cotejarlo y aún no lo tenemos —expuso el juez que no quería quedar fuera del asunto.

—Estamos trabajando en ello y por eso estoy aquí. Pero continúa, por favor —señaló Antonio al hacer Carlota una alusión directa a su trabajo.

Carlota continuó con los datos forenses.

—Lo tercero que quería contaros es que también se ha encontrado ADN en las uñas de ambas mujeres y ambos perfiles genéticos coinciden. Es decir, vuelven a ser el mismo ADN y, por tanto, del mismo hombre. Ambas se defendieron arañando la piel de su asesino. Con todos estos datos que tenemos, se puede concluir que el violador y el asesino es el mismo hombre.

El inspector se relajó.

—Es una buena noticia. El ADN nos ha relacionado los dos asesinatos. Son del mismo hombre, solo hay un asesino. Hay que buscar un sospechoso. Eso nos facilita el trabajo. Gracias, Carlota.

Carlota sonrió con agradecimiento al inspector.

Este decidió que era su turno para contar el trabajo que habían realizado. Su labor había dado asimismo resultados.

—Nosotros también tenemos avances en la investigación. Ayer estuvimos investigando en el club Palacio de Venus. Hemos traído el atestado de nuestras actuaciones y a los dos sospechosos que detuvimos.

Carlota interrumpió al inspector.

—Es el otro asunto que quería comentar. Estuve con el inspector Aranda buscando restos y manchas de fluidos orgánicos, sobre todo sangre, en ese local. El esfuerzo dio resultados. Hemos encontrado

numerosas manchas de sangre en unas celdas que había en el sótano. Si se confirma que pertenecen a las víctimas, se podría afirmar que ese sería el lugar donde las encerraron, golpearon y asesinaron.

Tras una breve pausa de Carlota, el inspector Domínguez quiso aportar su parte. Carlota lo miró. La conversación fluía y sentía que volvían a trabajar como en los viejos tiempos.

—Mi unidad de Homicidios también estuvo. He redactado el atestado; si tiene tiempo le explico.

—Siga, Domínguez, me interesa. Explíqueme lo que encontraron y después leeré el atestado.

—Primero intentamos que las mujeres nos contaran algo de su situación. Les indicamos que no las detendríamos, que no las buscábamos a ellas. Les enseñamos la foto de archivo de Gabriela Méndez y les preguntamos si la conocían. El miedo se reflejaba en sus caras. Ninguna nos dijo nada. No la conocían. Solo decían que permanecían allí por su voluntad, donde también trabajaban.

—¿Estaban legales?

—Sí, tenían los papeles en regla. Al jefe le debe de ir bien el negocio. Tienen contratado un despacho de abogados muy conocido y caro: Bermejo y Asociados. Les han arreglado la documentación a todas las mujeres. Cuando casi habíamos terminado sin encontrar nada, Carlota descubrió la entrada del sótano.

El inspector hizo una breve pausa para mirar a Carlota y continuó.

—Al ver en el sótano auténticas celdas de castigo y confirmarse que era sangre lo que habíamos encontrado, detuvimos al encargado y al vigilante. Este intentó escapar cuando las descubrimos. No han querido declarar en comisaría. Su caro abogado estaba con ellos esta mañana.

—Muchas gracias a los dos —dijo el juez—. Ahora os tengo que pedir que me dejéis, voy a tomarles declaración. Pediré el atestado para leerlo.

—Sí, yo también quiero hacer algunas gestiones antes de irme. Primero, llegarme al Instituto de Medicina Legal a ver qué me cuentan de la autopsia que hicieron ayer del cadáver que apareció en el hotel. Seguimos en contacto con el caso. Si tenemos alguna información, se la haremos llegar —dijo Antonio levantándose del asiento y dirigiéndose hacia la puerta.

—Yo también me voy al Instituto. Antonio, me voy contigo y buscamos a Esteban y Regina, que son los que hicieron la autopsia.

Salieron del despacho del juez Fuentes. Al pasar por la sala del juzgado de guardia, en el trasiego de personas, detenidos y policías, a Carlota le pareció reconocer una cara. Al levantar el rostro de los papeles que le mostraba el funcionario, estuvo segura.

«Es Fernando. El novio de Rocío», se dijo Carlota a sí misma mientras lo miraba para asegurarse. Al sentirse observado, le dirigió su mirada. El gesto serio y concentrado, que tenía unos segundos antes, cambió a una marcada sonrisa. Sus profundos ojos negros en un rostro tostado por el sol le hacían parecer aún más atractivo que la última vez que cenaron juntos. El traje azul con camisa blanca le volvía más alto y elegante. Carlota se quedó mirando algunos segundos. El inspector la observaba. Al verla, el abogado se acercó a saludar.

—¡Hola, Fernando! ¿Tú por aquí?

—Ya te imaginas lo que hago por aquí… Cosas de mi profesión de abogado —dijo en tono alegre y desenfadado—. ¡Qué casualidad! No habíamos coincidido en el juzgado de guardia. La verdad es que no lo frecuento mucho, pero hoy vengo a atender a unos clientes importantes del despacho.

—Nosotros también estamos trabajando, como te imaginarás.

Carlota hizo las presentaciones del inspector y el abogado.

—Buenas. No necesitamos presentaciones porque nos conocimos esta mañana en comisaría —saludó Fernando.

Ambos se cruzaron una mirada tensa y con una sonrisa forzada.

—Es el abogado caro que defiende a los delincuentes del Palacio de Venus.

—Esos delincuentes tienen derecho a una defensa, según la ley.

Carlota intervino.

—Me alegro de verte. Nos tenemos que marchar, que tenemos mucho trabajo. Espero verte pronto en otro sitio, porque aquí siempre es por algo malo.

—Tenemos que quedar a cenar otra noche. Le diré a Rocío que la organice. La última vez lo pasamos muy bien.

CAPÍTULO 31

LOS DETENIDOS

El camino se hizo eterno para Carlota. Las miradas de reojo de Antonio le hacían sentirse nerviosa. No paraba de pasarse de forma automática los dedos por el cabello de su cabeza. Sus andares eran rápidos, de forma que Carlota no podía seguirle. Se paró en seco.

—Antonio, ¿me puedes esperar? No puedo ir a tu ritmo.

—No me había dado cuenta de que iba tan deprisa. Disculpa.

Se dio la vuelta para esperar a Carlota.

—Hemos trabajado juntos sin problemas durante años. Desde que has venido no parece que lo hayamos hecho —le señaló Carlota.

—Supongo que ambos nos estamos adaptando en nuestro trabajo.

—Sí, debe de ser eso.

Siguieron andando. Carlota se volvió a parar en seco.

—¿He dicho algo que te ha molestado?

—Todo lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Parecía que yo no hubiese estado ni trabajado en nada en la inspección.

—Quería explicar el trabajo que Jorge y yo habíamos hecho en la recogida de manchas.

—¿Solo de él?

—Del tuyo, tú estabas allí para explicarlo.

Carlota no entendía nada.

En silencio, llegaron a la sala del Servicio de Patología. Encontraron a Esteban sentado en su despacho. Carlota quiso romper el silencio, dirigiendo una pregunta a quemarropa.

—¿Qué nos cuentas de la autopsia del hombre del hotel?

—Fue una autopsia complicada. Como visteis en el levantamiento, tenía un cinturón alrededor del cuello y las manos atadas con una corbata.

—¿Tenía surco de estrangulación?

—Sí, coincidía con las medidas del cinturón, y por las características macroscópicas de la autopsia, indican que era un surco con morfología de vitalidad.

—Eso significa que estaba vivo cuando lo estrangularon.

—Para confirmarlo con certeza, lo he enviado para un estudio histopatológico de esa zona.

El inspector intervino.

—Eso es lo que sospechábamos.

—Los indicios nos hacen pensar en una muerte por asfixia por estrangulación.

Carlota le interrumpió.

—¿Te parece un homicidio o un caso de hipoxifilia? Según nos relató la policía, había llegado a la habitación del hotel con una mujer y según los indicios que nos encontramos en el levantamiento, habían tenido un encuentro sexual bastante ardiente.

—¡No seas impaciente, espera que termine de explicarte! —respondió Esteban, que había dejado los detalles más interesantes para el final de forma intencionada—. Al terminar nos planteamos la cuestión más difícil de la autopsia. La etiología médico legal. ¿Era un caso de muerte accidental por hipoxifilia, bien por el mismo sujeto o por otra persona en un juego erótico, o había sido un homicidio en toda regla?

—¿Tenía lesiones en las manos?

—¡Me has fastidiado la intriga! La clave estaba en las manos. Estaban atadas con una corbata. Inspeccionamos cuidadosamente la marca que había dejado la atadura.

Esteban se paró en seco y miró a sus interlocutores. Sus rostros mostraban la más absoluta atención. Tras una pausa, los miró con una mueca pícara, con los ojos con un destello de misterio y la boca con una sonrisa contenida, y añadió:

—Tenía varias uñas rotas. Se resistió antes de morir. Sospecho que el contenido de debajo de las uñas es orgánico y que nos puede dar mucha información. Lo hemos enviado para su estudio biológico para determinar si hay ADN, y poder identificar al individuo al que pertenece. Aunque también puede ser que fuese un tipo poco limpio y fuese otro tipo de contenido —terminó la frase con sarcasmo para rebajar la tensión que veía en los rostros de la médico forense y del inspector. Este intervino.

—Buscaremos a la mujer que entró en el hotel con la víctima. El

hotel tenía cámaras en el exterior, por si la podemos identificar. Me reuniré con mi grupo y trazaremos una estrategia.

—¡Se me olvidaba! Antonio, he guardado la corbata y el cinturón, por si encontráis alguna huella u otro indicio interesante.

—Me los llevo. Os firmo la cadena de custodia y se los doy en mano a Jorge Aranda, de la Policía científica, para que lo analice por si encontrase alguna huella.

—Seguimos en contacto. Conforme lleguen los resultados de las autopsias las comentaremos con el juez. Os tengo que dejar, ando liado.

Esteban se despidió para que ambos salieran de su despacho. Antonio y Carlota quedaron uno frente al otro en la puerta.

—Voy al juzgado de guardia para ver si los detenidos quedan libres o van a prisión —se interesó Domínguez.

—Te acompaño, Antonio. Hablaremos unos minutos con Ramón.

En el juzgado de guardia encontraron al juez Fuentes dictando el auto. Libertad con cargos.

—Ese Fernando Ferrer es un buen abogado en estos asuntos. El fiscal no ha podido pedir prisión.

Se notaba un punto de desengaño en la voz del juez. Su profesionalidad no le dejaba añadir nada.

—¿Han quedado libres Toni, el Jefe, y Charlie? —preguntó Carlota.

—Sí, el abogado ha demostrado que las pruebas son circunstanciales.

—¡Había sangre en esas celdas!

—Habrá que demostrar que la sangre es de las víctimas. Puede ser de cualquiera que le sangrara la nariz.

Carlota tenía más confianza con el juez e insistía.

—¿Y las chicas que trabajaban?

—Todo en regla, con contratos de trabajo de camareras. Ninguna ha declarado.

—Tomamos bastante cantidad de muestra y determinaremos el ADN en la sangre que había en las paredes: si es de alguna de las víctimas, tendremos algo.

—Eso sería importante para la investigación —concluyó el juez.

Carlota y Domínguez salieron.

—Me voy, hay mucho trabajo pendiente para demostrar que estos cabrones son culpables —se despidió el inspector.

Había visto las condiciones en que vivían las mujeres, y le dolía

que ahora esos delincuentes volvieran a la calle.

—Antonio, me voy también. Me alegro mucho de volver a trabajar contigo —añadió Carlota.

—A mí también me alegra.

Ambos tomaron caminos distintos.

CAPÍTULO 32

La conversación

Rocío no podía creer lo que leía en las noticias del móvil, sentada en la mesa de la cocina, delante de una taza de café bien cargado. Sentía la boca seca y la cabeza le daba vueltas. Se restregaba los ojos con las manos para intentar ver mejor el rostro del hombre con el que había tenido sexo esa noche. Había aparecido estrangulado en una habitación de hotel.

El terror recorrió su cuerpo. Leyó la noticia desde el principio hasta el fin. Ahora el desconocido tenía un nombre: Emilio Carreras, director de una sucursal de banco, casado y padre de dos hijos. Según los datos que proporcionaba la prensa, lo encontraron con un cinturón alrededor del cuello y atadas las manos con una corbata al cabecero de la cama. Se sospechaba de una mujer que había llegado con él a la habitación. Daban la descripción por si alguien pudiese aportar alguna información.

El día anterior no había ido al despacho. Esa mañana se había despertado más tarde de lo que hubiese deseado. Tras releer la noticia, no podía moverse. Necesitaba alguien que la ayudara. ¿Quién la creería? Fernando le había dicho que estaba ocupado con unos clientes importantes. Su amiga Regina. «Ella podría. Es médico forense», pensó. La llamó. No cogía el teléfono. ¿Y Carlota? A los pocos segundos recibió contestación.

—Carlota, necesito verte. ¿Puedes?

—Sí, Rocío. Hoy no trabajo, descanso por la guardia. Estoy en el centro.

—¿Quedamos en media hora en el café Aranda de Puerta del Mar?

—De acuerdo.

Carlota se sorprendió de su llamada. Pensó que la necesitaba para desahogarse de su tristeza. Llegó antes de la hora y se sentó en una mesa al fondo de la zona interior. Allí estarían alejadas de oídos indiscretos. A los cinco minutos, Rocío se sentaba en el asiento de

enfrente. Las lágrimas le inundaban los ojos.

—Carlota, estoy viviendo una pesadilla.

—Sé que lo estás pasando mal por tu hermana.

—Estoy fatal. Pero he quedado contigo porque me pasa algo terrible.

Un llanto interrumpió sus palabras. Carlota se acercó para cogerle las manos. Dejó que se calmase.

—Intento reconstruir esa noche. Los recuerdos los tengo entremezclados. Apenas podía dormir tras la muerte de mi hermana. Esa noche tuve que salir.

Carlota no entendía las frases inconexas. Dejaba que Rocío siguiera, sin entender nada.

—No pude reprimirlo. Desde la muerte de mi hermana, me pasaba las noches despierta delante del televisor. Aquella noche, no pude reprimir el deseo. Él se acercó. Bailamos muy juntos. Era muy atractivo, enfundado en su traje azul y la corbata carmesí con perritos estampados. Nos fuimos a un hotel.

Ahora un recuerdo le vino a la mente.

«Esa corbata ¿Dónde la he visto antes?».

—Tuvimos sexo. Pero de verdad, cuando lo dejé, estaba vivo.

—¡Es la corbata anudada en las manos del cadáver del hotel! Tú eres la mujer que estaba con Emilio Carreras la noche de su muerte.

—¡Por favor, Carlota! ¡Créeme! Tuvimos sexo, lo desaté y salí corriendo. Lo dejé durmiendo.

—Te creo, pero tienes que ir a la policía.

—No puedo. No lo hice y me considerarán sospechosa. Además, perderé a Fernando. He sufrido bastante en mi vida. No podría aguantar más.

—Si no lo haces tú, tendré que hacerlo yo.

—¡Por favor, Carlota! ¡Te lo suplico! ¡No lo hice! ¡No sé lo que me llevó a ir al hotel con él! ¡Lo dejé vivo!

Carlota estaba en una encrucijada.

—Déjame pensar algo.

Rocío no paraba de llorar. Algunas miradas de alrededor se dirigían hacia ellas.

El móvil de Rocío empezó a sonar.

—Es Fernando. No puedo coger el teléfono.

—Sí, cógelo. Pero no le cuentes nada.

—Debería contárselo.

—No por teléfono. Se lo contarás en persona —afirmó Carlota.

Rocío descolgó el móvil.

—¿Qué tal? —breve silencio—. Te quiero. Nos vemos cuando puedas. Un beso.

Al colgar le comentó a Carlota:

—Era para decirme que anda liado, que no podemos vernos.

—Mejor.

—Fernando es abogado. Me puede ayudar.

—Cuantas menos personas sepan de esto, mejor. Además, daremos algo de tiempo a la policía para que encuentren al culpable. —Carlota no se reconocía en sus palabras.

—Gracias.

Carlota no añadió nada. La quería creer, pero ¿y si la estaba manipulando y era culpable? Era la primera vez que le pasaba: su trabajo acababa relacionado con una amiga que tal vez fuera ¿una asesina?

CAPÍTULO 33

La sangre

Era la segunda noche que pasaba en vela. A primera hora de la mañana el sueño la venció. Al despertar era muy tarde. Se duchó para que el cansancio desapareciera de su cuerpo. Llegaba tarde y pisó el acelerador. El móvil sonó en el manos libres del coche. No quería hablar con nadie. En la segunda llamada contestó al ver que era el inspector Aranda.

—Carlota, tengo noticias. Hemos terminado con el análisis de la sangre encontrada en el sótano del club Palacio de Venus.

—Es una buena noticia, dime.

—La sangre que marcamos como «cuarta celda» coincide con la de la segunda de las víctimas de las maletas, Evelyn Rodríguez. Voy a enviar el informe al juzgado, pero quería adelantártelo.

Pasaron varios segundos antes de que Carlota contestase. Tenía que situar su mente que se encontraba a kilómetros de distancia.

—Carlota. ¿Estás ahí? ¿Entiendes lo que te acabo de decir? Sabemos que a esa mujer la golpearon hasta sangrar en ese lugar, aunque lo más probable es que la asesinaran allí.

—Sí, claro. Eso nos acerca a su asesino.

—Lo comentaré con Domínguez, de Homicidios.

La voz de Aranda seguía en el auricular.

—Otro asunto. Encontramos unas huellas digitales en un vaso y en los utensilios de baño en la habitación de la víctima del hotel.

—¿Sabéis de quién son? —pudo articular Carlota.

—Las vamos a cotejar en las bases de delincuentes. Si encontramos algo te llamo.

—En cuanto lo sepas —repitió Carlota con cierta ansiedad.

Se despidieron. Carlota se quedó parada sin mover un músculo. Estaba en una encrucijada y por primera vez en su carrera profesional, dudaba del siguiente paso como médico forense. Esa mujer era su amiga, había sufrido mucho, pero no podía dejar pasar lo que sabía.

Desde luego, a ella no le parecía una asesina, pero nunca se podía afirmar nada hasta que las pruebas lo declarasen. Tomó una decisión. Esperaría a que Aranda le confirmase las huellas halladas en el hotel.

Al llegar, el teléfono de Carlota volvió a sonar. Era el juez Fuentes, que le llamaba para que acudiera a su despacho. El inspector Domínguez ya estaba sentado frente al juez. Hablaban del resultado de las manchas de sangre del sótano del club Palacio de Venus. Carlota se sentó en la silla libre junto a Domínguez. No quiso saludar para no interrumpir.

—La investigación avanza. Vamos a interrogar de nuevo a las chicas del club —avanzó Domínguez.

—En el primer interrogatorio que me enviasteis en el atestado no sacasteis nada de ellas —le respondió el juez.

—Ahora tenemos más datos. Las pistas nos sitúan a las dos víctimas en el club. A Gabriela Méndez, la primera víctima, cuando se realizó la identificación de las chicas del club; y a Evelyn Rodríguez, por la sangre encontrada en la celda del sótano.

—Y que los sótanos del club es el lugar más probable de la muerte de Evelyn —corroboró el juez—. Hay que encontrar alguna evidencia para determinar que Gabriela también encontró la muerte en ese lugar.

—En eso estamos. Por eso he venido tan rápido, a solicitarle otra orden de entrada y registro del club para volver a interrogar a las mujeres. Allí se sentirán más cómodas que en la comisaría.

—Me parece bien. Yo llamaré a declarar, esta vez como investigados, al encargado del club y al vigilante. Tenemos pruebas para incriminarlos en algunos delitos. Se puede acreditar que hubo detención ilegal al demostrar que se había retenido en esas celdas a Evelyn y, al menos, un delito de lesiones.

Ambos estaban satisfechos por el avance en la investigación. El juez Fuentes se dirigió a la médico forense:

—¿Te has enterado, Carlota? Está identificada la sangre que encontrasteis en los sótanos del club con una de las víctimas.

—El trabajo que realizamos el día del registro del club ha tenido sus resultados —añadió Domínguez.

—Sí, Aranda me ha llamado esta mañana.

—Esto va tomando forma —añadió el juez Fuentes, que esperaba que Carlota añadiese algún dato.

—Perfecto —dijo distraída.

—¿Te pasa algo, Carlota?

El juez Fuentes conocía el interés de la médico forense y le sorprendía la escasa participación.

—No, es que estoy cansada, tengo mucho trabajo y guardias malas —se excusó Carlota.

El pensamiento de que su amiga pudiera ser una asesina le martilleaba la mente. Se sentía culpable de sus sospechas y de no compartirlas con el juez. Otra vez sonó el móvil. «¡Vaya mañana!», pensó Carlota. Era Rocío. Ahora no podía descolgar. Estaba con el juez y Domínguez. Tenía que hablar con ella, pero no era el momento. Insistía. Una segunda llamada que rechazó.

—Os tengo que dejar. El trabajo me reclama —mintió Carlota.

—Yo también me voy.

Domínguez estaba de buen humor y salió detrás de Carlota. Quería hablarle de su trabajo.

—Mi unidad volverá al club por si podemos obtener alguna información más de las chicas que convivían con las dos víctimas.

—Es difícil. Estarán más asustadas al ver la violencia que se ha ejercido contra sus compañeras.

—Lo sabemos. Intentaremos que nos acompañe alguna mujer de alguna asociación que trabaje en ello.

—Es una buena idea.

—Por cierto, ¿conoces a Rocío Bermejo? Se dedica a ello y es la abogada de la familia de las víctimas. Podría acompañarnos y ayudarnos a que las chicas accedieran a declarar contra sus carceleros —avanzó el inspector.

Carlota se quedó sorprendida. No esperaba que Domínguez conociese a Rocío. Debía saber más de ella de lo que imaginaba.

—Sí, la conozco.

—Tenemos los datos de la asociación, pero si tienes un teléfono, por favor, dámelo y la llamaremos.

—Te lo paso.

Al llegar a la consulta de la médico forense, el inspector se sentó frente a Carlota en el sillón del confidente.

—Carlota. ¿Y si vinieras tú también? Sería más fácil para todos. Rocío Bermejo se sentiría más cómoda y completarías el trabajo que empezaste en el primer registro. Estoy seguro de que Aranda te lo agradecerá.

—Estoy de guardia y ando muy liada.

—Sería para ir el viernes. Piénsalo. No tienes que decidirlo ahora.

—Creo que tengo trabajo ese día. Veré si puedo arreglarlo.

En ese momento no podía resolverlo. Tenía que reconocer a unos detenidos. Se despidieron. Al alejarse del inspector, volvió a ser consciente de un olor a colonia o loción de afeitado algo empalagosa. «Eso sí que ha cambiado», volvió a pensar Carlota, sin conocer la razón última de ese cambio.

CAPÍTULO 34

NUEVAS PISTAS

Las mujeres, puestas en fila de pie delante de la barra, se impacientaban. Temían a la policía. No confiaban en las promesas de protección. Las miradas reflejaban el temor y el hastío de los servicios nocturnos. Las recién llegadas eran las más asustadas. Tenían más recientes las amenazas de hacerles daño a sus familias, y más fresco el recuerdo de los hijos que dejaron en sus tierras de origen. Las que llevaban más tiempo tenían la mirada perdida de un profundo desencanto. A todas les habían robado las ilusiones, el futuro, la dignidad y las esperanzas. No tenían ilusión. Estaban encadenadas a sus captores por la deuda. Sus bocas estaban mejor cerradas, por su bien y el de sus seres queridos.

Al llegar, el inspector Domínguez le indicó a Toni que llamara a su abogado. Fernando Ferrer estaba al otro lado del móvil.

—Está aquí la pasma, que nos quiere interrogar.

—Sí, me lo comunicaron. No importa. Está todo en regla, que busquen lo que quieran —la voz segura del abogado resonó en el altavoz del teléfono.

El inspector se había puesto en contacto con Rocío Bermejo para que los acompañase. Allí estaba, junto a varias mujeres policías, para que se sintieran más cómodas, mientras interrogaban a las mujeres con cuidado y respeto.

Llevaban varias horas en el club Palacio de Venus. Toni y Charlie permanecían en el despacho del jefe. Aun así, no conseguían que ninguna hablase.

Carlota observaba a Domínguez, con dos de sus agentes, cómo interrogaban a Toni. La presión en las preguntas no hacía mella en su determinación. No contestaba a las preguntas. Miradas desafiantes o respuestas negativas era todo lo que obtenían. Con Charlie, el vigilante, tampoco obtuvieron ninguna respuesta. Eran unos macarras duros, acostumbrados a la violencia. Y tenían mucho que perder. Sus

presas les hacían ganar mucho dinero cada noche.

Carlota los había acompañado. Quería terminar el trabajo que había empezado con el inspector Aranda. Ambos buscaban manchas de sangre mientras revisaban de nuevo las habitaciones de las chicas. Pero la presencia de Rocío en el club la intimidaba. No se centraba. Ambas, al encontrarse, habían cruzado miradas de sorpresa.

El primer registro lo hicieron con extraordinaria minuciosidad, pero ahora, que tenían la certeza de que los asesinatos se habían cometido allí, se esforzaban más. En cada una de las habitaciones buscaban alguna pista que se les hubiese escapado.

Cuando revisaban la estancia que hacía las veces de comedor, una puerta se abrió a sus espaldas. En ese momento llegaba la mujer que ejercía de limpiadora y cocinera. Aranda no podía dejar escapar la ocasión de preguntarle. En la comisaría no había respondido a las preguntas. Se dirigió hacia ella con un rostro que inspirase confianza. Carlota estaba detrás de él.

—Buenos días. Quería hacerle unas preguntas.

Al mismo tiempo buscaba en su bolsillo las fotos de Gabriela y Evelyn. Tras preguntarle su nombre para dirigirse a ella, fue directo al grano.

—¿Ha visto alguna vez a estas dos mujeres?

—Son tantas mujeres las que pasan por aquí… Intento no cogerles cariño porque se van pronto. Estos cabrones las mueven de un club a otro.

Mientras miraba fijamente las fotos, el inspector percibió cómo, durante unos segundos, sus ojos reconocían los rostros que les mostraba. Carlota intervino con una voz suave para que generase confianza.

—Por favor, haga memoria. Es importante.

La mujer miró a su alrededor con suspicacia. Al ver que no había nadie más en la estancia, contestó:

—Creo que me acuerdo de sus caras, no de sus nombres, pero sí de cómo lloraban. Todas lloran al llegar, pero estas no paraban desde que pusieron los pies aquí el primer día. Se negaron a *patinar*, como ellos llaman a follar con los clientes, así que las encerraban en sus cuartos, por lo que en más de una ocasión les tuve que llevar algo de comida y bebida.

—¿Vio alguna vez cómo les pegaban? —preguntó Carlota.

—Procuro no ver ni oír nada. No es asunto mío. Y si bajan al

sótano, pongo la radio.

—¿Intentaron escapar?

—No podían ir muy lejos. Les quitaban los pasaportes y cerraban las puertas.

Su lengua se paró en seco. Miró a Carlota con complicidad. Se sentía cómoda, y la cocinera añadió en un susurro:

—Yo sé dónde los guardaban. Una vez, limpiando el despacho del jefe, no se dieron cuenta de que estaba allí y vi cómo los metían en una caja fuerte, detrás del cuadro grande de la mujer desnuda. Después me amenazaron, pero yo ya lo había visto. No se lo he dicho a nadie.

—¿Qué pasó con estas dos mujeres? —preguntó Carlota.

—Desaparecieron, como desaparecen todas. Yo sé que esas chicas están muertas.

Nadie se lo había dicho. Carlota pensó que esa mujer había visto muchas cosas que no quería decir. Aranda continuó con el interrogatorio.

—¿Algún cliente era violento?

Tenía esa pregunta en mente desde que aparecieron muertas las mujeres. Los carceleros eran los primeros sospechosos. Usaban las amenazas y la violencia, pero si mataban a su mercancía, no les producían más beneficios.

—Supongo que sí. Escuchaba las conversaciones entre ellas y algunos se pasaban de la raya. Cuando las zurraban, ellas gritaban y aparecía Charlie. «Nuestra mercancía solo la tocamos nosotros», era su frase preferida. Se encargaba de pegar una paliza al cliente para que no se le olvidara —informó la cocinera.

—¿Había alguno especialmente violento al que las chicas temiesen? —preguntó el inspector.

—No estoy segura. No estaba pendiente de sus charlas.

—Es importante que recuerde por el bien de las chicas —insistió Aranda al insinuarse una duda en la respuesta.

—Ahora recuerdo que en varias ocasiones hablaron de un hombre al que le gustaba follar zurrando.

—¿Les pegaba?

—Si, y algo más.

—¿Algo más?

Hubo un silencio. La mujer se dio cuenta de que había hablado demasiado y quiso volverse a la cocina. Carlota y Aranda no se

movieron. La mujer miró a su alrededor con miedo, y acercó su boca al oído de Carlota. En un tono de voz casi imperceptible le susurró:

—Decían que le gustaba follar cuando las asfixiaba. Ellas le temían.

Carlota recordó los golpes que tenían en el cuerpo las mujeres asesinadas y el pañuelo alrededor de su cuello. Era una pista muy interesante. La mujer se calló y parecía no estar dispuesta a contestar ninguna pregunta más. Aranda intentó una descripción más detallada, los días que acudía, algún dato del coche, o su profesión, pero no hubo respuesta. Optó por una información que no podía negarse a dar.

—¿Cuáles eran las habitaciones donde estaban con los clientes Evelyn y Gabriela?

—Da la casualidad de que usaron la misma. Primero la ocupó Gabriela, y luego Evelyn. Le digo y me pongo a trabajar. No hay más cháchara.

Les indicó la habitación y se marchó con paso decidido a la cocina. Sabían que no les daría más información.

Aranda empezó a registrar los cajones de la mesilla de noche, retiró las sábanas y el colchón. Pasó la mano por la superficie del somier. En una esquina notó un objeto metálico, como una cadena con algo redondeado que parecía una moneda.

—¡Mira lo que he encontrado, Carlota!

Era un colgante en forma de corazón, con una cadena fina rota. Era metálico dorado, imitación de oro porque en un lado aparecía el metal gris oscuro del que estaba hecho. Carlota se acordó de que había visto el colgante en alguna parte.

—Creo que lo hemos visto antes. Saca las fotos de las mujeres, Jorge.

Aranda buscó las fotos de las dos mujeres. Pendía del cuello de una de ellas. Debía ser algún recuerdo preciado de alguien al que no quería olvidar. Y lo habían encontrado, roto. Ambos exclamaron:

—¡Gabriela!

Se convertía en un indicio interesante. Ante esto, pensaron que podía ser el último lugar donde ella estuvo con vida. Volvieron a buscar manchas de sangre con el luminol. Mientras Jorge instilaba en las paredes junto a la cama, a Carlota le pareció ver algo oscuro en el lateral de la mesilla de noche que habían retirado de la pared para coger el colgante. Pulverizó en esa zona y, ¡eureka!, apareció una mancha que dio positivo. Cogió una muestra con un hisopo húmedo. La cotejarían con el ADN de Gabriela. Intuían que esa sangre era de

ella.

Se hizo notar el cansancio de las horas que llevaban en el club. Decidieron dar por finalizada la investigación esa mañana. Si se confirmaba que la sangre era de Gabriela, tenían la prueba de que, al menos, le habían golpeado en esa habitación.

Llegaron a la sala donde Rocío hablaba a las mujeres. Carlota pensaba en lo bien que hacía su trabajo y en su afán de ayudar a esas mujeres. Su mente, ocupada hasta hacía varios minutos en su trabajo, volvía a estar invadida por la preocupación. «No puede ser una asesina», se repetía a sí misma, aunque su cabeza le decía que los indicios indicaban lo contrario. Pronto tendría que tomar una decisión.

Carlota se quedó junto a Rocío para observarla. Aranda se dirigió al despacho del jefe, donde Domínguez interrogaba a Toni y Charlie para sacarles alguna información. Sin mediar palabra previa, el inspector Aranda les exigió:

—¡Venga, abridme esta puta caja! —exclamó mientras giraba el cuadro de la mujer desnuda, dejando al descubierto una puerta gris metálica, de dimensiones similares a una ventana.

No movieron un músculo de su cuerpo. Estaban acostumbrados a las amenazas. Ambos inspectores intuyeron que por esa vía no conseguirían nada. Al menos habían intentado que colaboraran, pero no podían depender de ello. Domínguez localizó al agente de su grupo que era experto en abrir cerraduras. Todavía no se le había resistido ninguna. Se puso delante de la caja, manipuló la cerradura y tras varios minutos, la caja estaba abierta. A Toni y a Charlie se les endureció el semblante. Sus ojos destilaban rencor. Sin perder tiempo, Domínguez empezó a sacar las armas y el dinero que había en su interior.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

Tenía en la mano un sobre marrón donde asomaban más de treinta pasaportes. Se los puso delante de las narices a los dos macarras.

—Así que las mujeres son libres de salir y entrar cuando quieran, ¿no?

—Nos piden que se los guardemos para que no se los roben.

Rebuscando entre ellos, encontró el de Gabriela Méndez y el de Evelyn Rodríguez.

—Mira lo que he encontrado. Por eso os vais a venir con nosotros para contarnos otra historia. Y si no queréis, se la contaréis al juez.

Domínguez sacó las esposas. Con cautela, pero con firmeza, se las colocó a Charlie, que estaba inquieto y parecía a punto de oponer resistencia. Con la mirada, indicó a un agente que esposara al jefe. Los sacaron del club y los metieron separados en dos coches patrulla para llevarlos a comisaría.

Rocío y Carlota salieron detrás de ellos. Rocío se acercó a Aranda que se había quedado rezagado.

—Están aterradas.

—Supongo. No les gusta el contacto con la policía. No se fían y no conseguimos que hablen. ¿Te han dicho algo? —preguntó el inspector.

—He conseguido identificar a dos mujeres que conocían a Gabriela y a Evelyn. Coincidieron con ellas unas semanas, antes de que desaparecieran. No quieren hablar. Al menos me han escuchado. En la asociación tenemos mujeres que han salido del terror de esta esclavitud, que pueden asesorarlas para apoyarlas si deciden denunciar y desean salir de ese infierno.

Carlota observaba cómo Rocío hablaba a Aranda. Y cómo este la miraba. No llegaba a fiarse de ella. No podía apartar la sospecha.

—Nos marchamos.

—¿Me puedes llevar a la comisaría? He dejado allí mi coche —preguntó Rocío.

El inspector, con una sonrisa, contestó.

—Claro, te llevo.

«¿Estará intentando manipular también a Jorge?», pensó Carlota, cuando percibió la mirada del inspector. A Aranda le gustaba, su cara lo reflejaba.

Otra vez la dejaba tirada. Tendría que volver con Domínguez al Instituto de Medicina Legal. En el coche, Carlota no quería que el silencio se instaurara entre ellos. Era una oportunidad para recordar el tiempo que habían trabajado juntos, y volver a tener la confianza de la que habían disfrutado.

—¿Te acuerdas del caso de la muerte de Gonzalo Martín en la despedida de soltero?

—¿Cómo no me voy a acordar? El primer homicidio que investigamos juntos.

—Fue un drama.

La conversación siguió con otros casos. La fluidez era la de antaño. Hablar del trabajo les había devuelto el compañerismo que tenían. Habían llegado. El tiempo había pasado muy rápido.

—Comenté con Javier que estabas trabajando aquí. No podía creer que hubieras abandonado el pueblo.

—No, ni yo tampoco si me lo hubieses dicho por aquella época. Pero las circunstancias te llevan a cosas que no sospechabas —dijo el inspector con pesadumbre.

—Javier me habló de cenar los tres una noche en casa. A menos que ahora tengas pareja y la invitemos también —dijo Carlota en tono casual, sin mostrar el interés que sentía por saberlo.

—Seremos los tres. No tengo pareja.

Carlota entró en su despacho. Al mirar los mensajes, Javier le decía que tenía una reunión y que no iría a comer. Comió sola y pasó la tarde en el huerto. Con el calor, las malas hierbas estaban invadiendo las tomateras. Había que quitarlas para que las hortalizas crecieran sanas. Además, le tocaba espolvorear de nuevo el azufre. Los tomates verdes iban creciendo de tamaño. Pronto podría poner alguno en la mesa.

CAPÍTULO 35

OTRA VEZ LOS SOSPECHOSOS

El teléfono móvil sobresaltó a Carlota. Estaba delante de la máquina del café, apretando los botones para servirse uno muy cargado. No había desayunado. Se le había hecho tarde entretenida en el huerto.

—Carlota, te envío a los sospechosos para que les tomes muestras de ADN —era el juez Fuentes al otro lado de la línea.

—En cuanto lleguen las tomo. Las enviaré al Laboratorio Central Forense para que las cotejen con los resultados de la determinación de ADN de debajo de las uñas y del semen encontrado en las dos mujeres muertas.

—Están en los calabozos.

—Si coincidiera, tendríamos al asesino —respondió Carlota.

Unos minutos más tarde, tenía delante al que llamaban Toni. Miró el papel que tenía sobre su mesa para confirmar que solo le solicitaban la toma de una muestra de ADN.

—Yo no he matado a nadie.

«Eso dicen todos», pensó Carlota. Y dijo:

—Voy a tomarle la muestra que su señoría ha solicitado.

Reunió varios hisopos con muestras de células de su cavidad oral para asegurarse de tener suficiente ADN para identificarlo, y lo devolvieron a los calabozos.

Después le pasaron a Charlie, el vigilante del club. Su mirada, que era amenazadora en su ambiente, se había transformado en rencor al intuir cuál sería su próximo domicilio. Le tomó las muestras para el cotejo del ADN y se lo llevaron.

Al final de la mañana se pasó por el juzgado de guardia. El juez Fuentes estaba en la declaración de Toni, el Jefe. Se quedó en la sala para verlo. Era un camorrista acostumbrado a la presión y se mantenía firme en sus respuestas negativas y de pérdida de memoria. No recordaba nada, ni sabía nada de ninguna organización criminal de explotación de mujeres. Perseveraba de forma tozuda en que el local

era un bar de copas, donde las mujeres iban a tomar cubatas y otras eran camareras. Ellas tenían sexo con el que querían y les pagaban el alquiler de las habitaciones del hotel. Todo legal.

Sentados en la mesa en forma de U en la declaración, enfrente del fiscal, estaban los abogados defensores. Tenían dos: uno era Fernando Ferrer y junto a él, un hombre de más edad, bronceado y elegante. Era el padre de Rocío, Arturo Bermejo.

Las preguntas que dirigían al detenido le hacían parecer un negociante modelo. Carlota se quedó también a la declaración de Charlie. Se hallaba muy tranquilo. Debía de estar habituado a estas situaciones o muy bien entrenado. Según sus palabras y las preguntas de los abogados, era un vigilante ejemplar que se encargaba de cuidar a las mujeres. Si alguien las molestaba las defendía, y si querían salir, su función era ir con ellas para ayudarlas a llevar los paquetes.

«¡Vaya cinismo!», no pudo evitar pensar Carlota.

Esta vez, la fiscal no se dejó llevar por las declaraciones de los detenidos ni las alegaciones de sus abogados. Las pruebas indicaban que las víctimas habían sido encerradas, golpeadas e incluso, con alta probabilidad, asesinadas en el club. La presencia de su sangre se había confirmado en las celdas. Tenían bajo llave los pasaportes. Había pruebas suficientes. La fiscal solicitó prisión y el juez la concedió. Quedaban pendientes los resultados del ADN; si se confirmaba que uno de ellos era el asesino de las mujeres de las maletas, se ampliarían los delitos.

Carlota no se quedó para saludar a Fernando Ferrer. Comprendía que era su trabajo, pero se sentía enfadada y decepcionada por su defensa. No podía entender a su amiga Rocío. Ella dedicada a trabajar y defender a esas mujeres y Fernando a sus explotadores. Aunque ahora la duda también se cernía sobre su amiga.

Mientras salía del juzgado de guardia, se sentía orgullosa de su profesión. Su trabajo era recabar indicios de la víctima de una muerte violenta para descubrir al asesino. Todo parecía indicar que tenían al presunto o presuntos asesinos de las mujeres encontradas en las maletas. En cambio, en el caso del hombre del hotel no tenían ninguna prueba, aunque la balanza se inclinaba hacia una sospechosa. El teléfono sonaba. Era del Laboratorio Central Forense. Preguntaban por la médico forense Carlota Suárez.

—Buenas, Carlota. Soy Alejandro Bermúdez, facultativo de la Sección de Biología. Llamaba por el caso 357, referente al cadáver de

Emilio Carreras. Quería comentarte que hay un dato importante: debajo de las uñas había restos orgánicos, intentaremos extraer el ADN aunque son muy escasos y será muy difícil la determinación.

—Sería importante, porque representarían indicios de defensa y lucha —añadió Carlota.

—Estamos en ello. En cuanto los terminemos, te aviso.

Carlota se encontraba inquieta. Las pruebas podían incriminar más a Rocío. Quería terminar la conversación.

—Muchas gracias.

—No he terminado —la voz del técnico sonaba reticente.

—Perdona, es que tengo mucho trabajo.

—Es importante. Quería comentarte que en el caso 325 de un cadáver que enviaste sin identificar en una maleta, en los pelos que habéis etiquetado como «Pelos encontrados en pañuelo al cuello de la víctima», hemos tenido suerte y hallamos bulbo capilar, por lo que hay ADN. Aunque es muy escaso, estamos intentando identificarlo. Tardaremos unos días más en obtener el resultado, sin que podamos asegurar al cien por cien que seamos capaces de hacerlo.

—Lo interesante es que no fuesen de la víctima, porque implicaría que había otra persona —insistió Carlota.

—Comprobaremos que no son de la víctima.

—Sería una prueba importante para incriminar al asesino. O asesina.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano, como siempre.

—Desde luego. Muchas gracias por llamar —intentó arreglar Carlota.

Pensamientos oscuros le inundaron mientras conducía hacia su casa. Estar en contacto con el lado oscuro del ser humano le iba calando. Hasta ahora, había conocido el mal de una forma instantánea, propio de un arrebato de ira en un momento de ofuscación. Una violencia primaria de un instinto mal controlado. El dolor de la muerte en las mujeres asesinadas lo había provocado un mal perverso, premeditado, sádico, que infligía daño sin tener en cuenta el sufrimiento de la víctima. No se daba cuenta de que la ira que acompañaba a estos pensamientos la inducía a una velocidad excesiva al volante. Solo al pisar el coche la gravilla del camino de su casa, con el ruido de ese roce con el neumático, le invadió una sensación de calma. Al cerrarse la puerta de entrada tras de sí, los malos pensamientos se apartaron de su mente.

La mesa estaba puesta. Se alegró. Intuyó que Javier trabajaba en su despacho. Con el trabajo, olvidaba que el ser humano debe comer para sobrevivir. Se acercó por la espalda y le dio un beso en la nuca. Javier dio un sobresalto.

—No te he oído llegar.

—Como siempre, estabas absorto.

—¿Qué tal el día? —dijo Javier sin mirar a Carlota.

—Con mucho trabajo. Cansada.

Javier seguía mirando la pantalla del ordenador. Carlota se puso delante. Con un beso, le selló la boca para que no protestase.

—Venga, vamos a comer que estoy hambrienta.

Le miró a la cara, tenía una sonrisa, estaba contento, pero en sus ojos brillaba un destello de duda. Carlota reconocía este gesto. Algo importante había ocurrido esa mañana. Carlota intuyó que era algo trascendente. Conocía a Javier.

—Tengo que darte una noticia. Es importante.

Javier la miraba a los ojos. Pasaron algunos segundos en silencio mirándose a los ojos. El corazón le latía rápido. La última vez que vio esa mirada, habían trasladado su hogar a muchos kilómetros de distancia. Por su cara, parecía una decisión crucial. Javier se armó de valor.

—Se ha confirmado. Nos han dado un proyecto para estudiar los pueblos indígenas aislados en Papúa Nueva Guinea. Nos entusiasma seguir los pasos de Malinowski.

Carlota seguía en silencio.

—Esto es un salto importante para mi carrera profesional. Es fundamental para continuar el trabajo de mi equipo de investigación.

Javier esgrimía los argumentos racionales que había preparado para este momento. Carlota no pensaba en argumentos profesionales. Pensaba en el futuro de su relación de pareja. Intuyó desde el primer segundo que significaba una larga separación. Se enfadó y, al mismo tiempo, se entristeció. Eran múltiples los reproches. Su boca articuló:

—¿Ahora me lo dices?

—No te lo podía decir antes. Aunque llevamos meses de preparación, si no había financiación no podíamos ir. Todo quedaba en nada y no quería tomar una decisión antes de tiempo. Esta mañana nos han comunicado la concesión del proyecto.

—¿Qué decisión?

—Si voy o no voy.

—La decisión creo que la has tomado al pedir esta investigación. Yo no soy la que te voy a decir lo que tienes que hacer.

—Quiero que la tomemos juntos.

—No, creo que la decisión está tomada.

Carlota salió de su despacho. Las lágrimas le brotaban, una desolación profunda le inundaba por la falta de confianza y la toma de decisiones sin contar con ella. Su consigna de pareja había sido la comunicación. Siempre habían compartido sus inquietudes, sus deseos y sus proyectos. Hasta ahora. Pero lo que más le hería a Carlota era que Javier había decidido que su carrera primase sobre su pareja. Sin contar con ella.

Se colocó el sombrero de paja. Las manos le temblaban al arrancar los brotes malos. La brusquedad de sus movimientos hirió a algunas de sus plantas. Las lágrimas le impidieron ver que en la base de los pequeños tomates verdes aparecían unas manchas negras.

CAPÍTULO 36

UN ENCUENTRO

Rocío se encontraba sin fuerzas para salir a la calle. Llevaba varios días dormitando en la cama. Al despertarse de su letargo descubrió que eran las diez de la noche. La negrura de su interior volvió a abrirse. Le seducía el peligro. De nuevo, sintió la necesidad incontrolable de sexo. De cazar y devorar. Se levantó para embutirse en su vestido negro de seda y coger su bolso Chanel. En la discoteca, le volvió a invadir un ansia incontrolable. Los movimientos convulsos de su cuerpo al oír la música eran imparables. Se movía a un ritmo frenético cuando un chico, muy joven, se acercó para acompasarse a sus movimientos. Primero a pocos centímetros y luego rozando su cuerpo. A medida que pasaban los minutos, sus cuerpos se iban fundiendo en uno con la música. El sudor le hizo notar que tenía la boca seca. Se separó de su compañero de baile y se dirigió a la barra.

Intentando llegar al mostrador, mientras apartaba los cuerpos que se interponían en su camino, una mano fuerte agarró su hombro. Rocío se paró en seco al sentirlo.

—¿Qué tal, Rocío?

No distinguía quién la agarraba del hombro y la llamaba por su nombre. Las luces rojas y azules se movían sobre su cara y no lo reconocía, por más que lo intentaba.

—Soy Jorge Aranda. ¿No te acuerdas? El poli que te llevó a tu casa después del Palacio de Venus.

—¿Cómo me iba a olvidar? —contestó Rocío con una mirada provocativa. Llevaba varias copas.

Quería continuar dando detalles de sus encuentros, pero la música ensordecedora no la dejaba, ni Jorge conseguía oírla. Se acordaba muy bien de él. Le pareció bastante atractivo desde que se lo presentó Carlota. El brillo de la mirada de sus ojos oscuros le pareció muy sugestivo.

—¿Nos tomamos una copa?

Aranda fue directo. Le gustaba Rocío desde el primer día que se vieron. Sin esperar respuesta, la cogió del brazo para llevarla a la barra. Allí la música llegaba amortiguada. Rocío se dejó llevar.

Pidieron dos *gin-tonics* y se sentaron en los taburetes. El ambiente no invitaba a la conversación, así que tomaron sorbo a sorbo sus bebidas, cruzándose miradas seductoras. Cuando el inspector le iba a proponer salir juntos de allí a otro lugar más tranquilo, un joven alto, rubio, de grandes ojos azules y cara redondeada se acercó con una sonrisa encantadora en los labios. Se puso a pocos centímetros frente a Rocío, dándole la espalda al inspector Aranda, y le dijo:

—Oye, preciosa, ¿por qué no seguimos nuestro baile?

Ella se levantó despacio. A Aranda le parecieron eternos los segundos de duda que vio en ella. Mientras miraba al inspector con una provocativa sonrisa, le dio la mano al joven y se alejó bailando a la pista. No tenía nada más que hacer allí, estaba cansado. Aranda se marchó.

CAPÍTULO 37

OTRO CADÁVER ESTRANGULADO

O

tra noche sin dormir. Se había acostado sin hablar con Javier. Él lo había intentado, pero Carlota se había cerrado en banda. Tenía que aclarar sus ideas, luego hablarían.

—Carlota, tenemos trabajo.

—¿Qué ha pasado?

—Un hombre ha parecido estrangulado en su domicilio de Pedregalejo.

—Es el segundo en pocos días. Voy.

Tras la llamada del juez Fuentes, terminó el café de un sorbo y se levantó de la mesa de la terraza del café Receso, detrás del juzgado, donde meditaba sobre la decisión de Javier. Estaba triste y con la mente tan lejana que parecía vivir en una película ajena a ella.

Al hacer acto de presencia la comisión judicial, los agentes que habían llegado los primeros al lugar de los hechos les relataron que, según un vecino, sobre las tres de la mañana, la víctima había llegado a la puerta del chalet adosado con una mujer muy atractiva, morena y con un vestido negro muy ceñido y corto, precisó el agente. Se les veía acaramelados.

—¿Quién encontró el cuerpo? —preguntó el juez.

—Al no presentarse en el trabajo ni responder a las llamadas, sus compañeros avisaron a la policía. Los bomberos accedieron por una ventana y encontraron el cadáver.

Carlota y el juez Fuentes, seguidos del letrado judicial, entraron en la habitación.

El cuerpo se encontraba tendido desnudo sobre la cama, con una correa alrededor del cuello y las manos atadas a las barras del cabecero con una corbata. La camisa estaba tirada de forma descuidada en el sillón, y al lado de la cama en el suelo, un pantalón azul junto a un *slip* negro. La cartera en la mesilla de noche.

Un saludo sacó a Carlota de sus elucubraciones. No podía apartar

de la mente la decisión de Javier. Estaba espesa, y veía como a cámara lenta su entorno. No se podía concentrar, pero tenía trabajo por delante. Era el inspector Aranda. Ambos se saludaron con una mueca de complicidad.

—Parece que el mecanismo de la muerte es similar a la otra víctima que encontramos. Tiene un cinturón alrededor del cuello y con la corbata le han atado las manos al cabecero de la cama. ¿Está identificado? —preguntó Carlota en voz alta.

El inspector Domínguez, que se encontraba detrás, le respondió.

—Aquí tenemos el carné de identidad. Su nombre es Cristian Bellido. Veintinueve años. Soltero. Hemos avisado a su madre.

—¿Qué tal, Antonio? No te había visto —se disculpó Carlota.

—He llegado el primero y localizado las cintas de vigilancia del banco que hay enfrente de la calle.

Ante la suspicacia del inspector Domínguez, Aranda quiso empezar su trabajo.

—Voy a buscar algún objeto con huellas, mientras inspeccionas el cadáver.

El inspector Aranda desapareció al fondo de la habitación. Carlota y Antonio permanecían de pie junto a la cama donde se encontraba el cuerpo.

—La escena es similar al otro asesinato.

—Sí, es el mismo modo de actuar.

A Carlota, abatida por la decisión de Javier, le asaltó un pensamiento: ¿Sería Rocío capaz de hacer esto? Le hizo algunas fotos para no perder detalles importantes antes de movilizarlo.

—Le han atado las manos al cabecero para inmovilizarlo.

—O para un juego sexual, que luego se ha convertido en homicidio —añadió Carlota en voz alta.

Era la explicación para que una mujer delgada tuviese la fuerza suficiente para estrangular a un hombre joven con músculos de gimnasio. Y continuó:

—Antonio, mira, la corbata ha dejado unas zonas erosivas por el esfuerzo de soltarse. Se dio cuenta de que le iban a matar e intentó forcejear para liberarse las manos.

—El segundo homicidio del mismo autor.

El inspector Aranda se acercó a ellos.

—He encontrado un vaso con dos dedos de un líquido color ámbar, que por el olor parece *whisky*, y con manchas de carmín rojo en el

borde. Y un peine con pelos largos negros. Con suerte podré sacar las huellas del vaso y el ADN del pelo.

Al acercarse, Aranda dirigió la mirada al rostro del cadáver. Quedó aterrado. Se encontraba congestivo, amoratado, con los ojos protruidos y ensangrentados por las abundantes hemorragias puntiformes conjuntivales. En ese rostro amoratado reconoció al joven con el que Rocío se había ido a bailar la noche anterior y por el que le había dejado plantado en la barra.

No podía articular palabra. Solo quería salir de allí.

Carlota explicaba a Aranda los hallazgos del cadáver, pero su mirada estaba centrada en el cuerpo sobre la cama.

—Se encuentra en decúbito supino, con las manos atadas al cabecero con una corbata que deja eritemas con algunas erosiones en las muñecas, debido al forcejeo, el cinturón alrededor del cuello que impresiona de estrangulamiento por el aspecto congestivo intenso facial. Vamos a poner bolsas de papel para protegerle las manos.

El inspector Domínguez acompañaba a sus comentarios con monosílabos. Carlota se percató de que no recibía ninguna respuesta de Aranda y al mirarlo vio la palidez de su semblante.

—Jorge, ¿te pasa algo?

—No me encuentro bien.

—Tienes mala cara. Deja que alguno de tus hombres termine, es mejor que te vayas. A mí me queda poco.

Carlota se quedó inquieta. ¿Habría encontrado algo relacionado con Rocío? Seguro que tenía alguna sospecha.

Al terminar el levantamiento del cadáver, condujo de forma acelerada hasta su casa. Al llegar, Javier estaba en su despacho. Se fue directamente al dormitorio y se tendió en la cama vestida con los ojos cerrados.

—¿Qué te pasa, Carlota?

El beso de Javier y su voz la sobresaltaron.

—¿Qué crees que me pasa? ¿Cómo crees que me siento después de tu decisión?

—No la he tomado todavía. Si no quieres no me voy.

—Nunca te pediría eso. Sé lo mucho que significa para ti. Eso no impide que me duela tanto que te marches. Además, estoy agotada, por el trabajo y otras cosas —añadió Carlota, de espaldas a Javier para que no viera sus lágrimas.

—¿Qué otras cosas? Porque me extraña que te canses de tu trabajo.

—No quiero agobiarte con mis problemas.

—¿Desde cuándo te importa eso? Siempre lo hemos hablado.

—Es que últimamente noto que te interesan menos mis problemas. Aún no te has marchado, pero ya te has alejado.

—No digas eso. Estoy a tu lado. Es un momento de mucho trabajo y toma de decisiones.

—Te noto distante.

Javier tensó su rostro.

—Coincidimos menos horas juntos, tenemos que adaptarnos a las nuevas circunstancias. Ahora nuestra vida es distinta, pero no quiere decir que te quiera menos.

—Será eso.

Volvió su rostro a Javier, y su gesto reflejó que no le convencía esa respuesta.

—¿Me lo vas a decir? —insistió Javier.

—Es muy delicado. Y no sé qué hacer.

Javier se quedó callado. El gesto grave del rostro traducía la preocupación de Carlota. Tras unos minutos de silencio, decidió hablar.

—Acabo de venir de un levantamiento de un hombre estrangulado. Es el segundo que aparece.

—Llevas poco tiempo y vaya panorama de asesinatos.

—El problema no son los asesinatos, que lo son porque hay que descubrir al culpable. El problema es que puedo saber quién es.

—Eso no es ningún problema, lo denuncias a la policía.

—Se trata de una amiga.

—Da igual. Sigo sin ver el problema. Hay que denunciarla.

—No hay pruebas todavía.

—Carlota, no te reconozco.

—Lo sé, va en contra de mis principios. Pero es que ha sufrido mucho.

—Tú no eres quién para decirlo, también han sufrido mucho las familias de las víctimas.

—Lo sé, Javier.

—Tienes que hacerlo.

—Esperaré a la autopsia, por si hay algún indicio que la inculpe.

—Tú sabrás lo que haces.

—Ese es el problema, que no sé por qué lo hago. Mi intuición unas veces me dice que no lo es, y otras sospecho que nos está

manipulando, a mí y al inspector Aranda.

En ese instante el móvil sonó. Era Rocío.

—Tengo que hablar contigo, por favor.

—No sé de qué tenemos que hablar —respondió con brusquedad Carlota.

—Por favor, te lo ruego. Es muy importante.

—Vale. ¿Cuándo?

—Mañana a las doce.

—Intentaré escaparme, pero no te lo aseguro. ¿Dónde?

—Te envío la ubicación. Ve en coche, por favor.

Carlota seguía en la cama. Javier le insistía, tenía que ir a la policía. Carlota estaba en una encrucijada. Su mundo se tambaleaba. Esa tarde se quedó en el sofá, sin poder acercarse a su huerto, que la esperaba con una sorpresa desagradable.

CAPÍTULO 38

LAS HUELLAS

Carlota divisó el coche de Rocío parado en la acera. Aparcó el suyo detrás. Al verla, Rocío se coló en su coche.

—Hay otro hombre asesinado. ¿Lo conocías? —preguntó Carlota a Rocío a bocajarro.

No podía esperar sin preguntar. Mientras conducía, repasaba los datos que su amiga Regina había encontrado en la autopsia. El mismo mecanismo que el cadáver anterior. Manos atadas con la corbata. Estrangulado con el cinturón. Esta vez el asesino fue más violento y la víctima se defendió. Dos uñas rotas y luxaciones en los dedos. Erosiones y equimosis en las muñecas al intentar liberarse. La víctima vio acercarse a su asesino o asesina, e intentó defenderse. Un joven, fuerte y musculoso, al que una mujer pudo haber estrangulado, siempre que lo mantuviera atado.

Estaban en una calle solitaria del barrio de El Cónsul.

—Estoy en una pesadilla. Lo he visto en el periódico.

—Te he preguntado. ¿Lo conocías?

Los ojos de Rocío comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Carlota, por favor tienes que creerme, yo no he sido.

—¿Lo conocías? —insistió Carlota.

—Sí.

—Tienes que contármelo, Rocío. Sé que llegó con una mujer.

—Era yo.

—¿Cómo pudiste hacerlo? ¿No te das cuenta de que ya tenías bastantes problemas? ¿Que todos los indicios te incriminan? ¿Que eres la principal sospechosa?

—Por favor, Carlota, tienes que creerme. Tuvimos sexo, lo desaté, y me marché. Lo dejé vivo.

—No sé qué pensar.

—Y eso no es lo peor.

—¿Aún hay más, Rocío?

—El inspector Aranda me vio en la discoteca con él.

—Jorge es muy bueno en su trabajo. Encontrará el método para incriminarte. Encontró unos vasos con huellas. En estos momentos, tendrá a quién pertenecen.

—Pensará que soy una mujer fácil en la búsqueda de amantes y, aún peor, una asesina.

—Con lo que tenemos, no se puede pensar en otra persona.

El móvil de Carlota sonó en su bolso. Era el inspector Aranda.

—Es él. Voy a verlo a la comisaría.

—Carlota, créeme… ¡Yo no he sido!

—Te aprecio, sé de lo difícil de tus circunstancias, pero me has puesto en una encrucijada muy difícil, tanto en mi carrera profesional como personal. Tendría que denunciarte. Todas las pruebas conducen a ti.

Rocío salió del coche.

El inspector Aranda golpeaba la mesa con movimientos nerviosos del bolígrafo cuando sonó la puerta. Era Carlota. Sin preámbulos, el inspector Aranda le expuso:

—Acabo de recibir el resultado de la dactiloscopia de las huellas que encontramos en el vaso de la segunda víctima estrangulada. Encajan con las que encontramos en el vaso de la primera víctima.

Carlota quería saber la información que poseía Aranda. Notaba que la sangre le latía en las sienes.

—¿Qué querías contarme?

—Las introdujimos en la base de delincuentes sin ninguna concordancia.

—Seguro que no me has llamado para contarme eso.

—No. Supongo que sabrás que tu amiga Rocío Bermejo y yo coincidimos en la discoteca la noche de antes del asesinato de Cristian Bellido. Y sabrás que se marchó con él —informó el inspector.

Carlota reaccionó en contra de su voluntad.

—Jorge, ella no es una asesina.

—Carlota, ¿qué te pasa? Eso no lo sabemos. Sus huellas estaban en la escena del crimen.

—Pudo tener sexo con él y marcharse.

—-Y también estrangularle.

—No tiene ningún motivo.

—Eso no lo sabemos. Mira, Carlota, yo soy el primer interesado en

que sea inocente. Me gusta Rocío. Me gusta desde el primer día que la vi, a pesar de estar con ese estirado abogado perfecto. Pero esa noche tuvo la oportunidad de no irse con él, y lo hizo.

—Tienes razón. La aprecio, ha sufrido mucho, pero esto no significa que no pueda ser una asesina.

—Por mi cuenta, las huellas de los objetos que recogimos en los dos casos de estrangulamiento las he comparado con las de Rocío, y le pertenecen. Para eso te llamaba.

La mujer misteriosa que acompañaba a la víctima al hotel ya tenía nombre.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Carlota con interés.

—Tendré que detenerla como presunta autora de dos homicidios.

—¿Lo sabe alguien más?

—No, pero Daniela está visionando las cámaras y en breve la encontrará.

—Tenemos que encajar todas las piezas. Todavía faltan los resultados del laboratorio de las muestras que extrajimos de las autopsias.

—En el momento en que la identifiquen no podré retrasar su detención —indicó Aranda en un tono que mostraba su preocupación.

—Espera recibir los resultados para asegurarte si está implicada. No hace falta detenerla todavía, no va a huir del país.

Carlota se comprometía demasiado.

—Me voy con Daniela, así sabré cuándo la identifican.

De forma tácita, llegaron a un acuerdo.

Aranda invitó a Carlota a que saliese de su despacho y se marchó rápido por el pasillo.

Rocío podía ser la asesina. Carlota no podía descartarlo.

CAPÍTULO 39

La detención

El inspector Aranda no podía dilatar más la decisión. La agente Daniela Moreno había comprobado la base de delincuentes sin encontrar ninguna coincidencia. Estaba revisando las cámaras de la discoteca y la del banco. Era una policía muy concienzuda e intuitiva. Su cabeza era tan tozuda como astuta, y aplicaba su aguda inteligencia al trabajo policial. Pasaba las cintas una y otra vez para captar los más mínimos detalles. Conocía a Rocío Bermejo de verla en el juzgado y en los casos de identificación de las víctimas de trata de explotación sexual. Además, el inspector Domínguez iba a interrogar a los camareros y al barman de la discoteca esa mañana. En breve, descubrirían el nombre de Rocío. Tenía que ir por delante y controlar la situación.

Se acercó por detrás de la agente. Se quedó de pie detrás del sillón donde aparecían las imágenes de la víctima. En el momento en que Rocío Bermejo y Cristian Bellido miraban a la cámara, la agente exclamó:

—¡Para la imagen! Me recuerda a alguien esa mujer.

—El caso es que a mí también. Pero no logro recordar a quién —disimuló el inspector.

—¿No se parece a esa abogada que os acompañó al registro y que defiende a las prostitutas?

La agente la había identificado.

—No me acuerdo del nombre.

Aranda se hizo el olvidadizo. La agente cogió el anzuelo.

—Ahora me acuerdo. La llamamos cuando hacemos inspecciones e identificamos a mujeres víctimas de trata. Se llama Rocío Bermejo.

—¿Seguro?

Aranda quiso sembrar la duda.

—Comprobaré las huellas ahora mismo.

Esto le daría algunos minutos para preparar el siguiente paso. Moreno las comprobó.

Mientras, el inspector Aranda pensó la fórmula menos traumática para llamar a declarar a Rocío a la comisaría. A los pocos minutos, la agente le puso delante el documento de confirmación de las huellas dactilares. Eran de Rocío Bermejo. Ambos se miraron. Antes que pudiese decir nada, el inspector se adelantó y tomó las decisiones.

—Voy a hablar con Domínguez. A ver si la puede citar en la comisaría para que preste declaración. No creo que sea necesario que una patrulla vaya a su casa.

—Sí, creo que es lo mejor. Ayuda siempre a esas mujeres, no me lo esperaba.

—Solo es sospechosa, por ahora. Sabemos que acompañó a los dos hombres a las habitaciones y tuvo sexo con ellos —aclaró el inspector.

—¿Y te parece poco? Es la última persona que los vio con vida. Y lo más probable es que sea la asesina.

—Todavía no tenemos pruebas concluyentes —indicó Aranda.

—¿Qué te pasa? Por menos de esto hemos enchironado a otros delincuentes.

—No nos precipitemos. Es lo único que te digo.

Aranda quería terminar esa incómoda conversación. No le gustaba el papel de policía bueno, el que defendía al acusado. La agente tomó una decisión.

—Voy rápido a hacer el informe y se lo paso a Homicidios.

—Espera, lo hago yo.

Moreno le lanzó una mirada de incredulidad. Lo normal es que ella hiciera el informe y él lo firmara.

—Pero, jefe, lo redacto en un momento.

—¡Te he dicho que lo hago yo!

El inspector no quería mostrar su estado de inquietud, pero no pudo evitarlo. Cogió los papeles de las manos de la agente y se los llevó a su despacho. Mientras miraba cómo se alejaba, se quedó pensando en que no entendía qué le pasaba a su jefe.

Al llegar a su despacho, Aranda descolgó el teléfono para llamar al inspector Domínguez.

—Te acabo de enviar el informe de la identificación de las huellas digitales de los objetos que encontramos en el levantamiento de los dos hombres estrangulados. En ambos casos coinciden las huellas con la misma persona.

—Lo he recibido. Estoy delante del ordenador.

—Pertenecen a Rocío Bermejo. Es la abogada que vino con

nosotros a la última inspección en el club Palacio de Venus.

—¿La amiga de Carlota? ¡Joder! Siempre nos sorprende el ser humano.

En la voz de Domínguez percibió que tampoco esperaba el resultado.

—Tenemos las huellas en los vasos y en los objetos del cuarto de baño. Solo indica que estuvo con la víctima.

Aranda seguía de poli bueno. Domínguez no lo veía desde el mismo punto de vista.

—Yo diría algo más. Lo más probable es que sea la última persona que lo haya visto con vida, y si me apuras, creo que puede ser la asesina —inevitablemente, coincidía con Daniela.

—Estamos pendientes de las muestras de ADN de las uñas de los hombres y de unos pelos que se encontraron en el cadáver. Esas pruebas están más relacionadas con la muerte.

—Por supuesto, esas pruebas son cruciales. Me parece mentira. A mí también me cayó bien. Fue de gran ayuda ese día, y me pareció que estaba interesada en ayudar a esas mujeres.

Domínguez había intuido algo. Aunque de gestos lentos y descuidados, era astuto en sus deducciones. Aranda sabía qué era lo siguiente; no obstante, lo preguntó.

—¿Qué vais a hacer ahora?

—Es sospechosa de dos asesinatos. La traeremos a comisaría y le tomaremos declaración.

—No creo que tenga intención de escaparse. ¿No podéis citarla en comisaría, sin traerla en un coche patrulla?

Hubo un silencio en el auricular. Era una petición un poco irregular. El delito era muy grave. Domínguez sopesó lo que iba a decir. No le gustaba romper el protocolo. Por un lado, había conocido a Rocío y no le parecía peligrosa y, por otro, en el mundo de la delincuencia nunca se sabía. Cedió.

—La llamaré y la citaré.

—Gracias.

La conversación terminó con un breve adiós. Acto seguido, el inspector Domínguez descolgó el teléfono para llamar a Rocío. Lo que se disponía a hacer no era un cometido fácil. A él tampoco le agradaba lo que ponía delante la evidencia. En la primera llamada no obtuvo respuesta. Lo intentó de nuevo. En el segundo intento escuchó su voz a través del auricular.

—Soy el inspector Domínguez, del grupo de Homicidios de la Comisaría Provincial de la Policía Nacional. Le llamo para citarle para tomarle declaración esta tarde, a las cuatro, en la comisaría de la plaza de Manuel Azaña. ¿Sabe dónde está?

—Sí.

—Debe venir acompañada de un abogado.

—Sí.

Al otro extremo del auricular, la voz de Rocío era un susurro.

—¿Me ha entendido?

—Sí.

—Si no se presenta, tendremos que ir a buscarla.

—Allí estaré.

—¿Quiere saber por qué se le cita?

—Lo sé.

—Al llegar pregunte por el inspector Domínguez. Le estaré esperando.

—Sí.

—Hasta esta tarde.

No hubo respuesta. Habían colgado el teléfono.

Rocío se lo esperaba, pero en ese momento se encontró desolada y sola. Llamó a Carlota.

—Por favor, Carlota, ¿me puedes acompañar esta tarde? Me han citado para tomarme declaración en la comisaría provincial, la que está al final de la avenida Andalucía.

—Claro, ¿te han dicho algo?

—Que lleve abogado.

—¿A quién se lo vas a decir? ¿A Fernando?

—No quiero que lo sepa.

—Tarde o temprano se lo tendrás que contar.

—Lo perderé a él también. He perdido demasiado y lo quiero.

—Pero él es un buen abogado —argumentó Carlota.

—Iremos juntas a comisaría, por favor. Pensaré si Fernando me acompaña al juzgado.

Quince minutos antes de la hora de la citación, Carlota y Rocío pasaban el arco de seguridad de la comisaría. Las dirigieron a una sala de espera en la segunda planta. A la hora en punto, un agente las condujo a una sala preparada para interrogatorios. Justo antes de entrar, al final del pasillo, divisaron al inspector Aranda. Solo les dio

tiempo a un cruce de miradas. En la mesa, Rocío se sentó en el lado de los detenidos. Carlota se quedó de pie detrás de ella. Enfrente, las esperaba el inspector Domínguez, junto a él estaba el subinspector Benítez, corpulento, con mirada aguda y aspecto bonachón.

Cuando se sentaron, Carlota salió de la sala. No se quedaría al interrogatorio. Domínguez salió tras ella:

—Carlota, lo siento, pero no te puedes quedar en el interrogatorio.

—Antonio, has visto que me he salido.

—¿Nos vemos después?

—Sí. Espero aquí.

No estaba acostumbrada a acompañar a delincuentes; ni Rocío a sentarse al otro lado de la mesa.

Una vez sentado de nuevo en la sala de interrogatorios, Domínguez comenzó. Las preguntas se sucedían sobre los dos asesinatos y la respuesta era la misma:

—Yo no he hecho nada.

Domínguez recogía la respuesta en el atestado. No la presionaría. La pasaría a disposición judicial lo antes posible, para que prestase declaración ante el juez, que tomaría una decisión.

—Hemos encontrado sus huellas en los vasos y en la habitación de las víctimas. Le comunico que queda detenida por la muerte de Emilio Carreras y de Cristian Bellido. En breve, la pasaremos a disposición judicial.

Rocío no contestó.

Tras varios minutos de silencio, el inspector Domínguez le preguntó:

—¿Quiere que avisemos a alguien? ¿Un abogado? ¿Algún familiar?

Por un instante pensó en Fernando para que la defendiese. Pero no quería involucrarlo. Era un problema que ella misma se había buscado. Además, Fernando no lo comprendería. Era su pareja y ella le había engañado con otros hombres. La acusación era haber matado a esos hombres después de haber tenido sexo con ellos. Sería muy humillante llamarlo para que la defendiese. ¿A su padre? Le dolería ver a su hija en esas circunstancias. Le avisaría más adelante.

—No quiero llamar a nadie, gracias.

Domínguez salió de la habitación de interrogatorios y pasó a la sala de al lado. Tras una pared de cristal unidireccional, Aranda había presenciado el interrogatorio. Con una mirada, le agradeció que no hubiera sido duro con ella. Las preguntas las había articulado en un

tono firme, pero sin agresividad. Ambos sabían que las pruebas la incriminaban. Aranda no era imparcial en sus apreciaciones, pero Domínguez sentía que, en su olfato de policía añejo, crecía la duda.

Benítez entró en la habitación oscura. Tenía más años y por su carácter, se conocía a todas las personalidades de la ciudad.

—¿Esta no es la hija del abogado Arturo Bermejo? ¿El bufete que más dinero mueve en toda la provincia? ¿Y que se rumorea defiende a los dueños de negocios oscuros?

No hubo respuesta. Domínguez salió a la sala de espera para hablar con Carlota.

—La llevamos detenida a prestar declaración ante el juez de guardia.

—¿Le habéis tomado declaración?

—No ha contestado a nuestras preguntas. Tendrá que declarar allí.

—No sé qué pensar. Es mi amiga, la conozco y no sería capaz de hacer algo así, o al menos eso creo, pero las pruebas la incriminan —comentó Carlota.

—Si quieres ayudarla, dile que vaya con abogado. Lo necesitará.

—Su novio es abogado, un buen abogado, pero no sé si comprenderá estas circunstancias.

—Inténtalo. Está en apuros, tiene que ser un buen abogado —insistió el inspector.

Carlota quedó pensativa. Rocío necesitaba un abogado que la ayudase a salir lo mejor posible de esta complicada situación.

En ese instante, vio cómo unos agentes la sacaron esposada de la habitación y la introdujeron en un vehículo policial. Se dirigieron al juzgado.

CAPÍTULO 40

La declaración

Carlota se desahogaba con Regina en una cafetería:

—Javier se va.

—¿Cómo que se va?

—Le han dado un proyecto de investigación y se va muy lejos durante cinco años. Me lo dijo hace poco. No quería decírmelo antes de que fuese definitivo. Me pidió opinión, pero creo que la decisión de irse ya la ha tomado. La huida de Javier me está hundiendo. No tengo ganas de nada.

—Tienes que pensarlo. Dile que no se vaya. Explícale que es mucho tiempo y dile cómo te encuentras.

—No puedo hacerlo. Tengo que dejar que tome su decisión.

—¡Qué cabezota eres!

—Si lo retengo, me sentiré culpable, y él siempre me podrá recriminar que no fue por mí. No, nuestra relación se basa en la confianza. Si él prefiere irse, lo tengo que dejar marchar.

—Tú sabrás lo que haces. Pero lo sabes. Si se va, lo podrás perder.

—¿Crees que no lo sé? Si se va, lo habré perdido y eso es lo que me tiene destrozada.

El silencio se interrumpió con el sonido de un wasap en el teléfono de Regina. Su cara se transformó en un gesto de pánico.

—¡Vaya! Es Rocío. Dice que está en el juzgado. ¡Detenida!

—Sí, con mis problemas no te lo había comentado. La han detenido como sospechosa de los hombres que estrangularon en los hoteles.

—Tenemos que avisar a Fernando. Es el mejor abogado para defenderla —decidió Regina.

Marcó su número en el móvil y puso el manos libres.

—Fernando, tengo que hablar contigo.

—¿Pasa algo? Estoy en el trabajo.

—Es complicado de explicar, iré al grano. Rocío está detenida por ser sospechosa de homicidio.

—¿Cómo? Eso es imposible.

—Yo tampoco me lo creo, pero ahora mismo está en los calabozos de la Ciudad de la Justicia y necesita un buen abogado —argumentó Regina.

—Ahora no puedo ir, enviaré al mejor del bufete.

Ambas quedaron pensativas: no esperaban esa respuesta. Se levantaron sin tomar apenas un sorbo del café.

Al entrar en el despacho de Carlota, vieron unos informes que acababan de dejar sobre la mesa.

—Mira, Regina, son los resultados del Laboratorio Central Forense de la identificación del ADN encontrado en el material orgánico de debajo de las uñas del primer cadáver estrangulado en el hotel.

—¡Eso es importante!

—Sí, voy a hablar con el juez, antes de que adopte alguna medida. Estará tomando declaración a Rocío.

Carlota salió disparada con los resultados en la mano al juzgado de guardia. En ese momento, Rocío entraba en la sala donde le tomarían declaración. Su pelo moreno estaba despeinado y un mechón le caía sobre la cara. Caminaba con la mirada en el suelo y las esposas en las muñecas. Durante un segundo levantó los ojos y cruzaron las miradas. Carlota entró en la sala para oír la declaración. Demasiado tarde para darle la información que quería comunicarle, el juez Fuentes estaba sentado en el centro, dispuesto a inciar la declaración, con el fiscal y un abogado en sillas opuestas.

En el momento de sentarse la detenida y dirigir su mirada a su izquierda, su cara se transformó en sorpresa. Sus ojos estaban fijos en el hombre sentado en la silla del abogado defensor. Llamaba la atención el alfiler de corbata de oro con una piedra central que despedía destellos multicolores. Carlota captó cierto parecido con Rocío. Lo reconoció del entierro de Clara. Era el padre de ambas.

¿Qué hacía allí? ¿Quién le había avisado?

Estos interrogantes golpeaban la mente de Rocío. Sabía de su poder y de sus métodos. Su despacho tenía chivatos apostados en los juzgados. No le gustaba verlo en esas circunstancias. Seguro que se sentiría decepcionado por ella. La habitación empezó a darle vueltas. Tras unos segundos, se repuso y pudo articular:

—Señoría, no quiero abogado, me defenderé yo misma.

—¿Está usted segura? Los cargos de los que se le acusa son muy graves.

Su padre se levantó del asiento.

—¡Señoría! ¿Puedo hablar con mi cliente?

El juez Fuentes estaba en una situación incómoda. Por una parte, quería respetar la decisión de Rocío; por otra, quería ayudarla. Le pareció que debía acceder a que hablasen.

—Tiene cinco minutos para hablar con su cliente.

Rocío y su padre salieron al pasillo. Detrás de ellos, el juez abandonó con paso rápido la sala para dirigirse al juzgado de guardia. Carlota intentó hablar con él, pero al mirar su asiento, ya había desaparecido. A través de la puerta entreabierta de la sala, Carlota veía cómo Rocío y su padre intercambiaban palabras, al principio de forma vehemente, hasta que su padre le acarició la nuca y la espalda, y en un medio abrazo, entraron en la sala.

El juez también había regresado. Empezó la declaración informándole de los delitos de los que se le acusaba y de las pruebas que había contra ella.

—¿Sabe por lo que está detenida?

—Yo no he hecho nada —se adelantó a decir Rocío. El abogado le hizo un gesto severo.

—Por favor, deja que yo hable. ¿Nos puede decir por qué está detenida?

—Es sospechosa de la muerte de Emilio Carreras y de Cristian Bellido. Tenemos sus huellas y su ADN en las habitaciones donde aparecieron los cadáveres. Según las cámaras, usted estuvo con ellos.

—Yo no he hecho nada.

Rocío volvió a adelantarse. Con la mirada, su padre le pidió que se callase y expuso:

—Esto lo habrá oído muchas veces de la boca de los delincuentes. Nunca han hecho nada, pero esta vez es verdad.

Rocío se dirigió a su padre, y con voz firme dijo:

—Voy a contestar las preguntas. No he hecho nada.

—¿No te das cuenta de que pareces más culpable?

—Las contestaré.

El juez intervino:

—Si va a contestar, seguiré con el interrogatorio. ¿Estuvo usted la noche del 7 de mayo en la discoteca Sala Rosse?

—Estuve hace varias semanas, recuerdo que era viernes. No recuerdo el día concreto.

—¿Estuvo usted después en el hotel La Almazara?

—Sí.

—¿Estuvo usted con este hombre?

El funcionario del juzgado le acercó la foto del carné de identidad de Emilio Carreras.

—Sí.

—¿Sabe que está muerto?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Tuvimos sexo y luego me marché.

—¿Estaba vivo cuando usted se marchó?

—Sí.

—¿Jugaron a alguna práctica sexual donde se excitaban apretando el cuello?

—No.

—¿Seguro? ¿No se le fue el juego de las manos?

—¡No! Se lo he dicho. Tuvimos sexo, recuerdo que me pidió que le atase las manos con su corbata, le gustaba el papel de sumisión en el juego erótico. Él se dejaba hacer, pero no jugamos a la hipoxifilia. Se lo puedo asegurar. Al acabar me fui deprisa. Lo dejé durmiendo.

El juez y la fiscal la miraban impasibles.

—¿Estuvo en la discoteca Andén el 25de mayo?

—No recuerdo el día exacto, pero varios días después recuerdo que salí por la noche.

—¿Estuvo con este hombre?

Le mostró una foto reciente que la madre de Cristian Bellido les había proporcionado.

—Sí.

—¿Lo conocía?

—No. Bueno, sí. Lo conocí esa noche, pero no lo conocía de antes.

Empezaba a sentirse nerviosa. Parecía más culpable. Ni ella misma entendía por qué salió esa noche. Y añadió:

—Igual que al otro hombre.

—¿Los mató usted?

—¡No! Me enteré que estaban muertos por los periódicos.

El funcionario recogía la declaración.

Las preguntas de su padre se encaminaron a que las pruebas eran circunstanciales: ella podía haber estado en la habitación, pero no había pruebas de que fuese una asesina.

—¿Tiene algo más que añadir?

Rocío no contestó, pero alcanzó a oír la voz de su padre:

—No te preocupes, no tienen ninguna prueba que te incrimine en los homicidios.

El juez y la fiscal estaban acostumbrados a que los delincuentes negaran los hechos. Los indicios la incriminaban. Había pruebas contra ella. En autos constaban los informes con sus huellas en los vasos y en los objetos de baño. Rocío se declaró inocente de los hechos. La fiscal pidió prisión y Arturo Bermejo la libertad. Se la llevaron a los calabozos dos agentes uniformados.

No podía dejar pasar más tiempo. Era el momento decisivo para aportar la información de los resultados que había recibido Carlota. Se colocó delante de la mesa, enfrente del juez y la fiscal:

—Antes de que toméis una decisión, tengo que comentaros algo.

Ambos estaban inquietos. No le gustaba la decisión que tenían que tomar. Ni que nadie los interrumpiese.

—Carlota, estamos ocupados. ¿No podemos hablar después?

—No, es importante y está relacionado con la decisión que vais a tomar. Acaban de llegar los resultados del ADN del material de debajo de las uñas de las víctimas. No lo hemos identificado porque no tenemos aún con quién compararlo, pero hay un dato importante: es ADN de un hombre.

Se adelantó la fiscal:

—¿Qué quiere decir eso?

—Os lo explico de forma breve. Las huellas en el vaso y en los otros objetos de la habitación nos indican la presencia de Rocío Bermejo en el lugar de los hechos. Hasta aquí no lo ha negado.

—Hasta ahora, de acuerdo.

—Al encontrar ADN debajo de las uñas, esto nos indica que es un signo de defensa y lucha, que la víctima antes de morir se dio cuenta de que le iban a matar y se defendió con las manos. Al arañar a su asesino arrastró células de la piel que se quedaron en el espacio subungueal, o sea, debajo de las uñas. Ese ADN es de un hombre.

Esta vez el juez se adelantó para expresar los supuestos:

—¿Eso quiere decir que había otra persona allí, o que llegó después para asesinarlos?

—Sí, esas pueden ser las hipótesis. Y que es un hombre —contestó Carlota.

Seguía en el razonamiento que le llevase a facilitar la toma de decisión del futuro de Rocío, y se expresó en voz alta para dirigirse a

la fiscal:

—Las pruebas apuntan a que la detenida estuvo en la habitación y tuvo sexo con ellos. El que parece tuvo contacto con la víctima en el momento de la muerte sería un hombre. Según la determinación del ADN es el principal sospechoso. Las pruebas que relacionan a la detenida como sospechosa parecen que son circunstanciales —argumentó Carlota.

La fiscal expuso otra posibilidad.

—Ella puede ser cómplice. Puede que los llevara a tener sexo con la finalidad de que su cómplice los matase. Puede estar involucrada. Ella puede haber estado en el lugar del crimen antes, durante y después. Las nuevas pruebas no la exculpan de forma total.

Tenía razón. A Carlota le había cegado la amistad. Era todo lo que podía hacer. Salió de la sala para dejar que tomasen una decisión.

Se marchó a casa. Al llegar, no vio el coche de Javier. Sin apenas tomar bocado, se puso la ropa de trabajar en el huerto. Miró con satisfacción uno de los tomates verdes más grandes. «Por lo menos algo va bien en mi vida», pensó Carlota. Pero al levantarlo para olerlo, vio una mancha negra, como una moneda, que deformaba el tomate. «No, todo está negro», pensó con sarcasmo. Se había olvidado de añadir calcio a la abonadora. Su olvido había producido la podredumbre apical. Lo que su amigo Carlos llamaba «peseta». Su cosecha llevaba el mismo camino que su vida.

CAPÍTULO 41

HUELLAS EN LAS MALETAS

El juez Fuentes reflexionaba sobre los casos de asesinato que llevaba en su juzgado. La angustia le inundaba cuando tenía los casos de muertes violentas abiertos. La idea de un asesino en libertad lo sumergía en el desasosiego, aunque aún era más profundo el desasosiego de un inocente en prisión.

En el caso de los hombres aparecidos estrangulados, la principal sospechosa, Rocío Bermejo, al no ser las pruebas concluyentes, había quedado en libertad con cargos. Se le habían impuesto las medidas de retirada del pasaporte, sin poder salir del territorio nacional, y presentarse en el juzgado cada semana. El caso estaba en un callejón sin salida. No tenían otro sospechoso con el que comparar ese material genético. La investigación estaba en punto muerto.

Tenía sobre la mesa otro expediente urgente: el caso de las mujeres asesinadas aparecidas en maletas. Acababa de recibir los resultados del ADN de los detenidos en el club comparados con las muestras biológicas encontradas en el material de debajo de las uñas y en los pelos encontrados en los pañuelos de las víctimas de las maletas. Eran negativos. Se habían comparado el ADN del jefe y del vigilante con los encontrados en las víctimas y no coincidían. El ADN no era de ninguno de los dos. El asesino era otro individuo.

Descolgó el teléfono y llamó a Carlota, para que se acercara a verle. Quería comentarle los resultados que había recibido. A los pocos minutos, Carlota estaba sentada enfrente del juez.

—Los acabo de recibir y los tenía delante cuando me has llamado.

—Según los resultados del ADN encontrados en las víctimas, a Antonio Reyes y a Carlos Montoya no se los puede relacionar directamente con los asesinatos.

El juez exponía el problema. Quería que ambos pensasen en el caso. Carlota reflexionaba en voz alta.

—Seguro que han tenido algo que ver. La sangre de las víctimas en

el club nos indica que lo más probable es que las matasen allí.

—Desde luego. Se les puede acusar de encubrirlo, pero con esta prueba es más difícil acusarlos de asesinato.

—Si no han sido ellos, al menos deben de saber quién lo hizo —señaló Carlota.

—No creo que ocurra un asesinato en su local sin que ellos lo sepan. Les volveré a tomar declaración por si quieren decirlo, pero en estas mafias la lealtad es férrea y el chivatazo se paga con la muerte.

Ante las pruebas tenían que buscar otro sospechoso. El juez Fuentes los interrogaría para intentar que Charlie y Toni largasen lo que supiesen sobre los asesinatos. Pero no las tenía todas consigo.

Cuando el desánimo empezaba a instalarse en el ambiente, alguien golpeó la puerta. La figura del inspector Domínguez apareció en el marco. Tras saludarlos, se sentó en el sillón, al lado de Carlota. Su cara manifestaba que traía buenas noticias.

—Hemos terminado de analizar las maletas donde aparecieron las víctimas. Me he acercado para traer el informe en mano y comentarlo.

El inspector quería disfrutar su momento de suspense, pero el juez no podía esperar.

—¿Qué habéis encontrado?

—Las huellas de Carlos Montoya en las maletas.

—¿El vigilante del club al que llamaban Charlie? —preguntó Carlota para cerciorarse.

—El mismo.

—Tenemos una pista. Al encontrar sus huellas, quiere decir que él manipuló las maletas. ¿Las dos? —insistió el juez para que les siguiera dando la información del informe.

—Sí, las dos. Él manipuló las dos maletas. Son las únicas huellas que hemos encontrado.

Carlota le interrumpió.

—Indica que estuvo implicado. En la segunda víctima, por los datos del levantamiento, parece que interrumpieron al que la estaba enterrando.

—Él las manipuló, por lo que lo podemos relacionar con las maletas y, en consecuencia, con las víctimas. Además, la arena blanquecina que encontramos es del aparcamiento del club Palacio de Venus.

—Lo que quiere decir que las asesinaron en el club —terminó Carlota.

Domínguez miró a Carlota. Ambos reconocieron una mirada de camaradería. Seguían compenetrándose en el trabajo. El juez insistía en recabar información.

—Esto va encajando. Lo pensaba traer de prisión para tomarle declaración y ahora tenemos una prueba de que estuvo implicado. Al menos, manipulando la maleta. Eso es encubrir al asesino y ocultar el cuerpo en un asesinato.

Antonio no se pudo contener.

—Se le puede presionar para que hable, si no quiere que se le acuse de asesinato. Con esta prueba, se le ha relacionado con las maletas de las víctimas.

El inspector estaba ansioso. Sabía que su expresión era demasiado dura delante del juez, pero quería que su trabajo terminase con la detención del asesino doble. El juez le miró condescendiente, y tras animarle a seguir la investigación, dio por finalizada la reunión. Carlota y Domínguez salieron juntos de su despacho.

Tras un minuto de titubeo, Domínguez le preguntó a Carlota:

—¿Tomamos un café?

—Lo siento, Antonio, estoy muy ocupada —mintió Carlota. No se encontraba con ánimo.

—Otro día lo tomamos.

Se despidió. Depositó su mirada en ella y le vio el rostro cansado, con profundos cercos oscuros. No le pareció el momento adecuado de insistir. Se marchó a comisaría.

Eran buenas noticias en el caso de las maletas, pero en la vida de Carlota había otras no tan buenas que las contrarrestaban. Volvió al Instituto de Medicina Legal con el paso ralentizado, en consonancia con su estado de ánimo. Su vida personal, el futuro con Javier, no la dejaba avanzar. Sus pasos eran lentos y su figura estaba ligeramente inclinada. Su amiga Regina entraba por la puerta al mismo tiempo.

—¡Anímate un poco, Carlota! No puedes seguir así.

—Sí, eso intento.

—Sé lo que estás pasando. Por cierto, ¿qué sabes de Rocío? También me tiene preocupada.

—Su detención me ha afectado también, Regina. Es sospecha de asesinato, pero la han dejado en libertad con medidas.

—Yo tampoco me lo quito de la cabeza. Ha sufrido mucho en su vida. Su madre, después la muerte de su hermana Clara, y ahora la acusación de asesinato.

—Esas salidas nocturnas tan raras. La hacen parecer sospechosa. Aunque perdimos el contacto durante años, no concuerdan con su vida —indicó Carlota.

—Opino lo mismo. Somos amigas desde niñas, cuando llegó a mi colegio, y compartimos pupitre muchos años. Siempre ha sido muy disciplinada y trabajadora, aunque reservada en la relación con su familia. Se crio con su abuela al morir su madre. ¿Sabes que se suicidó?

Una nube negra apareció en la mente de Carlota. Con voz apagada dijo:

—No lo sabía. En el cementerio nos dijo que había muerto y se fue a vivir con su abuela.

—Fue un golpe duro. En el colegio se rumoreaba que tenía algún problema con su padre, el abogado rico y famoso. Nunca nos enteramos de lo que era. Durante la carrera trabajaba para mantenerse. Todas la envidiábamos por su independencia.

Carlota recordó su infancia, sus padres. Sus demonios amenazaban con salir. Preguntó:

—¿Cómo es su padre?

—No tuve mucho contacto con él. Hacía muchos años que no lo veía, hasta el entierro de Clara. Lo reconocí porque mantiene la misma cara, aunque más bronceada y algo arrugada. Sobre todo, no he olvidado la misma mirada penetrante y sombría que nos asustaba de pequeñas.

—Lo vi de nuevo el día que defendió a Rocío cuando la detuvieron. De unos setenta años bien llevados, trajeado y de aspecto muy cuidado, llamaba la atención el alfiler de corbata de oro con una piedra central que despedía destellos multicolores.

—Se conserva muy bien, aunque debe de tener más de setenta. Sí, me fijé en el alfiler de corbata con un brillante enorme, siempre lo llevaba para impresionar.

—Me marcho a casa, aunque cuando llego solo tengo ganas de llorar.

—Carlota, habla con Javier. Entre los dos podéis llevar bien la distancia.

—Eso espero —contestó sin convicción.

CAPÍTULO 42

DOS MUJERES

Tras su puesta en libertad con cargos, Rocío se sentía perdida. Su mundo se había desmoronado. Era sospechosa de dos asesinatos. ¿Cómo había acabado en esa situación? Esas noches no las recordaba de forma completa. Recordaba su oscuro deseo, pero ¿hasta dónde había llegado esa fuerza incontrolable? Se repetía, para convencer a su conciencia, de que no le había hecho daño a nadie, o por lo menos de forma consciente. La duda la consumía.

No contestaba las continuas llamadas al móvil. Clientes, compañeras, sus amigas. No quería hablar ni ver a nadie. A Fernando, menos. Más de una veintena de llamadas perdidas suyas aparecían registradas en el móvil. No le respondía, no tenía fuerzas. Sabía que algún día tendrían que hablar. Ella le había traicionado y se sentía culpable y avergonzada. La culpabilidad y la vergüenza iban acompañadas de un sentimiento de decepción. Ambos eran abogados, y al iniciar la relación habían pactado no hablar de sus casos. El pacto lo habían respetado. ¿Cómo podía sospecharlo? Su amiga Regina le había comentado que lo había visto en el juzgado, defendiendo a los encargados de un club. Ella dedicada todo su esfuerzo y trabajo a luchar contra esos mafiosos dedicados a la explotación sexual, y su pareja trabajaba para defenderlos. Tendría que pensar qué hacer, pero ahora no tenía fuerzas.

Se refugiaba en el trabajo. Pasaba cada vez más horas en el local de la asociación, y menos en el despacho. Eran pocas personas y tenían que ocuparse de esas mujeres, día y noche. El trabajo de acompañar y apoyar a las víctimas de explotación sexual no daba tregua en el horario ni en el almanaque. Luchar para que estas mujeres salgan de su esclavitud: eso era lo que hacía que se pudiera levantar por las mañanas.

Revisaba unas facturas que debía pagar cuando Elena, una monitora, entró en la habitación que en ese momento hacía las veces

de despacho y en otros, de sala de reunión. Había dos mujeres en la puerta que preguntaban por ella y que no querían hablar con ninguna otra persona. Rocío, al salir, las reconoció. Eran las dos mujeres del club Palacio de Venus que habían conocido a Evelyn y a Gabriela. Las pasó a la sala para hablar en la intimidad que ellas necesitaban. Se llamaban Camila y Mariana. Al sentirse que la escuchaba, esta última les contó su historia. Era la historia que tantas veces había oído Rocío, mientras Camila, en silencio, se sentó encogida en una silla.

—Vivía con mi familia en Ciudad Bolívar, en las afueras de Bogotá. Somos siete hermanos y mi madre no tenía plata para darnos de comer. A los diecisiete años salí a buscar trabajo y conocí a un muchacho que me prometió un buen empleo en España. Lo cogí para poder enviarle la plata a mi familia. Al salir del aeropuerto, me encerraron en una casa y me quitaron el pasaporte.

—No sabíamos a dónde ir. No tenemos a nadie —la interrumpió Camila.

—Allí nos obligaban a *patinar,* como lo llaman ellos, un cliente tras otro, durante doce horas para pagar nuestra deuda que no acababa. Nunca era bastante —continuó Mariana.

Dejó de hablar para taparse la cara y ocultar sus lágrimas. Rocío dejó que se calmase. Siguió con su relato.

—Desde que nos enteramos lo que le pasó a Evelyn y a Gabriela, tenemos mucho miedo. Nos controlan, no nos dejan hablar entre nosotras, si nos ven que amigamos, nos separan para que no nos escapemos o vayamos a la poli.

—Mucho miedo. No tenemos dónde ir —repetía Camila aterrada.

—Ellos nos cambian continuamente de club, porque los clientes siempre quieren chicas nuevas. Nos venden y nos llevan a otro sitio. Ayer, al parar en una gasolinera, con la excusa de ir al baño, nos escapamos. Tenemos tanto miedo que no nos importa lo que nos hagan.

Camila no paraba de repetir.

—No sabíamos dónde ir. No sabíamos dónde ir.

Mariana le acariciaba el pelo. Y continuó:

—Nos acordamos del día en que fuiste a hablar con nosotras, cuando nos interrogaron por la muerte de Evelyn y Gabriela, y teníamos la tarjeta de esta asociación que nos diste. No podemos confiar en nadie.

Al abrir la mano, apareció la tarjeta, sucia y arrugada en su

interior.

Las acompañó para que comiesen y descansasen. Por un momento se olvidó de sus problemas. Estaban agotadas y hambrientas. Comieron en silencio. Sus ojos miraban hacia uno y otro lado, en un estado de angustia constante, por el miedo de la persecución de sus carceleros. Rocío se mantenía cerca, pendiente por si necesitaban más comida o bebida de forma discreta, mientras Elena gestionaba algún lugar donde se pudiesen quedar alojadas. Ese momento no era el adecuado de hablarles de denuncia o de declarar a la policía. Rocío no se quitaba de la mente que eran testigos claves en la muerte de Evelyn y Gabriela. Ellas también lo sabían. Solo era cuestión de que recuperasen fuerzas y lo reflexionasen. Enfrentarse a esos delincuentes peligrosos era arriesgar sus vidas. Aunque estas, bajo su esclavitud, tampoco existían, eran muertas vivientes.

Un pensamiento le vino a la cabeza. Necesitaba hablar con alguien. Primero pensó en llamar al inspector Aranda. Decirle que hablase con las mujeres para plantearles una declaración. Otro pensamiento se opuso. Necesitaban sentirse seguras y con algo más de confianza para enfrentarse a la denuncia de sus explotadores. Era muy pronto. Quería hablar con él. Le gustaba y se sentía bien con él. Había una conexión especial entre ellos, pero tras su detención lo apartó de su mente. Él pensaría que ella era una asesina y una buscadora de hombres. No, no podía llamarlo. Era un momento difícil en el que podía tomar decisiones equivocadas. ¿En quién podía confiar? Llamó a Carlota.

—Carlota no sé qué hacer. Además de los que sabes, tengo más problemas. Por favor, ¿puedes venir a la asociación?

—No sé si debo ir, Rocío. Es una situación que me compromete.

—Por favor, no es por mí. Es importante. Tengo a dos mujeres del Palacio de Venus aquí y tienen algo que contar.

—Iré.

Carlota había salido de su propio laberinto, y cruzó la puerta de la asociación para entrar en la oscuridad de esas mujeres. Rocío le explicó la situación de Camila y Mariana. Carlota se acordaba de ellas.

—Lo mejor será que les busques un sitio mientras planificamos su declaración. Es muy importante en el caso de Evelyn y Gabriela.

Elena entró en el despacho con algunos productos de aseo y ropa para Camila y Mariana. Les había preparado una pequeña bolsa de viaje con lo imprescindible para la subsistencia de varios días.

Mientras tanto, en su cara, redondeada y salpicada de pecas sobre su pequeña nariz, aparecía una sonrisa que inspiraba cordialidad, y en sus ojos se reflejaban destellos de entusiasmo, Elena les explicaba su futuro planificado, al menos en los próximos días.

Se disponían a salir del local cuando sonó el timbre. Elena abrió la puerta y reconoció a Fernando Ferrer. Rocío se despedía de las mujeres. Al entrar, Fernando quedó deslumbrado casi sin ver. Las que estaban situadas dentro, sí que le podían ver bien. Rocío sintió como una sensación de cólera le inundaba. ¿Cómo habría sabido dónde estaba? Habían pactado que él no iría nunca a su trabajo, y menos allí, que era el lugar destinado a proteger a las mujeres. Nadie debía saber dónde estaban.

En ese momento, Carlota advirtió cómo las mujeres se pusieron rígidas, presas del miedo, y sus caras reflejaron un pánico profundo. En un acertado acto reflejo, las apartó con un movimiento brusco, y las empujó a otra habitación. Fernando no llegó a distinguir el rostro de las mujeres.

Carlota sospechó que las mujeres lo conocían. Su mente realizó varias asociaciones rápidas. Lo podían haber visto al visitar al jefe del club. Al fin y al cabo, era el abogado de sus guardianes.

Rocío estaba presa de la ira.

—¿Qué haces aquí? ¡Sabes que no quiero que vengas! —le increpó Rocío, cogiéndole del brazo y sacándolo con un empujón del local. Cerró la puerta tras de sí, en un reflejo consciente de evitar que viese a las mujeres.

—Quería verte. Hablar contigo. He ido a tu casa. No contestas a mis llamadas.

Rocío se calmó.

—Lo siento. Creía que no querías verme después de lo que ha pasado.

—No quería. No comprendo lo que has hecho.

—Ni yo tampoco.

—Creía que teníamos una relación. ¿Cómo me has podido hacer esto?

—¿Y tú? No me habías dicho que defiendes a los mafiosos y que trabajas con mi padre.

—Pactamos no hablar de nuestro trabajo.

—Sí, pero esto es demasiado. Ahora no tengo fuerzas para hablar. ¡Vete y ya hablaremos!

Fernando quedó desconcertado. La reacción de Rocío era nueva para él. Como una leona que defiende a sus cachorros. Nunca la había visto antes así. Pensaba que era una chica apacible y dócil. En ese instante de duda, para su sorpresa, se quedó parado. Rocío entró en el local y cerró la puerta a su espalda. Al entrar en la habitación, solo estaba Carlota. Elena y las mujeres se habían marchado.

Carlota quería consolarla, pero la situación era difícil. Tras abrazarla se despidieron. Cada una se marchó con sus sombras.

Como en las últimas semanas, Rocío esa noche no pudo conciliar el sueño. Desde la muerte de su hermana, su mundo se había vuelto del revés. Había conseguido llevar una rutina, tener una pareja a la que quería, y apoyarse en su trabajo. Con los últimos acontecimientos, su mente volvía a vivir en un torbellino. Los recuerdos se mezclaban en sus pesadillas. Las luces de la discoteca, su deseo salvaje, el sexo con desconocidos, los rostros de sus amantes asesinados, el calabozo, los interrogatorios, su relación con Fernando, su cara mezclada con los macarras del club, una niña llorando por las noches en su cama. El sudor le corría por todo su cuerpo. Se despertó al oír un llanto. Era ella que lloraba. El túnel negro hacia su infancia se había vuelto a abrir. La muerte de su hermana lo había horadado de nuevo.

Se levantó de la cama empapada de sudor. Abrió la nevera para beber agua. Sentía escalofríos que le recorrían el cuerpo. Se sentó en el sofá del salón mirando al infinito. Al ver el ordenador sobre la mesa, recordó que hacía muchos días que no veía el correo. No se sentía con fuerzas de recibir noticias del exterior. No se podía dejar vencer. Abrió el ordenador. Había un correo desde Colombia, de parte de Milena, la madre de Evelyn. Ella esperaba una respuesta de su parte. La mujer estaba sumida en la desesperación por la muerte de su hija, y ansiaba poder venir a España. La muerte siempre es algo incierto que no se confirma si no es con la certeza del cadáver del ser querido.

Con los últimos acontecimientos, se había olvidado de la tramitación del billete de avión para que viniera a España. En cierto modo consciente, Rocío había dilatado en el tiempo su respuesta de concertar la venida, porque mientras el caso no estuviese resuelto, no podía decirle quién era el asesino de su hija. Esperaba encontrar un sospechoso antes de que viniese. Leyó el mensaje. Además de recordarle su viaje, con un lenguaje sutil y educado, le pedía un gran favor. Le explicaba que no tenía a quién dejar a la hija de Evelyn,

Paulina, y que estaban solas en este mundo, no tenían familia y nadie a quien acudir. Le pedía un pasaje también para ella. Rocío, tras un primer momento de irritación, por pensar que Milena no se daba cuenta del esfuerzo que estaba haciendo para conseguir un pasaje, y ahora le pedía dos, reflexionó sobre la petición. La hija de Evelyn era su responsabilidad: si no tenía más familia, debía ir donde ella fuese. Comprendió que era necesario que la acompañase para despedir a su madre. Además, comprobó que los pasajes de los niños no costaban tan caros como los de adultos. Paulina, su hija, también se despediría de Evelyn. Le contestó que en breve le respondería, que estaba haciendo gestiones, sobre todo para conseguir un poco más de dinero. Cuando terminó de redactarlo, se sintió más tranquila.

CAPÍTULO 43

LOS RECUERDOS

Necesitaba comprar calcio orgánico para sus tomateras, y había quedado con Regina en Viveros Guzmán. Cualquier excusa era buena para salir de casa el fin de semana.

—Carlota, ¿has hablado con Javier?

—No, Regina. Nos estamos evitando. Él está fuera todo el día con la preparación del viaje.

—Tendrás que encontrar algún momento. ¿Por las noches?

—Cuando llega procuro estar en la cama. Es que no puedo hablar con él sin llorar.

—Me tienes preocupada. No puedes seguir así. Tendrás que hablarlo para que os entendáis el uno al otro.

—Te agradezco que me lo digas, Regina. Lo intentaré.

—También me tiene preocupada Rocío.

—Sí, debe de estar sufriendo. Ella y yo tenemos cierto parecido en nuestras vidas, y ahora parece que es una asesina —señaló Carlota.

—Su vida no ha sido muy feliz, primero el suicidio de la madre, después la separan del padre y la hermana, que ahora se suicida también. Pero no entiendo. ¿Cómo te afecta tanto eso a ti? Es nuestra amiga, pero si ha cometido esos asesinatos, es culpable y no podemos hacer nada para defenderla.

Pasearon unos minutos en silencio entre las plantas del vivero Guzmán. Carlota se paró entre las gardenias aspirando su perfume y contestó:

—Mi madre también se suicidó. Es muy difícil vivir con ello.

—No lo sabía. Lo siento.

—Rocío me recuerda mi propia vida. Y se ha podido convertir en una asesina.

—Carlota, te conozco. ¿Qué más hay en tu cabeza?

—Y una relación extraña con su padre. Igual que me sucede a mí.

—¿Qué pasa con tu padre?

—Hace muchos años que no hablo con él. Cuando pasó lo de mi madre, le consideré el culpable de su muerte. No nos llevábamos bien. Cuando pude, me marché de casa. He estado muchos años fuera de esta ciudad y al volver, me recuerda mi infancia. Y a él. Sabe que estoy en la ciudad.

—No sabía que tu padre viviese aquí. Nunca me has hablado de él.

—Me envía un libro por mi cumpleaños. Y mensajes para saber cómo estoy. Solo le contesto: «Bien».

El móvil empezó a sonar.

—Otro día seguimos hablando de mis penas. Es Rocío. Algo pasará.

La voz parecía muy alterada.

—Carlota, tengo que verte en la asociación. Hay algo importante que debes saber.

CAPÍTULO 44

UN HOMBRE EN ESCENA

Por enésima vez, el inspector Domínguez repasaba los vídeos. Su obsesión era encontrar las pruebas que descubrieran al asesino. Rocío Bermejo era la principal sospechosa, por ahora, una asesina, además de una buscadora de hombres para sexo anónimo. Tenía un fondo de oscuridad, con una superficie de altruismo. No obstante, su olfato le decía que tenía que buscar más allá de las pruebas encontradas.

Ahora tenían un ADN masculino, pero ¿de quién era?

En la grabación de la primera víctima, se veía cómo llegaba en un coche e iba a la recepción, situada en una puerta al principio de las habitaciones que se abrían al patio interior. Salía con la llave en la mano, en busca de una mujer que estaba dentro del coche. No se distinguía bien, podía ser cualquiera. Ambos entraban a la habitación fundidos en un abrazo. A las tres horas y veinte minutos, esta mujer salía. Durante varios segundos su cara se posicionaba delante de la cámara y aunque con poca resolución por la baja calidad de la imagen de una cámara barata mal instalada, con dificultad se podía entrever los rasgos de Rocío Bermejo. Con alta probabilidad, ella era la que entraba con la víctima y la que salía a paso rápido.

En la cámara del cajero de la segunda víctima se observaba cómo un hombre y una mujer se besaban por la calle, hasta llegar a la puerta del edificio. Al separarse sus bocas, durante un segundo, la cara de la mujer, que ahora podía identificar como Rocío Bermejo, aparecía en la pantalla. Las cámaras eran de mayor resolución. Con gran nitidez, aparecía el rostro de Rocío antes de perderse en el interior de la casa. A las tres horas, salía sola de forma precipitada. No había duda. Rocío seguía siendo la principal sospechosa.

Llevaba toda la mañana delante del ordenador viendo las grabaciones. Necesita un café. Seguro que había algo que se le escapaba. No podía demostrar si las víctimas estaban vivas o muertas cuando Rocío Bermejo las dejó. Sonó el teléfono.

—Jefe, necesito su ayuda. Tengo una huella de un robo que no me aclaro.

—Benítez, bajo ahora mismo y así me despejo.

Domínguez se sentó en el ordenador junto a Benítez con el programa de identificación de huellas.

—Coincide una huella con dos individuos.

—Vamos a cotejarlas con las bases internacionales.

Tras una hora inmersos en la búsqueda, Domínguez exclamó:

—¡Mira! Lo tenemos. Es el mismo individuo. Tenía varias identificaciones.

—Lo buscan en Francia, Holanda y Alemania por robos.

Al volver a su despacho, Domínguez se dio cuenta de que había dejado abierta la grabación de seguridad del banco. La grabación continuaba con un vacío de siluetas.

Cuando tenía el dedo en el ordenador para cerrar el programa, un hombre apareció. «Será un vecino», pensó Domínguez. El dedo casi rozaba la tecla del ordenador para apagar la grabación, cuando el desconocido se paró delante del chalet adosado donde Cristian Bellido permanecía en su interior, vivo o muerto. No se podía ver su cara porque tenía subido el cuello de la chaqueta y le tapaba la cara. Sacó un objeto del bolsillo, con gran maestría abrió la puerta y se perdió en su interior. Al cabo de media hora abandonó la casa de espaldas a la cámara. Había otra persona que había estado en la habitación. ¿Sería el asesino? ¿Y si fuese un cómplice?

Pasó la grabación de nuevo. Aumentó la cara del individuo, pero la tenía medio tapada con la mano y con la solapa de la chaqueta. Estaba claro que no quería que se le identificase.

¿Estaría ese sujeto también presente en el vídeo de la primera víctima del hotel? Puso la grabación. Pasó de forma acelerada las tres horas primeras hasta que Rocío abandona la habitación. Pasó una hora tras la salida, cuando se veía cómo un individuo, con gran destreza, se introducía en la habitación. Tras media hora en su interior, con la cara tapada y la solapa subida de la chaqueta, abandonó el hotel adentrándose en una arboleda cercana.

—Debió de aparcar su coche fuera del alcance de las cámaras —dedujo Domínguez—. Así que había otra persona. Esto se pone interesante.

Se abría un nuevo camino en la investigación, ahora su siguiente paso sería averiguar quién era ese hombre.

CAPÍTULO 45

MARIANA Y CAMILA

A l llegar al local, Rocío condujo a Carlota a su despacho. Allí se encontró, sentadas frente a la mesa, a Camila y a Mariana. Elena se disculpó y abandonó la reunión. Habían llegado muy temprano y estaban ansiosas por hablar con Rocío. No dejaban de repetir que querían contarle algo importante. Al intuir de qué se trataba, pensó que Carlota tendría que estar presente. Después de los últimos acontecimientos, dudaba de que la creyeran si contaban alguna información sobre los asesinatos.

—Vale. Estamos aquí a vuestra disposición. Contadnos lo que queráis.

Ambas se miraban. Después de tanto empeño por hablar, se quedaron mudas. Hubo varios minutos de silencio. Rocío y Carlota estaban acostumbradas a esperar que las mujeres se recompusieran para contar lo que tenían que decir sobre sus vidas. Fue Mariana la que comenzó a hablar:

—Conocemos al hombre que vino ayer.

Tras esta frase, el silencio. Carlota, que el día anterior se había percatado del miedo en sus miradas, le animó a seguir:

—Era el abogado de los jefes del club donde trabajabais. Lo veríais allí. Ayer lo pensé al veros tan asustadas.

—Sí, lo veíamos en el club.

De nuevo, el silencio. A Rocío no le gustaba hablar de su vida personal, pero en ese momento sintió la necesidad de decirlo a esas mujeres.

—Era mi pareja, pero rompí ayer. De verdad, no sabía que era el abogado de vuestros carceleros.

Mariana continuó. Con la boca retorcida y con un aspaviento con la mano derecha dijo:

—No sabes otros secretitos.

Se detuvo. Rocío y Carlota las miraban intrigadas. Mariana cogió

fuerzas, no estaba acostumbrada a discursos.

—Nosotras no sabemos si veía al jefe, pero sí que nos veía a nosotras.

La primera idea que se le ocurrió a Rocío era algo profesional.

—¿Os resolvía algún asunto? ¿Os arreglaba los papeles para quedaros legales?

—El jefe nos decía lo de los papeles, pero nunca llegaban. Pero ese no hablaba de papeles. Ese cobraba con sexo. Y bien cobrado.

—¿Cómo? —estallaron al unísono Rocío y Carlota.

—Que le gustaba follar con alguna de nosotras. Tenía que ser una mujer distinta cada vez. Nos daba mucho pánico y no queríamos estar con ese cabrón —continuó Mariana.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rocío.

—Que le gusta la rasca. Vamos, aporrearnos mientras hacía cosas muy puercas.

Camila afirmaba con los ojos muy abiertos y con movimientos afirmativos de delante hacia atrás con la cabeza. Se atrevió a hablar:

—Recuerdo que yo no podía respirar. Me asfixiaba con su mano en mi cuello. Hasta que no llegó al final, no dejó de apretar. Pensé que me moría.

Mariana completó la experiencia:

—Cuando no era con la mano, era con un pañuelo que sacaba del bolsillo. Le teníamos terror.

Se quedaron mirando a Rocío. Querían ver su respuesta. Rocío estaba paralizada, presa del terror. Carlota despejó su mente y pensó en cuál era el siguiente paso que tenían que dar.

—Tenemos que llamar a la policía para contarlo. Llamaré al inspector Domínguez. Es el que lleva el caso en Homicidios.

CAPÍTULO 46

UN NUEVO SOSPECHOSO

–Tengo que hablar contigo, Antonio. Es urgente.

—¡Claro! ¿Cuándo, Carlota?

—¿En medida hora en la cafetería Receso, detrás del juzgado?

—Nos vemos allí.

Antes de marcharse, Domínguez puso al corriente a Benítez del hallazgo del vídeo. Se quedaría confrontando las imágenes con algún sospechoso. El inspector investigaría en el entorno de Rocío y de las víctimas.

Carlota y Rocío estaban sentadas en la última mesa de la esquina. A la hora en punto, Carlota vio entrar al inspector. Hizo un gesto con la mano para indicarle dónde estaban sentadas en el bullicio del café de la mañana. Domínguez se fijó en Carlota. Se entristeció al verla más demacrada. Estaba más delgada, un movimiento continuo de sus manos reflejaba su inquietud y unos cercos oscuros alrededor de sus ojos negros los hacían más profundos.

Carlota se tranquilizó al ver al inspector.

—Tenemos algo importante que contarte con relación a las mujeres asesinadas que aparecieron en las maletas.

—Contadme lo que sepáis.

El inspector miró fijamente a Carlota. Esta mantuvo su mirada, pero no quería ser la protagonista.

—Rocío, por favor, cuéntaselo tú.

—Comprendo que no soy una fuente muy fiable porque estoy bajo sospecha de asesinato, pero Carlota estaba presente y tenemos alguna información.

Rocío le relató lo que le habían contado Mariana y Camila, sobre la violencia física de Fernando Ferrer en el club con las mujeres, y su gusto por asfixiarlas con la mano o con un pañuelo.

Al terminar añadió:

—¡Es terrible!

—Lo importante es que tenemos la información. Se lo comunicaré al juez instructor para que les tome declaración —animó el inspector.

—Soy la abogada de las víctimas de las maletas: iré al juzgado y pediré una prueba de ADN de Fernando para compararla con las que se encontraron en las uñas de las víctimas.

Sonó el móvil de Rocío. Era del juzgado, la reclamaban como abogada. Le iban a tomar declaración a Charlie.

—¡Me había olvidado por completo! Me voy. Te llamaré luego, Carlota.

Carlota y el inspector quedaron en silencio frente a frente. Domínguez lo rompió.

—Estamos avanzando en los dos casos. Aunque tu amiga Rocío sigue siendo la principal sospechosa, tenemos también a un hombre implicado, aunque aún no lo hemos identificado. Y ahora, con estos datos que me habéis dado, podemos investigar a tu amigo, el abogado Fernando Ferrer.

—No me lo puedo creer. ¡Es tan amable y tan encantador!

Domínguez, un poco molesto, insistió.

—Vaya amistades que te has buscado aquí.

—No me lo esperaba.

El tono de Carlota denotaba su tristeza. Domínguez retrocedió.

—Lo siento, Carlota. De veras. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Ojalá. Sé que lo harías, pero son asuntos personales que tengo que resolver.

—Sabes que haría todo lo que estuviese en mi mano.

Domínguez puso su mano sobre la de Carlota en la mesa. Carlota no la apartó y le miró a los ojos.

—Gracias por tu amistad. La echaba de menos.

—Yo también.

Tras unos minutos en silencio, Carlota se levantó de la mesa.

—Me voy a trabajar. Si sabes algo de los casos me avisas, por favor.

—Tendrán que declarar esas mujeres. Te llamo en cuanto sepa algo.

Al llegar Rocío al juzgado de guardia, estaba todo dispuesto para traer a Charlie desde los calabozos para tomarle declaración. Frente al juez Fuentes se sentaban a un lado la fiscal y al otro Rocío, en la silla que

le correspondía como abogada de las víctimas. Al sentarse y levantar la mirada, sus ojos se encontraron con los de Fernando. Era el abogado defensor de los detenidos del club. El corazón empezó a latirle rápido y una sensación de ahogo le subió por la garganta. Se mezclaron los sentimientos del amor pasado y un odio profundo, junto a una pincelada de miedo. Ahora veía al Fernando real. Él le respondió con una mirada de desprecio. Todo su encanto se había desvanecido.

Pasaron al detenido a una silla, custodiado con un policía a cada lado. Tras comunicarle los cargos que pesaban contra él por las pruebas de las huellas digitales encontradas en las maletas, comenzó la declaración. Las preguntas se centraban en cómo habían acabado aquellas huellas en la maleta. Charlie había estado en situaciones previas parecidas a esta y con sangre fría, sin alterarse, respondía una y otra vez que él había comprado las maletas y se las habían robado.

Cuando la fiscal le aclaró que no tenía obligación de contestar, pero si seguía eludiendo las respuestas podía acusarle de complicidad en los asesinatos de las dos mujeres, las respuestas comenzaron a empañarse con un halo de duda. El detenido miraba de soslayo a Fernando. Este le clavada la mirada. El miedo le impedía hablar. Le cerraba la boca a Charlie. En su ambiente, quebrantar la ley del silencio se pagaba con la muerte. Lo bajaron de nuevo a los calabozos. Las respuestas no aportaron nada al caso.

CAPÍTULO 47

La decisión

A

cababa de dejar a Domínguez, y las palabras de Regina seguían retumbando en su cabeza. Tenía que hablar con Javier, el miedo a perderlo no podía nublarle la razón. El móvil sonó. Era él. La recogía y comían juntos en Teatinos, como otras veces, cuando no tenían comida preparada. Un menú en el restaurante Patricia, detrás de la Ciudad de la Justicia.

—¿No estabas enfadada conmigo, Carlota? —preguntó Javier, al darle Carlota un beso en la boca al llegar.

—Sí, lo estoy, aunque menos.

—¡Si casi no me hablabas! ¿Qué he hecho para desenfadarte?

—Me has llamado para quedar a comer. Además, he estado pensando. Con lo último que estoy viviendo, me he desenfadado yo misma.

—¿Y eso?

—Fernando Ferrer puede estar relacionado con los asesinatos de las mujeres de las maletas.

—Ese tipo no me ha gustado nunca.

—Lo sé, pero cuando salíamos a cenar era encantador y educado. Tan amable y atento con Rocío… Parecía la pareja ideal.

—Demasiado. Para que veas que no te puedes fiar de don perfecto —apuntilló Javier.

—Tenías razón. Cuando lo decías, creía que era una pizca de celos —respondió Carlota con una sonrisa maliciosa.

—Siempre lo he visto con un trasfondo de simulación teatral, pero ¿que pueda ser un asesino? Es terrible. ¿Y Rocío? ¿Cómo está?

—Es duro saber que la persona que amas pueda estar implicado en un asesinato. Se tortura por no haberse dado cuenta. Le gusta la violencia sexual. Estoy preocupada, pero me ha asegurado que a ella nunca le ha puesto una mano encima.

—Eso espero.

—La ha traicionado. Nos ha engañado a todos.

—Menos a mí.

—¡Menos a ti, don sabelotodo! —dijo Carlota riendo, dándole otro beso.

Javier cambió de tema.

—¿Podemos hablar de nosotros?

—Para eso hemos quedado a comer ¿no? —respondió Carlota. Quería saber qué le rondaba por la cabeza.

—Quería decirte que lo siento. Que siento no habértelo dicho antes, pero la verdad es que tenía miedo de tu reacción. E incluso de mí mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes que mis pasiones sois tú y mi trabajo. Siento que esta vez no sois compatibles. Mi trabajo me lleva lejos de ti durante bastante tiempo. Tenía miedo de mí mismo, de no ser capaz de hacerlo por mi amor hacia ti.

—Lo he comprendido, Javier. Comprendo tu ilusión por lo que haces, por eso esta vez te has decidido por tu trabajo.

—Si no lo hago ahora, no podré hacerlo más adelante.

—De verdad que quiero entenderlo, pero yo también tengo miedo de que la separación sea definitiva.

—Espero que nuestra relación sea lo suficientemente fuerte para permanecer juntos.

—¿De verdad lo piensas?

—Sí.

—Pues yo no estoy tan segura. ¿Qué pasará en todo este tiempo en que estaremos separados? Se pueden cruzar otras personas. Además, cuando vuelvas no serás el mismo, ni yo tampoco —expresó Carlota en voz alta sus pensamientos.

—¿Qué estas insinuando? ¿Quieres romper nuestra relación?

—No, no quiero hacerlo, pero es mejor que caminemos separados ese tiempo. Si nos queremos, volveremos a estar juntos cuando vuelvas. Quiero ser sincera. Compartirás el trabajo con compañeras de la universidad. Si surge alguna relación nueva, prefiero la libertad a la traición.

—Vamos a pensarlo. No nos precipitemos.

La cara de Javier reflejaba inquietud. No esperaba esa reacción de Carlota.

—Lo pensaremos, pero es lo mejor. Y por favor, no creas que es un

chantaje o algún tipo de presión. Es por el bien de ambos. Ahora piensas que es muy duro, pero el tiempo me dará la razón.

En el fondo de su alma quería estar equivocada. No quería romper la relación. Amaba a Javier con toda su alma. Pero al pensar en ello, comprendió que necesitaba romper amarras. Esa libertad era la que les haría reanudar su vida en común. Las cadenas los separarían. El tiempo diría si volverían a estar unidos.

En el coche, al volver juntos, se impuso el silencio. Una grieta había surgido entre ellos. La distancia se iba interponiendo entre Carlota y Javier. Ambos comprendían que tendrían que ir separando sus vidas.

CAPÍTULO 48

La toma de muestra

A l día siguiente, Carlota se encontró de frente a Fernando Ferrer.

—Esto es inaudito. Todo es una falsedad —exclamó al entrar en la consulta de la médico forense.

—Sabe que le han enviado para una toma de muestra de ADN.

—¡Cómo se atreven a hacerme esto! ¡A mí! Que soy abogado.

Con los hisopos en la mano preparados, la médico forense le pidió:

—Por favor, abra la boca.

—Carlota, soy yo, Fernando Ferrer. Tú me conoces.

—Por favor, abra la boca.

—Soy inocente. No he hecho nada.

—Entonces, por favor, abra la boca.

—¡Acaba pronto!

Sin intimidarse por el tono agresivo, en un segundo que abrió la boca, Carlota introdujo el hisopo.

—¡Lo demostraré! Soy inocente. No he hecho nada.

—Se puede marchar.

—Por favor, dile a Rocío que la quiero.

Carlota apenas pudo quedarse callada. Su profesionalidad frenó el impulso de contestarle. Fernando, con mirada desafiante y paso rápido, salió de la consulta. Carlota le mantuvo la mirada, y precintó las muestras con un rótulo de «URGENTE», para que acelerasen el análisis. En pocos días, tendrían el resultado.

Después de dejar las muestras en la nevera, pasó por la puerta del despacho de Regina. Estaba sola. Entró para hablar con ella. La toma de muestras de Fernando Ferrer como sospechoso le había calado más de lo que esperaba. Necesitaba hablar de lo que estaba pasando. La idea de que la pareja de su amiga Rocío podía ser un asesino y el peligro al que había estado expuesta no se apartaban de su mente. ¿Se reconocía fácilmente a un asesino? Había estado con asesinos para hacerles una entrevista psiquiátrica. Nunca llevaban una marca en la

frente. ¿Cómo conocer a una persona? Carlota se estremecía cada vez que el vecino de un asesino en la televisión salía vanagloriándose de que le saludaba por la escalera. ¿Saludaban los asesinos a los vecinos? Sí, seguro que eran muy amables con ellos, pero ello no impedía que fuesen un monstruo con la víctima a la que violaban y mataban.

—Acabo de tomar las muestras de ADN a Fernando Ferrer. Ha sido muy incómodo.

Regina, concentrada en sus informes, levantó la mirada y contestó:

—Imagino. Todavía no salgo de mi asombro.

—Eso mismo venía pensando. Con nosotros era muy agradable, pero ¿y con Rocío?

—Se lo he preguntado un millón de veces. Me ha asegurado que con ella también era muy amable. Solo tenía a veces accesos de ira, que controlaba tras dar puñetazos a las paredes y las puertas —aclaró Regina.

—Eso es algo, pero la siguiente vez podía ser ella el objetivo. Y si es el asesino de las maletas, además es frío y calculador. Le gusta la violencia y disfruta haciendo daño a otras personas.

—Un sádico, frío y cruel.

—Me aterra que haya estado tan cerca, en todos los sentidos, de Rocío. Y de nosotros —añadió Carlota preocupada.

—Desde luego, a mí también. Fernando se muestra atractivo y cautivador, es ambicioso y calculador en un ambiente muy peligroso, con poder y dinero. ¿Qué le ha llevado a ser la pareja de Rocío?

Carlota se quedó pensando. No sabía la respuesta, pero alguna intuición le asomaba en la mente.

—Lo he pensado muchas veces, y creo que a él le interesaba acercarse a ella por algún motivo. No es porque ella no sea atractiva, sino porque no creo que sea el tipo de mujer ni de relación que le interese a Fernando.

—Pensándolo ahora contigo, creo que tienes razón. A él no le interesa en absoluto una relación seria y duradera como se la planteaba Rocío —apoyó Regina.

—¿Y cómo es la persona que se plantea una relación seria y duradera?

Regina se quedó un poco sorprendida por la pregunta de Carlota. La miró y contestó:

—Pues como la nuestra.

—¿Cómo conoces el interior de tu pareja?

Carlota no pudo reprimir las lágrimas.

—Has hablado con Javier.

—Sí, le he dicho que se vaya al proyecto de investigación. Que es mejor romper.

Regina reaccionó. No quería que su amiga diera por perdida su relación.

—Estáis muy unidos. Podéis comunicaros todos los días si queréis, hoy en día las distancias no existen.

—No lo veo así. Es mucho tiempo y él se va con compañeras de la investigación. Es más fácil estar libres. Prefiero estar sola que la deslealtad.

—Carlota, no seas cabezota. No puedes romper la relación. Estáis muy unidos y os queréis, podréis aguantarlo. Tienes que comprender que Javier ama su trabajo.

—Estoy confusa, Regina. No sé lo que hacer. Cuando me lo dijo, pensé que lo mejor era separarnos. Ahora no sé qué pensar. No quiero perder a Javier, pero él ama su trabajo y tengo que dejar que se marche.

—Eso no significa romper la relación.

—Me temo que sí.

Los fines de semana eran raros. La relación con Javier se había transformado en dolorosa. Verlo por la casa, hablar con él, no era lo mismo. Las conversaciones eran intercambios de palabras breves. La sensación de placer, y al mismo tiempo de seguridad, que le embargaba al verlo trastear con sus libros, se convertía ahora en una punzada de dolor y angustia. Sabía que le quedaba poco tiempo para estar con él y tenía que romper los lazos que los unían. Se daba cuenta de que lo estaba esquivando. Se pasaba las horas mirando el huerto y, de vez en cuando, quitaba alguna mala hierba o algún brote dañino. Con esfuerzo, consiguió espolvorear azufre y añadir el calcio orgánico a los riegos. No podía dejar que las plantas acompañaran el extraño destino de su vida: ellas tenían que seguir viviendo sanas.

CAPÍTULO 49

La prueba

Carlota dejaba pasar los días por inercia hasta la fecha que señalaba la marcha de Javier. Esa mañana, al llegar, encontró el resultado del laboratorio forense. A paso rápido llego hasta el despacho del juez Fuentes.

—Ramón, me acaban de llegar los resultados del ADN de Fernando Ferrer, cotejados con los de las víctimas de las maletas. Les llamé para que lo aceleraran y aquí los tengo —exclamó Carlota al entrar al despacho.

—Pasa, Carlota, también los acabo de recibir.

—El informe tiene muchos detalles técnicos. Vamos a los resultados, que es lo que nos interesa.

—Eso, vamos a las conclusiones, para que podamos tomar decisiones.

—Primero, el ADN del semen que encontraron en las dos víctimas coincide con el ADN de Fernando Ferrer.

—Lo que significa que él había mantenido relaciones sexuales con las víctimas en los días previos a su muerte.

—Sí, y eso lo relaciona con las víctimas, pero no con su muerte. Lo segundo es más interesante.

El juez dijo exaltado:

—¡El ADN en las uñas de las víctimas!

—Efectivamente. El ADN de las uñas de las dos mujeres asesinadas también coincide con el ADN de Fernando. Esta prueba lo incrimina de forma más directa en el asesinato y lo sitúa en el momento de la muerte de las mujeres. Ambas se habían defendido, arañando la superficie corporal de su asesino, con lo que arrastraron su ADN para depositarlo debajo de sus uñas.

—Esto es concluyente.

—Y no es todo. Tercero, los pelos encontrados en el pañuelo alrededor del cuello también coinciden con el ADN de Fernando

Ferrer. Esto también lo sitúa en el momento del crimen y lo relaciona con el pañuelo que estranguló a las víctimas.

—Estas pruebas lo incriminan. No comprendo qué puede haber detrás de un abogado rico y famoso para que sea capaz de hacer esto.

—Nuestro trabajo no dejará de sorprendernos. Detrás de esa fachada de seductor y encantador, hay un sádico sexual y un asesino.

El juez empezó a tomar decisiones:

—Con los resultados del ADN, las declaraciones que tomé ayer a las mujeres del Palacio de Venus con la afirmación de que es un sádico sexual, de cómo golpeaba y asfixiaba a las mujeres con las que mantenía relaciones sexuales, tengo las pruebas suficientes para detenerlo. Redactaré una orden de detención contra Fernando Ferrer y contra Carlos Montoya para ver el papel de cada uno en las muertes.

Descolgó el teléfono para avisar al inspector Domínguez de que le iba a enviar una orden de detención contra el abogado, para que lo detuvieran y lo llevasen al día siguiente a declarar al juzgado de guardia.

Carlota salió de su despacho mientras el juez se ocupaba de las diligencias del caso. Su mente no dejaba de cavilar. ¿Qué hacía Fernando con una mujer como Rocío? Necesitaba hablar con alguien. Alguien que le diera un punto de vista distinto. A pesar de la distancia que se estaba abriendo entre ellos, sentía la necesidad de hablar con Javier, como siempre había hecho.

Al entrar en su casa, lo buscó en su despacho. Allí estaba sentado delante del ordenador. Sin preámbulos dijo:

—Se ha confirmado. Van a detener a Fernando Ferrer. Es el asesino de las mujeres de las maletas.

—Sabes lo que opino de él.

—Lo que no paro de preguntarme es: ¿qué hacía él con Rocío? ¿Se encontraron o él la buscó? ¿Por qué tenía interés en Rocío?

—Seguramente le gustaría.

—Con lo que sabemos ahora, no me lo parece. Seguro que se acercó a ella por algo.

—¿Qué insinúas? ¿Que se acercó a ella con alguna intención concreta?

—Estoy segura de que se acercó buscando algo. Puede ser por algo de su trabajo: Rocío defiende a las mujeres de los clubs en su asociación. ¿Quería saber lo que hacía en su trabajo de abogada? ¿Quería tener información de las mujeres del club? ¿Tanto interés

tenía en obtener información de la asociación de Rocío?

—En cambio, Fernando se dedicaba a defender a los propietarios y macarras de los clubs. ¿No era el abogado de los dueños del club?

—Sí. Otra posibilidad es que sea algo personal que se nos escapa. Desde que ese hombre ha aparecido en la vida de Rocío, esta se había complicado hasta lo trágico. Incluso con una acusación de asesinato.

—Tendrás que averiguarlo. ¿Vamos a comer? Estoy hambriento.

El asunto que les ocupaba la mente no salió, aunque estaba latente entre ellos, y los seguía separando.

CAPÍTULO 50

La detención

La fotografía de su padre le recordaba su infancia. Fernando Ferrer la había colocado sobre la mesa de su despacho de abogado, para no olvidar su pasado. Tenía que actuar rápido. Los acontecimientos no estaban transcurriendo como pensaba. Esa forense entrometida era más pertinaz de lo que había intuido. No pudo prever que fuese amiga de Rocío. En breve, las circunstancias se precipitarían sobre él, pero antes, tenía un problema que solventar.

Descolgó el teléfono.

—Tengo un asunto urgente que resolver contigo.

—¿No puede esperar a mañana, a que nos veamos en el despacho?

—No, tiene que ser ahora y en persona.

—No puedo ahora, no me hagas perder mi tiempo.

—Es importante, está relacionado con tu hija.

Puntual como siempre, el timbre de la puerta sonó cuando faltaba un minuto para la hora convenida. En su despacho, Fernando Ferrer tomó asiento en el sillón detrás de la mesa, en una posición de superioridad, y Arturo Bermejo en el asiento del confidente. Al verlo delante de él, sentía que completaba los pasos que había planificado para su venganza.

—Cuéntame qué es tan urgente y que no podemos hablar por teléfono. Bastantes problemas tengo en el trabajo y con mi hija Rocío.

—De eso quería hablarte, de los problemas de tu hija Rocío.

—Uno de los problemas eres tú, no sé lo que mi hija ha visto en ti.

—Yo la quiero. Y te he llamado para sacarla de los problemas en que se ha metido.

—Si eso es verdad, dímelo, porque hasta ahora no he visto que hayas hecho nada.

—No me recuerdas de mi infancia, ¿verdad?

—No, no te había visto antes. Te conocí cuando te contraté en mi despacho.

—Ni siquiera me recuerdas. Pero iré al grano. Tengo pruebas que la hacen inocente de los asesinatos de los que la acusan.

—¿Y por qué no has ido a la policía y se las has presentado?

—Quería hablar contigo primero.

Arturo Bermejo se impacientaba.

—¡Enséñamelas! No puedo perder más tiempo.

—Primero quiero que veas esta foto.

Fernando cogió la foto de su padre y se la puso delante de los ojos. Y añadió:

—¿Le recuerdas?

Arturo Bermejo palideció. Titubeando pudo articular:

—Fernando Durán.

Fernando se levantó de su silla para dirigirse a un cajón del mueble situado detrás de donde estaba sentado Arturo. En ese momento sonó el timbre de la puerta. Ahora no abriría, si era un cliente no era el momento oportuno. Dejó que sonase.

Esta vez era muy persistente, y al volver el silencio se oyó con voz muy clara y alta:

—¡Policía! ¡Abra la puerta!

Se quedó inmóvil. Dudó durante varios segundos. Fueron suficientes para que Arturo Bermejo se dirigiera a la puerta y la abriera. El inspector Domínguez, con cuatro agentes, entró y se dirigió a Fernando con las esposas en la mano.

—Queda usted detenido por las muertes de Evelyn Rodríguez y Gabriela Méndez.

Arturo Bermejo descubrió que Fernando llevaba un pañuelo entre sus manos.

CAPÍTULO 51

UN CASO RESUELTO

El inspector Domínguez había intentado que Fernando Ferrer declarase en comisaría, pero se había negado. Así pues, trasladó al detenido a los calabozos del juzgado. El juez Fuentes llamó a Carlota por si quería estar presente en la declaración. El abogado defensor de Fernando era un compañero de su despacho. Cada uno se colocó en su lugar en la gran mesa semicircular.

Tras comunicarle la causa de su detención y las pruebas que le incriminaban en las muertes de las dos mujeres, la fiscal comenzó con las primeras preguntas:

—¿Conocía a Evelyn Rodríguez y Gabriela Méndez?

—Sí.

—¿Cuál era su relación con ellas?

—Una relación estrictamente profesional. Su jefe me contrataba para ayudarlos a regularizar su situación en este país, y tramitaba los papeles para pedir su residencia.

—¿Alguna otra relación?

—Esporádica.

—¿A qué se refiere? Sabe que se ha encontrado su ADN en el semen que hallamos en la vagina de las mujeres.

—Eran prostitutas, y a veces tenía relaciones sexuales con ellas, como cualquier otro cliente —respondió con frialdad Fernando Ferrer.

—¿Las agredía físicamente cuando tenían relaciones?

—No, nunca.

—¿Alguna vez las golpeó en el sótano del club Palacio de Venus?

—No, nunca.

—¿Tuvo relación con las muertes de las dos mujeres?

—No.

El detenido negaba todas las preguntas. La fiscal fue directa.

—¿Mató a Evelyn Rodríguez y Gabriela Méndez?

—No.

—¿Cómo es que estaba su ADN en las uñas de las dos víctimas?

—No lo sé. Quizás tuvimos sexo fuerte. O será un resultado falso —respondió el acusado con toda serenidad.

Continuó el abogado defensor.

—¿Es usted abogado?

—Sí. Y de prestigio.

—¿Trabaja en el despacho Bermejo y Asociados?

—Sí.

—¿Tiene usted antecedentes penales?

—No.

—¿Ha tenido relación con las muertes de las dos víctimas?

—No.

—Únicamente quiero añadir que mi defendido es un ciudadano ejemplar y que las pruebas solo son circunstanciales.

Ahora le tocaba el turno a Charlie para declarar. El juez Fuentes le había traído de prisión para aclarar su participación en las muertes de las dos mujeres, a la vista de las nuevas pruebas.

—Sabrá que hemos detenido a otro implicado en las muertes de Evelyn Rodríguez y Gabriela Méndez. Tenemos sus huellas en las maletas donde aparecieron los cadáveres y la sangre de las víctimas en el club donde usted trabaja. Usted es el asesino o el cómplice —argumentó la fiscal.

—Yo no lo hice.

—Le repito, usted sabrá de qué quiere que le acusemos.

Charlie miró a su abogado, Arturo Bermejo. Con la cabeza hizo un ligero movimiento. El abogado dijo:

—Mi cliente quiere un acuerdo.

—Depende de lo que su cliente nos aclare.

—Mi cliente está dispuesto a contar lo que sabe, a cambio de un trato.

—Que empiece y veremos.

Y contó:

—Soy el portero y el encargado de cuidar la mercancía… Bueno, a las mujeres.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó el juez Fuentes indignado.

—A las mujeres no se les toca. Si a un cliente le gusta zurrar, que había algunos, yo les daba una tunda para que supieran que la mercancía no se estropea.

—¿Qué pasó con Gabriela Méndez?

—El jefe Toni sabía que a Fernando Ferrer le gustaba el zurre, pero era el abogado y le sacaba muchas castañas del fuego. Le dejaba hacer, hasta el día que se propasó golpeando a Gabriela.

—¿Qué pasó? —se adelantó la fiscal.

—Al ver que no se movía, me vino buscar. Cuando llegué, estaba muerta, estrangulada y llena de golpes por todo el cuerpo. Le juro que cuando llegué estaba muerta. Avisé al jefe.

—¿Seguro que la encontró muerta?

—Mire, a nosotros no nos conviene quedarnos sin mujeres. Es una mercancía muy valiosa. Yo no las toco. Cuando la encontramos muerta, el jefe me ordenó deshacerme de ella. La metimos en una maleta y la enterramos en un lugar donde nos pareció probable que nunca la encontrarían. Esta nos preocupó poco porque, al captarla en su país de origen, sabíamos que no tenía familia, que no tenía a nadie que la reclamase. El resto ya lo saben.

A Carlota le subía la indignación a la cara. «Habla de las mujeres asesinadas como mercancía», pensó.

—¿Y de Evelyn Rodríguez? ¿Qué nos dice?

—Con Evelyn fue distinto. Acababa de llegar e intentó escapar. Se había resistido a *patinar*.

—¿Qué significa eso?

—A follar con los clientes. A las que se resistían a trabajar, las encerraba en el sótano para que cambiasen de idea. Un día que estaba en el club, el abogado se enteró y quiso *estrenarla,* como él decía. Cuando llegamos el jefe y yo, estaba muerta. Lo mismo. Estrangulada y con múltiples golpes. Esta vez al enterrarla me sorprendieron y tuve que huir sin completar el trabajo. Le juro que yo no las maté.

Tras la declaración, la fiscal pidió el ingreso en prisión de Fernando Ferrer. Las pruebas lo inculpaban. El juez Fuentes aceptó su petición, en espera de que se celebrase el juicio. Esas mismas pruebas lo relacionaban de forma directa con las muertes de Evelyn y Gabriela. A Charlie lo envió de nuevo a la cárcel con otros cargos.

«Dos muertes resueltas y un asesino en prisión», pensó el juez Fuentes.

CAPÍTULO 52

UN CAFÉ

—¿Estás ocupada o podemos tomar café?

Carlota se sobresaltó al oír una voz detrás de ella que la sacó de sus pensamientos.

—Antonio, no me había dado cuenta. Sí, ¡claro! Siéntate, como en los viejos tiempos.

—Desde luego que me hace falta. ¡Vaya días que llevo!

Carlota se alegraba de que pasaran unos minutos relajados, sentados en una mesa en la terraza del café Receso, detrás del juzgado. Comenzaron a comentar la detención de Fernando Ferrer, un amigo y abogado que se había convertido en un asesino. Las pistas que habían llevado a su detención. Los informes del ADN, la declaración de las mujeres. Volvían a tener una conversación fluida sobre los casos, como en los tiempos pasados. Le comentó su preocupación por Rocío.

—Lo siento por mi amiga Rocío. Estaba saliendo con él.

—También lo siento. Es una mujer muy competente.

—Son momentos muy tristes para ella. Su hermana se suicidó hace unas semanas.

—No lo sabía, Carlota.

—Es increíble cómo una persona con la que te relacionas y a la que crees conocer, te puede sorprender de forma tan rotunda —le reveló Carlota.

—Bueno, no todas las personas te sorprenden de forma negativa. Algunas de las que te rodean también te apoyan y te quieren.

El comentario del inspector tenía la intención de llevar la conversación al terreno personal. «¿Será ahora el momento adecuado?», pensó.

—Aunque te quieran, siempre te piden cosas duras y difíciles de aceptar, que no te esperas.

Carlota pensaba en Javier.

Domínguez quedó absorto. Intuía un trasfondo personal donde no llegaba a comprender lo que quería decir. Solo comprendía que la conversación no estaba tomando un camino que le ayudase en sus intenciones. ¿O quizá sí? ¿Le estaría hablando de que tenía problemas con Javier?

—Las relaciones son difíciles, hay momentos buenos y momentos malos, pero si es fuerte, los malos se superan.

El inspector proporcionaba consejos sobre relaciones sentimentales. Él, que no había tenido ninguna relación desde que murió su mujer. Ella había estado muy enferma tres años antes de morir. No recordaba lo que era hacer cosas que te gusten con la mujer que quieres. Había tenido relaciones esporádicas con alguna chica, nada serio. Él, que ahora estaba enamorado de una mujer con pareja, y no era capaz de decirle que se había trasladado de destino para estar junto a ella.

—Tienes razón.

Sus miradas se cruzaron. La mirada del inspector sorprendió a Carlota. Se percató de que estaba entrando en un terreno resbaladizo. Cambió de asunto.

—Me alegro de que podamos hablar de trabajo. Estoy dándole vueltas al caso de los hombres estrangulados. Rocío sigue como sospechosa.

—Aunque podría haber un hombre implicado. En mi unidad no hemos parado de preguntar a los testigos. Solo recuerdan a Rocío cuando entraba con las víctimas. El hombre que se ve en las cámaras se tapa la cara y no es posible identificarlo.

Domínguez sintió una profunda decepción. Su momento había pasado. La relación retornaba a ser profesional. Él volvía a estar a la defensiva con su trabajo.

Carlota siguió hablando del caso, no quería que sus problemas personales interfirieran en su trabajo, ni en su relación con Domínguez, sobre todo ahora que parecía que podían retomar su relación como amigos.

—Te parecerá una tontería, pero no paro de pensar que tiene alguna relación personal con Rocío. Algo de su pasado o el de su familia. Alguien le quiere hacer daño.

—Lo hemos investigado, pero lo volveré a ver. Me centraré en su

entorno familiar, en su padre o en la muerte de su hermana.

—Otra posibilidad que me he planteado es que el móvil sean los celos. Que Fernando la espiase y no le gustase lo que hacía. Hemos visto que es capaz de hacer cualquier cosa.

—Lo investigaré también.

—Te lo agradezco. Mientras no se resuelva, Rocío sigue bajo sospecha.

—Veré qué puedo hacer.

Se despidieron. Carlota quedó con una sensación extraña, y Antonio, decepcionado. La conversación había estado muy cerca de las relaciones personales. Otra oportunidad perdida.

CAPÍTULO 53

La madre y la hija

Rocío esperaba con un cartel a nombre de Milena Rodríguez en la salida de pasajeros. En la pantalla de llegadas del aeropuerto se anunciaba que el vuelo procedente de Bogotá había aterrizado hacía veinte minutos. Algunos pasaban delante de ella mirando el cartel y luego seguían su camino. Rocío buscaba con la mirada el gesto en la cara de las mujeres, por si alguna de ellas reconocía su nombre. Quedaban pocas personas y se preguntaba si habría subido al avión. En ese momento, divisó a una mujer de piel bronceada, con una cabellera morena brillante, recogida en una trenza alrededor de una cara redondeada, con gestos tímidos y algo dubitativa, que se acercaba a su cartel. Por su sonrisa forzada y sus ojos tristes, pensó que podría ser ella. A su lado, una niña de unos cinco años, de tez color miel, pelo negro con dos trenzas y grandes ojos negros, se agarraba fuerte con su manita a la falda. Con una voz como un susurro, articuló:

—Soy Milena Rodríguez. ¿Eres Rocío Bermejo?

No se habían visto en persona, pero habían hablado en numerosas ocasiones y se habían entendido. Sin haberse visto nunca, se apreciaban.

—Sí, me alegro de que haya venido.

—Muchas gracias. Esta es Paulina, mi nieta.

Rocío se agachó y le dio un abrazo. Se puso detrás del carro de las maletas y empezaron a andar juntas.

—¿Quiere que la deje descansar o que vayamos directamente al Instituto de Medicina Legal?

—Estoy cansada, pero quiero recoger a mi hija.

Rocío esperaba esa respuesta. Había preparado los papeles en el juzgado para la recogida del cuerpo con la funeraria. El juez había autorizado la retirada de los cadáveres. Primero recogerían el de Evelyn con su madre, y el de Gabriela saldría en unos días, cuando la asociación terminase de reunir el dinero para su incineración. Durante

el trayecto, Milena le agradeció reiteradamente lo que hacía por ella. A pesar de la tristeza de haber perdido a su hija, le confortaba recoger su cuerpo y velarlo.

Al entrar en el Instituto de Medicina Legal, Rocío se cruzó con Carlota.

—¡Hola, Rocío! ¿Cómo estás?

—Ocupada, eso me ayuda a seguir con mi vida. Vengo con la madre de Evelyn Rodríguez para recoger su cadáver.

—Siento mucho la muerte de su hija.

Carlota les presentó al funcionario que se encargaba de la tramitación y dejó a Milena con él, para explicarle el procedimiento.

Con disimulo, apartó a Rocío para preguntarle algo que le martilleaba en la cabeza.

—Rocío, no paro de darle vueltas en la cabeza a tu acusación. Hay que encontrar al culpable para que se demuestre que eres inocente.

Carlota se apresuró porque no tenían mucho tiempo. Y preguntó:

—¿Puede haber alguien que quiera hacerte daño?

—No lo sé. Yo defiendo a las mujeres víctimas de explotación sexual, y las mafias son peligrosas. Pudiera ser que haya perjudicado con mi trabajo a algún delincuente.

—Puede ser. Lo he pensado mucho, me parece una venganza personal, alguien que te conoce a ti o a tu familia.

—Sabes que mi padre también es abogado. Él puede tener enemigos como algún cliente no satisfecho.

—También puede ser. Además, y siento decirte esto, tu padre no trabaja con las personas más adecuadas.

—Lo sé. Por eso no quiero trabajar con él y me dedico a mi asociación.

—Tal vez pretendan perjudicarte a ti o a tu padre.

—Le preguntaré a él, pero no creo que ayude. Tendrá muchos clientes a los que no les haya agradado su trabajo.

—¿Y Fernando?

—Por favor, no me hables de él.

—No te tortures. Ese tipo de persona sabe lo que hace, puede ser encantador y, al mismo tiempo, un monstruo. ¿Lo conocías de antes?

—Sí, vivimos en la misma calle de pequeños, pero un día, de repente, se marchó con su familia. Cuando lo volví a encontrar no lo reconocí. El día que nos conocimos en la puerta de una sala de juicios, él me ayudó cuando se me cayeron todos los papeles. Se presentó y

me preguntó si me acordaba de él, cuando éramos vecinos en nuestros chalets de Pinares de San Antón. Se lo confesé. No me acordaba de él. Estaba muy cambiado.

—¿Y tu padre? ¿Lo conocía antes de trabajar con él?

—Eran nuestros vecinos, pero no creo que se acordase de él.

—Pregúntaselo, por favor.

Milena había terminado y con timidez las miraba sin acercarse. No podían seguir hablando.

Dejaron la conversación. Era el momento de atender la salida del cuerpo de Evelyn. Rocío quedó preocupada. Lo que decía Carlota tenía sentido. Las dos víctimas habían estado con ella minutos antes de ser asesinadas. Alguna relación había de tener con ella.

CAPÍTULO 54

UNA INTUICIÓN

El inspector Domínguez tenía información. No podía esperar. Se presentó en el despacho del juez Fuentes. Este llamó a la médico forense para que estuviese presente.

—Arturo Bermejo no estaba muy contento con esa relación.

Carlota entró al despacho del juez Fuentes mientras el inspector explicaba su conversación con el padre de Rocío. Se sentó en el asiento junto a Domínguez, que se interrumpió al verla.

—Carlota, estoy explicando la declaración del abogado Arturo Bermejo.

—Acabamos de empezar, hemos estado viendo otros asuntos, para esperarte —le aclaró el juez—. Siga, Domínguez, por favor.

—Según su versión, estaba con él en el momento de la detención porque se había citado para que pusiera fin a la relación con su hija. No quería ese noviazgo. No le gustaba Fernando.

—¿Y no se lo dijo a Rocío? —interrumpió Carlota.

—No. Quería apartarlo de ella sin que su hija supiese que él era el responsable. Bastantes problemas había entre ellos.

—Me parece extraño. Arturo Bermejo lo había contratado para que le ayudase en sus negocios —reflexionó en voz baja Carlota.

Domínguez siguió con la información.

—He investigado a Fernando Ferrer. Era el hijo de Fernando Durán. Se había cambiado el apellido por el de su madre. Durán había invertido todo su dinero en un negocio que fracasó. Según los archivos de la empresa, el socio mayoritario era Arturo Bermejo, que casualmente vendió todas sus acciones justo antes de la quiebra. Él fue el único que se libró de las pérdidas, los demás socios lo perdieron todo.

—¡El padre de Fernando se arruinó por culpa del padre de Rocío! —exclamó Carlota.

El juez Fuentes siguió con la deducción.

—Eso es algo que no se olvida. Lo más probable es que la vida de esa familia cambiase como consecuencia de la ruina económica. Y constituye un motivo para querer hacer mal a esa familia.

—Mi opinión es que le querían hacer daño a Arturo Bermejo a través de inculpar a su hija en unos asesinatos —aclaró Domínguez, al que no habían dejado hablar.

Carlota también quería intervenir con sus deducciones.

—Ramón, se me acaba de ocurrir algo que nos daría indicios muy importantes. ¿Por qué no cotejamos el ADN de Fernando Ferrer con el de las muestras de las autopsias de los hombres estrangulados?

—Carlota, ¿no te parece mucha elucubración? Es el asesino de dos mujeres y además de forma muy violenta. Es un sádico sexual, y un asesino. Los otros asesinatos son a sangre fría. No parece que tengan relación.

—Creo que no sabemos toda la verdad. Hay mucha violencia y sed de venganza en estos asesinatos. No perdemos nada haciendo la comprobación.

—No veo cómo relacionarlos.

El inspector apoyó a Carlota:

—Señoría, creo que la médico forense tiene razón. Creo que hay algo más y no lo sabemos. La venganza contra Rocío o Arturo Bermejo parece el móvil de estos asesinatos, y la persona que por ahora más lo puede desear es Fernando Ferrer.

—Está bien. Si la fiscal está de acuerdo, lo haremos.

—Si obtenemos los resultados, los indicios serían muy importantes para inculpar a Fernando Ferrer en estos asesinatos. Creo recordar que había muestras orgánicas en las uñas de alguna de las víctimas. Hablaré con el Laboratorio Central Forense para que lo hagan lo más urgente posible —añadió la médico forense.

—Espero que estemos muy cerca de descubrir al culpable. Si esto no nos sale, tendremos que volver a empezar.

El juez hablaba desde la prudencia del que tiene que esperar las pruebas para la certeza.

—Espero que no. Creo que es un camino acertado —insistió el inspector.

Domínguez dirigió a Carlota una mirada de complicidad. Gracias a sus sospechas lo más probable era que estuviesen muy cerca de descubrir al asesino. Si era el camino adecuado.

Carlota y Domínguez salieron del despacho. Se sentían felices de

trabajar juntos y estar cerca de resolver los asesinatos de los hombres estrangulados. Día tras día, su relación se había estrechado. Sin embargo, ambos también sentían una cierta sensación de incomodidad. El inspector rompió el silencio:

—Volvemos a trabajar juntos. Somos un buen equipo.

—Sí, lo somos.

—¿Tomamos café?

—Lo siento, Antonio. Me voy a casa. No estoy en mi mejor momento.

—Sabes que en lo que te pueda ayudar haría todo lo posible por ti.

—Lo sé, y ahora lo que necesito es un amigo.

La mirada de Antonio decía otra cosa. Carlota se despidió, no quería seguir por ese camino, al menos, por ahora. En esos momentos su vida personal estaba tambaleándose, primero, tenía que aclarar su relación con Javier. Él seguía con los preparativos, y ella se pasaba las horas en su huerto. El calor de junio hacía crecer las plantas que estaban cargadas de tomates, todavía verdes. Y también las malas hierbas que Carlota quitaba una a una con la mente distraída. Aún seguía con el pensamiento de que tendría que romper su relación con Javier y eso la hacía sentirse al borde de un precipicio.

CAPÍTULO 55

La prueba definitiva

–Carlota, ¿has recibido los resultados del ADN?

Era el juez Fuentes al otro lado del auricular.

—Los acabo de ver.

—Le voy a tomar declaración a Fernando Ferrer. Lo traen de prisión a última hora.

Carlota no esperó a que se lo preguntase.

—Me pasaré por el juzgado de guardia.

—Te pongo un mensaje cuando vayamos a empezar. Hasta luego.

Se sacudió los pensamientos que no la abandonaban. No paraba de darle vueltas a su relación con Javier, sin encontrar otra solución. Tenía mucho trabajo. Uno tras otro iban pasando por su consulta las personas lesionadas por agresiones. El último, un chico de veinte años había perdido la movilidad de un brazo en una pelea. Un individuo había caído sobre él y al golpear contra el suelo, se había fracturado el hombro en múltiples fragmentos. Esa fractura del hombro le había dañado los nervios que hacían posible que se pueda mover el brazo y la mano. A pesar de los años en su profesión, a Carlota le seguían sorprendiendo las consecuencias de la agresividad humana. El daño que se produce en un momento de ira o rabia que marca la vida de otra persona para siempre. Ese joven no podría mover el brazo nunca más. No podría abrazar a una mujer o coger a su hijo en brazos. ¿Y cuándo podría ella abrazar otra vez a Javier si se marchaba? Sus pensamientos eran recurrentes.

Estaba sentada en el sillón de su despacho, con la mirada fija sin ver el póster del jardín botánico de La Concepción que tenía frente a su mesa, cuando sonó que le había llegado un mensaje. Empezaba la declaración del acusado en relación con los hombres estrangulados. Llegó a la sala cuando Fernando Ferrer tomaba asiento en la silla de los acusados con las esposas puestas. Su aspecto había cambiado. Su pelo estaba peinado de forma descuidada, y su cara había tomado una

tonalidad grisácea que contrastaba con unos ojos más hundidos, donde persistía una mirada que exudaba odio. Su mandíbula, encajada con los labios apretados, acentuaba el gesto de resentimiento. Sus ojos se cruzaron con los de Carlota, que permaneció inmóvil en el gesto, aunque le pareció percibir una amenaza velada.

El juez inició la declaración informándole de los resultados de las pruebas de ADN que le habían extraído: su ADN coincidía con el contenido orgánico de debajo de las uñas de las dos víctimas. Y comenzó con las preguntas.

—¿Conocía a Emilio Carreras?

—No.

—¿Sabe quién es?

—No.

—¿Conocía a Cristian Bellido?

—No.

—¿Sabe quién es?

—No.

Las preguntas se sucedían.

—¿Estuvo usted en el hotel La Almazara la noche del pasado 5 de mayo?

—Nunca he estado allí.

—¿Mató a Emilio Carreras?

—No.

—¿Estuvo usted en la calle Juan Sebastián Elcano, 35?

—No sé dónde está eso.

—¿Mató a Cristian Bellido?

—No.

Las preguntas del juez y de la fiscal se sucedían, y la respuesta siempre era la misma, la negación. Las preguntas de su abogado defensor no aportaron ninguna información, porque pretendían situarlo en otro lugar los días de los asesinatos. No se podían comprobar las coartadas que quería proporcionarle. Las pruebas fueron concluyentes para la fiscal, que solicitó la prisión provisional hasta el día del juicio. Fernando volvió a prisión con dos nuevos cargos de asesinato en las personas de Emilio Carreras y Cristian Bellido.

El juzgado bullía de actividad. Le estaban comunicando la prisión por estos asesinatos a Fernando Ferrer. El juez Fuentes dijo:

—Ahora le comunicaremos a Rocío Bermejo que tenemos al

acusado de los hombres estrangulados. Dictaré el sobreseimiento de los cargos que hay contra ella y de las medidas que se le habían impuesto.

—En algún momento llegué a creer que Rocío era culpable. Menos mal que seguimos en el empeño de probar su inocencia.

Carlota no era inmune a los acontecimientos. La realidad superaba a la ficción. Fernando Ferrer, el atractivo y encantador novio de su amiga Rocío, había asesinado a cuatro personas. A las dos mujeres las había asesinado por su tendencia a la violencia y al sadismo. Pero ¿y a esos dos hombres? Una primera explicación que le venía a la mente era por celos. Estos hombres habían tenido relaciones sexuales con Rocío, mientras era su novia. Su tendencia a la dominación y su sentido de la propiedad de su novia no lo habría soportado. Podría ser un motivo, pero para Carlota no era suficiente. La venganza de la ruina de su padre. Había algo de obsesivo y calculado. Carlota intuía que los había cometido para inculpar a Rocío. Él había asesinado para hacer parecer culpable a Rocío. Cuando la detuvieron no hizo nada por ella. Seguro que había algo más. Se había tomado muchas molestias para que Rocío pareciese culpable. E incluso, llegar a destruirla. No había querido matarla, sino destruir su vida. Parecía una venganza premeditada y planificada.

CAPÍTULO 56

LAS CENIZAS

C

on dos sofás de plástico negro cuarteado, que imitaban cuero, y las paredes pintadas de color gris, la sala de espera de la funeraria parecía acorde con la función que realizaba. Rocío y Carlota estaban esperando que les entregaran las cenizas de la cremación del cadáver de Gabriela. Una amiga sentada junto a la otra. Rocío estaba convencida de que, en otras circunstancias, hubiese ido sola, pero ahora necesitaba la amistad de Carlota. Su vida se resquebrajaba y sentía que iba a desmoronarse. Era la segunda vez que recogía unas cenizas en poco tiempo. Hacía unos días, había estado con Milena y su nieta Paulina para recoger las de Evelyn. Carlota pensó en Milena. Sabía que Rocío le había tomado afecto. Era una mujer fuerte, que se había crecido ante una vida llena de dificultades. Había criado sola a su hija y ahora tendría que criar sola a su nieta. Se había vuelto a Colombia con las cenizas de su hija. Rocío le enseñó a Carlota su muñeca. Lucía la pulsera de lana de colores muy vivos que le había regalado Milena al despedirse.

Llevaban ambas ensimismadas varios minutos, con la mente ocupada cada una en los últimos acontecimientos de sus vidas, cuando Rocío miró a Carlota con cara seria.

—Tenías razón.

—¿A qué te refieres?

—Mi padre conocía al padre de Fernando.

—¿Qué te contó de su relación?

—Primero me contó que eran amigos hacía mucho tiempo, pero que luego se separaron.

—¿Te dijo por qué?

—Por unos negocios que no fueron bien…

—Debió de pasar algo.

Carlota no quería profundizar en la herida. Rocío estaba convencida.

—Nunca quise trabajar, ni saber de los negocios de mi padre. Cuando alguien me contaba algún asunto turbio sobre él, lo defendía, pensaba que no podía ser verdad. Creo que en el fondo siempre lo he sospechado. Ahora no puedo negarlo, me ha llegado demasiada información de otros clientes.

Carlota recordaba que había sido un poco dura con ella al hablarle de los asuntos de su padre, pero tenían relación con el caso. No quería hacerlo esta vez. Ella tenía que darse cuenta por sí misma. Esta vez, Rocío había abierto los ojos. Continuó hablando:

—Le dije que no le creía. Y me lo confesó.

Hubo un silencio. Carlota se abstuvo de preguntar. Tendría que salir de su boca cuando tuviese fuerzas para contarlo.

—El principio era verdad. Habían sido socios en un negocio de inversión en bolsa de una empresa. Él vendió las acciones antes que se hundiese, pero el padre de Fernando perdió todo su dinero, después la casa, el trabajo y se sumergió en el alcohol. Se fueron de la urbanización y nunca se interesó por lo que les pasó.

—Eso cambia la vida de una familia. Fernando debió de pasarlo mal y culpar a tu padre.

—Debía de odiarlo. Pero tengo una duda que me corroe.

—¿Cuál?

—¿Crees que alguna vez hubo amor o solo odio a mi padre para hacerme daño?

Carlota lo pensó. Lo tenía claro, se había acercado a ella para hacerle daño, pero no se lo diría. Rocío continuó:

—¿Tanto me odiaba que me hizo parecer culpable de dos asesinatos?

Carlota no quería decir en palabras lo que pensaba. Era demasiado duro y ya había sufrido demasiado.

—Creo que hay algo más. Quiero saber todo lo que hay detrás de esta pesadilla.

—¿Es necesario? Es mejor que pases página.

—No puedo. Y necesito pedirte un favor.

Rocío se giró en el asiento y la miró a los ojos.

—Lo que necesites.

CAPÍTULO 57

La petición

Sentada debajo de la encina de su casa, Carlota miraba su huerto. Las tomateras estaban cargadas de tomates que se iban tornando en cobrizo, pero no las veía. Su cabeza le daba vueltas a la petición de Rocío. Se sentía perdida y quería romper amarras con Javier, pero era su compañero y lo necesitaba. Lo encontró en su despacho, cerrando una caja de libros.

—Rocío me ha pedido que vaya a ver a Fernando a la cárcel —soltó Carlota a Javier con un nudo en la garganta.

—¿Cómo te ha pedido eso? ¿Para qué?

—Quiere saber para cerrar ese capítulo de su vida.

—¿No sabe bastante?

—Quiere saber si la quiso alguna vez o por qué lo hizo. Si solo había venganza. Sabemos que existe una relación pasada, algo turbia, del padre de Fernando con el de Rocío.

—Yo lo tengo claro, seguro que solo había venganza —contestó categórico Javier.

—Yo también, pero aún hay cosas que aclarar. El odio es muy profundo para querer inculparla por los asesinatos. Quería destruirla y, más tarde, incluso pudo pensar en asesinarla. Aún hay algunos puntos oscuros que necesita saber.

Carlota hablaba con vehemencia. Intentaba convencer a Javier. Al mismo tiempo, necesitaba convencerse ella misma.

—No tengo claro que esto vaya a solucionar las cosas, y no me gusta que te hayas involucrado en ello. Sobre todo, lo de ir a la cárcel.

—Es mi amiga y me lo ha pedido. No podía decir que no. Lo que no quiero es ir sola y estaba pensando en pedirle a Antonio que me acompañase.

—Me parece buena idea. Conoce el asunto y no irás sola.

—Creo que le llamaré para pedírselo. No estaba segura.

Se quedaron en silencio. La situación era nueva para ambos.

Seguían instalados en la intimidad que había en la pareja, al mismo tiempo que estaban aprendiendo a separase. A vivir el uno sin el otro. O lo intentaban. Desde hacía diez años, habían compartido todos los rincones de su vida. Ahora tenían que iniciar vidas diferentes. Javier rompió el silencio.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

Javier quería una respuesta ante una pregunta que no la tenía.

—Yo lo creía, pero te vas y me dejas.

Esa era la verdad. Todos sus proyectos de vida se iban con él.

—Es provisional. Sabemos que es para dos años, pero volveré.

—O no. No me digas las verdades a medias, el proyecto se puede prorrogar hasta cinco años. No creo que vuelvas antes. Es mucho tiempo.

—Hablaremos todos los días.

—¿Por qué no nos planteamos separar nuestros caminos? Es doloroso ahora. Con el tiempo comprenderás que es mejor.

Carlota sopesaba las opciones ante una decisión. A veces las meditaba durante mucho tiempo, pero cuando sabía que era la adecuada, no se detenía. Le costaba, pero la había tomado. Algo se desgarraba en esta separación. Con el tiempo la recompondría. Tenía que hacerlo para poder seguir con su vida.

Javier miraba a Carlota con los ojos brillantes. Las lágrimas no llegaron a salir. Su cara reflejaba duda, pero conocía a Carlota. No retrocedería en su decisión. Él tampoco.

— Me voy en dos semanas. Sigamos juntos hasta que me marche.

—Claro. Viviremos en la misma casa, pero no me pidas más.

Carlota se fue al dormitorio y cerró la puerta. Quería estar sola. Además, ahora era su dormitorio. Javier dormía en la cama de su estudio. Las lágrimas brotaron sin parar.

Se levantó con la sensación de haber dormido muchas horas. Entre las noches en vela por las guardias y el sufrimiento, había tenido un sueño muy profundo. Eran las seis de la tarde y hacía una hora de su conversación con Javier. Llamó a Domínguez. Su voz no reflejaba su estado de ánimo. Contestó al primer timbre de llamada. Seguro que estaba al lado del teléfono, como siempre, en su trabajo.

—Carlota. ¿Pasa algo?

Su estado de ánimo destilaba susceptibilidad. Su voz sonó algo brusca.

—¿Tiene que pasar algo?

—Me puedes llamar cuando quieras, pero como no sueles hacerlo…

—Necesito pedirte una cosa.

—Lo que necesites.

—Me alegro de que estés tan dispuesto, porque no va a ser fácil.

—Lo estoy. Venga, dímelo ya.

—Me gustaría que me acompañases a ver a Fernando Ferrer a prisión.

Hubo un silencio al otro lado del teléfono. Carlota pensó que se había cortado la comunicación.

—¿Hola?

—Sí, sí, estoy aquí. No me lo esperaba. ¿Para qué coño quieres ir a verlo?

—Es extraño, lo sé. Pero Rocío Bermejo me lo ha pedido. Quiere aclarar algunos aspectos de su relación.

Otro silencio al otro lado del auricular. Antonio lo pensaba. Quería acompañar a Carlota, pero era demasiado. Se decidió.

—Está bien, te acompañaré. Lo solicitaré y veremos si él quiere verte. En cuanto me confirmen el día y la hora, te lo digo.

—Muchas gracias, Antonio. Eres un buen amigo.

De nuevo, Antonio había escuchado las palabras que no quería escuchar.

CAPÍTULO 58

La visita

El sol de la mañana deslumbró a Carlota al dar la curva que indicaba la salida de la rotonda al Centro Penitenciario de Alhaurín de la Torre. El inspector, hundido en el asiento del copiloto, miraba al frente. Fernando Ferrer había accedido. El trayecto lo hicieron en silencio. Cierta intranquilidad inundaba su interior. El motivo era distinto.

Tras pasar el control de la puerta de metal, se dirigieron a un edificio de color ladrillo que señalaba la entrada de los visitantes. Antonio se quedó hablando con un amigo funcionario de prisiones. Carlota se dirigió al locutorio que le indicaron en el corredor acristalado en color azul y blanco. Fernando estaba sentado. Carlota se sorprendió al verlo. Había perdido el tono bronceado de su piel, que se había transformado en un color cetrino. Estaba muy delgado y con el pelo muy corto; un cúmulo de canas se entremetían a ambos lados de las sienes. Aunque su aspecto le confería un aire de vencido, el brillo de sus ojos instilaba rabia. Tras unos minutos donde ambos sopesaron al contrario, Carlota rompió el silencio. No quería estar ni un segundo más del necesario en ese lugar con esa compañía.

—Te diré por lo que he venido a verte. Me lo pidió Rocío.

—Lo esperaba.

Las palabras no fluían. Lo había preparado un centenar de veces en su mente, pero ahora no le venían a la boca.

—Iré al grano. ¿Por qué te acercaste a Rocío?

Fernando unió sus manos con unos movimientos pausados para frotárselas, e inclinó su cuerpo hacia delante, quedando su cara a pocos milímetros del cristal que los separaba. El odio de su mirada la atravesó.

—Desde mi infancia, el objetivo de mi vida ha sido la destrucción de Arturo Bermejo. Soñaba con su muerte todas las noches.

—¿Tanto daño te hizo como para arruinar la vida de su hija?

—¡ Arruinó mi vida! ¡La de mis padres! ¡La de toda mi familia!

—Fue un mal negocio con Arturo Bermejo.

—¿Eso es lo que ha dicho?

—Sí.

Carlota no quería dar más detalles.

—¡Y ni siquiera me reconoció cuando lo cité para matarlo!

—¿Lo conocías? ¿Y a Rocío?

—Éramos vecinos en la urbanización Pinares de San Antón. De niños, jugaba con Rocío en el jardín. Siempre me ha gustado. Recuerdo a mi padre llegar del trabajo, y cenar todos juntos. Fue la única etapa feliz de mi vida, hasta que entró ese criminal en liza.

—Sigo sin entender tanto daño.

—Él supo de la estafa y retiró su dinero, dejando a mi padre en la ruina. Nos mudamos. Pero eso fue después.

—¿Después de qué?

Fernando bajó la cabeza. Pasaron varios minutos sin respuesta. Carlota no entendía.

—Después de sus guarrerías y toqueteos en la piscina.

Otros minutos de silencio y continuó.

—Se lo dije a mi padre, pero él le convenció de que eran mentiras. Nadie me creyó. Luego convenció a mi padre de un negocio en el que perdió todo su dinero. No movió un dedo por él. Me dijo que tenía que alejarnos, que tenía que apartar las sospechas sobre él. Mi pesadilla en la piscina se transformó en una pesadilla con mi padre. El hombre amable y cariñoso, que me abrazaba y me traía regalos, y se convirtió en un monstruo. Siempre con la cerveza en la mano. El puño ligero hacia mi madre y la correa conmigo. ¡Pobre madre! Él perdió el trabajo y yo lo perdí todo por su culpa.

Fernando se interrumpió con la mirada perdida.

—¿Y Rocío? ¿Por qué?

—Mi odio me sacó del botellón y los porros del barrio al que nos fuimos a vivir. Trabajé de vigilante de seguridad en las puertas de los clubs. Mi altura y mi mala leche me granjearon fama de duro. Era el cabeza de la pandilla, el más chulo del barrio, pero al llegar a casa, los golpes convertían a mi madre en el saco de boxeo de mi padre y a mí en su víctima con el cinturón. Mi sed de venganza para llegar a Arturo Bermejo me llevaron a estudiar Derecho por las noches. Con el tiempo pensé que la muerte era una venganza demasiado suave. Arruinar la vida de su hija era la mejor forma de vengarme de él. Sabía que lo más importante de su vida era su hija. Quería arrebatársela, verle

sufrir, como él me quitó a mi padre.

—¿Por qué trabajabas con él?

—Para llegar a él. Y a su hija. Disfrutaba quitándole los clientes y ganando su dinero. Cada vez que flaqueaba en la defensa de sus amigos delincuentes, o en sacarle el dinero al cliente desesperado, miraba la foto de mi padre para perder ese minuto de debilidad. Quería destrozarle a él y a lo que más quiere, a su hija.

Carlota no tenía más preguntas. Fernando no había terminado.

—Quería alejarlos, aislarlos, que ambos se odiasen como yo he odiado toda mi vida. El odio es lo que me ha mantenido todos estos años, y lo que me mantendrá aquí.

Las palabras las articuló despacio y con un tono frío, sin entonación. Mientras salían de su boca, se iba levantando despacio de la silla, su cara se iba transformando con una mueca malévola mientras se acercaba a pocos milímetros del cristal y lo empañaba con su aliento. Su mirada era fría y oscura. Un funcionario se estaba acercando por detrás al ver su postura amenazante a su interlocutora. Carlota retrocedió hacia la puerta y salió a paso rápido del locutorio. No quería escuchar más.

Sentía el corazón latir muy rápido en las sienes y las manos sudorosas le temblaban. No era miedo a Fernando, era angustia por Rocío. Ahora conocía la cruda realidad, pero ¿tendría el valor de decírsela a su amiga Rocío? Al fondo en la sala de entrada divisó a Domínguez. Este la vio acercarse con la cara descompuesta.

—Antonio, ¿nos vamos?

—Ahora mismo.

Al entrar en el coche, Carlota puso sus manos sobre el volante, mientras miraba al infinito. Necesitaba algunos minutos para recuperarse. La taquicardia iba cediendo y el sudor se había convertido en una capa fría en su piel. Cómo una persona con tanto odio pudo acercarse a su amiga Rocío. Qué peligro la había acechado.

CAPÍTULO 59

UNA CAÑA

—¿Estás bien?

Sentada en el coche, la voz de Antonio la sacó de sus cavilaciones.

—No. Ha sido muy duro.

—Imagino.

—No sé cómo se lo voy a decir a Rocío.

—¿Quieres que vayamos algún sitio a tomar algo?

A Carlota le pareció una buena opción. Lo necesitaba. No quería volver a su casa, donde Javier estaría terminando de recoger sus cosas para un viaje sin retorno. Sus cosas habían desaparecido de la mesa del salón y su ropa de los armarios. En las estanterías de su despacho aparecían huecos y en el suelo se desplegaban las maletas. Su casa estaba patas arriba, igual que su vida.

—Vamos.

Antonio tomó la iniciativa.

—Vamos al parador de Gibralfaro. Se está muy bien en su terraza para tomar una cerveza.

Carlota condujo por la carretera que bordeaba la costa. El recorrido era más largo, pero quería ir despacio. No deseaba llegar a ningún lugar. No obstante, apenas tardaron veinte minutos.

Se sentaron en una mesa fuera, donde tenían una vista preciosa de la ciudad con el puerto, pero Carlota cerró los ojos y respiró despacio y profundamente. El corazón pareció recibir la orden y bajó las pulsaciones. Antonio estaba en silencio a su lado.

El camarero rompió la quietud.

—¿Qué desean tomar?

—Una caña.

Antonio había contestado con objeto de ganar tiempo para Carlota.

Esta abrió los ojos y agregó:

—Otra para mí.

—¿De comer desean algo?

—Sí, tráenos la carta, por favor.

El camarero se retiró y a los pocos segundos les dejó una carta para cada uno. La abrieron y se pusieron a leerla, sin poder hacerlo. Ambos estaban sumidos en sus propios pensamientos. Carlota en lo que acababa de vivir. Ese momento lo habría superado, y no sería más que un momento duro de su vida, de tantos que hay, si su vida con Javier no se hubiese transformado. Al salir, habría buscado su compañía, y ambos lo habrían hablado y discutido.

—Carlota, ¿estás bien?

Carlota se quedó pensativa. No era el momento de hablar de su vida personal.

—No, no muy bien. Necesito recuperarme del momento que he vivido en la prisión con Fernando.

Antonio no sabía si preguntar, pero decidió que era mejor esperar. Se lo contaría, si ella quería. Eso la ayudaría a desahogarse.

—¿Te serviría contarme lo que te ha dicho?

—Lo ha hecho por venganza contra Arturo Bermejo. Lo ha odiado desde su infancia. Le arruinó su vida. Me ha insinuado que abusaba de él cuando niño, y que trajo la ruina de su padre y de su familia. Su padre se transformó en un maltratador de su madre y de él. Quería verlo sufrir, destrozando la vida de Rocío, y así separarlos.

—Te ha dicho bastante. Al ser abogado sabe que no se puede grabar nada. Supongo que después lo negará todo.

Carlota no quería olvidar a las otras dos víctimas.

—Dos muertes que quiere justificar por el daño que le hicieron. Por odio. ¿Y las muertes de las dos mujeres? Esas son por su propia violencia y su sadismo.

—Sí, es un asesino, lo mires por donde lo mires.

—Ha acabado con la vida de cuatro personas. Espero que pase muchos años en la cárcel.

—Seguro, el juicio saldrá en las próximas semanas y tenemos pruebas incriminatorias suficientes para demostrar su culpabilidad.

Antonio quería cambiar de asunto, pero hasta ahora no había encontrado el momento adecuado. Este tampoco lo era, pero no quería perderlo. Estaban los dos solos, en un ambiente relajado, fuera del trabajo y rodeados de un paisaje que invitaba a la intimidad, pero el

semblante de Carlota estaba triste, con la mirada apagada. Tras unos minutos en los que ambos se quedaron mirando al mar, se decidió a hablar.

—¿Estás bien, Carlota?

—Sí. Algo mejor.

—Olvídate de Fernando, no merece que estés así por él.

—Lo sé. En realidad, no es por el encuentro que hemos tenido, sino por cómo se lo diré a Rocío.

—No le mientas. Intenta decirle la verdad, eso sí, evitando herirla más de lo que está.

—Sí, eso haré. Gracias por el consejo.

Carlota seguía pensativa mirando al mar con la mirada mustia. Antonio se movía inquieto en su sillón de mimbre. Pensó que no podía dejar escapar ese momento. Respiró profundo y lanzó la pregunta que tantas veces había ensayado:

—Carlota, ¿sabes por qué pedí el traslado a Málaga?

Carlota se volvió a mirar a Antonio.

—Supongo que te gustó el puesto que te ofrecieron.

Antonio dirigió a Carlota una mirada profunda.

—No. Quería volver a trabajar contigo.

—Me alegro mucho, Antonio. Yo también me sentí contenta al verte. Es verdad, formamos un buen equipo de trabajo.

Las gotas de sudor se agolpaban en la frente de Antonio. Ella lo había tomado desde el punto de vista profesional. Era verdad lo que había dicho, pero no era ese el sentido que quería darle a sus palabras. Tendría que precisar un poco más. No sabía por dónde seguir. No era fácil y ella tenía pareja. Javier era su amigo.

—Formamos un buen equipo.

Antonio repitió sus últimas palabras.

Carlota percibió un matiz distinto de sus palabras. Intuía lo que quería decir, pero no quería seguir por ese camino. Ahora estaba en la despedida de Javier y en el duelo de su separación. No quería entrar por ninguna puerta nueva. No quería que Antonio dijese nada más.

—¿Nos vamos? Es muy tarde. Javier me estará esperando para comer.

Carlota mintió. No quería hablarle de sus problemas con Javier. Tendría tiempo más adelante. Cuando la herida estuviese algo cerrada.

Antonio pidió la cuenta al camarero. Carlota llegó a tiempo para comer con Javier. Aunque fuese doloroso, quería que pasaran el

último día juntos.

Al llegar, cogió del huerto los tomates más grandes y rojos. Los reservaba para ese día. Espolvoreó con sal su prieta y jugosa carne y le añadió un chorrito de aceite de oliva virgen extra, que se mezcló con sus lágrimas.

CAPÍTULO 60

La muerte

La escasa brisa balanceaba los arbustos del parque. El gris plomizo del cielo estaba acorde con su angustia. Carlota no se daba cuenta. Desde que se había marchado Javier, la semana anterior, andaba inmersa en un vacío. Un coche se cruzó delante de ella casi rozando el suyo, y el sobresalto la sacó del ensimismamiento.

Al cruzar por la avenida de Pries, el soplo fresco de la cercanía del mar le hizo sentirse algo mejor. La vida continuaba y ella tenía que seguir adelante. Bajó los escalones para entrar en el bar Emily. Le gustaba ese lugar. Su ambiente cálido hacía que la intimidad surgiera en los encuentros. Rocío estaba en la mesa del fondo. El día anterior la había llamado llorando para quedar. En la última semana, no habían tenido noticias la una de la otra. La última vez que habían estado juntas, fue cuando Carlota le transmitió el encuentro con Fernando en prisión. Los días pasaban y cada una estaba inmersa en su proceso de adaptación. Carlota, en la ausencia de Javier. Rocío, en resolver el torbellino de sucesos en los que se había visto envuelta.

Al levantar la mirada, Carlota se dio cuenta de que Rocío tenía los ojos llenos de lágrimas. Su palidez hacía resaltar sus grandes y tristes ojos negros. En la penumbra, su atractivo semblante se había convertido en una máscara lúgubre bajo una luz mortecina. Se acercó a ella para darle dos besos en las húmedas mejillas.

—Carlota, siento lo de Javier.

Carlota desvió la conversación. Era demasiado doloroso.

—¿Qué ha pasado, Rocío?

—No puedo más, Carlota. Esto es demasiado.

—Lo sé. Lo que has vivido es muy duro, pero eres fuerte y te recuperarás.

—¡No! No podré recuperarme. Lo peor aún quedaba por llegar. No lo sabes.

Las palabras se cortaron por el llanto de Rocío. Carlota la abrazó.

¿Qué habría pasado? Esperó a que se calmase, a que pudiese hablar. Pasaron algunos minutos mientras Carlota notaba las sacudidas de los sollozos. Era una pena muy profunda. Estaba destrozada. Algo terrible debía de haber sucedido. Además de todo lo que ella ya sabía… Al calmarse, Rocío le preguntó:

—¿Te acuerdas de que recogí todas las pertenencias de mi hermana en su habitación?

—Sí, claro que me acuerdo.

—Me llevé una maleta con sus libros para tenerlos de recuerdo.

Carlota no sabía adónde quería llegar. Se le ocurrió una frase convencional:

—Los libros son un buen recuerdo de tu hermana.

—Desde luego, pero lo más importante es que entre ellos estaba su diario.

Carlota no pudo disimular su sorpresa. Eso implicaba algunos descubrimientos. Le vinieron un cúmulo de ideas a su cabeza. Deformación profesional. Se acordó de que Clara no había dejado ninguna nota. Un diario podría explicar el motivo de querer acabar con su vida.

—Su diario te puede acercar más a tu hermana y comprenderla.

Tras su observación, siguieron unos minutos de silencio.

—Ha sido muy doloroso leerlo. Ahora sé por qué se suicidó mi hermana. Es horrible. No puedo expresarlo con palabras.

El sufrimiento de las lágrimas que brotaban de sus ojos le impedía hablar. Su figura encogida hacía que, con la inclinación de su cabeza, el mentón tocase su pecho. Carlota le pasó el brazo por los hombros para que sintiera su amistad. No sabía qué decir. Tenía que tener paciencia y dejarla hablar. Seguían más minutos de silencio.

—¡No me queda nadie en esta vida!

—Tienes a tu padre.

—¡Lo odio! ¡Lo odio! De él ha sido la culpa de todo.

—Seguro que te quiere.

—¡Ni lo nombres! ¡Lo odio! Es un monstruo. Ha destrozado la vida de mi madre, de mi hermana y de la familia de Fernando.

El móvil sonó. No era el momento de llamadas. Volvió a sonar. Tras la tercera llamada vio que era Antonio.

—Antonio, no puedo hablar ahora.

—Es importante, Carlota.

—Estoy con Rocío y no es buen momento.

—Mejor, ella debe saberlo. Estoy en un levantamiento. El cadáver es de Arturo Bermejo.

Carlota se apartó de Rocío.

—¿Qué ha pasado?

—Lo han apuñalado.

—Tendrá muchos enemigos por sus negocios.

—Supongo que sí, pero en este caso no ha sido por sus negocios.

—¿Sabes quién ha sido?

—Sí, lo hemos detenido. Él mismo ha llamado a la policía. Se quedó junto al cadáver.

—¡Déjate de intrigas!

—Pedro Quintero.

—¿La pareja de Clara? —preguntó Carlota incrédula.

—Sí.

—Otra vida destrozada por ese monstruo.

—Te dejo, tengo trabajo.

Rocío parecía haber escuchado la conversación.

—Quizás su muerte cierre alguna herida. Lee esto y lo comprenderás.

Y dejó sobre la mesa una libreta.

CAPÍTULO 61

El diario de Clara

Carlota abrió la libreta Moleskine roja. En la primera página, con una letra redonda bien caligrafiada, leyó: «Clara Bermejo. Mis recuerdos». En las últimas leía:

Despedida para mi hermana Rocío:

Sé que encontrarás este diario entre mis cosas y quiero que entiendas por qué lo hice. De cada una de las ramas del parque, cuelgan los mejores recuerdos de mi infancia. Los paseos con mamá, mientras me contaba historias de las plantas. Cuando tenía tres años, arrancaba las flores de geranio para llevárselas. A los siete, delante de las aves del paraíso, inventaba historias de hadas y duendes en un bosque mágico. En la adolescencia, nos gustaba llenar el cuarto con flores moradas de las jacarandas recién cortadas. Nos quedábamos extasiadas mirando las palmeras, los dragos o las araucarias. Pero nuestras preferidas eran los hibiscos. Cuando nos parábamos delante de uno, mamá me hablaba mientras sostenía entre sus dedos una de sus flores rojas. Recuerdo cuando nos sentábamos bajo su sombra en verano o cuando pasábamos de largo en invierno envueltas en nuestros abrigos. Le encantaba poner una flor roja sobre su pelo cobrizo. Por eso, lo he meditado, y ¡una rama de un hibisco será donde se acaben mis otros recuerdos!

Sí, tengo otros recuerdos. Continuamente martilleaban mi cerebro: «Cuéntaselo». Sinceramente lo deseaba, pero ella no me creería. Ella lo amaba profundamente.

Yo también, durante el día.

De día, era una niña de sonrisa fácil, inquieta y de mirada penetrante. Al entrar la noche, empezaba mi pesadilla. Con la excusa de beber agua, se introducía en mi cama. Despacio me quitaba el pantalón del pijama. Me acariciaba las piernas. Su mano se detenía en la entrepierna, metiendo y sacando sus dedos despacio, hasta que se convertía en movimiento espástico que acompasaba sus movimientos. A veces, con los movimientos convulsivos, los dedos se introducían de forma violenta y más profundos, mientras sentía un dolor lacerante. Cuando no lo podía soportar más, abría la boca para gritar, y entonces él ponía la suya sobre la mía. Empezaba sus susurros diciéndome que me quería más que a nadie en el mundo, me prometía que cuidaría

siempre de mí, que lo hacía porque a mí me gustaba, y continuaba con los castigos que me haría durante el día si se lo decía a mamá.

Hasta que llegó el día que yo presentía con terror. Un juego nuevo. Él introduciría algo dentro de mí, algo muy divertido que me iba a gustar. Sentí un gran desgarro en mi interior cuando introdujo su pene dentro de mí. Tras unos movimientos espasmódicos, eyaculó sobre mi vientre. Tenía trece años y mi primera menstruación. A partir de ese momento, fui consciente del drama que estaba viviendo.

En el colegio, no era la niña alegre que compartía juegos con mis amigas. Me transformé en un ser amargo y violento. Odiaba al mundo, a papá, a mamá, a ti, mi querida hermana pequeña Rocío, y, sobre todo, a mí misma.

Me acuerdo del día que la abuela te sacó de nuestra casa, cuando mamá se tomó el frasco de pastillas. Mientras la cuidaba, se dio cuenta de que papá entró en mi cuarto y te llevó a vivir con ella. Me dejó a mí sola con él. Te he odiado siempre por ello. He odiado a mi hermana pequeña porque él solo entraba en mi cuarto desde que te fuiste.

Al cumplir los dieciocho años, cerré para siempre la puerta de la casa de mi violador.

Trabajé de camarera los fines de semana o, cuando tenía dificultades, vendía mi cuerpo para poder pagar una habitación compartida. Papá me llamaba al móvil continuamente. Nunca le contesté.

Esa existencia oscura y secreta de mi interior, necesitaba calmarla. Mi monstruo interior siempre está sediento. Sentía avidez de ternura y paz, buscaba lo que nunca había tenido. Frecuentaba los bares nocturnos, buscando esa compañía fácil y complaciente de una noche. Hombres anónimos que pagaban por sexo.

En cuanto pude, me matriculé en Biología en la universidad. Los estudios me llegaron a apasionar. Podía desconectar mi mente estudiando botánica. Me unían a los escasos recuerdos felices de mi infancia. Los paseos por mi querido parque. Mis manos coleccionaban pacientemente las hojas y flores para mi herbolario, mientras la mente oscura e insatisfecha coleccionaba amantes. El monstruo insaciable del sexo siempre me acechaba. En mi piso compartido, probaba a cada uno de mis compañeros y profesores. Eran encuentros ansiosos y desapasionados. Puedo decir que yo era una amante complaciente y experta. La despedida era tras el primer encuentro, ninguno más. Era implacable con la imposibilidad de la continuidad. Ninguno se introducía en mi corazón. Hasta que lo abrí a Pedro. Su aspecto de chico larguirucho, algo desgarbado, me hizo fijarme en él. Compartíamos clase de botánica por la que andaba muy despistado. Sus respuestas breves y erróneas eran el hazmerreír del aula. Sentí la conexión del animal herido. Mi fama de

litigante me sirvió para proteger a Pedro del resto de la clase. Él huía cuando lo hacía.

Un día, en la biblioteca, se sentó junto a mí. Le convencí para tomar una pizza juntos. Charlamos toda la noche y conectamos. Él no tenía tiempo apenas de estudiar e ir a clase. Trabajaba por las noches y los fines de semana en un merendero de la playa de las Acacias. A su madre viuda no le llegaba la pensión. Necesitaban que trabajase para llegar a fin de mes. A él también le apasionaba la biología. Le avergonzaba su bajo rendimiento, porque no tenía mucho tiempo para estudiar y, además, en clase estaba muy cansado y casi dormido. Yo le conté parte de mi verdad. Al empezar la facultad me había ido de casa de mis padres porque no aguantaba más. Le hablé de problemas triviales que me habían hecho irme a vivir a un piso compartido, sin contar mi oscuro secreto. Los camareros se acercaban para insinuar que era muy tarde. No quería que terminase la noche. Le propuse a Pedro que subiese a tomar un gin-tonic. Él aceptó. Tras el primer sorbo, sentados en el sofá, entrelazamos las manos como dos adolescentes. Permanecimos durante un largo rato sentados uno junto al otro. Sin una palabra, le acaricié su mejilla, deslizando mi mano hacia la nuca para aproximar su boca a la mía. Lo sentí como mi primer beso. Despacio, lo desnudé y lo tendí en la cama. Desnuda me tumbé sobre él. Su inexperiencia me ayudó a tomar las riendas. Estaba acostumbrada. Esta vez sentía que era diferente. Dudaba. No estaba segura de lo que tenía que hacer. Esta vez las caricias me atravesaban la piel. Los besos me llegaban al corazón. Me paralizaba en cada movimiento sintiendo algo nuevo dentro de mí. La piel de Pedro estaba caliente y húmeda, y podía sentirla bajo mis dedos. Sus labios inexpertos me transmitían pasión. Sus piernas entrelazadas tranquilizaban mi corazón. Sus dedos titubeantes llegaron a mi sexo sintiendo por primera vez placer. Nuestros movimientos se acompasaron hasta llegar al orgasmo. Mis ojos se llenaron de lágrimas por el placer recibido. Estrené la sensación de relajación tras el sexo y dormí toda la noche.

La sonrisa volvió a mi cara, desapareciendo el rictus agresivo. En clase nos sentábamos juntos. Al terminar, nos escapábamos a mi habitación. Empezábamos a estudiar, luego a hablar sobre nosotros, nuestro futuro juntos. Dejé caer, día tras día, mis capas de reserva. Tras varias miradas, surgía el deseo del contacto físico íntimo. Por la noche, Pedro se marchaba a trabajar. Yo estudiaba para no bajar mis notas. Los meses pasaban y por primera vez, mi corazón era feliz. Su felicidad había relegado a un cajón mi oscuro secreto. El curso avanzaba. Le quería. Quería tener un futuro con él. Sabía que no era fácil. Tenía a mis espaldas un peso profundo. Pero quería intentarlo con todas mis fuerzas.

Como el halcón que no suelta su presa, mi padre apareció de nuevo en mi vida. Sabía de mi nueva pareja y no lo iba a permitir. Cuando había comenzado a vivir, volvía la oscuridad más profunda. Esta noche ha venido. Sus palabras martillearon mi corazón que estaba al descubierto. Yo era suya. Él era la única persona que podía quererme tanto como él me quería. Dijo «que me gustaba, que disfrutaba con él, que yo se lo pedía». No lo podía soportar. La culpa, que nunca me había abandonado, volvió a inundarme. Me recordó todo lo que odio de mí misma. Nunca me dejará en paz. A empujones le eché de mi habitación. Las arcadas no me dejaban pensar. La náusea no me dejaba respirar. He intentado romper todos los lazos que nos unían, pero no es posible.

Tengo una cuerda en mi armario, y una firme decisión. Él ha destruido mi vida. Nada tiene sentido. No puedo seguir.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Félix. Mi compañero de vida, tranquilo y paciente en esta aventura llena de días de tormenta.

A mi padre. Siempre estudiando y leyendo desde mis primeros recuerdos, lo que me hizo amar los libros desde mi infancia.

A mi madre. Optimista y segura por naturaleza, lo que nos ha transmitido a sus cuatro hijos.

A mi hermana. A mis dos hermanos. A los que tengo a mi lado desde el principio de nuestras vidas.

A Augusto López. Escritor y formador en talleres de escritura. Sus ideas y sugerencias han enriquecido esta novela.

A mi club de lectura. Mabel y las dos Pilares. Mis compañeras de lecturas y sobre todo, amigas, que han sido mis apoyos y mis animadoras en los momentos de incertidumbre y duda. Ellas siempre me ayudaron a disipar las nubes que muchas veces cubrían mi novela.

A mis compañeros del taller de novela. Con los que he compartido el proceso de creación, dudas y buenos momentos.

A Román Martín González. Juez y, sobre todo, lector empedernido, que me ha puesto los límites de la ley.

A los agentes de Policía nacional Juan Holgado, Salvador Romero y Vicente Leal, y de la Guardia Civil Jorge López Martin, compañeros en el trabajo forense, que resolvieron las dudas policiales.

A mis editores, Miguel Ángel Matellanes y Charo Cuevas, que han apostado por esta escritora y por otros muchos, en este arte de sumar personas a amar los libros y su lectura.

A las librerías y sus libreros, que hacen llegar esta novela a los lectores, e incluso pueden que la recomienden.

Y sobre todo, a ti, lector, que te sumerges en esta novela y le das vida en tu mente, sin eso, serían palabras perdidas.

Edición en formato digital: 2023

© Inés Doménech del Río, 2023
© Algaida Editores, 2023
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
www.literaria.algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-832-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.